

A man in a trench coat and hat, identified as Inspector Salazar, is shown in a dark, moody setting. He is holding a folder or a book. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows.

Inspector  
Salazar  
1

**NO ES  
LO QUE PARECE**

M. J. Fernández

se

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector Néstor Salazar y su nueva compañera, la subinspectora Sofía Garay, son los llamados a determinar si se trató de un homicidio, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas muertes complican el caso, mientras la subinspectora comprende que el propio inspector tampoco es lo que parece.

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

***OceanofPDF.com***



M. J. Fernández

# **No es lo que parece**

**Inspector Salazar - 1**

ePub r1.0

Titivillus 23-12-2021

***OceanofPDF.com***

M. J. Fernández, 2018

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



***OceanofPDF.com***

# NO ES LO QUE PARECE

M. J. Fernández

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

*«Ya estamos en Haro, que se ven las luces»  
Expresión popular*

***OceanofPDF.com***

## Capítulo uno

—¡Un médico! —gritó Arnoldo—. ¡Qué alguien llame a una ambulancia, por favor!

Para ese momento, Juanjo ya había perdido el conocimiento. Únicamente el apoyo de Arnoldo evitó que se diera de bruces contra la tarima. El ayudante lo acostó en el suelo, desabrochándole los botones superiores de la camisa para facilitarle la respiración.

Minutos antes, Juanjo había sentido que el pecho se le oprimía y le costaba respirar, palideció, lo atacaron las náuseas, la visión se le nubló y comenzó a sudar a mares.

Arnoldo acudió en su auxilio. Un rumor de angustia surgió entre el público, mientras los fotógrafos de la prensa disparaban sus *flashes*. Habían ido hasta allí por una noticia, y vaya si la tendrían.

La reinauguración del parque debía ser el inicio de la campaña de Juan José Belmonte para la alcaldía, pero terminó siendo el comienzo del desastre. Si Juanjo moría, todo se vendría abajo. No solamente la campaña y su cargo como concejal, sino también todo lo demás.

El día había comenzado bien. Cuando llegaron la multitud se agolpaba frente al parque recién remodelado en espera del concejal Juan José Belmonte. La reinauguración prometía ser un éxito. El parque era un pequeño oasis verde en medio de un monstruoso laberinto de edificios de hormigón formado por viviendas de protección oficial. Deteriorado por el paso de los años, había llegado a quedar inservible. Los juegos para los pequeños se oxidaron, las malas hierbas crecieron, las farolas fueron apedreadas, así que el lugar se convirtió en refugio de yonquis y malvivientes. Además de los trapicheos de sustancias ilegales que se llevaban a cabo a su sombra, estaba lleno de hipodérmicas y condones

usados, lo que lo convertía en un riesgo para la salud del vecindario. Entonces Juanjo, quien había crecido en aquel complejo residencial, se encargó de recuperar ese espacio recreacional para los vecinos. Decidido a lanzarse como candidato independiente para alcalde en la próxima contienda, su principal apoyo era aquel barrio que lo respaldaba incondicionalmente por considerarlo uno de ellos, aunque ya hacía varios años que Juanjo disfrutaba de un chalet muy cómodo en la zona Estación.

Todo había sido muy bien preparado por Arnoldo: la tarima con el podio en el centro del jardín, los simpatizantes de Juanjo esperando su discurso, la prensa que había recibido el rumor de que algo importante iba a ocurrir esa tarde. Llegaron en el coche de Serrano, asesor de campaña del concejal, Juanjo se apeó para cruzar la calle en medio de la ovación de sus seguidores abriéndose paso entre la multitud mientras estrechaba manos a diestra y siniestra, sin fijarse siquiera a quién saludaba.

Cuando comenzó el discurso sobrevino el desastre. Tartamudeó llevándose las manos al pecho mientras palidecía. En cuestión de segundos cayó al suelo sostenido por su ayudante. Al cabo de pocos minutos convulsionó y antes que pudiera llegar la ambulancia ya estaba muerto.

## Capítulo dos

Sofía bajó del taxi sintiendo mariposas en el estómago. Aquel no era el lugar al que hubiera querido ser destinada. Su ambición era pertenecer al Cuerpo Nacional de Policía en Madrid. Sin embargo sabía que antes de llegar a cargos más importantes, debía demostrar a sus jefes su valía. Cuando menos no había terminado en la comisaría de algún pueblo perdido de la España profunda. Aquello era La Rioja, así que tendría el consuelo de disfrutar de buen vino.

El taxi la abandonó en una calle estrecha. Contempló el edificio de tres pisos cubierto de baldosas color *beige*, de aspecto moderno y limpio, que contrastaba con las viejas casas vecinas, con obra vista y desconchones en la pintura. Al fondo de la calle se encontraba una iglesia con su plaza, así como más viejas y sólidas casas, cuyo aspecto daba fe del paso de los siglos.

La joven respiró profundo. El aire frío de la tarde otoñal penetró sus pulmones, así como el olor a piedra húmeda, a madera vieja, ha pasado. La comisaría parecía fuera de lugar, contrastaba demasiado con los edificios de su entorno, pero por su aspecto supuso que sería práctica y cómoda.

Atravesó la puerta de cristal blindado llegando hasta la recepción, donde un funcionario la miró de arriba abajo sin poder disimular la sorpresa en su rostro. Sofía ya estaba acostumbrada. Según su humor, aquello algunas veces le molestaba y otras la dejaba indiferente. Era una joven excepcionalmente hermosa. Había recibido toda clase de ofertas para que hiciera carrera como modelo, pero esa no era su vocación. Desde niña quiso ser policía, idea que a su madre se le antojaba descabellada. Desde luego, su madre era parte de esa España profunda de la que quería huir. Su padre no

tenía mucho que decir, había muerto cuando ella contaba dieciséis años, pero era seguro que de estar vivo se hubiera aliado con su madre.

—Buenas tardes, ¿el comisario Jesús Colmenares, por favor?

—Muy buenas, señorita. ¿Quién lo solicita? —preguntó el funcionario con una media sonrisa, mientras se la comía con los ojos.

—Soy Sofía Garay, la nueva subinspectora —respondió ella, arrugando el ceño, mientras le mostraba su identificación.

—Muy bien, subinspectora, aquí tiene un pase temporal hasta que quede inscrita en el registro de personal —le dijo el hombre, cambiando de actitud y entregándole un cartón que decía «Visitante»—. El comisario está en el primer piso. Suba por esa escalera.

—Gracias, señor...

—García, Pedro García, para servirla.

Sofía le dio la espalda sin responder. García la siguió con la vista disimuladamente. Menuda planta tenía la chiquilla, pero más le valía andar con pies de plomo si semejante mujerona iba a trabajar allí. Lo último que necesitaba era una acusación por acoso sexual en el trabajo.

Sofía subió al primer piso, donde un estrecho pasillo daba paso a cinco despachos. Caminó despacio leyendo cada letrero hasta que encontró el del comisario. La puerta estaba abierta y daba a una antesala donde la secretaria de Colmenares, una mujer cincuentona con cara de pájaro levantó la mirada y la abordó.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Soy Sofía Garay, la nueva subinspectora designada por Madrid. Debo presentarme al comisario Colmenares.

—Llega usted tarde —le reclamó la mujer mientras la miraba con expresión reprobadora—. El comisario la está esperando.

—Lo siento, el taxista se perdió y...

—Por aquí —la cortó la secretaria mientras abría la puerta del despacho de su jefe.

Sofía la siguió hasta una oficina de dimensiones discretas, donde se encontraba un hombre sesentón y algo pasado de peso revisando unos papeles.

—Ya llegó la nueva subinspectora, comisario.

—Gracias Matilde —respondió el policía mientras fijaba su atención en la deslumbrante joven que tenía al frente—. Pase subinspectora, por favor siéntese.

—Gracias señor.

—Su nombre es Sofía, ¿verdad? Sofía... —trató de recordar, mientras rebuscaba en los papeles que le había pasado el departamento de personal.

—Garay, señor. Sofía Garay.

—Sí, bien. Tiene usted muy buenas referencias subinspectora. Tengo entendido que solicitó plaza en Madrid, pero allí no había disponibles y por eso la destinaron a nuestra provincia.

—Sí, así fue.

—Bien, espero que no la decepcionemos y se sienta a gusto con nuestro pequeño equipo. Somos pocos, pero hacemos un buen trabajo. Hay una plaza vacante desde hace un par de años, a las órdenes del inspector Néstor Salazar. Esa será la que usted ocupe.

—¿Dos años vacante? Disculpe, ¿puedo preguntarle por qué se ha mantenido tanto tiempo desocupada?

—El inspector Salazar es un tanto... excéntrico. Ya lo comprenderá cuando lo conozca. No fue fácil convencerlo de que aceptara compañero. Finalmente cedió.

Sofía se preguntó si semejante decisión correspondía a un inspector de policía. Colmenares se levantó del asiento y le pidió que lo acompañara para presentarle a sus nuevos compañeros. Subieron al segundo piso donde había una amplia sala con media docena de escritorios separados por mamparas de plexiglás. Cuando entraron, todos levantaron la mirada de sus tareas para clavarla en Sofía. Todos, con excepción de un hombre de poco menos de cuarenta años, con gafas de pasta, ligeramente despeinado, el traje arrugado, desaliñado y cargado de hombros, que continuó concentrado en lo que hacía, sin percatarse siquiera de la presencia de los dos recién llegados. Colmenares se acercó a su mesa seguido por la nueva subinspectora.

—¡Néstor! —le llamó la atención el comisario. El hombre levantó la mirada como si lo hubieran despertado de un profundo sueño.

—Usted dirá, comisario.

—Te presento a tu nueva compañera, la subinspectora Sofía Garay.

Salazar se levantó y extendió la mano.

—Un placer, subinspectora.

—También para mí —respondió Sofía estrechándole la mano, mientras pensaba para sus adentros que aquello no era posible. Aquel espantajo no podía ser su nuevo compañero. Su único consuelo era que no la había mirado con lascivia como el resto de los hombres de la sala.

Mientras Sofía ocupaba su escritorio y se instalaba, Salazar regresó a su trabajo sin prestarle atención. Parecía aislado del mundo, ciego y sordo a todo lo que le rodeaba, con excepción del documento que redactaba. Con disimulo, ella miró de reojo a sus compañeros. Colmenares se los había presentado. A su lado estaba el inspector Miguel Pedrera, un tío cachas que transpiraba autosuficiencia y no le quitaba la vista de encima. Su compañero era el subinspector Manuel Rodríguez, tan joven como ella misma, con aspecto aniñado e inseguro. Frente a ella estaba sentado el inspector Domingo González, un policía entrado en años, que debía estar muy cerca de la jubilación. A su llegada la miró descaradamente con desaprobación, luego la ignoró por completo. Seguramente pertenecía a la vieja escuela. El compañero de González era el subinspector Remigio Toro, un cuarentón con aspecto bastante común quien la saludó con una sonrisa que la hizo sentir incómoda. Eso era todo. Cuando el comisario le advirtió que eran pocos, no llegó a imaginar la dimensión de la palabra. ¿Y con esa precariedad de personal aquella comisaría se había dado el lujo de prescindir de un efectivo por dos años por el capricho de un inspector? O bien el municipio era muy tranquilo, o algo se le escapaba.

El teléfono de Salazar comenzó a sonar. El inspector lo cogió sin quitar la vista del documento que tenía delante.

—Sí, dime Matilde. ¿Dónde? Sí, conozco el lugar, voy... vamos enseguida. —Colgó, se quedó un momento pensativo y miró a Sofía—. ¡Vamos! —le dijo levantándose, mientras cogía un gabán arrugado y oscuro que reposaba en el respaldo de su silla.

—¿Adónde? ¿Qué ocurre? ¿Un robo, un homicidio, de qué se trata?

—Probablemente de nada, pero debemos apersonarnos. Te explico por el camino. ¿Puedo tutearte? Si vamos a trabajar juntos, sería más cómodo.

—Sí, claro que puede tutearme, inspector.

—Néstor —corrigió él.

Salieron de la comisaría y él la guio calle abajo hasta un mirador donde había varias plazas para coches. Dos de ellas estaban ocupadas por patrullas. Salazar se dirigió a un Opel Corsa blanco con varios años de uso. Permanecieron en silencio mientras él maniobraba para incorporarse al laberinto de calles del barrio. Al cabo de algunos minutos, Sofía no pudo contenerse.

—¿Podría decirme de qué se trata? ¿O tendré que adivinarlo?

—Lo siento. Estoy demasiado acostumbrado a trabajar solo. Por cierto, no olvides tutearme.

—De acuerdo, Néstor. Entonces, ¿de qué se trata?

—¿Has escuchado hablar del concejal Juanjo Belmonte?

—No, lo siento. Recién llegué ayer de Madrid. No estoy muy enterada de las personalidades de la localidad.

—Se trata de un político muy polémico. Sus orígenes son humildes, creció en un barrio de protección oficial, ascendió por sus propios medios, y se considera a sí mismo un defensor de los derechos de los menos favorecidos. Como concejal se ha ocupado de los problemas de su antiguo barrio, además ha conseguido vivienda de protección para varias familias de okupas. Se rumorea que tiene la intención de lanzarse para alcalde, por lo visto con excelentes probabilidades.

—Parece alguien muy especial.

—Tal vez.

—No suenas muy convencido.

—Llámame cínico, pero cuando encuentro a alguien tan cercano a la santidad, me preguntó dónde está la trampa.

—Existen las buenas personas, ¿sabes?

—Buenas sí. Perfectas no.

—De acuerdo, no entremos en consideraciones filosóficas. ¿Qué le pasó a tu concejal?

—Al parecer fue a dar un discurso en la reinauguración de un parque y cayó muerto frente a sus seguidores.

—¿Se sabe la causa?

—Aún no, —reconoció Salazar— pero tratándose de un político tan polémico, ocurriendo el suceso mientras daba un mitin, amerita cuando menos nuestra presencia. Tal vez se trate de causas naturales, pero debemos investigar. Ya llegamos.

Cuando Sofía bajó del coche pudo ver un conjunto de viejos edificios cuya pintura había perdido el color original hacía mucho tiempo. Se adentraron en las calles que los comunicaban entre sí, hasta llegar a un parque que contrastaba con su entorno por ser moderno y bien cuidado. Un par de patrullas lo habían precintado, impidiendo acercarse a los curiosos, que se agolpaban a sus puertas, muchos con expresión angustiada. En el centro había una tarima, donde se podía ver el cuerpo inerte de un hombre de poco más de treinta años de edad. A su alrededor, el equipo forense se movía buscando posibles pruebas, mientras un funcionario de traje tomaba notas en una libreta con tapas de cuero. Un pequeño grupo permanecía apartado en un rincón, respondiendo a las preguntas del sargento. Sofía sacó su identificación para mostrarla a los oficiales de guardia. Néstor no necesitó hacerlo. Por lo visto era bien conocido en aquel barrio, pues los hombres de uniforme lo saludaron con una sonrisa de reconocimiento, quizá con un leve dejo burlón.

Salazar subió a la tarima saludando a quienes la ocupaban.

—Buenas tardes, señor juez. ¡Hola, Javier! ¿Qué tenemos?

—¡Néstor! No me digas que eres el pringado al que le ha caído este caso.

—Ese es mi sino —respondió el aludido con resignación—. Por cierto, permítanme presentarles a mi nueva compañera, la subinspectora Sofía Garay. Sofía, te presento al juez Aristigueta y este es el doctor Javier Molina, el mejor forense de Logroño.

—Un placer, subcomisaria —dijo Molina con una chispa en los ojos— me disculparé que no le dé la mano. Y no le haga caso a este fantasma. Miente descaradamente.

—El placer es mío, doctor —respondió Sofía, sintiendo que volvían las mariposas a su estómago.

—Señorita —saludó el juez con parquedad.

—Señor juez —respondió la subinspectora en el mismo tono.

—Bien. Ya terminadas las convenciones sociales, volvamos a lo nuestro —dijo Néstor, un poco mosqueado por el cruce de miradas y la evidente chispa que había saltado entre su compañera y el forense—. ¿Nos encontramos ante un homicidio o estamos perdiendo el tiempo investigando una muerte natural?

—Es pronto para saberlo —reconoció el forense—. Según la descripción de los testigos, pudo tratarse de un ictus, un infarto... en realidad puedo recitarte media docena de causas de muerte natural que encajan con lo ocurrido, pero hasta que no lleve a cabo la autopsia, no lo sabremos con certeza.

—En ese caso, esperaremos tu informe.

Antes de alejarse, el inspector se agachó junto al cuerpo, lo observó detenidamente, comprobó que el *rigor mortis* comenzaba a presentarse, luego levantó uno de los párpados de la víctima. Molina le dirigió una mirada de reproche, pero no protestó. Era el tipo de conducta propia de Néstor. Sin hacer ningún comentario, Salazar dejó al forense con su trabajo para acercarse al grupo que era interrogado por el sargento. Sofía lo siguió a regañadientes, mientras volteaba a mirar a Javier, que a su vez la seguía con la vista. Se sonrieron, lo que hizo que la subinspectora casi se diera de bruces con la espalda de Néstor, que se había detenido frente a los testigos. El sargento se les acercó y los tres se apartaron un poco de los demás.

—Buenas tardes, señor, señorita —les dijo, mirando con desaprobación el aspecto desastrado del inspector.

—Buenas tardes, sargento —respondió Salazar—. ¿Qué puede decirme?

El sargento buscó algunas páginas atrás en su libreta.

—Bien, hoy estaba programada la reinauguración de este parque por parte del concejal Belmonte, acto que sería la plataforma de lanzamiento de su campaña para la alcaldía. La tarima fue instalada esta mañana. Los vecinos y seguidores ya esperaban aquí cuando llegó la víctima. Entró en el parque sin ningún inconveniente y subió al podio, después de ser presentado por su ayudante, el señor Arnoldo Cabrera. Comenzó su discurso, pero mientras hablaba dio señales de sentirse mal. Su ayudante acudió en su auxilio, pero no pudo hacer nada por él. Cayó al suelo, convulsionó y murió, todo en pocos minutos.

—¿Quiénes son esas personas?

—Arnoldo Cabrera, su ayudante —respondió el oficial mientras revisaba sus notas—. Celia Solís, su secretaria, Martín Serrano, su asesor de campaña, y Luis Belmonte, su hermano. Todos se encuentran muy afectados.

—De acuerdo. Buen trabajo, sargento. Por favor acérquese a los periodistas y pídales cortésmente que le entreguen copia de todas las fotos que tomaron desde la llegada del concejal. En cuanto disponga de ellas, hágamelas llegar.

—Sí, señor —respondió el oficial, apresurándose a cumplir la orden.

Salazar se acercó a los testigos, seguido por Sofía.

—Buenas tardes. Mi más sentido pésame.

Tanto la subinspectora, como los interpelados lo miraron con extrañeza. Era la primera vez que sabían de un policía que llegara a la escena del crimen dando el pésame.

—Tengo entendido que ustedes acompañaban al señor Belmonte cuando llegó a este parque. ¿Venían en el mismo coche? ¿Permanecieron juntos todo el día?

—Somos un equipo —respondió Cabrera—. Nos reunimos esta mañana en la oficina de Juanjo. Llegamos aquí en el mismo coche.

—¿Almorzaron juntos?

—No almorzamos —aclaró el hermano—. A Juanjo no le gustaba comer antes de un mitin. Decía que los nervios le cerraban el estómago. Nosotros picamos algo que subieron del bar cercano a la oficina, pero él no probó nada.

—¿Está seguro? —insistió Salazar—. ¿Tampoco bebió nada?

—Ni siquiera agua —confirmó Arnoldo—. Era una manía suya.

—¿Cuándo fue la última comida o bebida del concejal?

—Esta mañana, como a las ocho —afirmó su secretaria—. Se tomó un café.

—Bien, muchas gracias. Pueden irse. Esperaremos los resultados de la autopsia. Nos pondremos en contacto con ustedes.

—¿Cuándo nos entregarán el cuerpo de mi hermano para poder celebrar los funerales?

—Eso dependerá de lo que nos informe el forense.

—Esperaremos su llamada, inspector —dijo Arnoldo mientras salía del parque, seguido de los demás.

Cuando se quedaron solos, Sofía se encaró con su jefe.

—¿Por qué insististe tanto en lo que Belmonte comió o bebió?

—Porque no hay evidencia de heridas hasta ahora, lo que significa que, si el forense no encuentra ninguna lesión oculta, el concejal falleció por causas naturales o fue envenenado.

Cuando los acompañantes de la víctima se fueron, Salazar regresó a la tarima. El juez Aristigueta ya se había marchado y el forense supervisaba el retiro del cuerpo. Molina se encaró a Néstor, sin dejar de mirar de reojo a Sofía.

—¿Cuándo realizarás la autopsia, Javier? —le preguntó el inspector.

—Con prisas como siempre —se quejó Molina.

—Es un político conflictivo, así que lo más probable es que tengamos a los de arriba tocándonos las narices. Cuanto antes sepamos qué fue lo que pasó, mucho mejor.

—Comenzaré esta misma tarde. ¿Queréis presenciirla?

—No encontraremos pruebas en este lugar, me parece. Cuando ocurrió el deceso aquí había docenas de personas, así que creo que lo más instructivo será acompañarte.

—De acuerdo, entonces nos vemos en el hospital.

Néstor y Sofía se encaminaron al coche. A la subinspectora no le entusiasaban las autopsias, pero le agradaba la idea de volver a ver al doctor Molina. Subieron al vehículo y se pusieron en marcha.

—¿Crees que murió por causas naturales? —preguntó ella.

—Bien, no soy forense, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—¿Te fijaste en lo rápido que se extendió el *rigor mortis*?

—En realidad no lo detallé —reconoció Sofía, enojada consigo misma al darse cuenta que su concentración se había visto comprometida por la presencia de Javier Molina—. ¿No se supone que es un fenómeno normal con independencia de la causa de la muerte? —le refutó.

—En la muerte natural no aparece tan pronto. Además, sus pupilas se encontraban excesivamente contraídas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Esperemos las conclusiones de Javier.

—¡Vamos, no me puedes dejar así! —se quejó Sofía frustrada.

—Está bien, pero te advierto que solo es una teoría, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—Yo creo que los síntomas que tuvo antes de morir, la asfixia, las convulsiones y la contracción de las pupilas corresponden a algún veneno.

—¿Piensas que lo envenenaron? —Néstor asintió—. ¿Cómo?

—Aún no lo sé. Si estoy en lo cierto, será fundamental determinar el tipo de veneno que utilizaron.

Llegaron al hospital. A diferencia del barrio donde se encontraba la comisaría, el edificio sanitario estaba en la esquina de una amplia bifurcación. Era rectangular, de obra vista, no demasiado grande, pero sí funcional. Entraron en el aparcamiento del frente y bajaron del coche. La ambulancia que transportaba a Molina y al cuerpo también había llegado. Salazar guio a su compañera al interior del edificio hasta el sótano, donde se encontraba la morgue. Un ayudante los esperaba con batas, gorros, guantes y protectores para los zapatos. A regañadientes, Salazar le entregó el gabán al empleado. Ambos policías se prepararon antes de entrar. Sofía tuvo que contener una carcajada al contemplar al desaliñado inspector embutido en aquellas fchas que lo hacían parecer aún más desastroso. A Néstor no se le escapó el gesto, pero no se dio por enterado.

El forense los esperaba para comenzar la autopsia. Saludó a Salazar con una inclinación de cabeza y sonrió a Sofía. La subinspectora se estremeció por el frío, lo que le hizo comprender la renuencia de su compañero a prescindir del gabán.

—Bienvenidos —les dijo Javier—. Si les parece bien, comenzaremos.

Molina encendió la grabadora dando inicio a la autopsia.

—*Rigor mortis* avanzado para la hora de la muerte —apuntó. Sofía miró a Néstor con un atisbo de respeto— irritación de la cavidad oral con pequeñas hemorragias. Pupilas muy contraídas.

Molina comenzó el corte del cuerpo, extrayendo los órganos, describiéndolos, pesándolos y tomando muestras de cada tejido.

—... Irritación y pequeñas hemorragias en faringe, esófago y estómago. Estómago sin alimentos, lleno de mucosidades... en el corazón es evidente la hemorragia subendocárdica... cerebro inflamado con abundantes hemorragias... —apagó la grabadora y suspiró. Luego miró a Salazar—. ¿Sabes lo que esto significa?

—Fue envenenado —concluyó el inspector. Javier asintió—. ¿Reconoces el veneno?

—No puedo darte una respuesta definitiva hasta que reciba los resultados del laboratorio de toxicología, —le advirtió.

—Pero tienes una sospecha —lo presionó el policía.

—Confidencialmente, diría que sufrió una intoxicación aguda por pesticidas, aunque parezca absurdo.

—¿Por qué lo considera absurdo? —preguntó Sofía.

—Porque su estómago está vacío —le explicó Salazar—. La vía más lógica de intoxicación sería por ingestión, pero como afirmaron los testigos, no comió ni bebió nada en las horas previas al envenenamiento.

—Otra posibilidad sería por inhalación, pero estaba en medio de un mitin, rodeado de personas. Hubiera sido imposible hacerle inhalar los pesticidas sin afectar a los demás y sin que se dieran cuenta —explicó el forense.

—¿No pudieron hacerlo algunas horas antes? —preguntó la subinspectora.

—No, la dosis debió ser masiva para matarlo. Actuaría en cuestión de minutos.

Salazar permanecía pensativo mientras miraba el cadáver con detenimiento.

—Hay una tercera posibilidad —le dijo a Javier.

—Si estás pensando en absorción por la piel, no la creo probable. Al igual que por inhalación, la administración del veneno hubiera sido demasiado evidente. El asesino hubiera tenido que usar guantes impermeables para no morir en el intento. Demasiado llamativo.

Néstor no respondió, se acercó al cuerpo, sujetó su mano derecha y la observó detenidamente.

—¿Puedes tomar una muestra de aquí?

—¿De dónde?

—Aquí en el dorso. Donde la piel está ligeramente enrojecida.

—Parece una simple dermatitis, pero te complaceré.

El forense cogió una muestra de piel, la metió en un tubo de ensayo, la rotuló y la depositó entre las muestras destinadas al laboratorio de toxicología.

—Creo que este caso no va a resultar tan sencillo como pareció en un principio —comentó Salazar, mientras se quitaba la bata y salía en busca de su gabán.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo tres

Antes de salir del hospital, Salazar hizo algunas llamadas desde su móvil. Sofía escuchó cómo ordenaba precintar el despacho y el piso de la víctima, además de pedirle a Matilde que se comunicara con el juez para que emitiera una orden que permitiera enviar equipos de la científica a ambos lugares. Ya era oficial, la muerte del concejal Juan José Belmonte había sido un homicidio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sofía. Néstor consultó su reloj.

—Iremos al despacho del concejal. Si no me equivoco, allí encontraremos a su equipo, así que podremos interrogarlo.

—¿Por qué piensas que se encuentran allí?

—Su jefe, su centro de gravedad acaba de morir. Querrán deshacerse de material sensible.

—¿Por qué estás tan convencido de que tienen algo que esconder?

—Todos tenemos algo que esconder.

—¿Tú también?

—Yo, en especial —confirmó Salazar, causando sorpresa en su compañera. No era la confesión que podría esperarse de un policía.

—Pues yo no tengo nada que ocultar —afirmó la subinspectora.

Salazar la miró como si pudiera leer sus pensamientos, desmintiéndola. Luego se encogió de hombros.

—Te aseguro que la conciencia de nuestra víctima y su equipo no es tan transparente como la tuya.

Sofía sintió que se le erizaban los vellos de la nuca. Hasta ese momento, el inspector le había parecido un sujeto despistado, desaliñado, de pocas luces. Alguien a quien nadie tomaría en serio. Un policía más acostumbrado a rellenar formularios que a llevar adelante investigaciones, pero esa mirada

no había sido la de un tonto. Se dijo a sí misma que debería tener más cuidado y no subestimar a su compañero.

Llegaron a una calle cercana a la comisaría. Salazar aparcó en una plaza junto al mercado municipal. Al frente, en otra esquina, estaba el ayuntamiento. El inspector consultó su móvil y luego señaló uno de los edificios cercanos, antiguo, pero bien conservado.

—Es allí, de acuerdo a la dirección que me envió Matilde.

Se encaminaron al lugar, donde ya había llegado una patrulla. Uno de los oficiales esperaba en la puerta del edificio. Se llevó la mano a la gorra a modo de saludo, permitiéndoles pasar. Subieron al segundo piso por la escalera, pues el edificio carecía de ascensor. Encontraron dos puertas, la de la derecha estaba abierta, pero precintada. Otro oficial la vigilaba, y adentro los compañeros de la científica se movían con diligencia. Como Salazar previó, el equipo de Belmonte al completo se encontraba allí. Miraban con preocupación a los policías que habían invadido su intimidad. Arnaldo sostenía un papel en la mano, probablemente la orden de registro. Cuando Salazar y Garay entraron. Arnaldo se acercó a ellos.

—Inspector, ¿puede explicarme qué significa esto? —preguntó evidentemente alterado, mientras agitaba la orden casi en la nariz de Salazar.

—Significa que el juez nos autoriza a llevar a cabo un registro del despacho y la vivienda del concejal Belmonte, además de prohibir a toda persona ajena a la policía llevar a cabo ningún cambio en ambos recintos, por considerarse extensión de la escena del crimen.

—¿Crimen?! —exclamó la secretaria palideciendo—. ¿Nos está diciendo que la muerte de Juanjo no fue natural?

—Me temo que los resultados de la autopsia nos llevaron a esa conclusión.

—¿Pero cómo?

—Eso es algo que aún no estoy autorizado a revelar. Ahora, si me permiten, mientras nuestros compañeros hacen el registro, me gustaría hablar con ustedes, de uno en uno.

—¿Pretende interrogarnos? —preguntó Cabrera indignado.

—Pretendo que nos proporcionen información que nos permita detener al responsable de la muerte de su jefe y amigo. Podemos hacerlo aquí, ahora, o esperar a que el juez emita las citaciones para llevar a cabo las entrevistas en la comisaría.

—¿Somos sospechosos? —preguntó Luis.

—Aún no tenemos sospechosos, así que no podemos excluir a nadie.

—El inspector tiene razón —argumentó el asesor de campaña—. Nuestro deber para con Juanjo es colaborar con la policía en la resolución del crimen. ¿Qué podemos hacer?

—Nos gustaría hablar con ustedes en un lugar privado.

—Podemos usar la cocina —sugirió Celia.

—De acuerdo, ¿quisiera ser la primera, señorita Solís?

—¿No nos interrogará a todos a la vez? —preguntó la secretaria volviendo a palidecer.

—Solo seguimos el procedimiento —aclaró Salazar—. El interrogatorio debe realizarse por separado.

Siguieron a la secretaria hasta una pequeña habitación equipada con algunos armarios, un horno de microondas y una cafetera. En el centro había una pequeña mesa redonda de fórmica y tres sillas de plástico. La secretaria y la subinspectora se sentaron, mientras Salazar, con las manos en los bolsillos del gabán detallaba el entorno. El inspector hizo un gesto casi imperceptible a su compañera para que comenzara el interrogatorio. Sofía se sentía un poco insegura, conocía la teoría, pero nunca había llevado a cabo ninguna investigación real sobre el terreno. El pulso se le aceleró, miró a Néstor con expresión de desamparo, pero el inspector se limitó a esperar. Sofía respiró profundo, sacó su libreta y comenzó su tarea.

—Bien, señora Solís. Así que usted era la secretaria del occiso —la mujer se limitó a asentir—. ¿Cuánto tiempo hacía que trabajaba para él?

—Unos ocho o nueve años —respondió la mujer mientras le temblaban las manos.

—¿Qué tipo de jefe era?

—¿A qué se refiere?

—¿Era amable, exigente, déspota? ¿Cómo lo definiría?

—Le gustaba que las cosas se hicieran a su manera, pero era un jefe cercano. Se le podía hablar.

—¿Le gustaría un café? —preguntó repentinamente Salazar, mientras comenzaba a manipular la cafetera. Sofía lo miró como si no pudiera creer que hubiera interrumpido el interrogatorio de un testigo para preguntar algo tan trivial.

—Perdón ¿cómo dice? —preguntó la secretaria desconcertada.

—Le ofrezco una taza de café.

—No, gracias.

—¿Qué me dices tú, Sofía?

—No, muchas gracias.

Salazar se sirvió un café para sí mismo, luego se sentó en la tercera silla disponible. Sofía suspiró, tratando de retomar el hilo del interrogatorio que su jefe había interrumpido tan torpemente, antes que pudiera comenzar de nuevo, Néstor la relevó.

—¿Había alguna relación personal entre usted y el señor Belmonte? —preguntó de repente.

—¿Qué? Yo, sí... quiero decir no.

Salazar enarcó las cejas. Sofía comprendió que la oferta de la taza de café no solamente la había desconcentrado a ella, sino también a la testigo, que perdió el hilo de la historia que seguramente había preparado para la policía.

—No me quedó clara su respuesta, señora Solís —insistió el inspector—. ¿Su relación con el señor Belmonte era exclusivamente profesional, o también personal?

—Profesional —respondió Celia, mientras se frotaba nerviosamente las manos—. Exclusivamente profesional.

—¿Quiere decir que en casi una década nunca surgió un atisbo de amistad? No es la imagen que me había formado del concejal. Tenía entendido que era un hombre muy cercano. ¿Nunca la consideró su amiga?

—Sí, quiero decir... usted lo está tergiversando todo —dijo ella al borde de las lágrimas.

—Entonces tal vez quiera explicármelo.

Celia respiró profundamente buscando tranquilizarse.

—Juanjo era un buen jefe. Aunque exigente, nos trataba como buenos amigos a todos los de su equipo. Si teníamos algún problema nos apoyaba, pero no teníamos una relación social personal fuera de estas paredes.

—¿Quiere decir que nunca visitó su casa?

—No he dicho eso. En alguna oportunidad necesité ir a buscar algún documento, o recibir alguna instrucción.

—Alguna vez visitó él la suya.

—No, eh... no lo recuerdo.

Salazar enarcó las cejas en gesto de incredulidad, pero no dijo nada.

—¿Hay o hubo una señora Belmonte?

—La hubo, Clara, pero se divorciaron hace mucho tiempo. Creo que ella vive fuera del país.

—¿Cuándo ocurrió esa separación?

—No estoy segura.

—¿Fue antes de que usted fuera contratada como secretaria? —insistió Salazar.

—No, fue después.

—¿Meses después, años después?

—No lo recuerdo.

—No importa, lo podemos saber comparando la fecha de su contratación con la del divorcio.

Celia palideció y aumento la velocidad con la que se frotaba las manos.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Tal vez ninguna, pero no me gusta dejar cabos sueltos. ¿De quién fue la idea de la reinauguración del parque?

—De su jefe de campaña, Martín Serrano.

—Tengo entendido que iba a anunciar su candidatura para la alcaldía en ese acto.

—Sí, esa era la verdadera finalidad de la reinauguración —respondió Celia, sintiéndose más segura.

—¿Quiénes sabían acerca de sus intenciones?

—Muchas personas. No era exactamente un secreto. Aparte del equipo, la mayoría de los militantes del partido lo apoyaban. También se filtró el rumor a la prensa con la intención de que cubrieran la noticia.

—¿Tenía enemigos el señor Belmonte? —preguntó Sofía.

—Todos los políticos los tienen —respondió Celia, evasiva.

—¿Podría ser más específica? —intervino Salazar.

—Muchos de sus adversarios políticos lo consideraban un problema, y quizá hubo alguna persona que se sintió perjudicada por sus actos mientras defendía los derechos de los más desfavorecidos.

—¿Qué clase de actos?

—En alguna ocasión impidió el desalojo de okupas. Eran gentes que hubieran quedado en la calle, en muchos casos familias con niños. Pero era algo temporal. Luego él mismo les encontraba un piso de protección oficial, entonces les ayudaba a desalojar el inmueble ocupado, pero muchos de los propietarios no lo veían así.

—Así que sus enemigos se encontrarían entre sus adversarios políticos, o entre los propietarios de los inmuebles ocupados por gente que él protegió. ¿Alguien más?

—No se me ocurre nadie más.

—¿Y en su entorno? ¿Alguien le tenía mala voluntad? ¿Tuvo problemas con alguien recientemente?

—¡Claro que no! —respondió Celia volviéndose a frotar las manos—. ¡Todos lo queríamos mucho!

Salazar y Garay le pidieron a Celia que hiciera pasar al asesor de campaña de Belmonte. Martín Serrano entró como si la presencia de los policías no fuera extraña. Se sentó en la silla que había dejado libre la secretaria.

—Bien, acabemos con esto lo antes posible —afirmó mientras se abría los botones de la americana—. Comprendo que es necesario, pero no deja de ser una pérdida de tiempo. Ninguno de nosotros tiene nada que ver con la muerte de Juanjo.

—¿Cómo puede estar tan seguro, señor Serrano? —preguntó Néstor, con expresión de desconcierto.

—Conozco bien a todos los miembros del equipo. Me consta lo importante que era Juanjo para todos nosotros, ninguno le hubiera puesto un dedo encima.

—¿Tampoco usted?

—¿Por supuesto que no! ¿Qué insinúa, inspector?

—Nada, —respondió Salazar pretendiendo inocencia— solo puntualizaba.

Serrano cambió de postura, enderezándose en la silla.

—¿Por qué decidió utilizar la reinauguración del parque para anunciar la candidatura? ¿No era un acto local, demasiado insignificante?

—No fue solamente mi decisión, —precisó el asesor— fue un acuerdo de todo el equipo, especialmente de Juanjo. Se sentía muy cercano a ese barrio porque creció allí, conocía a muchos de los vecinos, y tenía fuertes apoyos en ese lugar. Representaba lo mejor de su carrera política. Era perfecto.

—¿De quién fue la idea original?

—Surgió durante una reunión. No recuerdo quién fue el primero que lo mencionó. ¿Importa?

—Debe importar si el candidato que iban a promocionar terminó muerto —concluyó el inspector. Serrano dio un respingo.

—¿El concejal tenía enemigos? —preguntó Sofía.

—Ni más, ni menos que cualquier otro en su posición.

—¿Sabe si tuvo desacuerdos con alguien de su entorno cercano?

—No, —respondió el asesor demasiado rápido— éramos...

—Sí, un equipo —terminó la frase Salazar, como si repitiera el estribillo de una canción, sin prestar atención a la letra.

—¿El señor Belmonte tenía hijos? —interrogó Sofía.

—No, que yo sepa.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —preguntó a su vez, Salazar.

—No los tenía.

—¿Amantes?

—No.

—Es curioso, —señaló Salazar— que dude acerca de la paternidad de Belmonte, y sin embargo niegue tan categóricamente la existencia de una amante.

—Ya dije que no tenía hijos —reafirmó Serrano—. Tal vez no lo expresé en la forma más apropiada.

Salazar se levantó de la mesa, al hacerlo, su codo empujó la taza con torpeza. El estruendo hizo saltar en su silla a Serrano y a la subinspectora. El inspector no se inmutó.

—¿Hubo alguna historia romántica entre el concejal y su secretaria? —preguntó antes que su interlocutor tuviera tiempo de recuperarse del susto, mientras recogía los trozos de la malograda taza.

—No, eso se terminó.

—Entonces sí la hubo —insistió el inspector.

—Yo... escuché algo, pero solo cotilleos. Si hubo algo, terminó.

—¿De buena o de mala manera?

—Eso tendrá que decírselo Celia, pero supongo que sería de buena manera puesto que ella continuó trabajando para él como su secretaria.

Después de Serrano interrogaron a Cabrera, el ayudante, para terminar con Luis Belmonte, el hermano del occiso. La historia fue la misma. El concejal era un hombre completamente dedicado a su carrera política, preocupado por los más pobres, que solo tenía enemigos entre los adversarios de otros partidos y entre los propietarios de los inmuebles que habían querido desalojar a los okupas. No tenía hijos. Su matrimonio con Clara Sánchez terminó muchos años atrás, si hubo alguna historia con su secretaria fue algo pasajero que terminó hacía mucho tiempo, de lo que solo quedaban rumores, mal habladuras de gente ociosa. No había duda que Belmonte tenía asegurado el triunfo de la elección a alcalde, por lo que había que buscar al asesino entre sus contrarios políticos.

Después de hablar con todos los testigos, Salazar se acercó al jefe de equipo de la científica.

—Hola Fran ¿habéis encontrado algo?

—Todavía nada, Néstor, pero hay muchos documentos que nos llevaremos para revisar con detalle. El comisario le ha dado prioridad a este caso, así que nos han asignado suficientes efectivos, para variar. También tendremos que buscar en el disco duro de los ordenadores.

—Entonces os dejo hacer vuestro trabajo —le dijo estrechándole la mano—. Si encuentras algo avísame, por favor.

Finalmente, Néstor y Sofía salieron del despacho en dirección al coche. Afuera ya había caído la noche, haciendo que la temperatura descendiera

considerablemente.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector.

—¿Te interesa mi opinión aunque sea la novata?

—Por supuesto que me interesa. Eres mi compañera.

—Yo creo que han preparado la historia. Casi usaron las mismas palabras.

—También es mi percepción. Me alegra que estemos de acuerdo, aunque sí creo que hay un dato que no tenían pensado confesarnos.

—La relación entre Belmonte y su secretaria.

—Creo que en esa historia hay mucho más de lo que nos contaron. Además, insistieron demasiado en las buenas intenciones del concejal a la hora de defender a los okupas. Estoy seguro que ocultan algo.

—Eres bastante terco con respecto a la mala fe del concejal. No hay nada que nos haga pensar que no era una buena persona que quería ayudar a los demás.

—Lo hay, la insistencia de sus amigos de hacernos creer que era un santo varón. Las buenas personas no necesitan ese tipo de publicidad. Sus propios historiales hablan por ellos.

Subieron al coche. Sofía guardaba silencio mientras pensaba en los acontecimientos del día, en las respuestas de los testigos, ahora también sospechosos.

—¿Vives cerca?

—Encontré una excelente pensión a pocas cuadras de la comisaría, en la calle La Virgen.

—La conozco. Te dejaré allí antes de devolver el coche.

—¿Devolverlo?

—Pertenece a la comisaría. Es uno de sus coches camuflados.

Sofía asintió.

—Me preguntaba... —dijo Néstor de repente—. ¿Te gustaría cenar? Puedo mostrarte un buen lugar.

—Te lo agradezco, pero estoy cansada. Tal vez otro día.

—Claro —respondió él, disimulando su decepción—. Te llevaré a casa.

## Capítulo cuatro

Néstor regresó a la comisaría después de dejar a Sofía en su pensión. La jornada laboral había terminado, por lo que encontró las oficinas vacías. Lo prefería así. Estaba harto de las murmuraciones de algunos de sus compañeros acerca de su aspecto, como si llevar la ropa arrugada lo convirtiera en un mal policía. Aunque tenía que reconocer que esa era la finalidad de su atuendo, hacer que los testigos y sospechosos bajaran la guardia cuando los entrevistaba. Como le había asegurado pocas horas antes a Sofía, Néstor estaba convencido que todos tenían algo que esconder, bien fuera importante o trivial. También había notado que la mayoría de las personas llegaban a conclusiones apresuradas que se basaban en observaciones superfluas. Si el investigador era descuidado con su apariencia, lo sería también en otros aspectos de su vida, como en su trabajo, así que se relajaban. Para cuando salían de su error, ya era tarde.

La mayor parte de sus compañeros lo medían por el mismo rasero, aunque algunos de los más astutos, como Manuel, o Domingo, curiosamente el más joven y el más viejo de la comisaría, ya se habían dado cuenta del truco. También Matilde lo sabía. En una ocasión le comentó que era extraño que alguien que vestía con tanto desaliño, fuera al mismo tiempo tan cuidadoso en su aseo personal. Luego le guiñó un ojo.

Néstor se sentó a su escritorio para comenzar a escribir el informe acerca del caso Belmonte. Prefería hacerlo esa misma noche, cuando la información permanecía fresca en su memoria. De cualquier manera, nadie lo esperaba en su casa. Se preguntó si Sofía también estaría sola. ¡Qué tontería! Por supuesto que lo estaría. No llevaba ni una semana en La Rioja, seguramente no conocía a nadie, pero eso no significaba que no existiera un pretendiente, novio, o esposo en alguna parte. Se pasó la mano por los

abundantes cabellos para despejar sus ideas. Sin duda la chica era muy atractiva, pero lo que más le impresionó fue su inteligencia. Le agradó trabajar con ella, aunque quizá demasiado. En un par de oportunidades estuvo a punto de conseguir distraerlo de su trabajo, algo que lo asustó.

Finalmente se concentró lo suficiente para terminar el informe. Recogió su gabán del respaldo de la silla y salió. Estaba cansado, un poco descentrado por su nueva compañera, así que le vendría bien pasar un rato en el bar de su amigo Gyula. Néstor salió de la comisaría en dirección a la plaza de la iglesia, que a esa hora el frío había vaciado. Ya los días eran más cortos y el viento era canalizado por las estrechas callejuelas que rodeaban la plaza, lo que convertía las corrientes en cuchillos de aire, que cortaban sin piedad a cualquier transeúnte desprevenido. Los bares grandes y pequeños que pululaban en la plaza eran en cambio centros que concentraban vida y calor. Desde la calle se podía apreciar la intensa luz que irradiaban, los ruidos de las voces, el tintineo del cristal de los vasos y las copas, señales inequívocas de que la ciudad continuaba activa, pese al frío y la oscuridad.

Néstor se adentró en una de las estrechas callejuelas, donde se encontraban viejas casas que eran centros turísticos por ser de los más antiguos de la ciudad. Salazar vivía en el tercer piso, en una buhardilla de sesenta metros cuadrados. El primero y el segundo piso habían sido reconvertidos en viviendas de ochenta metros cuadrados cada una, mientras en la planta baja funcionaba el bar de Gyula, llamado «La Callecita».

Aquello le resultaba muy conveniente a Néstor, no solamente por lo económico de la renta, sino porque la cercanía del bar de su amigo le permitía comer decentemente, pues era un cocinero terrible, capaz de quemar el agua. El inspector entró en el recinto, que como todos los demás estaba repleto de gente comiendo, bebiendo y compartiendo después de un día difícil. El bar no era muy grande, pero sí bastante acogedor. Las paredes eran de piedra y el suelo de cerámica con colores cálidos. La barra se encontraba a un lado, el centro lo ocupaba una sala con cuatro mesas cuadradas de madera. Al fondo un pequeño escenario, donde había una silla y un micrófono. Gyula solía invitar artistas no demasiado conocidos, pero sí muy talentosos. La música en vivo, además de algún que otro tablado

flamenco cuando se terciaba, eran parte del atractivo del exitoso bar. Algunas veces también el inspector subía al escenario para tocar la guitarra. Néstor lo consideraba una concesión de Gyula por su vieja amistad, aunque el tabernero le aseguraba que cuando él tocaba, el bar se le llenaba, así que siempre lo animaba a hacerlo.

Cuando Gyula lo vio llegar sonrió mientras lo saludaba con la mano. Néstor se sentó en la mesa del fondo, su preferida porque desde allí podía ver la puerta para controlar quién entraba y salía. Deformación profesional. Gyula le hizo un gesto con la mano para indicarle que enseguida estaría con él. Su amigo nunca permitía que otro camarero lo atendiera. Habían crecido juntos durante buena parte de la infancia y la adolescencia, por lo que se querían como hermanos, aunque durante algunos de esos años Gyula tuvo escarceos con el delito, mientras Néstor iniciaba una brillante carrera como cadete de la policía.

En un momento crítico de la vida de ambos, sus tendencias pusieron en peligro su amistad. Néstor le advirtió que si continuaba con ese tipo de conducta, tarde o temprano se vería en la obligación de detenerlo, y que lo haría, aunque fuera su hermano. Gyula decidió que prefería mantenerse limpio aunque tuviera que renunciar al dinero fácil, si eso le permitía conservar su amistad con Néstor. Nunca se había arrepentido. Trabajó con tesón hasta reunir un pequeño capital. Cuando se le presentó la oportunidad de rentar aquel bar, el propio Néstor lo ayudó con sus ahorros. Desde entonces el negocio no había hecho sino crecer.

—¿Cómo estás, tronco? —le preguntó Gyula, dándole una palmada en el hombro—. ¿Un mal día?

—Regular, pero muy ocupado.

—¿Qué vas a querer?

—Tráeme una ración de tortilla de patatas. Cuando tengas tiempo siéntate un rato a conversar.

—¿Necesitas información?

—No me vendría mal, tengo un caso nuevo. El concejal Belmonte.

Gyula silbó.

—No te envidio, amigo. Te traigo la tortilla y luego hablamos.

Al cabo de pocos minutos, Gyula regresó con una tortilla de patatas y un vaso de sidra. Néstor comió con apetito, pues no había tenido tiempo de almorzar. Su amigo regresó acompañado de un camarero que limpió la mesa. Él se sentó.

—¿Qué puedes contarme? —preguntó Néstor. Gyula mantenía algunos conocidos en los bajos fondos, por lo que muchas veces disponía de información interesante.

—A bote pronto no puedo decirte mucho. Belmonte volaba alto, demasiado para los pringados que yo conozco, pero lo que sí te puedo asegurar es que no era trigo limpio.

—¿Entonces no era el incorruptible defensor de los pobres que quieren pintarnos los suyos?

—¡Claro que no! El tío nació casi en la indigencia, y no es que quien nació pobre no pueda progresar, aquí me tienes a mí, pero el ascenso de Belmonte fue demasiado rápido, yo diría casi violento. De un piso de protección oficial al barrio Estación en menos de seis meses.

—Sí, es un salto importante. ¿Sabes cuál era su talón de Aquiles? ¿Aceptaba sobornos?

—No, nada de eso. Era muy prudente, pero sí había algún negocio turbio. Creo que tiene que ver con bienes raíces, pero no estoy muy claro acerca de qué se trata.

—¿Y su equipo?

—No tengo la certeza, pero seguramente sus colaboradores más cercanos debían saber algo.

—Su amante sin duda alguna —murmuró Néstor, recordando a la secretaria—. ¿Crees que puedes averiguar algo más?

—Haré algunas preguntas con discreción.

—De acuerdo, pero sé cuidadoso. No quisiera que tuvieras problemas.

—¿Yo? ¡Claro que no! Sabes que soy sigiloso como una sombra. ¿Vas a tocar la guitarra esta noche?

—¿Por qué no? Necesito liberar un poco de estrés.

Gyula sonrió, cuando Néstor tocaba, las ventas subían. Aunque su amigo nunca lo reconocería, era un guitarrista de primera.

El inspector subió al escenario. Uno de los camareros ya le acercaba la guitarra, que Gyula solía guardar detrás de la barra. Se sentó en la silla, afinó el instrumento, ajustó la altura del micrófono y sin decir palabra comenzó a puntear una canción tras otra.

Hacia las doce, Néstor devolvió la guitarra a Gyula, que como había previsto redondeó la noche gracias a la música de su amigo. El inspector se despidió, saliendo a la callejuela para entrar por el portal y subir a su piso. Al día siguiente él y la subinspectora tendrían que comenzar la jornada temprano si querían avanzar en el caso.

Antes que pudiera alcanzar la escalera escuchó un débil gemido. Los vellos de la nuca se le erizaron, haciendo que instintivamente llevara la mano a la empuñadura del arma que reposaba en su funda sobaquera. Avanzó a paso lento en dirección al sonido. La oscuridad no le permitía distinguir nada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz atronadora.

La única respuesta fue otro gemido que provenía del rincón más oscuro del portal. Algo se movió. Néstor cogió la pistola apuntando en dirección al sonido y continuó acercándose con precaución. Repentinamente dio un salto atrás asustado, cuando del fondo de la oscuridad brotaron dos luces paralelas que se enfocaron en él. Un par de ojos luminosos. Entonces comprendió que se trataba de un animal. Sin saber aún a qué se enfrentaba alumbró el rincón con su móvil. La luz le mostró un maltrecho gato negro tendido en el frío suelo. El inspector se sintió un poco tonto, guardó la pistola y se acercó al animalillo.

Con cuidado recogió al gato, que casi no tenía fuerzas para moverse. Por lo visto había tenido una pelea con otro gato, o tal vez con un perro, resultando derrotado, porque había perdido la mitad de la oreja derecha y tenía varias heridas en la cara y el cuerpo. El aspecto del gato era lamentable, aunque curiosamente se veía algo gordo para tratarse de un gato callejero. Sintió compasión y aunque nunca había contemplado la posibilidad de tener una mascota, decidió subirlo a su piso para curarlo. Cuando estuviera bien, si lograba salvarlo, lo liberaría. Seguramente sabría defenderse en la calle una vez recuperada la salud. Subió a su casa, buscó una vieja toalla con la que lo envolvió, luego vertió leche en un cuenco, que

acercó al minino, quien la bebió con fruición. Mientras buscaba el botiquín para curar sus heridas pensó que la apariencia del felino no era muy diferente a la que él mostraba al mundo.

—Dejemos algo claro, amigo —le dijo al gato—. Tu estancia aquí será temporal. Cuando estés curado regresarás a la calle, que es donde perteneces. Mientras tanto, para no sentirme tan tonto, en lugar de «gato» te llamaré «Paco».

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo cinco

El comisario Santiago Ortiz, mejor conocido como Goliat, dejó su coche en un aparcamiento de la calle Ventilla, caminó por Menéndez Pelayo, y luego dobló la esquina hasta la calle Balmes. El tiempo no parecía haber transcurrido. Las antiguas casas no mostraban grandes cambios. La mayoría estaban recién pintadas, pero alguna que otra mostraba desconchones que hacían sospechar que se encontraban abandonadas. Buscó con la mirada la que le interesaba, temiendo que se contara entre las desocupadas, pero no era así, las paredes a dos colores, las ventanas limpias con contraventanas abiertas le demostraron que sus temores habían sido infundados. Suspiró aliviado. Entró al portal, subiendo por la estrecha escalera hasta el tercer piso. Al llegar le pareció escuchar gritos y risas que provenían del pasado.

—¡Padre ha llegado! ¡Padre ha llegado!

El grito jubiloso con la voz infantil de Lucas era una burla de su imaginación. Volteó al sentir una pequeña y delgada sombra a sus espaldas, pero no había nada allí. Solo pasado, un pasado que ya no podría cambiar. Estuvo a punto de renunciar, de bajar de nuevo las escaleras, regresar a su casa, abrazar a sus hijos, darle un beso a su mujer, para luego decirle que había perdido el viaje, que la casa estaba abandonada, que el pasado había huido para siempre, pero seguramente Carmela sabría que mentía. De nuevo comprobaría que era un cobarde, y entonces con qué cara volvería a mirarla a ella o a sus hijos. Además, cómo renunciar después de haber venido de tan lejos. Llevaba viviendo casi toda su vida en Tenerife, había pedido traslado para resolver lo que dejó pendiente en su juventud. Su mudanza a Haro representó un cambio completo para toda su familia. No podía abandonar solo porque sentía miedo a la verdad.

Llamó a la puerta. Una mujer joven la abrió. Al fondo se escuchaban los ruidos altisonantes y repetitivos de una consola sobre una banda sonora de locura. Un chico de unos doce años se encontraba con los ojos clavados en el televisor, como un pájaro atrapado por la mirada hipnotizadora de una serpiente, mientras agitaba las manos con movimientos convulsos, inmerso en la fantasía del juego. Santiago pensó en sus hijos, que adolecían del mismo mal.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la mujer, un poco asustada ante el tamaño y la apariencia del hombre que tenía frente a ella.

—Soy el comisario Ortiz —le dijo mostrándole su identificación—. Estoy investigando un crimen cometido aquí hace muchos años. ¿Puede concederme unos minutos?

—¿Un crimen? ¿Aquí? No comprendo a qué se refiere, mi esposo, mi hijo y yo vivimos aquí desde hace diez años, y nunca ha ocurrido nada que pueda interesarle a la policía —respondió la mujer, armándose de valor mientras le bloqueaba el paso a su hogar y a su hijo.

—El hecho al que me refiero ocurrió hace veintiséis años.

—Entonces supongo que debe hablar del homicidio. ¿Aún lo investigan?

—Los casos no resueltos vuelven a ser abiertos cada cierto tiempo —mintió Goliat.

—Tenía entendido que a aquel malnacido lo habían encarcelado.

—Así fue, pero necesito algunos detalles para completar los expedientes —insistió el comisario—. ¿Le importaría?

—Pregunte lo que quiera, pero desde el rellano.

—¿Qué puede contarme?

—Como comprenderá, no mucho. Cuando alquilamos el piso, el agente inmobiliario nos comentó que le había resultado muy difícil encontrar inquilinos debido a que en este lugar ocurrió un horroroso homicidio. Un hombre mató a su propio hijo, que era solo un niño de seis o siete años. Nadie quería vivir en un lugar así, pero nosotros no somos supersticiosos, y nos lo dieron barato.

—En realidad no fue su padre, sino su padrastro —aclaró Santiago.

—Entonces usted sabe más que yo sobre el asunto.

—¿Sabe qué ocurrió con el otro niño?

—¿Otro niño? No sabía que hubiera otro niño. No tengo idea acerca de qué ocurrió con él.

—Muchas gracias. ¿Hay algún vecino que viva aquí desde entonces? ¿Alguien que pueda recordar?

—La señora Jacinta, del segundo B, creo que lleva viviendo aquí desde hace cuarenta años. Tal vez ella pueda aportarle algún dato acerca de ese terrible crimen.

—Gracias, ha sido usted muy amable —dijo Goliat sonriendo, y a la mujer le dio la impresión de haber visto sonreír a un tiburón.

Santiago bajó las escaleras despacio. En realidad no quería llegar al segundo piso, quería seguir de largo, caminar hasta la calle Ventilla, coger su coche, largarse y olvidar el pasado para siempre. A fin de cuentas, Lucas ya debía ser un hombre, tal vez había rehecho su vida, tendría una esposa, hijos, probablemente habría olvidado lo que ocurrió allí, y si no era así, seguramente querría olvidarlo. Lo último que necesitaría sería que él regresara del pasado para recordárselo. Santiago respiró profundo. No importaba la excusa que esgrimiera, su conciencia lo atormentaba desde hacía veintiséis años, pero en especial desde el nacimiento de sus hijos. Carmela notó un cambio en su carácter, no para bien. Después de muchas discusiones, negaciones y peleas, finalmente su mujer, tal vez la única persona que conocía que no le tenía miedo, lo obligó a confesarle su culpa. Entonces lo convenció de que debía hacer lo posible por enmendar sus errores. Debía encontrar a Lucas, el único que aún vivía después de la tragedia. O al menos eso esperaba, porque la verdad era que desconocía por completo cuál había sido su suerte.

Llamó a la puerta del segundo B. Le abrió una anciana con el cabello bien arreglado, teñida de rubio oscuro. Por sus ropas era obvio que se disponía a salir. Para sorpresa de Santiago, no se asustó al verlo, entonces comprendió que la mujer tenía graves problemas de visión, aunque trataba de disimularlos.

—¿En qué puedo ayudarlo, jovencito? Llevo prisa, me disponía a salir al Bingo.

Santiago se preguntó si con esa mala vista podría ver los números, o siquiera los cartones. Apartó el pensamiento. Carmela tenía razón, su tendencia a la mordacidad solo le traía problemas.

—Disculpe, señora, soy comisario de policía —le mostró su identificación—. Me gustaría hablar con usted acerca de un crimen cometido hace veintiséis años en el tercero A.

—¡La Virgen de la Aparecida! ¿Todavía investigan esa abominación? Pero si ya todos deben estar muertos.

Santiago sintió que la piel se le erizaba. No, todos no podían estar muertos. Lucas tenía que estar vivo. Tenía que estarlo.

—¿Podría explicarme qué fue lo que ocurrió?

—Bueno, parece que hoy no llegaré al Bingo, pero soy una buena ciudadana, no me negaré a cooperar con la policía. Pase, por favor. ¿Quiere un café?

—No, muchas gracias —respondió Goliat, mientras se sentaba en uno de los sofás de la sala.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que pueda recordar.

—Muy bien. Era una familia normal. Buenos vecinos. El padre era policía. Recuerdo dos chicos, aunque él tenía otro mayor de un primer matrimonio que solo vivió unos meses aquí, porque se fue pronto de casa. El padre murió mientras estaba de servicio. Al cabo de un par de años ella volvió a casarse. No tardó mucho el hombre en crear problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Lo habitual, bebía mucho y se ponía violento. Algunas veces se escuchaban gritos de ella, también llanto de niños. En ocasiones me pregunto si nuestra intervención hubiera podido evitar la tragedia, pero era otra época, las denuncias por maltratos pocas veces lograban algo, especialmente si provenían de fuera del seno familiar. Quiero que comprenda, no me estoy justificando, pero las cosas eran así —la mujer quedó en silencio mientras miraba la punta de sus pies.

—¿Qué más ocurrió? ¿Qué pasó aquel día?

—No lo sé exactamente. La policía no nos dio muchas explicaciones, ¿sabe? Aquel día escuchamos a uno de los niños, el mayorcito, gritando con

desesperación.

—¿Qué gritaba?

—Asesino, maldito, ese tipo de cosas.

—¿Qué más ocurrió?

—Salimos al rellano y vimos al padre corriendo escaleras abajo. Iba pálido como un muerto. Los hombres no le permitieron salir del portal. Algunos vecinos entramos en el piso y nos encontramos una escena de pesadilla.

—¿Qué había ocurrido?

—El chico mayor lloraba sobre el cadáver de su hermano, que había recibido una herida terrible en la cabeza. La mujer sufría una crisis de nervios repitiendo sin cesar que todo era su culpa. Finalmente llegó la policía, y entre lágrimas, el chico mayor contó que su hermanito había querido sacar algo del refrigerador, entonces sin querer tiró al suelo una botella de vino de su padrastro, que dormía la mona sobre la mesa de la cocina. El tipo se enervó cuando vio el vino derramado, golpeando con fuerza al muchacho. Su cabeza fue a dar al borde del fregadero. Murió en el acto.

—¿Sabe qué pasó con ellos?

—Fue una tragedia, la mujer no pudo superar el trauma. La ingresaron en un sanatorio.

—¿Qué le ocurrió al chico?

—Los servicios sociales se ocuparon de él. No volvimos a tener noticias suyas.

Santiago sabía que lo lógico hubiera sido preguntarle a la mujer qué le había ocurrido al hombre, pero él ya lo sabía. Lo único que le consolaba era que el maldito asesino había dado con sus huesos en la cárcel y que había muerto allí a causa de la tuberculosis.

## Capítulo seis

Sofía llegó temprano a la comisaría. Néstor ya estaba allí, ocupado en revisar documentos que sacaba de una caja. Parecía recién duchado, incluso su cabello aún se mantenía húmedo, pero el traje estaba tan arrugado que a la subinspectora no le hubiera resultado difícil creer que había dormido con él.

—Buenos días —saludó Sofía.

—¡Ah! ¡Hola! —devolvió el saludo Salazar, levantando la cabeza por un momento para volver inmediatamente a los papeles.

—¿Qué tienes ahí?

—¿Esto? —preguntó Néstor distraído—. Sí, este... son los documentos de Belmonte que los muchachos de la científica creen que nos pueden interesar. También están las fotos que se tomaron durante el mitin.

—¿Has encontrado algo?

—Ningún delito, si te refieres a eso, —confesó el inspector— aunque apenas comienzo a leer, pero hasta ahora solo son balances, presupuestos, la mayoría relacionados con las campañas y la carrera política del concejal. Por otro lado, las fotos son lo que podría esperarse: vecinos acercándose al candidato para hacerle la pelota. Sin embargo, aquí hay una que promete.

Sofía cogió la fotografía de manos del inspector. Mostraba una persona estrechando la mano de Belmonte. No parecía muy diferente de las demás, excepto porque el vecino en cuestión, ocultaba su cara con la capucha de su sudadera. Aunque no se le distinguía el rostro, se apreciaba que era delgado y de mediana estatura.

—¿Crees que es importante? —preguntó la subinspectora.

—Es la única persona que no muestra su cara. Ya he ordenado al sargento que localice a todos los vecinos que se acercaron al concejal, que

los interrogue y determine sus nombres, ocupaciones, la razón por la que se encontraban allí. Incluido este sujeto.

—¿Alguna otra información de interés?

—Nada concreto. Tengo que reconocerlo.

—Entonces no has encontrado la prueba que buscabas de que Belmonte escondía algo.

—Sí y no. Los documentos en sí no prueban nada, pero vistos en su conjunto... —Salazar cogió dos *dossier* que había apartado en el lado derecho de su escritorio, entregándole uno a su compañera—. Mira esto.

Sofía lo abrió revisándolo con detenimiento, aunque los balances y los números no eran lo suyo.

—No veo nada raro, excepto que los montos son bajos.

—¡Precisamente! —exclamó Salazar, celebrando la perspicacia de Sofía—. Si observas bien, las donaciones para la campaña en el año 2007 provenían de los propios vecinos, militantes, gente común, así como de algún que otro comercio pequeño comprometido con la causa. Aunque eran muchos, las cantidades resultaban escasas, sobre todo si lo comparamos con los grandes partidos, que cuentan con abundantes recursos.

—Bueno, es un partido pequeño, local, sin el apoyo de grandes firmas...

—Era —corrigió Néstor—. Aquel año Belmonte no consiguió ningún cargo político. De hecho, llegó de último en la elección. No puedes saberlo porque entonces no vivías en Haro, pero su campaña se limitaba a unos pocos carteles pegados en los lugares más céntricos del municipio, y unos jóvenes voluntarios repartiendo volantes. Al momento de las elecciones eran pocos los que lo conocían. Su nombre no significaba nada para casi nadie. Ahora mira este.

Sofía cogió el segundo *dossier* de manos del inspector. En cuanto vio las cifras los ojos se le abrieron como platos.

—¡Menuda diferencia!

—Son los balances de las donaciones para la siguiente campaña, la del 2011, que fue su primer triunfo como concejal. Como verás las cifras son significativamente más elevadas, gracias a que encontraron un inversor importante.

—«Bodegas San Cirilo».

—Correcto, pero mira ahora esto —dijo Salazar, cogiendo otro documento del escritorio y mostrándoselo a Sofía.

—¿Un registro comercial?

—Lo consulté esta mañana. El registro de las «Bodegas». Como puedes ver, comenzaron a funcionar en el año 2010, apenas seis meses antes de las elecciones.

—¿Y cuál es el problema? —porfió Garay—. Una empresa que está comenzando decide invertir en la campaña de un político. Puede ser cuestionable, pero no es un delito.

—¿Sabes cómo funciona el negocio vinícola?

—No tengo la menor idea.

—La siembra de la vid se lleva a cabo entrada la primavera, mientras que la vendimia es en otoño, entre septiembre y octubre.

—¿Y?

—Las Bodegas San Cirilo fueron registradas en julio del 2010, por lo que ese año no pudieron llevar a cabo la siembra, así que no habría vendimia, y por lo tanto, tampoco vino. He llamado a un amigo propietario de un bar, que me confirmó que el vino San Cirilo comenzó a venderse a partir del año 2012...

—Lo que quiere decir...

—Que en el año 2011 estarían sembrando, cosechando, y procesando el vino. No era el mejor momento para invertir en nada que no fuera el desarrollo de la bodega. Todo serían gastos, aún no había ganancias, ni retorno de la inversión. Ni siquiera sabían si sería un fracaso. Como podrás imaginar, en la Rioja si algún negocio es competitivo es el del vino.

—¿Y cómo les fue? —preguntó Sofía.

—Según mi amigo, es un vino regular, que tiene ventas más bien bajas. Nada que justifique semejantes donaciones.

—¿En qué estás pensando?

—Me preguntaba si estarías interesada en conocer una verdadera bodega riojana.

Salieron de comisaría después que Néstor recogiera las llaves del Corsa. El inspector maniobró por las estrechas callejuelas del barrio, hasta que las

calles derivaron en avenidas más amplias y vistosas, pasaron un par de rotondas hasta que los edificios de pisos fueron desapareciendo para convertirse en chalets, galpones y otras edificaciones cada vez más distantes entre sí. A Sofía le pareció que no se habían alejado demasiado del centro de la ciudad cuando aparecieron los viñedos a la izquierda de la carretera. La subinspectora esperaba ver hileras de trabajadores recogiendo los racimos para depositarlos en cubos o cestas, esa era la idea que tenía de la vendimia. Se sorprendió cuando vio una máquina enorme, tan alta que tenía un túnel en el centro, por donde hacían pasar los viñedos.

—¿Qué es ese monstruo? —preguntó. Néstor echó una ojeada rápida para regresar su atención de nuevo a la carretera.

—¡Ah! Eso es una vendimiadora.

—¿Ya no hay jornaleros para ese trabajo?

—Desde luego que sí —respondió Néstor, un poco sorprendido por lo poco que sabía su compañera acerca de la elaboración del vino. Claro, ella no era riojana—. Muchos aún prefieren a los vendimiadores de carne y hueso, especialmente los que producen caldos más finos.

Sofía guardó silencio, comprendiendo que si tenía que vivir en La Rioja debería profundizar en sus conocimientos de enología. Aunque su intención era permanecer el menor tiempo posible allí. Su antiguo jefe le había prometido que le darían una plaza en Madrid en cuanto hubiera una disponible.

Del lado derecho de la carretera comenzaron a verse galpones y por último, un edificio rectangular de obra vista con un letrero en el cual se leía: «Bodegas San Cirilo». Todo el complejo estaba rodeado por un muro de la altura de un hombre. Salazar cruzó a la derecha, acercándose al edificio, dejaron el coche en un aparcamiento donde también esperaba un autobús de turistas vacío. Entraron a un amplio salón bien iluminado, con suelos de granito pulido y paredes forradas de madera. En la pared del fondo había una estantería repleta de botellas en exhibición, como si fueran libros en una biblioteca. En el centro de la sala media docena de mesas altas, para ser usadas de pie, ostentaban botellas abiertas y copas. Un camarero pasaba con una bandeja entre las mesas, recogiendo las usadas para sustituirlas por limpias, mientras los turistas probaban los diferentes tipos de vino,

discutiendo entre ellos cuál era mejor. La guía turística los contemplaba con cara de aburrimiento.

Néstor se acercó al camarero hablándole en voz baja. El hombre asintió y debió pedirle que lo siguiera, porque fue lo que hizo el inspector, que a su vez gesticuló para que Sofía lo acompañara. Avanzaron por un pasillo que los llevó hasta una escalera. Subieron a un espacio completamente alfombrado, donde había una sala de espera, la pasaron de largo y su guía los dejó frente a una puerta de madera sin rótulo. Néstor agradeció al camarero y le entregó una propina, después de lo cual el joven regresó a sus labores. El inspector llamó a la puerta. La voz cantarina de una mujer lo invitó a pasar.

—Buenos días. Soy el inspector Salazar y mi compañera es la subinspectora Garay. Estamos investigando la muerte del señor Belmonte. Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Buenos días. Soy Carmen Rivas —respondió la mujer mientras estrechaba la mano de los policías—. No sé en qué puedo ayudarlos, conocía poco al señor Belmonte. Nunca me he relacionado mucho con el entorno laboral de mi madre.

—¿De su madre? —preguntó Néstor, mientras intercambiaba una mirada de sorpresa con Sofía. Aquello no se lo esperaban.

—Sí, eh... Celia Solís, la secretaria del señor Belmonte es mi madre. ¿No lo sabían? ¿No están aquí por eso?

—En realidad lo que nos trajo está relacionado con las bodegas y sus donaciones a la campaña del concejal.

—En ese caso, me temo que no podré ayudarlos. Mi papel aquí es el de agrónoma. Trabajo con las cepas de las uvas, con su cultivo. No sé nada acerca de los aspectos administrativos del negocio. Ustedes necesitan hablar con el señor Bermúdez, mi jefe.

—¿Puede decirnos su nombre completo? —preguntó Sofía mientras sacaba su libreta para tomar notas.

—Darío Bermúdez. Es el propietario y administrador de las bodegas, pero me temo que en este momento no podrá atenderlos.

—¿Por qué? Se trata de un asunto oficial de máxima prioridad —protestó la subinspectora.

—Sí, pero desde hace dos días, Darío está en Málaga, en un Congreso de Viticultura y Enología. No regresará hasta el próximo miércoles.

Néstor suspiró. Ya le parecía que aquello había sido demasiado fácil.

Néstor y Sofía salieron de las bodegas con un sabor agridulce en la boca, y no fue a causa del mal vino.

—Una pérdida de tiempo —afirmó la subinspectora con desaliento.

—¿Lo crees?

—No pudimos averiguar nada acerca de las donaciones, o la relación de las bodegas con Belmonte, si es que existe.

—Existe, no tengas dudas acerca de ello.

—¿En qué te basas? Lo único que tenemos hasta ahora son esas extrañas donaciones.

—No creo que la presencia de la hija de la secretaria de Belmonte allí sea una coincidencia.

—Podría serlo.

—¡Vamos! ¿Sabes cuántas bodegas hay en Haro? Pero de todos los viñedos de La Rioja, de todos los sembradíos, la hija de Celia Solís ostenta un importante cargo en la que financió la campaña de Belmonte. No, no se trata de una coincidencia.

El teléfono de Salazar interrumpió la conversación. Respondió cuando ya se disponían a subir al coche.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó mientras le indicaba a Sofía que tomara nota—. Carlos Espinoza —repitió para que la subinspectora lo anotara—. Dirección... Sí, ya sé dónde es, conozco el local.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofía después que él colgara el móvil.

—Hemos enviado un par de uniformados a interrogar a los vecinos que estaban ayer en el parque. Uno de ellos comentó que Belmonte recibió amenazas la semana pasada.

—¿De este hombre?

—Es propietario de una zapatería en la calle Ventilla. La conozco, vamos.

Subieron al coche. Salazar enfiló en dirección al noreste. Llegaron a una larga calle de una sola vía en la que se apreciaban edificaciones de tres pisos, como en la mayor parte del Haro que Sofía había visto hasta ese

momento. Al llegar a una de las bifurcaciones, Néstor encontró un aparcamiento señalizado en el ensanchamiento de la calle. Se apearon del coche y regresaron sobre sus pasos en dirección sur. La zapatería se encontraba a pocos metros. Entraron y una joven dependienta los abordó.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlos?

Salazar miró su reloj con sorpresa, era verdad, ya la tarde estaba avanzada. El tiempo transcurría demasiado rápido, pero él sentía que su investigación no avanzaba.

—Policía —respondió él, mostrándole la identificación a la chica—. Deseamos hablar con el señor Espinoza.

—Sí, claro, —respondió la dependienta un poco nerviosa—. Se encuentra en la oficina, ahora lo llamo.

—Será mejor que nos guíe hasta él. Debemos hablar en privado.

—Como usted diga, comisario.

—Inspector, —corrigió Néstor— pero le agradezco el ascenso.

La broma pareció relajar a la chica que los invitó a seguirla. Al fondo de la tienda, una cortina ocultaba la entrada a un pasillo que llevaba a las dependencias destinadas a los empleados. Sofía pudo atisbar la puerta de los sanitarios, así como una pequeña salita de descanso y el acceso al almacén. Al llegar a este último encontraron una oficina fabricada con tabiques. La chica tocó la puerta y la voz de un hombre la invitó a entrar.

—Disculpe señor Espinoza, —dijo la dependienta mientras abría la puerta— la policía está aquí, desean hablar con usted.

En el pequeño despacho había un hombre de mediana edad, con pronunciadas entradas y un leve sobrepeso, que levantó la vista de los libros de contabilidad que revisaba.

—¿La policía? —preguntó mientras palidecía.

—Soy el inspector Salazar, y mi compañera la subinspectora Garay —se presentó Néstor extendiéndole la mano derecha, mientras sostenía su identificación con la izquierda.

Espinoza pareció desconcertado, no sabía si estrechar la mano del policía o examinar su identificación. Optó por lo primero mientras despachaba a su empleada.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó recuperando la compostura.

—Supongo que ya sabe la noticia de la muerte del concejal Belmonte.

—Sí, lo escuché ayer en el telediario. No puedo decir que lo lamente, pero que tiene eso que ver con ustedes, o conmigo.

—Aunque aún no se ha hecho público, el concejal no murió por causas naturales.

—Quiere usted decir que fue... —preguntó Espinoza volviendo a palidecer.

—Asesinado. Ese es nuestro interés en este caso. ¿Podemos? —preguntó el inspector señalando las sillas.

—Por favor... —concedió el propietario de la zapatería. Néstor y Sofía se sentaron frente a él—. Aún no comprendo qué tiene que ver conmigo.

—Un testigo afirma que hace varios días usted amenazó de muerte al concejal. ¿Es eso cierto?

—¡No! Eh, yo... —respondió Espinoza con un bufido.

—¿Entonces el testigo miente? —insistió Néstor.

Escalona ocultó su cabeza entre las manos tratando de tranquilizarse, las llevó hacia atrás mesándose el cabello y luego miró a los policías a los ojos.

—Lo amenacé, sí, porque era un hijo de puta, pero le juro que yo no lo maté. Soy un bocazas, cualquiera se lo puede decir. Se me va la fuerza por la boca y reconozco que odiaba a ese maldito y también que ayer cuando escuché que había muerto lo celebré tomándome una copa, pero hasta ahí.

—Entonces reconoce que lo odiaba y que lo amenazó de muerte.

—Sí —reconoció el zapatero con un murmullo—, pero no hice nada contra él.

—¿Por qué lo odiaba tanto?

—Por su culpa perdí el piso que había heredado de mi madre.

—¿Puede explicárnoslo?

—Mi madre vivía en un apartamento de la calle Cuevas. Era una vivienda vieja, que necesitaba una remodelación, pero para mí tenía un gran valor sentimental, porque allí pasé mi infancia. El lugar me recordaba la época más feliz de mi vida. El pago del impuesto sucesorio fue más elevado que el mismo costo del piso, pero mi intención era remodelarlo para darle más valor y alquilarlo hasta que pudiera ser aprovechado por alguno de mis hijos. Como un legado familiar.

—Muy encomiable —intervino Sofía por primera vez—. ¿Qué pasó?

—Okupas —respondió Escalona—. No había terminado de resolver la burocracia relativa a la sucesión cuando fue ocupado por dos parejas jóvenes. Llevé a cabo todos los procedimientos, denuncia a la policía, demostración de la propiedad ante un juez, pero en cada paso me encontraba con barreras. La denuncia se perdió, el juez asignado al caso no fue notificado, ese tipo de cosas, como si hubiera caído una maldición sobre mi propiedad. Un día se presentó el representante de una inmobiliaria. Me ofreció una cantidad irrisoria por el piso. Me negué, le dije que le prendería fuego antes que regalárselo a unos buitres que se aprovechaban de la desgracia ajena. La respuesta del agente fue que eso era precisamente lo que tendría que hacer si no vendía. Finalmente, después de tres años, conseguí que esos malvivientes desalojaran mi casa. Cuando logré acceder al piso no pude menos que llorar. Habían arrancado las puertas, rompieron las ventanas, se llevaron los váteres, los lavamanos, rompieron las paredes con una mandarina. Reparar mi propiedad me costaría dos veces su verdadero valor. Pérdida total.

—¿Y qué relación tenía Belmonte con todo eso? —preguntó Salazar—. Es lamentable, pero algo que ocurre con frecuencia.

—Sé de buena fuente que Belmonte estaba detrás de todo. Es *vox populi* que protegía a los okupas. Fui a verlo para reclamarle lo que hicieron sus protegidos, y sabe lo que hizo el tipo: se rio de mí. Dijo que lo merecía por tener dos propiedades y no estar dispuesto a compartir una con los más necesitados. ¿Puede creerlo? Ese tipo nunca hizo nada productivo. Vivió toda su vida a costa de la comunidad, los contribuyentes pagábamos su sueldo para esto. Cuando se burló de mi desgracia monté en cólera, así que le dije que algún día lo pagaría caro, y que yo estaría allí para verlo.

—Comprendo. ¿Dónde estaba usted la tarde de ayer? —preguntó Salazar.

—Aquí, estuvimos todo el día Marta, mi empleada y yo haciendo inventario.

—¿No abandonó la tienda en ningún momento? ¿No se quedó solo?

—No. Teníamos bastante trabajo y queríamos terminar lo antes posible. A la hora del almuerzo pedimos un par de bocatas y unas coca-colas, pero

no salimos de aquí.

—Supongo que su empleada confirmará sus declaraciones.

—Por supuesto.

Los policías se despidieron excusándose por haber ocupado su tiempo, salieron y confirmaron la coartada de Carlos Espinoza. Luego fueron en busca del coche. Una ligera lluvia calabobos los esperaba afuera. Néstor se subió el cuello del gabán y Sofía cerró la cremallera de su chaqueta.

—Otro callejón sin salida —se quejó la subinspectora—. Hemos perdido el tiempo.

—No estoy de acuerdo —trató de animarla Salazar—. Ahora tenemos otro enfoque de la labor social de defensa de los okupas de Belmonte. Sabemos la versión de los perjudicados, los propietarios.

—¿Y eso de qué nos sirve para resolver su homicidio?

—Puede ser un móvil muy poderoso que debemos investigar. No creo que Escalona fuera el único que haya perdido una propiedad por culpa del concejal.

Sofía asintió. Por una vez estaba de acuerdo con su jefe. Cuando llegaron al coche, Salazar le dijo como si se le hubiera ocurrido en ese momento.

—Vamos, te invito a almorzar. Verás que con el estómago lleno serás más optimista.

Sofía se mantuvo en silencio. No sabía qué pensar de esa repentina invitación. Sin embargo no se atrevió a rechazarla.

## Capítulo siete

Sofía se sorprendió cuando vio que regresaban a la comisaría. ¿Habría cambiado de opinión el inspector acerca de la invitación a almorzar? ¿Tal vez la expresión de su rostro lo había desanimado? Ella solía rechazar la mayoría de las invitaciones que le hacían porque generalmente tenían motivaciones ocultas, pero sabía que ese no era el caso de Salazar. Aunque al conocerlo le había causado una pobre impresión debido a su aspecto descuidado, en la medida en que pasaba tiempo con él comenzaba a apreciar algunos aspectos de su personalidad. Se había dado cuenta que era menos despistado de lo que aparentaba y definitivamente se trataba de una persona muy inteligente, pero lo que más le agradaba de él era que la trataba como su compañera, no como una pieza de cacería lista para ser atrapada y devorada. Néstor la respetaba, por lo que se sentía cómoda con él. Además tenía que reconocer que sin las gafas, peinado y bien vestido podría resultar atractivo. Claro, que aquello requería un tremendo esfuerzo de imaginación.

Se apearon del coche. Salazar guardó las llaves en el bolsillo de su gabán mientras la invitaba a seguirlo. La segunda sorpresa de Sofía fue que no se detuvo en la comisaría, sino que siguió adelante en dirección a la plaza de la iglesia. Entraron por una de las callejuelas que rodeaban la plaza, hasta que llegaron a un bar llamado «La Callecita». El ambiente acogedor le gustó a Sofía. Detrás de la barra había un hombre cercano a los cuarenta, con la piel bronceada, los cabellos oscuros y rizados. Cuando vio a Salazar desplegó una amplia sonrisa.

—¡Néstor! ¡Qué bueno verte por aquí tan temprano! ¿Qué ha ocurrido hoy que te has acordado de almorzar?

—Hola Gyula. Permíteme presentarte a mi compañera, la subinspectora Sofía Garay —luego miró a Sofía—. Él es mi buen amigo, Gyula.

—Un placer —respondieron al unísono, mientras se estrechaban las manos.

—¿Qué puedes ofrecernos, Gyula?

—Hoy la paella quedó como nunca.

—¿Te apetece paella, Sofía?

—Es mi plato favorito.

—Genial —respondió Néstor, encaminándose hacia su mesa de siempre.

—¿Qué le sirvo para beber, señorita? —preguntó Gyula.

—Estamos en La Rioja. Vino, por supuesto.

—¿Lo ves? —dijo Gyula alzando la voz para que su amigo lo escuchara—. La subinspectora sí es coherente.

Se sentaron a la mesa. Sofía no había comprendido el último comentario.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó la subinspectora.

—Gyula es un viejo amigo —explicó Néstor—. Suele cachondearse de mí porque nunca tomo vino.

—¿No tomas vino?! —Salazar negó con la cabeza lentamente, sintiéndose juzgado, como siempre le ocurría cuando hacía esa confesión—. ¿Me estás diciendo que existe un riojano al que no le gusta el vino?!

—Supongo que deben existir muchos. Pero vivimos de incognito.

—¿Eres abstemio?

—No del todo, en realidad suelo tomar sidra.

—Debo reconocer que eres un cajón de sorpresas.

Gyula llegó con el pedido, dos magníficas raciones de paella, un vaso de vino y uno de sidra, además de una cesta con pan recién hecho. Luego se retiró en silencio. Comieron con gusto. Sofía tuvo que reconocer que era lo mejor que había probado desde que llegó a la Rioja, pese a que sus anteriores comidas habían sido excelentes. En cuanto terminaron, el tabernero volvió a aparecer.

—¿Queréis café?

Sofía negó con la cabeza. Néstor lo pidió solo. Cuando Gyula regresó con el café, Salazar le hizo un gesto invitándolo a sentarse con ellos.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó el inspector. El tabernero asintió y comenzó a hablar.

—Bastante. Tengo un colega cuyo primo trabajó con el concejal.

—¿Trabajó con él? ¿Cómo qué? —preguntó Sofía.

—Reclutando a los okupas.

—Espera, ¿los reclutan? —preguntó Néstor.

Gyula suspiró.

—Se trata de un entramado muy bien montado. El primo de mi colega indaga hasta encontrar personas desesperadas sin vivienda. Les hacen una oferta: les ayudan a ocupar un piso para que lo cojan, garantizándoles que no habrá consecuencias judiciales, al prometerles la protección de un gran poder político. Deben permanecer en el inmueble hasta que el dueño acepte venderlo. Durante ese tiempo se les exige pagar una pequeña cuota a Belmonte, como si fuera un alquiler. Reciben un piso de protección oficial si el propietario cede o si se concreta el desalojo a pesar de la intervención del concejal. En caso de no darse el negocio, el primo de mi amigo deja la vivienda inservible. Unos son el escarmiento de otros, así que la mayoría vende por lo que le ofrezcan, que son sumas ridículas.

—¿Quién es el comprador? —preguntó Salazar, aunque ya lo sospechaba.

—Era Belmonte, por supuesto, aunque ninguno de los pisos que compraba estaba a su nombre, sino de una inmobiliaria que actuaba como testaferro. No sé cómo se reorganizarán ahora, el primo de mi amigo teme que todo se venga abajo.

—¿Sabes el nombre de la inmobiliaria?

—«Inmobiliaria Ramírez» —Sofía tomó nota—. El dueño es Daniel Ramírez.

—Así que el concejal ganaba dinero cobrándoles a los okupas, además de la extorsión que obligaba a los dueños a vender barato —resumió el inspector.

—Por lo visto tenías razón con respecto a Belmonte —reconoció Sofía.

—Sí, me parecía demasiado bueno para ser de carne y hueso. Bien, ya sabemos lo que ocultaba Belmonte, aunque sospecho que hay más. Ahora debemos probarlo y averiguar qué relación tiene con su muerte.

Después del almuerzo se encaminaron a la inmobiliaria, estaba cerca, así que pudieron llegar andando. Sofía se sorprendió al ver que ocupaba los bajos de una de las tradicionales casas antiguas de tres pisos, en una calle muy estrecha dedicada solo a viviendas. El local parecía apropiado para un pequeño bar, pero no para una oficina dedicada a compra, venta y alquiler de inmuebles. De hecho, era el único comercio en toda la extensión de la calle. Para que algún cliente llegara hasta allí tendría que buscarlos específicamente, además de llevar bien anotada la dirección.

Cuando entraron se encontraron con dos escritorios y un despacho construido con tabiques al fondo. Era la oficina más cutre que la subinspectora había visto en toda su vida. De las mesas de trabajo, solo una estaba ocupada por una chica joven.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlos? —preguntó sin poder disimular su sorpresa. Era obvio que no estaba habituada a la visita de clientes.

—Policía —dijo Salazar mostrando su identificación—. Necesitamos hablar con el señor Ramírez.

—El señor Ramírez está ocupado —se excusó la joven, palideciendo—. No puede recibir sin cita. Si ustedes lo desean puedo concertar una cita para...

—No podemos esperar —refutó Salazar, con un tono autoritario que Sofía escuchaba por primera vez.

El inspector avanzó hacia el despacho con paso decidido, mientras se erguía. La subinspectora se sorprendió. No se había percatado de la estatura de su compañero, que al mantenerse ligeramente encorvado aparentaba una altura igual a la media, pero cuando enderezó la espalda pareció crecer al menos cinco centímetros. La nueva postura también contribuyó a que sus hombros se vieran más anchos. El cambio paralizó a la joven recepcionista, que se sintió impotente para detener a un hombre de semejante envergadura. Sofía lo siguió, aprovechando el desconcierto de la mujer. Néstor llamó a la puerta y la abrió, sin esperar respuesta.

—Ana, te dije que no me interrumpieras. Puedes irte a almorzar si quieres, no necesitas mi permiso. De cualquier manera aquí no entra nadie nunca —dijo el hombre detrás del escritorio sin apartar la vista del ordenador.

—Mi nombre no es Ana —respondió el inspector, entrando en el despacho e inclinándose para atisbar lo que Ramírez miraba en la pantalla con tanta atención. Se dio cuenta de que se trataba de una página porno.

El agente inmobiliario dio un respingo, cerrando rápidamente la página que tenía desplegada, luego llevó a cabo una serie de movimientos nerviosos, cambiando lápices de un lugar a otro y acomodando papeles.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué Ana les ha permitido entrar? Si necesitan los servicios de una inmobiliaria, no estamos aceptando nuevos clientes.

—Somos policías —respondió Néstor, volviendo a adoptar su postura habitual, cargado de hombros—. Soy el inspector Salazar, y mi compañera es la subinspectora Garay. Venimos a hablar con usted acerca del concejal Belmonte.

—¿El que murió ayer durante un mitin? No lo conocía, no tiene nada que ver conmigo o con la inmobiliaria —afirmó Ramírez, mientras gotas de sudor aparecían en su frente.

—No es la información que tenemos. Verá, señor Ramírez, puede hablar con nosotros tranquilamente, o podemos pedirle al juez que emita una citación, además de una orden de registro para esta oficina.

—Escúcheme, no quiero problemas. No he hecho nada ilegal.

—Háblenos de su relación con el concejal Belmonte —ordenó el inspector, mientras se sentaba frente al agente. Sofía lo imitó.

—Está bien, conocía a Juanjo, crecimos en el mismo barrio. Él siguió la carrera política, yo me dediqué al negocio inmobiliario. Nuestras vidas se separaron, no lo he visto desde hace muchos años.

—Este no parece un negocio muy próspero —opinó Salazar.

—Suficiente para ir tirando. Es modesto, pero sirve a los intereses de este barrio.

—¿Cómo puede darse el lujo de no aceptar nuevos clientes?

—Somos pocos, bueno, en realidad somos solo Ana y yo. No tenemos tiempo de ocuparnos de más de un par de clientes a la vez.

—Ya veo —dijo el inspector, pensando que un hombre ocupado, que lleva adelante su propio negocio no pierde el tiempo mirando páginas porno en horas de trabajo, pero guardó silencio, esa sería una carta para ser jugada después—. Bien, en ese caso no le hacemos perder más tiempo. Muchas gracias por atendernos.

—No me han dejado alternativa —se quejó Ramírez.

Salieron de la oficina. Sofía se sentía muy confundida y un poco decepcionada. La entrevista le pareció una pérdida de tiempo.

—¿Y eso fue todo? —le preguntó a su jefe—. ¿Por qué no lo presionaste? ¿Por qué no le preguntaste acerca de los okupas y las extorsiones?

—No tenemos pruebas aún. Lo negaría todo, además de ponerlo sobre aviso.

—¿Entonces por qué hemos venido?

—Porque quería conocerlo, además de meterle el miedo en el cuerpo. ¿Te diste cuenta cómo sudaba a pesar del frío? Es seguro que no se quedará quieto, moverá pieza porque está asustado, y las personas que están asustadas cometen errores.

## Capítulo ocho

Santiago creyó que se había perdido, después de recorrer kilómetros por una carretera que lo alejaba cada vez más de Haro, en la que solo se veían viñedos, o sembradíos de hortalizas, alternados con campos yermos. Finalmente apareció ante él un edificio con aspecto de finca campestre, rodeada por un jardín muy bien cuidado, donde algunos ancianos dispersos tomaban el sol, bien sentados en bancos estratégicamente ubicados, o en sillas de ruedas. El comisario giró a la izquierda donde había un aparcamiento destinado al personal y los visitantes. Entró en la residencia sintiendo un nudo en el estómago. La conversación que sostuvo veintiséis años atrás con la mujer a la que ahora quería entrevistar acudió a su memoria intempestivamente.

—¿Es usted Santiago Ortiz?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Pilar García, soy trabajadora social. Lo llamo a causa de un suceso que ocurrió en su familia.

—Yo no tengo familia.

—¿No es usted Santiago Ortiz, hijo de Sebastián Ortiz y de Magdalena Rivas?

—Sebastián Ortiz era mi padre, pero murió hace cuatro años. Magdalena Rivas era mi madrastra. Se volvió a casar después de la muerte de mi padre, pero yo no tengo relación directa con ella, ni mucho menos con su segundo marido.

—Pero su padre tuvo dos hijos con la señora Rivas, que serían sus hermanastros ¿no es correcto?

—Sí, es correcto.

—Ellos son su familia, ¿no es así?

—En todo caso mi media familia —corrigió Santiago—. ¿Por qué me llama? ¿Qué ha ocurrido?

—Es un tema delicado para ser tratado por teléfono. Me gustaría que pudiéramos entrevistarnos en persona.

—¿Quiere que me desplace hasta Haro? Oiga, yo tengo obligaciones, no puedo largarme cuando se me antoje, y menos en un viaje tan largo. ¿Es consciente de que me está llamando a Tenerife?

—Soy consciente señor Ortiz —respondió la mujer endureciendo el tono—. El asunto que tengo que tratar con usted es realmente grave, sobre todo porque el futuro de un niño está en juego. Si es necesario yo me desplazaré hasta donde usted se encuentre.

—¿Qué es eso tan grave que ha ocurrido? Déjese de remilgos y cuéntemelo de una vez.

—No me está permitido discutir el tema por teléfono. Como comprenderá, yo también debo cumplir ciertos reglamentos, pero le adelantaré lo que me sea posible.

—La escucho.

—Necesitamos que se haga responsable de su hermano Lucas.

—¿Es una broma? ¿Por qué? ¿La inútil de mi madrastra y el borracho de su marido no son capaces de cuidar a un mocoso de doce años? Además, es mi hermanastro, no mi hermano. Somos hijos del mismo padre, pero de diferente madre.

—Solo puedo decirle que si no acepta tutelar a su hermanastro, Lucas entrará en el sistema oficial como niño en condición de orfandad, con todo lo que ello implica.

—¿Y qué hay del otro? ¿De Gabriel?

—Se lo explicaré en persona, pero solo tendría que asumir responsabilidad por Lucas.

—Olvídelo. No tengo nada personal contra Lucas, —le dijo mientras recordaba los celos que sentía del muchacho cuando su padre comentaba con orgullo lo listo que era— pero hace seis años que no lo veo, así que no me siento particularmente unido a él. Mi hermanastro es responsabilidad de mi madrastra y su nuevo marido, así que hable con ellos para que la asuman.

—Ambos están impedidos temporalmente de hacerlo.

—Entonces usted llama al pringado del hermano mayor, ¿verdad? Pues olvídelo.

Santiago colgó el teléfono. No volvió a pensar en el asunto, hasta que durante un congreso al que asistió sobre violencia doméstica, uno de los casos expuestos fue el de su propia familia. No mencionaron nombres, por supuesto, pero él pudo reconocer su antigua casa en las fotos de la escena del crimen, entonces supo cuál había sido el «suceso» que había dejado a Lucas en condición de orfandad. En aquellos días aún era muy joven, pero sobre todo egoísta. No quería responsabilidades. Se decía a sí mismo que aquella preocupada mujer habría procurado un buen lugar para Lucas. Tampoco era que hubiera quedado en la calle. Además, ya tenía doce años. Solo serían seis años hasta alcanzar la mayoría de edad.

Las excusas que se daba a sí mismo solo le sirvieron hasta que conoció a Carmela y formó su propia familia. Cuando sus gemelos nacieron lo asaltó el recuerdo de la tragedia y no pudo evitar pensar que también sus hijos estaban expuestos a sufrir la suerte de su hermano. Él era policía, estaba siempre bajo riesgo. Carmela, Dios la protegiera, podía caer enferma de gravedad, o sufrir un accidente, entonces sus hijos podían quedar huérfanos. Era absurdo, lo sabía, pero esos pensamientos lo obsesionaban, como si esperara que esos acontecimientos pudieran ocurrir como castigo a su comportamiento.

Ahora sabía que su paz espiritual dependía de encontrar a Lucas, de lograr que le perdonara su abandono.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —preguntó la recepcionista.

—Comisario Ortiz —le dijo mientras le mostraba su identificación. No debería usar su condición de policía para llevar a cabo una investigación de carácter personal, pero era la mejor forma de abrir puertas, y nadie lo sabría —. Deseo ver a la señora Pilar García.

—¿Por qué quiere ver a la señora García?

—Debo hacerle algunas preguntas. No es algo de su incumbencia.

—Dudo que la señora García pueda darle alguna respuesta acerca de cualquier asunto —respondió la mujer, enfadada por el despotismo del policía.

—¿A qué se refiere?

—La señora García sufre demencia senil. Algunas veces ni siquiera recuerda su propio nombre.

—Lléveme a verla de todas formas —pidió Santiago, ya menos seguro de sí mismo.

La enfermera lo guio a lo largo de pasillos esterilizados, atravesaron un salón con varias mesas, donde algunos ancianos jugaban al bingo o al parchís. Un par de ellos veían un programa de concursos en la televisión. Subieron la escalera, en el segundo piso se encontraban algunas de las habitaciones. La mujer llamó a la segunda puerta, y entró sin esperar respuesta.

—Doña Pilar, tiene visita.

Una mujer menuda de cabello blanco recogido en un moño miraba sin ver a través de la ventana. Cuando Santiago la vio comprendió que estaba ante otro callejón sin salida.

—Señora Pilar, —le dijo con voz suave, si eso era posible—. Soy Santiago Ortiz. Conversamos por teléfono hace muchos años. Finalmente he podido venir a hablar personalmente con usted. Me ayudaría mucho que me contara lo que pudiera acerca de Lucas.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo nueve

De vuelta en la comisaría, Néstor y Sofía ocuparon sus respectivos escritorios. Matilde ya les había hecho llegar los documentos públicos que le solicitó el inspector con respecto a la inmobiliaria y la bodega. Salazar decidió ocuparse de la primera, mientras la subinspectora revisaba la segunda. En la oficina se encontraban también Pedrera y Rodríguez, que investigaban el robo de una joyería en la calle Ventilla mediante el método del alunizaje. Miguel miró alternativamente a Néstor y a su compañera.

—Joder, ya no se te ven las greñas por aquí, Salazar —le comentó con mordacidad—. Como se ve que te asignaron una tía fetén. Aprovecha, que será la única oportunidad que tengas de estar cerca de una mujer así.

—¿Quién te crees que eres para hablar de esa manera, Pedrera? —respondió Néstor indignado, mientras se ponía de pie irguiéndose en toda su estatura—. ¡Vas a pedir disculpas a la subinspectora, y lo vas a hacer ahora!

Pedrera se sorprendió, por lo general Salazar soportaba sus bromas sin rechistar. Él solía burlarse de su ropa, de su pelo, de su postura. Incluso en una ocasión sugirió que era estúpido. En esas situaciones Néstor lo miraba con desaprobación para después ignorarlo, pero era la primera vez que lo enfrentaba. Además, el tío parecía haber crecido unos cuantos centímetros. Seguramente no querría quedar como un cobarde frente a la chica. No lo culpaba, pero él tampoco estaba dispuesto a asumir el papel perdedor.

—¿Y qué pasará si no me disculpo?

—Conocerás una faceta de mi carácter que no te va a gustar —respondió Salazar, sujetándolo por la camisa.

—Además de enfrentar una acusación por acoso sexual —puntualizó Sofía—. Gracias Néstor, pero no necesito que me defiendas. Soy perfectamente capaz de poner en su lugar a capullos como este.

—¡Vale, vale! —reculó Pedrera. Podía enfrentarse a puñetazos a Salazar. De hecho, le gustaría hacerlo, pero ser acusado de acoso sexual era algo que prefería evitar, sobre todo porque no sería la primera vez—. Tampoco es para ponerse así. Solo era una broma.

Salazar lo soltó, sin dejar de mirarlo fijamente. Ni Miguel, ni Manuel, salían de su asombro. En todo el tiempo que hacía que conocían a Néstor, nunca antes había tenido un gesto de agresividad, ni siquiera para defenderse. Regresaron a su trabajo, justo antes que sonara el teléfono de Salazar.

—Sí, dime Matilde. Enseguida vamos.

El inspector hizo un gesto a Sofía para que lo siguiera, pero no cogió su gabán. Antes de salir de la oficina echó un vistazo a Pedrera, pero este ni siquiera alzó la cabeza. Cuando ya bajaban las escaleras Sofía no pudo contenerse más.

—¿Adónde vamos?

—Disculpa, no quería decírtelo frente a ese capullo. Colmenares quiere vernos en su oficina.

—¿Qué puede ser lo que quiere? —preguntó ella preocupada. Ser llamada a la oficina del comisario el segundo día de trabajo no le parecía un buen augurio.

—No lo sé, —reconoció Salazar— pero algo me dice que Ramírez ya comenzó a mover sus piezas.

Llegaron al despacho del comisario. Matilde miró a Salazar con cariño e ignoró a la subinspectora.

—¿En qué lío te has metido ahora, Néstor? El comisario te está esperando y no parece muy contento.

—No te preocupes Matilde —respondió el inspector con voz suave—. Sabes lo que dicen de perro ladrador.

La secretaria se levantó, abrió la puerta del despacho de su jefe, los anunció y luego los hizo pasar.

—¡Salazar! ¡Garay! Sentaros. ¿Queréis decirme qué habéis estado haciendo?

—Nuestro trabajo, comisario, ni más, ni menos. ¿Quién se ha quejado?

—Más bien pregunta quién no lo ha hecho. Me han llamado del ayuntamiento, de la Sociedad Inmobiliaria, de la Federación del vino, todos para quejarse de que has hecho acusaciones infundadas, que has sometido a interrogatorio a ciudadanos inocentes sin relación alguna con el caso. ¡Joder Néstor! ¡Me jubilo en dos semanas! ¡Quiero que sean dos semanas de una relativa tranquilidad, sin tener a todas las organizaciones empresariales y políticas de Haro encima de mí! ¿Lo entiendes?

Salazar, habitualmente tranquilo y conciliador sintió colmada su paciencia, se puso de pie, apoyó sus manos sobre el escritorio de su jefe, elevando el tono en la medida que hablaba.

—Entiendo que tenemos un caso de homicidio que debemos resolver. También entiendo que para poder hacerlo necesitamos entrevistar a testigos y sospechosos. Por lo visto, muchos de esos «ciudadanos inocentes» tienen la piel muy sensible, o no quieren que sepamos acerca de sus actividades. Yo en su lugar me preguntaría por qué. Está bien, en dos semanas se jubila, pero hasta el último día sigue siendo comisario de esta jurisdicción, y por lo tanto tiene una responsabilidad que no puede eludir. Lamento si eso le molesta. Si me quiere expedientar por hacer mi trabajo, adelante. Lo único que le pido es que deje a la subinspectora fuera de esto, ella solo cumple mis órdenes. Apenas hemos levantado un poco la tapa de la olla, pero ya el hedor se extiende por todo Haro. Si quiere culminar su carrera haciendo la vista gorda a delitos tan graves como el homicidio, la extorsión y el lavado de dinero, adelante, pero no me pida que lo acompañe en ello. Usted decide de qué lado se queda, si el de la ley, o el de los delincuentes de cuello blanco. Tanto Sofía como yo, ya escogimos nuestro bando, así que continuaremos con la investigación, le guste o no.

Dicho esto, Salazar volvió a sentarse. Colmenares lo miraba estupefacto.

—¡La madre que te parió, Néstor! ¿Qué te ha pasado? Nunca te había visto así. Lo peor es que tienes toda la razón —el comisario suspiró—. Será mejor que conserves parte de ese carácter para tu próximo jefe. Si la mitad de lo que me han contado es cierto, lo vais a necesitar. Continúa investigando. Déjame a mí a los políticos y empresarios, que yo los mantengo a raya.

—Gracias comisario, sabía que podía contar con usted.

—Si hubiera sabido que la presencia de un compañero iba a tener ese efecto en ti, te lo hubiera impuesto antes.

Saliendo del despacho, Néstor sonrió a Matilde y le guiñó un ojo, para hacerle saber que todo estaba bien. Ella le devolvió la sonrisa, que esta vez se hizo extensiva a Sofía. Por lo visto, aún tenía esperanzas de congraciarse con la secretaria. Regresaron a la oficina, que afortunadamente estaba desierta. Los esperaba el informe del sargento sobre los vecinos que acudieron al mitin y se acercaron al concejal. Había nueve nombres. Todos ellos se declararon grandes admiradores de Belmonte, llevaban años viviendo en el barrio, y ninguno tenía un motivo aparente para asesinarlo. Con excepción del sujeto de la capucha. No era vecino, nadie lo pudo identificar, Era un misterio. Decidieron analizar los documentos de las empresas que investigaban. Al cabo de un rato, Néstor llamó la atención de Sofía.

—Mira esto —le dijo—. La Inmobiliaria Ramírez también fue registrada en el año 2010, cuatro meses antes que la bodega. No creo que sea coincidencia.

—Pues yo te tengo algo mejor —ripostó ella—. Uno de los socios de la bodega es nuestro ocupado agente inmobiliario.

—¿Daniel Ramírez? ¿En serio? —preguntó él con una sonrisa. Ya lo imaginaba, pero ver sus sospechas confirmadas en negro sobre blanco le subió la adrenalina.

—Es socio minoritario, pero tiene suficientes acciones para formar parte de la junta directiva.

—Y por lo tanto tiene voto a la hora de decidir el destino de las donaciones. Eres grandiosa, Sofía.

—Gracias.

—Así que la cosa es así: el empleado de Belmonte contactaba personas con problemas de vivienda, las convencía de actuar como okupas de algún inmueble previamente seleccionado. Cuando el dueño trataba de recuperar su propiedad le ponían palos en las ruedas, haciendo el trámite imposible. ¿Sabes qué significa esto, verdad?

—Que tienen cómplices en los juzgados...

—Y probablemente también en la policía. Al cabo de unos meses, cuando el dueño había comprendido que todo jugaba en su contra, aparecía una oferta de compra por parte de la «Inmobiliaria Ramírez» por un precio irrisorio. Si se negaba le destrozaban el inmueble. Si aceptaba, compraban. Los okupas, que han venido cancelando una pequeña renta a los extorsionadores recibían la buena noticia de que habían sido beneficiarios de un piso de protección oficial, probablemente a través de una Gestora de cooperativa perteneciente al mismo Belmonte. Una vez desalojado el piso resultaría fácil venderlo por su precio real. Las ganancias ingresaban a la inmobiliaria, pero Belmonte necesitaba mantener su nombre apartado de ese tipo de negocio, así que Ramírez, después de cobrar su comisión «invirtió» en las «Bodegas San Cirilo», cuyo mayor interés no era vender un buen vino.

—Por último la bodega hacía donaciones a las campañas de Belmonte. Una donación legal.

—Belmonte no utilizó su cargo para recibir sobornos, o favores, pero creó una industria alrededor de su condición de concejal. Las grandes preguntas son: Siendo él la gallina de los huevos de oro ¿por qué lo mataron? ¿Y cuál de sus cómplices fue?

Salazar y Garay pasaron el resto de la tarde analizando los documentos relativos a la inmobiliaria y la bodega. En una revisión superficial comprendieron que los balances de ambos negocios debían estar adulterados. Las cuentas de la inmobiliaria la mostraban como una empresa que apenas producía para cubrir sus gastos y poco más, situación consistente con el aspecto cutre de la oficina. Sin embargo, Ramírez aportaba fuertes inversiones a la bodega. La pregunta era de dónde salía ese dinero. Por otro lado, «Bodegas San Cirilo» realizaba importantes donaciones al partido político de Belmonte, pero sus inversiones para la producción de vino, así como las ganancias por sus ventas eran más bien escasas. Resultaba obvio que la bodega era simplemente una forma de lavar el dinero proveniente de la extorsión.

Al final del día, cuando ya la noche había caído sobre Haro, decidieron dar por terminada la jornada. Al día siguiente enviarían los balances a los expertos para que hicieran un estudio más completo de los delitos

económicos que los documentos trataban de ocultar. Mientras tanto, Salazar llamó al juez Aristigueta para explicarle la situación y solicitarle órdenes de registro para los dos negocios. En vista de la evidente relación entre ambos, quería que el registro se llevara a cabo de forma simultánea, evitando que se avisaran, para que no tuvieran la oportunidad de deshacerse de material comprometido.

—Suficiente por hoy —anunció el inspector—. Es hora de ir a casa. Puedo acompañarte a la pensión si lo deseas.

—Te lo agradezco, pero recuerda que soy una policía entrenada, no una frágil damisela. Además, la pensión está a la vuelta de la esquina. Puedo llegar sana y salva, aunque sea mujer.

—No era mi intención ofenderte, o subestimarte —se excusó Néstor.

—Perdona, algunas veces soy excesivamente puntillosa con mi condición femenina, pero créeme que no es fácil desenvolverse en un mundo predominantemente masculino, y conseguir ser tratada como una igual.

—Lo comprendo —respondió Néstor, mientras reconocía que él mismo había cambiado su conducta a causa de la presencia de Sofía, y ni siquiera había sido consciente de ello.

Salieron a la calle. El otoño avanzaba sin pausa camino al invierno, así que cada noche parecía más fría que la anterior. Sofía se despidió, encaminándose calle abajo hacia su pensión. No se había molestado en buscar piso, porque no tenía intenciones de echar raíces en Haro. Salazar se dirigió hacia la plaza de la iglesia con rumbo a su casa. Aquella noche no pasaría por el bar de Gyula. El día había sido muy largo, por lo que se sentía cansado. Además, tenía un huésped que atender. Le había contado a su amigo acerca de Paco, le pidió que comprara comida para gatos y que le hiciera el favor de alimentarlo. Gyula se limitó a sonreír, palmeándole el hombro, con lo que le indicó a Néstor que aceptaba su encargo.

Antes de subir, Salazar se asomó al bar para despedirse desde la puerta, e indicarle con gestos al dueño que esa noche no entraría a cenar, ni a tocar la guitarra. Subió las escaleras con paso lento y entró a su piso. El ático era pequeño, constaba de una sala, una cocina diminuta, y una habitación con su baño. En una esquina de la cocina Gyula había colocado una caja de

cartón abierta por un lado, con una vieja toalla de Néstor para preparar una cómoda cama al pobre gato herido. En la basura había una lata de comida para felinos vacía, y al alcance del animal, un cuenco con agua. ¿Cuántas veces al día comía un gato?

—Maaau —se escuchó desde la caja.

—¿Qué tal tu día, Paco? Veo que Gyula se ha ocupado de ti —se acercó al animal para revisar sus heridas, pero en cuanto extendió la mano, el gato le lanzó la garra con intenciones de arañarlo.

—Fffffzzzz —le bufó.

—Vaya, esto sí es ingratitud.

Néstor le acarició el lomo con mucho cuidado. Comprendió que el pobre, con tantas heridas recientes debía temer ser lastimado. Después de un rato sintió que el felino se relajaba bajo su mano. Entonces examinó los cortes que tenía en la cabeza y la herida donde la punta de la oreja había sido amputada. Evidentemente había sido atacado por un perro, pero parecía evolucionar bien. Una vez comprobado el bienestar de su huésped, Néstor se lavó bien las manos en el fregadero para ocuparse de sí mismo. Un trozo de queso con pan sería suficiente como cena. Por suerte aún quedaba algo desde su última compra.

Las interrogantes bullían en su cabeza. Miró al gato, cómodamente instalado en su caja y le pareció tan buen interlocutor como cualquiera. Solo necesitaba expresar sus ideas en voz alta para organizarlas.

—Bien Paco, la cosa está así: Belmonte, junto con sus amigos tienen una red de extorsión y lavado de dinero que gira en torno a su condición de concejal. La primera pregunta es ¿quiénes forman parte de esa red de extorsión? ¿Todo su equipo, o algunos de ellos son inocentes?

—Maaauuu.

—Tienes razón, es muy difícil pasar años trabajando junto a alguien cuyos principales ingresos provienen del delito sin enterarse. Lo más probable es que todos formen parte de la red, o al menos tengan conocimiento de ella. Creo que necesitamos presionar al «equipo» de Belmonte. ¿Qué opinas?

—Rrrrrr.

—Sabía que estarías de acuerdo conmigo. Sigamos: Tenemos el equipo político de Belmonte, tenemos la inmobiliaria responsable de las extorsiones, tenemos la bodega que lava el dinero. Además, deben existir cómplices dentro del sistema, tanto en los tribunales, como en la policía, lo que quiere decir que alguno de mis propios compañeros está metido en este asunto. Trabajo con un corrupto, Paco, ¿quién lo diría? Eso quiere decir que solo puedo confiar en Sofía, que es la recién llegada. ¿No te he hablado de Sofía, verdad?

—Maaaauuu.

—Te contaré acerca de ella, te lo prometo. De momento, confórmate con saber que es mi compañera, y que me gusta muchísimo. A ti también te gustaría, te lo aseguro, pero será mejor que guardes el secreto si no quieres dar con tus huesos felinos en la calle. ¿Estamos?

—Mau.

—Sé que puedo confiar en ti, Paco. No le diría esto a nadie más. Ni siquiera a Gyula. Especialmente, no a Gyula. No quiero ni pensar en el cachondeo al que me sometería. Pero volvamos a lo nuestro: Nuestros sospechosos se preparan para dar un gran paso adelante, la candidatura como alcalde de Belmonte, con grandes posibilidades de éxito. ¿Y qué ocurre? Lo asesinan. Esto es lo que me vuelve loco. Juanjo Belmonte era el centro del negocio, la excusa por la que obtenían grandes cantidades de dinero todos ellos. ¿Por qué asesinarlo? ¿Quién lo odiaba tanto que prefería echar por tierra todos sus ingresos fáciles con tal de quitarlo del medio? ¿O no fue ninguno de ellos? ¿Será el asesino alguien de afuera?

—Maaaauuuu.

—Tienes razón, no tenemos suficiente evidencias para saberlo, pero según el protocolo debemos preguntarnos quién se beneficia. Por un lado, los políticos del lado contrario, pero si los candidatos comenzaran a eliminarse unos a otros nos quedaríamos sin políticos. No, a menos que aparezca alguna evidencia que me haga pensar lo contrario, no creo que el homicida sea un contrincante político. Aunque comprobaremos las coartadas, por supuesto. Luego tenemos a las víctimas de extorsión. Aquí podemos tener más suerte. La venganza es un fuerte motivador, pero el método me parece un poco rebuscado para quien quiera venganza. Quiero

decir, asesinar a alguien porque te arruinó, generalmente implica un estado de ánimo muy concreto, de ira, de ofuscación, pero eso no concuerda con el envenenamiento, que por cierto, aún no sabemos cómo hicieron para que los tóxicos llegaran al cuerpo del concejal. ¿Qué crees? —El gato lo miró fijamente en silencio—. De acuerdo, aún no tenemos elementos para descartar esa teoría, pero te advierto que me parece poco probable. Tengo otra duda, a ver qué opinas: Sabemos cómo funciona el entramado en estos momentos, pero ¿cómo consiguió Belmonte el capital inicial?

—Maaaauuuuu.

—A lo que me refiero es: Juanjo Belmonte no tenía dónde caerse muerto. Algo así como yo. Para llevar a cabo la primera extorsión necesitaría capital para comprar los primeros pisos ocupados. ¿De dónde lo sacó? ¿Quién se lo proporcionó? Creo que no debemos perder de vista ese dato. ¿Fue un préstamo? ¿Lo devolvió? ¿O fue producto de otro tipo de extorsión o estafa?

Paco se recostó en su improvisada cama.

—De acuerdo. Yo también estoy cansado. Espero que los registros de mañana arrojen alguna luz. Buenas noches, Paco. Y gracias por tus interesantes aportes.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo diez

Al siguiente día, la actividad de los policías fue frenética, pero por fin parecía que comenzaban a avanzar. Como prometió, el juez emitió las órdenes de registro simultáneamente. Salazar se ocupó de la inmobiliaria y Garay de la bodega, cada uno con un equipo formado por expertos en delitos económicos de la científica y una patrulla de uniformados. Tanto Daniel Ramírez como Carmen Rivas pusieron el grito en el cielo. El primero fue detenido frente a una llorosa secretaria que repetía sin cesar que ella no sabía nada. Carmen, que no formaba parte de la junta directiva, no fue arrestada, pero no le quedó más remedio que notificar que su jefe, Darío Bermúdez, volaba en ese momento en dirección al aeropuerto de Vitoria. Una de las tareas de Sofía sería evitar que la agrónoma diera aviso al dueño de la bodega de lo que estaba ocurriendo. Una patrulla con dos uniformados y una orden de detención emitida por Aristigueta esperaban al empresario.

Antes del mediodía estaban de vuelta en la comisaría, los chicos de la científica estudiaban los libros de contabilidad, declaraciones de impuestos, así como todos los documentos relacionados con los estados económicos de ambos negocios. Salazar les había pedido que pusieran especial atención en la concordancia de fechas de los diferentes movimientos.

Las celdas se encontraban en el tercer piso, al igual que la sala de interrogatorios. Cuando el abogado de Ramírez llegó finalmente, Salazar le pidió a uno de los agentes que lo acompañara, y que después llevara al detenido para ser interrogado. Cogieron las copias de los balances que revisaron el día anterior, las mismas que en ese momento los expertos analizaban con lupa, y subieron las escaleras hasta el tercer piso. Una pequeña cámara estratégicamente ubicada grabaría el interrogatorio,

transmitiéndolo simultáneamente al ordenador del comisario, que lo observaría todo desde su despacho.

Ambos policías entraron al mismo tiempo. El detenido esperaba sentado detrás de una mesa, con las manos esposadas y la cabeza gacha. Su abogado, sentado a su lado le daba las últimas instrucciones.

—Buenas tardes, señor Ramírez —saludó Salazar.

—¿Le parecen buenas, inspector? —preguntó el agente inmobiliario con resentimiento—. ¿Quiere decirme por qué me ha arrestado? Ya le dije en mi oficina que no tengo nada que ver con Belmonte. Hace muchos años que no tenía contacto con él, puede comprobarlo.

—Tal vez con él no, pero ¿qué me dice de su campaña?

El abogado susurró al oído de su cliente.

—No responderé a esa pregunta.

Salazar hizo un gesto a Sofía para que continuara. Luego se apartó un poco, consultó su reloj y sacó su móvil.

—Tiene varias cosas que explicarnos acerca de sus finanzas, señor Ramírez —dijo la subinspectora.

—¿Mis finanzas? ¿Qué tiene eso que ver con la muerte del concejal?

—Usted invirtió fuertes cantidades de dinero en las «Bodegas San Cirilo».

—Eso no es un delito —intervino el abogado.

—Lo es cuando las cifras del dinero gastado no son proporcionales con los ingresos del negocio.

—Soy un hombre ahorrador y... —Un fuerte ruido de metal golpeando metal proveniente de afuera de la sala desconcentró al reo—. ¿Qué es eso?

—Son los fontaneros, están reparando unas tuberías —respondió el inspector con tranquilidad. Sofía lo miró desconcertada. No sabía que en ese momento se llevara a cabo ningún trabajo de fontanería a en la comisaría. Hacerlo coincidir con el interrogatorio de un sospechoso era un desatino. El ruido era tan fuerte que tenían que alzar la voz para escucharse.

—¿Y no pueden hacer esa reparación en otro momento?

—No lo creo, —respondió Néstor— llevamos dos semanas esperando por esa reparación. Si la posponemos ahora quién sabe cuánto tiempo más tendríamos que esperar. Pero ignórelo y volvamos a lo nuestro. Según sus

balances sus ingresos apenas eran suficientes para cubrir los gastos y poco más. Sin embargo usted aportaba fuertes sumas de dinero a las bodegas con cierta periodicidad ¿quiere explicarlo?

—Sí, eh, yo... —vaciló Ramírez, incapaz de concentrarse con aquel infernal ruido—. El dinero no provenía de la inmobiliaria, sino de una herencia.

—¿Tiene los documentos correspondientes a esa herencia, testamento, pago de impuesto sucesorio?

—No, eh, quiero decir, no era exactamente una herencia... era intermediario de otros inversionistas... —el abogado volvió a susurrarle—. ¿Y qué esperas? —preguntó el agente enfadado, dirigiéndose a su abogado—. No puedo concentrarme con ese maldito ruido.

—¿Era una herencia, o representaba inversionistas? No sabía que tuviera licencia de bróker.

—No, eh... No la tengo, lo hacía por amistad.

—Actuar como bróker sin serlo es intrusismo. ¿Debemos sumarlo a sus delitos, señor Ramírez?

—¡Claro que no! ¿De qué delitos habla? ¿No pueden acabar con ese maldito ruido? No me deja pensar.

—De momento, tenemos cifras de ingreso y egreso que no coinciden. Estamos hablando de evasión de impuestos y posible lavado de dinero. Cargos muy graves, señor Ramírez.

—No tiene que responder a eso —advirtió el abogado.

—Es verdad, no tiene que hacerlo, pero con la documentación que tenemos hay suficiente para mantenerlo unos cuantos años tras las rejas. ¿Irá usted solo? Sus cómplices deben ser muy buenos amigos.

—¿Qué gano si les cuento todo? —el abogado abrió la boca para protestar. Ramírez se enfrentó a él—. ¡No seré el único pringado que pague por esto!

—Hablaríamos con el juez para que tome en cuenta su colaboración a la hora de dictar sentencia. Tenga en cuenta que en este momento una patrulla espera al señor Darío Bermúdez en el aeropuerto de Vitoria para detenerlo y traerlo. Si él decide cooperar... bueno, nos basta con que uno de ustedes colabore.

—Está bien, les contaré todo —se rindió finalmente el agente, evitando la mirada airada del abogado.

—Lo escuchamos —le dijo el inspector, mientras presionaba una tecla en su móvil disimuladamente. El golpeteo de metal se detuvo inmediatamente. Ramírez suspiró aliviado.

El agente inmobiliario les contó cómo funcionaba la extorsión, lo cual coincidía punto por punto con las conclusiones a las que habían llegado Salazar y Garay. Aportó un dato nuevo: el nombre del reclutador de okupas. Un tal Mario Contreras. Después que la confesión había sido grabada, Salazar le entregó una hoja en blanco y un bolígrafo para que el detenido escribiera su declaración.

—Todo eso está muy bien, —reconoció Néstor mientras recogía la confesión escrita— pero no nos ha dicho cómo mataron a Belmonte, ni por qué.

—Le juro que yo no tuve nada que ver con la muerte de Belmonte, ni tengo idea de quién lo asesinó. Juanjo tenía muchos enemigos, pero para nosotros era una fuente segura de dinero fácil. Estoy seguro que el asesino no fue ninguno del grupo.

Salazar y Garay salieron de la sala de interrogatorios junto con el abogado que casi los arrolló del cabreo que llevaba. El inspector hizo una seña al uniformado que se encontraba de guardia para que regresara al reo a su celda.

—¿Lo hice bien, jefe? —le preguntó el hombre con una sonrisa, mientras dejaba a un lado un tubo y una llave de tuercas. Sofía comprendió inmediatamente cuál había sido el origen del ruido, y no pudo evitar una carcajada.

—De lujo, González. Gracias por tu ayuda.

—Bueno, ya tenemos la confesión de Ramírez. Ahora ¿qué hacemos? —preguntó la subinspectora.

—La confesión es sobre extorsión y lavado. Niega todo lo referente a la muerte de Belmonte, que es nuestro caso. Y yo le creo. A Daniel Ramírez lo remitiremos a nuestros compañeros de delitos económicos, quienes estoy seguro que lo recibirán con los brazos abiertos, pero me temo que hemos avanzado poco con respecto al homicidio.

Bajaron las escaleras para regresar a la oficina. Sobre el escritorio de Salazar se encontraba el informe forense, incluyendo los resultados de toxicología.

—Al fin —dijo Salazar—. Veamos si esto nos acerca un poco más al asesino.

El inspector abrió el informe como un niño lo hace con el regalo de Reyes. Leyó rápidamente hasta llegar a las conclusiones, las cuales releyó un par de veces antes de levantar la mirada.

—¿Y bien? —preguntó Sofía sin poder contener la impaciencia.

—Estábamos en lo cierto. Utilizaron Malatión, un pesticida, en una presentación muy concentrada. No había rastros en su estómago, ni en el sistema respiratorio, pero sí en la muestra de piel que Javier cogió del dorso de la mano.

—¿Entonces se lo inocularon a través de la piel?

—Así fue —respondió Salazar, pensativo—. Me pregunto cómo lo hicieron.

—Si el punto de penetración estuvo en el dorso de la mano, entonces lo más probable es que el asesino se mezclara entre sus seguidores, y lo envenenara al estrecharle la mano.

—Una deducción muy inteligente —reconoció Néstor—. Así debió ser, pero lo que no me explico es cómo el asesino evitó sucumbir a su propio veneno.

—Usaría guantes —sugirió Sofía encogiéndose de hombros.

—Tendría que haber usado guantes impermeables. No servirían de tela, ni de cuero, porque se filtraría el veneno a su propia piel. Si alguno de los seguidores hubiera estrechado la mano de Belmonte usando guantes de goma o de látex hubiera cantado demasiado. El propio concejal hubiera sospechado que algo no iba bien.

—Tienes razón. ¿Entonces cómo crees que lo hicieron?

—Aún no lo sé, pero sospecho que si descubrimos cómo, podríamos averiguar quién.

—¡Espera! —dijo Sofía con un brillo en los ojos—. ¡Acabo de recordar algo!

—¿Sobre el Malatión?

—No, sobre cómo se protegió el asesino. Verás, tengo una tía que vive en Madrid. Es todo lo contrario de mi madre, una mujer de ideas avanzadas, que pese a su edad sigue siendo muy coqueta.

—No te sigo. ¿Qué relación tiene esto con nuestro caso?

—Hace unos meses me comentó acerca del desarrollo de un nuevo producto cosmético para las arrugas.

Salazar la miró con extrañeza. ¿De qué hablaba su compañera?

—Y eso es importante ¿por...?

—Lo importante no es el uso original del producto en sí, sino sus características. Se trata de una segunda piel. Se aplica como un gel, bueno, en realidad dos, una primera capa sobre el área que se quiere cubrir, y otra para facilitar la reacción química que formará la «falsa piel».

Néstor comprendió enseguida las implicaciones de las palabras de su compañera para el caso.

—¿Y ese producto existe? ¿Está a la venta?

—Aún no es comercial, creo que todavía le faltan estudios y permisos, pero a nivel de laboratorios, existe.

—¿Dónde?

—En Estados Unidos.

—Así que nuestro asesino tendría que haberlo conseguido allí.

—Además de tener los contactos para hacerse con una muestra.

—Buen trabajo, subinspectora. ¿Sabes el nombre de esa... piel?

—No lo recuerdo, pero puedo hacer las averiguaciones.

—¡Perfecto!

El oficial que custodiaba las celdas se acercó a ellos.

—Ya trajeron al detenido que esperaba señor.

—¿Darío Bermúdez? ¿Ya está aquí?

—Sí señor. Llegaron hace cinco minutos. ¿Lo llevo a la sala de interrogatorios?

—¿Cómo lo viste? ¿Tranquilo, nervioso?

—Yo diría que cabreado.

—Bien, muy bien. Dejemos que se enfurezca un poco más. ¿Qué opinas de un almuerzo ligero en «La Callecita»? —le propuso Salazar a su compañera—. Yo invito.

—¿Crees que sea conveniente posponer el interrogatorio? Eso solo lo enervará más.

—Que es lo que yo quiero. Si se enfurece estará ofuscado, por lo que dirá cosas que en otras circunstancias nunca diría. ¿No sueles hablar de más cuando estás cabreada, aunque luego te arrepientas?

—¿De dónde sacas todos esos trucos? No los he leído en ningún manual de entrenamiento.

Salazar se limitó a sonreír, cerró el informe y se encaminó a la escalera.

—Dígale al comisario que volveremos en una hora para interrogar al sospechoso. Y por ningún motivo permita que hable con el otro detenido. Manténgalos en celdas alejadas.

—¿Qué hay de su abogado?

—A ese déjelo entrar, hablar con él, y si quiere le sirve un café. De cualquier manera no le servirá de mucho.

Sofía lo miró con extrañeza. Era la primera vez que veía un policía que no se quejaba de los defensores de los detenidos. Salieron de la comisaría en dirección al bar, donde al igual que el día anterior, Gyula les sirvió un excelente almuerzo. Al cabo de una hora regresaron. Salazar se tomó su tiempo para poner en orden la documentación del caso y revisar de nuevo los balances de la bodega. Eso le llevó otra hora. Bermúdez debía estar subiéndose por las paredes, pues la misma Sofía no aguantaba más la impaciencia.

—¿Lista? —le preguntó a la subinspectora.

—Lo estoy desde hace un par de horas.

—Entonces vamos.

Salazar levantó el teléfono para solicitarle al oficial que llevara al reo a la sala de interrogatorios junto con su abogado, también le pidió que avisara al comisario para que pudiera ver la entrevista desde su despacho. Subieron. Al entrar Sofía pudo ver dos hombres elegantemente trajeados. De no ser por las esposas no hubiera sabido cuál era el detenido y cuál el abogado.

—¡Al fin! —exclamó Bermúdez—. ¿Sabe usted lo que ha hecho? Se le va a caer el pelo por esto, Salazar. Le está hinchando las narices a mucha gente importante.

—Sí, lo sé y lo lamento, —respondió el inspector sumiso— pero ya sabe usted, surgen las pruebas y uno tiene que hacer su trabajo para que no lo culpen de incompetencia. Yo sé que usted es un hombre honesto que se ha visto atrapado en un malentendido, pero las cosas son así.

—Parece que es usted un hombre razonable —reconoció Bermúdez bajando la guardia—. No es lo que me habían... No importa.

—Sí, ya sé que los policías tenemos fama de intransigentes, —le dijo Salazar, como si no se hubiera dado cuenta que su persona había sido tema de discusión— pero también somos seres humanos, y comprendemos.

Sofía lo miraba sin salir de su asombro.

—¿Entonces está dispuesto a creerme?

—Desde luego, salta a la vista que es usted un hombre honrado.

—¿Entonces por qué me han detenido?

—Ya se lo dije antes. Algunos detalles un poco turbios en la documentación de las bodegas, pero estoy seguro que usted podrá aclararlos y todo esto quedará en un malentendido.

—¿Cuáles son esos detalles? —preguntó Darío muy bien dispuesto.

—Bien, el registro de las bodegas se realizó en julio del año 2010. ¿No es así? —preguntó el inspector, mientras revisaba un *dossier*.

—Así fue, y como podrá comprobar todo está en orden.

—Sí, es cierto. Se ve que es usted un hombre cuidadoso que respeta la ley.

Bermúdez se relajó visiblemente.

—Soy un empresario que cumple con sus deberes.

—Muy bien. ¿Puede decirme cuál es el motivo por el que realizaba donaciones periódicas al concejal Belmonte?

—El señor Belmonte, que en paz descanse, era un hombre excepcional que se preocupaba por los más desfavorecidos. Consideramos que colaborar con su trabajo sería una labor filantrópica con resultados concretos.

—Muy loable. ¿Esa decisión fue suya, o de alguno de sus socios?

—Bien, eh... Se tomó en junta directiva.

—¿Quiénes formaban parte de esa junta?

—El señor Daniel Ramírez, un importante inversor. El señor Luis Belmonte, hermano del concejal...

—¿Era también inversor?

—Sí, aunque no mayoritario.

—¿Alguien más?

—Y yo, pero no sabía que realizar donaciones a un político fuera un delito.

—No lo es, siempre que se pueda justificar el origen de los fondos.

—Es una bodega. El origen del dinero es obvio.

—No lo crea, señor Bermúdez. Según sus balances, las ventas de su vino apenas eran suficientes para los gastos y poco más, pero no para cubrir los montos de las donaciones.

—¡Eso no es posible! —protestó el empresario, poniéndose nervioso por primera vez.

—Véalo usted mismo —respondió Salazar con suavidad, mientras volteaba el *dossier* para que el detenido pudiera verlo.

—Yo... no sabía nada de esto. Debió ser el tesorero. Él llevaba las cuentas.

—Así que usted no tenía conocimiento de este desbalance en las cuentas. —Bermúdez negó con la cabeza—. Supongo que tampoco tiene idea de la procedencia del dinero.

—No, claro que no...

—De acuerdo —respondió el inspector como si le hubiera creído—. Así que usted no sabe nada de todo este asunto.

—Nada.

—¿Tiene idea cuándo comenzaron las donaciones?

—En la última campaña, la del año 2011.

—¿Cuándo se registraron las bodegas?

—Eh... —Bermúdez guardó silencio al comprender que había caído en la trampa.

—¿No lo recuerda? —preguntó Néstor, sin cambiar su tono amable—. Al comienzo de esta entrevista usted me confirmó que había sido en julio del 2010. Si lo desea puedo colocarle la grabación para que lo compruebe.

—Sí, eh, eso dije, pero tal vez me equivoqué.

—No, no se equivocó, señor Bermúdez. Está en los documentos. Quisiera que me explicara cómo pudo usted autorizar donaciones en el año

en que aún se encontraban sembrando y cosechando, cuando todavía no existía el vino «San Cirilo». ¿De dónde esperaba usted que salieran esos fondos?

—Yo, eh... —el abogado le susurró algo al oído—. El señor Daniel Ramírez se ofreció poner el capital para las donaciones.

—¿Por qué no lo hizo a su propio nombre?

—No lo sé. Tendrá que preguntárselo a él.

—Ya lo hice, pero no creo que su respuesta le agrade, señor Bermúdez. No a un empresario honesto como usted.

—¿Qué... qué fue lo que dijo?

—Que las bodegas fueron creadas con la finalidad de lavar dinero proveniente de la extorsión. Que usted nunca tuvo intención de obtener ganancias por la fabricación de vino.

—¡Miente! —gritó Bermúdez poniéndose de pie. Sofía se alegró de que estuviera esposado. Salazar ni siquiera parpadeó.

—Puede ser —reconoció el inspector— pero sus declaraciones son más consistentes con las pruebas que las de usted. Considere que el juez tendrá en cuenta la disposición a colaborar que puedan tener ambos. De momento, no ha ganado usted muchos puntos.

Bermúdez miró al inspector con rabia. Sabía que estaba atrapado.

—Muy bien. Les contaré todo.

—De acuerdo —asintió Salazar, mientras le entregaba una hoja y un bolígrafo—. Aquí tiene para que escriba su declaración, pero antes quiero que me diga qué sabe acerca de la muerte de Belmonte.

—Nada. Le juro que yo soy el primer sorprendido. Juanjo era el centro de todo esto. Su muerte nos volvía a dejar en el aire. No tengo idea de quién pudo matarlo.

## Capítulo once

Néstor y Sofía pasaron el resto de la jornada discutiendo la declaración de Bermúdez. En general, su confesión era muy similar a la de Daniel Ramírez, aunque fue más explícito acerca de quiénes se habían implicado en el entramado. Aparte del propio Belmonte y su hermano, también estaban involucrados el ayudante y el asesor de campaña. El nombre de la secretaria fue el único que no salió a relucir.

Según Bermúdez, Celia Solís había estado enamorada de Belmonte desde hacía casi diez años, pero nunca quiso formar parte de sus negocios turbios. Los conocía y callaba, lo que la convertía en cómplice, pero no se benefició de ellos. Cuando Salazar insistió en el tema, el falso empresario les explicó que la relación entre jefe y secretaria había sido intermitente y turbulenta desde el principio. Cuando se conocieron, Celia estaba casada con José Antonio Rivas, quien fue mentor de Belmonte. Al cabo de un par de años, Rivas falleció por un paro cardíaco. Cuando Belmonte ascendió en su carrera política contrató a la viuda de su mentor como secretaria. Una jugada brillante, pues Celia no solo conocía bien el ambiente, sino que su presencia garantizaba la permanencia de importantes contactos. Bermúdez no sabía si habían sido amantes en vida de Rivas, pero estaba seguro que lo eran desde que iniciaron su relación laboral.

Salazar llamó al juez Aristigueta para ponerlo al día acerca del avance de la investigación, y solicitarle la orden de detención de Arnoldo Cabrera, Martín Serrano, Luis Belmonte y Celia Solís. También le pidió poner en busca y captura a Mario Contreras, el reclutador. Con las declaraciones de los dos detenidos, además de las pruebas documentales, todo el grupo se pasaría una buena temporada en la cárcel. Estaba seguro que los muchachos de delitos económicos estarían frotándose las manos de satisfacción. El

inspector, sin embargo, no sentía que tuviera nada que celebrar. La muerte de Belmonte, lejos de aclararse se había enturbiado más, pues no parecía lógico que ninguno de los inquilinos temporales de sus celdas tuviera algún motivo razonable para asesinar al concejal. Muy por el contrario, eran los principales perjudicados. Néstor sentía en las entrañas que había algo que se le escapaba, algo que había tenido frente a sus narices pero no había sido capaz de ver. Se quitó las gafas para frotarse los ojos irritados por la luz de la pantalla del ordenador.

—¿Cansado? —preguntó Sofía.

—No sabes cuánto —respondió él volteando a mirarla sin haberse puesto las gafas. Sofía pensó que tenía los ojos bonitos y que era una lástima que tuviera que ocultarlos detrás de los vidrios de unas gafas tan poco favorecedoras. La subinspectora se preguntó si la disminución de su capacidad visual sería muy severa, por lo que bajó la mirada a los anteojos que reposaban sobre el escritorio. Se sorprendió cuando se percató de que no tenían aumento en absoluto. Entonces comprendió que se trataba de otro de los trucos del inspector. Decidió no darse por enterada, de momento.

—Tal vez será mejor que demos por terminado el día. Ya es tarde. Todos los demás están en sus casas con sus familias.

—Es cierto —respondió Salazar mientras se levantaba y cogía su gabán—. Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Néstor.

Salieron de la comisaría. Sofía en dirección a la pensión, el inspector hacia su casa. Néstor iba pensando en el caso. Un hombre que había sido envenenado frente a una multitud sin que nadie hubiera visto nada. No sabían cómo le habían suministrado el veneno. Aunque tenía muchos enemigos, no era probable que ninguno de ellos resultara el asesino. De encontrarse el culpable entre los adversarios políticos, o los extorsionados ya los hubieran identificado. Probablemente su propio equipo los habría señalado en las primeras horas. La muerte de Belmonte no beneficiaba a nadie de su entorno, sino al contrario los perjudicaba a todos, como quedó demostrado con la caída de todo el entramado a solo veinticuatro horas del asesinato. Lo único que estaba meridianamente claro era el lugar y la hora de la muerte, porque había ocurrido frente a docenas de testigos. Así que

sabían el cuándo y el dónde, pero no tenían ni idea del cómo, el por qué, ni mucho menos el quién. Tal vez verbalizarlo en voz alta frente a Paco lo ayudaría a poner en orden sus ideas. Algo importante se le había pasado por alto, estaba seguro de ello.

Había llegado frente al bar de Gyula, se asomó a la puerta y saludó con la mano, como hacía siempre que no tenía intenciones de entrar. Aquella noche no se encontraba de ánimos. Se sentía particularmente obtuso. Necesitaba descansar. Detrás de la barra solo vio al camarero, su amigo no estaba por ninguna parte, pero el empleado le avisaría que ya había pasado por allí. Néstor entró en el oscuro portal y accionó el interruptor para encender la luz de la escalera. No ocurrió nada. Tendría que hablar con el casero. Sin la iluminación artificial aquella escalera era como la boca de un lobo.

Salazar sacó el móvil del bolsillo del gabán y lo usó a modo de improvisada linterna. Subió con paso pesado hasta el tercer piso. Al llegar al rellano de su casa vio una sombra que se le abalanzaba y sintió un fuerte golpe en las costillas, perdió el equilibrio rodando escaleras abajo. La luz se encendió finalmente, mientras su atacante bajaba a toda prisa.

—Te advertieron que no metieras las narices en los asuntos del concejal, ahora pagarás las consecuencias —le gritó el sujeto iracundo.

Al pie de la escalera, Néstor no sabía si tenía algo roto, todo había ocurrido demasiado deprisa. El hombre, con el rostro cubierto con un pasamontañas se le acercó pateándolo con fuerza en el estómago, lo que hizo que el inspector se doblara en posición fetal, quedando indefenso frente a su atacante. El tipo se inclinó sobre él, oportunidad que aprovechó Néstor para arrancarle el pasamontañas. Era solo un muchacho, pero por la irritación de sus ojos y la mirada perdida comprendió que venía colocado. Con angustia sintió que le quitaba la pistola de la funda sobaquera. El sujeto le apuntó a la cabeza y haló el gatillo, pero por suerte el inspector siempre llevaba puesto el seguro del arma. Confundido por un momento, el delincuente comenzó a manipularla con la intención de quitarle el seguro. Néstor quiso incorporarse para poder defenderse, pero los músculos adoloridos no le respondían. Finalmente, el tipo dio con el mecanismo del seguro, lo quitó y volvió a apuntar a la cabeza del policía. A Salazar se le

pasó toda su vida por la mente en un instante. ¿Sería así como terminaría? ¿Con la cabeza volada por un torpe yonki? Había sido descuidado con su propia seguridad. Estaba pisando muchos callos de gente que se creía intocable, por lo que una reacción así era previsible. Tenía que haber extremado las medidas de seguridad de él y de Sofía. ¡Sofía! ¿Atentarían también contra ella? El sicario lo apuntaba con la pistola sosteniéndola con ambas manos y temblando sin control. Néstor contenía la respiración a la espera del impacto que acabaría con su vida. El desenlace fue muy rápido. Se escuchó un estruendo de pólvora y se vio un fogonazo cuando la pistola, ya sin seguro, cayó al suelo. El yonki no supo de dónde vino el golpe que lo dejó sin aire obligándolo a soltar el arma. Se encogió por un momento, lanzando al mismo tiempo un codazo que hizo blanco en el pecho de su atacante, luego corrió en dirección a la calle. Gyula, que sostenía un bate, se repuso del golpe. Hubiera querido seguir al maleante, pero era más importante auxiliar a Néstor, que hacía esfuerzos por recuperarse.

—¿Estás herido? —le preguntó.

—No lo creo... no. Solo un poco maltratado —afirmó Salazar, mientras comprobaba que el disparo no hubiera hecho blanco en su anatomía—. ¿Y tú? ¿Adónde fue a parar la bala?

—Estoy bien —lo tranquilizó Gyula—. Creo que la bala fue a dar a la pared del fondo.

—¡Sofía! ¡Es posible que hayan atentado también contra ella!

—Calma, no te muevas. No sabemos si tienes algo roto. Enviaré al segurata del bar a su pensión.

Gyula salió del edificio para dar la orden a su empleado. Néstor comprobó su estado general. Al parecer no le había ido tan mal, considerando que estuvo a punto de quedarse sin tener donde usar el sombrero. Sintió un líquido cálido que le comenzaba a cubrir el ojo izquierdo. Al llevarse los dedos a la ceja lo detuvo una punzada. Por lo visto se había abierto una brecha al golpearse contra los escalones. Gyula ya estaba de vuelta, e insistió en llevarlo al puesto de socorro.

Mientras era atendido llegó Sofía, a quien el segurata informó de lo ocurrido. Encontró a Gyula sentado en la sala de espera.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo está Néstor? —preguntó ella angustiada.

—Por suerte, no resultó tan grave como pudo ser —la tranquilizó el tabernero, luego le contó todo lo que había ocurrido.

—¿Pero cómo supiste que Néstor necesitaba ayuda?

—El cantinero vio al sujeto entrar en el portal minutos antes que nuestro amigo. Es una comunidad pequeña. Conocemos a todos los vecinos y este era extraño, por eso sospeché que podía traer malas intenciones y venir a por Néstor. Después de todo es el único policía que vive en la zona, y el que tiene mayor imán para los problemas.

—Pues tu intervención fue providencial. Le salvaste la vida.

—Así como él ya me la había salvado a mí.

Al día siguiente, Néstor se sentía como si hubiera pasado por una vendimiadora. Todo el cuerpo le dolía al menor movimiento. Sin embargo había tenido mucha suerte. Aunque pudo terminar muerto, solo resultó con algunos puntos en la ceja izquierda y uno que otro moretón disperso. El médico le había recomendado reposo. Sin embargo, él no quería separarse del caso. Sofía era muy competente, confiaba en ella, pero aún no conocía lo suficientemente bien la ciudad y sus peculiaridades como para llevar sola una investigación con tantas ramificaciones locales. Con respecto a los demás, no sabía en quién confiar. Era obvio que para poder llevar a cabo las extorsiones, Belmonte y los suyos debían tener al menos un cómplice dentro del cuerpo de policía. Así que amaneció en la comisaría, después de todo su cerebro no había sufrido daño. Eso sí, tendría que delegar en la subinspectora la conducción del coche hasta que el médico estuviera seguro que el golpe en la cabeza no tendría más consecuencias. Por supuesto que su llegada con un apósito en la ceja causó desconcierto y la primera que se sorprendió al verlo entrar fue Sofía.

—¿Qué te pasó, Salazar? ¿Te caíste en la ducha? —preguntó Pedrera en tono burlón.

Los demás levantaron la vista para mirarlo con asombro.

—¿Estás bien? —intervino González con gesto preocupado.

—¡Néstor! ¿Qué haces aquí? —lo interrogó Sofía, que sabía que le habían recomendado reposo.

—Estoy bien —los tranquilizó—. Lo suficientemente bien para seguir en el tajo.

Se sentó a su escritorio. Sofía, frente a él, lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Qué tratas de demostrar? —le preguntó en voz baja.

—Nada, pero quien preparó el atentado me quería fuera de juego, no quiero permitir que se salga con la suya. Ayer le vi la cara al tipo. Iba con pasamontañas pero logré arrancárselo. Era un muchacho, un yonki, así que creo que si lo encontramos hablará y nos dirá cosas muy interesantes —le susurró Néstor a su compañera.

—¿Cómo vamos a encontrarlo?

—Revisaré los archivos. Si está fichado lo reconoceré.

Sofía asintió. Le parecía bien, además, la idea de que el tío que estuvo a punto de volarle la cabeza a Néstor anduviera suelto no le gustaba en absoluto. Durante las siguientes horas, Salazar se dedicó a mirar fotos de fichados, a cuál más espeluznante, mientras ella se ponía en contacto con los laboratorios de la zona para averiguar quién tenía acceso al Malatión, y si alguien lo había comprado recientemente en concentraciones poco usuales.

El inspector y Sofía se habían quedado solos, todos los demás se encontraban afuera, ocupándose de sus investigaciones. Ya Salazar estaba casi bizco de mirar fotos cuando el timbre del teléfono de su escritorio lo sacó de su concentración.

—Dime Matilde —suspiró - ¿No hay nadie más que pueda hacerse cargo de ese caso? Sabes que nunca me escaqueo, pero me gustaría poder terminar lo que tengo entre manos... Está bien, dame la dirección. Sí, sé dónde es. Vamos para allá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofía, contenta de poder olvidarse un rato del Malatión. Era un pesticida tan común que podía ser usado en viñedos, huertos, e incluso jardines. Lo que resultaba extraño era la concentración que según toxicología se había usado en el concejal. Se trataba del producto casi puro, algo que ninguno de los laboratorios con los que habló reconocía haber vendido. Aún más, afirmaban que todas sus existencias se encontraban ya a la dilución de 48,6 %, aquella cuyo uso estaba permitido y se consideraba seguro.

Salieron de la comisaría. Como siempre, Néstor recogió las llaves del Corsa, aunque en esta ocasión se las entregó a la subinspectora.

—Será mejor que conduzcas tú —le dijo—. Yo te guiaré.

Subieron al coche. Salazar le dijo que irían hacia el suroeste, luego comenzó a señalarle la ruta, lo cual fue una suerte porque a Sofía, el barrio que rodeaba a la comisaría le parecía un laberinto. Las estrechas calles de una sola vía y casas centenarias, fueron sustituidas por avenidas más amplias en las que predominaban los edificios de pocos pisos con comercios en su primera planta. Finalmente salieron a una carretera, donde la ruta era amenizada por viñedos alternados con campos yermos. Al cabo de unos minutos pudieron ver una aglomeración en la que había un par de patrullas de la policía y una de la Guardia Civil. ¿Tendrían problemas acerca de quién se haría cargo del caso? Aunque Salazar debía reconocer que en aquel momento preferiría que se lo quedaran los guardias, para poder concentrarse en la muerte del concejal.

Se apearon del coche para acercarse al lugar de los hechos. Uno de los guardias les dio el alto. El inspector ya sacaba su identificación del bolsillo del gabán.

—¿Policía de Haro? —preguntó el de mayor graduación—. Este lugar se encuentra en nuestra jurisdicción. El caso nos pertenece.

Néstor iba a darle la razón con gusto cuando vio el rostro del occiso.

—Si nos atenemos al lugar donde fue encontrado el cuerpo tiene usted razón, sargento, pero me temo que el fallecido tiene relación con un caso que investigamos.

—¿Cuál caso?

—Me temo que eso no puedo revelárselo sin autorización del juez. Ya sabe, secreto de sumario.

El guardia no pareció muy convencido. Su subalterno miró a Salazar de arriba abajo, luego murmuró algo al oído de su superior. Sofía miró a Néstor sin poder disimular su extrañeza. Luego cayó en cuenta. Los guardias civiles parecieron decepcionados, pero abandonaron el lugar sin mayores protestas. Solo cuando su patrulla se alejaba Sofía se atrevió a interrogar a su jefe.

—¿No me dirás que este fue el que te atacó?

—El mismo.

—No fuiste muy explícito con los guardias. Me sorprende que se marcharan con tanta facilidad.

—Uno tiene su reputación. ¿Querías que les contara que el hombre que apareció hoy asesinado es el mismo que anoche intentó matarme? ¿No crees que semejante coincidencia me convertiría en el principal sospechoso?

—Pero tú eres el que menos pudo hacerlo. Estuviste hasta bien entrada la madrugada en urgencias, luego te acompañamos Gyula y yo a tu casa, y antes de un par de horas ya habías llegado a la comisaría.

—Por supuesto que no fui yo, pero para cuando demostráramos todo eso habríamos perdido un tiempo precioso. ¿No lo crees? Vamos, veamos qué tiene que decirnos Javier de sus primeras impresiones.

Ambos se acercaron al cuerpo sobre el que se inclinaba el forense. Un juez que Sofía no conocía esperaba pacientemente lo que el médico tuviera que decir.

—¡Hola Javier! —Saludó Salazar.

—¡Hola Néstor, Sofía! Os tocan todos los casos chungos. ¿Eh? Oye ¿qué te pasó en la cabeza?

—Gajes del oficio —respondió el inspector, restando importancia a la ceja herida. ¿Qué tenemos?

—Bueno, el occiso es un varón en la veintena. Está levemente desnutrido, marcas de agujas en las extremidades. Obviamente era un yonki.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Herida de bala. Orificio de entrada en el lado izquierdo del tórax. Orificio de salida por la espalda. Le dispararon al corazón a corta distancia. Aquí se puede observar el tatuaje que lo demuestra.

—¿Qué tan corta?

—No fue a quemarropa, pero sí a pocos centímetros. El asesino debió estar muy cerca.

—¿Tenemos la bala?

—No, debió quedar en la escena del crimen.

—¿Entonces movieron el cuerpo?

—Sin duda alguna, fue asesinado en otro lugar. Las livideces que muestra el cuerpo no corresponden con la postura en la que fue encontrado.

—¿A qué hora falleció?

—Diría que alrededor de la medianoche.

—¿Estás seguro? —insistió Salazar.

—Sin duda alguna.

Néstor pensó por un momento. El atentado ocurrió alrededor de las diez treinta. Cerca de la medianoche él se encontraba en urgencias, por lo que había al menos media docena de personas que podían atestiguar que era imposible que hubiera disparado contra la víctima. Entonces se decidió a hablar, no quería que su silencio enturbiara la investigación. En pocas palabras contó al juez y a Molina lo que había ocurrido la noche anterior, cómo había pasado la mañana mirando fotos de sospechosos antes de recibir la llamada del hallazgo de un cadáver en una cuneta.

—Puede haber un conflicto de intereses —opinó el juez—. Este hombre, la víctima, cometió un atentado contra usted inspector. Aunque está claro que no tuvo nada que ver con este homicidio, la relación podría enturbiar su objetividad.

—Difiero de usted, señor juez. Soy el primer interesado en encontrar al responsable de esta muerte.

—¿Por qué debería creer eso?

—Porque hay grandes probabilidades de que el responsable del homicidio de este joven fuera el que lo contrató para atentar contra mí ayer, y podría tener intenciones de terminar el trabajo que su sicario dejó inconcluso.

## Capítulo doce

Salazar no consideró necesario presenciar la autopsia del yonki muerto. Aquel caso se estaba complicando con demasiada rapidez, así que no podían perder el tiempo. Confiaba en Molina lo suficiente para saber que si había algo que encontrar durante el examen del cuerpo, él lo hallaría. Según el D.N.I. que cargaba encima el sujeto, se trataba de Ricardo Luengo. De vuelta en la comisaría, Néstor le pidió al oficial de guardia que trasladara a la señora Celia Solís a la sala de interrogatorios. Quería hablar con ella antes que su abogado pudiera liberarla. Tenía que reconocer que contra Solís solo tenían la declaración de los cómplices de Belmonte de que sabía lo que se cocinaba en aquel grupo, pero al no participar en la extorsión, no había quedado evidencia que pudiera demostrar nada en su contra. Así que probablemente estaría de vuelta en su casa en las próximas horas, pero el inspector quería interrogarla antes de que se sintiera segura, cuando todavía era vulnerable.

Consciente de que no podía posponer la investigación de la muerte de Luengo, le pidió a Sofía que se ocupara de averiguar sus antecedentes. Estaba seguro que poseería un abultado prontuario policial que tal vez arrojara algún dato para encontrar al que lo había contratado, y probablemente también asesinado.

La subinspectora aceptó el encargo sin quejarse, pero en su fuero interno lamentó perderse el interrogatorio de la sospechosa. Le agradaba presenciar los pequeños trucos que empleaba su superior durante los interrogatorios. Los encontraba muy instructivos. Sin embargo comprendió la necesidad de adelantar el trabajo. Mientras ella regresaba a su escritorio, Salazar se dirigió a la sala del tercer piso.

Cuando entró pudo comprobar que la mujer estaba hecha un manojo de nervios. Bien. Eso facilitaría las cosas. La abogada a su lado trataba de tranquilizarla. Salazar la conocía de otros casos. Más de cincuenta años, feminista acérrima, pagada de sí misma, era un hueso duro de roer. Por compensación, eso le dificultaría las cosas.

—Buenas tardes, señora Solís —la saludó como si el encuentro hubiera ocurrido en un evento social—. ¿Necesita algo? ¿La han tratado bien?

—No pretenda hacernos creer que le preocupa el bienestar de mi clienta, inspector —señaló la abogada—. No tiene nada contra Celia y usted lo sabe. La sacaré de aquí antes que tenga tiempo de darse cuenta, y luego pondré una queja formal contra usted por arresto indebido. ¡Ah! Y será mejor que no trate de aplicar ninguno de sus trucos baratos, porque no le servirán de nada.

—Licenciada Trueba, para mí también es un placer volver a verla —respondió Néstor con su mejor sonrisa.

La respuesta pareció enardecer más a la abogada. Eso alegró al inspector. Como le comentó a Sofía en su momento, la ofuscación dificultaba pensar, pero además sentía un placer perverso en sacar a Trueba de sus casillas. Salazar se sentó en su silla y encendió la grabadora. Colmenares no se encontraba en la comisaría en ese momento, pero podría ver la entrevista después.

—Muy bien, comencemos —dijo el inspector mientras abría un *dossier*. Fiel a su costumbre, Celia Solís se estrujaba las manos—. Señora Solís, cuando hablamos la última vez, en el despacho del concejal Belmonte, usted negó que tuviera cualquier relación personal con él. ¿Continúa negándolo?

—Las relaciones personales de mi clienta son un asunto privado que no le concierne a la policía.

—Concierne cuando se trata de un homicidio —refutó Salazar—. Si queremos encontrar a la persona que asesinó al concejal, debemos saber con quiénes y cómo se relacionaba. Puede responderme ahora, o puedo pedirle al juez que la llame a declarar en el tribunal bajo juramento. Usted decide.

Trueba apretó los dientes y asintió con un bufido cuando Solís le dirigió una mirada de desamparo. «Salazar uno, Trueba cero», pensó Néstor. Se

recostó en el asiento como si tuviera todo el tiempo del mundo. La abogada ya debió advertir a su clienta que evitara mentirle a la policía, porque su historia resultó muy distinta de la contada anteriormente.

—Yo había enviudado hacía poco —comenzó a justificarse antes siquiera de responder—. Mi hija aún no terminaba sus estudios y necesitaba el dinero, entonces Juanjo, el señor Belmonte me ofreció trabajar como su secretaria.

—¿Era su primera campaña? —preguntó Néstor, mientras escribía. En realidad, dibujaba una caricatura, pero sabía que tomar nota durante los interrogatorios ponía más nerviosos a los sospechosos.

—No, eh... En realidad entre la primera y la segunda.

—Así que aún no era concejal.

—Eh... no.

—Por los informes que he recibido, el señor Belmonte no tenía recursos propios antes de entrar en la carrera política. ¿Cómo podía entonces pagar su sueldo?

—El partido confiaba en él y lo financiaba —se apresuró a responder Celia frotándose con fuerza las manos. Si continuaba así terminaría por arrancarse la piel, pensó Néstor.

—¿Por qué confiaba en él?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —intervino la abogada.

—Una muy pertinente, pues el señor Belmonte quedó en último lugar durante las elecciones anteriores. No parecería el más lógico para recibir apoyo político. La abogada cerró la boca como si hubiera recibido un rechazo. «Salazar dos, Trueba cero», pensó Néstor. Esto promete.

—Fue a causa de mi difunto marido —confesó Solís—. Él era muy respetado dentro del partido. De no haber fallecido, probablemente hubiera sido el candidato para las elecciones del 2011. Cuando conoció a Juanjo... al señor Belmonte, eran rivales políticos, pero a José Antonio le impresionó el empuje de Juan José. Sus ideologías no eran muy diferentes, así que le ofreció que se sumara a la militancia y fuera su ayudante.

—Así que su difunto esposo, el señor Rivas, respaldó al señor Belmonte dándole un cargo como ayudante, y favoreciendo su prestigio dentro de un partido que hasta ese momento no era el suyo. ¿Fue así?

—Sí —respondió Celia a regañadientes.

—Luego, cuando su esposo falleció, el partido continuó apoyando a Belmonte, al punto que pudo contratarla a usted como su secretaria, y ganar las siguientes elecciones como concejal. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí, así fue. Como verá, nada de eso está fuera de la ley.

—Concuerdo con usted, señora. Lo que sí está fuera de la ley es el entramado de extorsión que tenían entre el señor Belmonte y su equipo, del cual usted, según sus socios, tenía conocimiento.

—¿Usted no tiene ninguna prueba de eso! —exclamó la abogada, que parecía una leona a punto de abalanzarse sobre el inspector.

—¿Niega su conocimiento sobre este delito?

—Por supuesto que lo niego.

—¿Por qué la involucraron entonces sus amigos?

—No son mis amigos, siempre sintieron celos del ascendiente que yo tenía sobre...

—No digas una palabra más, Celia —la interrumpió la abogada. No tienes por qué responder una pregunta sobre las intenciones de otro.

«Salazar dos. Trueba uno», pensó Néstor.

—¿Quién podría desear la muerte del concejal, señora Solís?

—No lo sé. No se me ocurre nadie.

Una idea acudió a la cabeza del inspector. Algo que había comentado Bermúdez durante su interrogatorio y que él había pasado por alto. Si no era la primera vez que aquel grupo perdía su candidato, y si en la ocasión anterior Belmonte había sido el beneficiado, era porque alguien tomó aquella decisión sobre la marcha. Alguien con mucho poder dentro del partido.

—¿De quién en concreto provenía el apoyo?

—Yo... Eh... No era una persona concreta, era el partido.

—El partido parece demasiada gente —insistió Salazar—. ¿No tenía adversarios dentro del partido?

—Ninguno con sus oportunidades.

—Pero habiendo quitado al concejal del medio, con una buena campaña, suficiente inversión en propaganda... —Celia rompió a llorar.

—Es usted un insensible, —le espetó la abogada—. Esta entrevista se ha terminado.

—Podemos terminarla aquí y continuarla en los tribunales —respondió Salazar.

—Espera Ernestina —intervino Celia. ¡¿Ernestina?! Ahora comprendía Salazar el perenne mal humor de la abogada— quiero terminar con esto cuánto antes. ¿Qué quiere saber inspector? Por favor, sea concreto en sus preguntas.

—¿La persona que dio apoyo a su esposo dentro del partido fue la misma que luego ayudó a Belmonte a ser concejal?

—Sí —reconoció la secretaria en un murmullo.

—¿De quién se trata?

—Francisco Duero.

—¿El consejero de...?

—El mismo.

Por primera vez, Salazar sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Ante la sonrisa satisfecha de la abogada le asaltó un pensamiento: «Salazar dos. Trueba dos».

—Bien —dijo Salazar reponiéndose de la sorpresa—. Su relación con el señor Belmonte fue más allá del ámbito profesional. ¿No es así?

—Si lo que está preguntándome es si fuimos amantes. Sí. Lo fuimos.

—¿Cuándo se inició esa relación?

—Poco después que comenzara a trabajar para Juanjo —respondió Celia, ya sin tapujos.

—¿No mientras su esposo estaba vivo?

—¡Desde luego que no! ¿Por quién me toma?

—¿Nunca le habló de las extorsiones?

—Esas presuntas extorsiones aún están por probarse en un juicio —intervino la abogada.

—Para eso estamos aquí —respondió Néstor—. Aunque ya tenemos suficientes pruebas de las extorsiones, las declaraciones de la señora Solís la pondrán del lado de la ley o de los cómplices del delito. Siendo usted su abogada, presuntamente vela por sus intereses, así que debería aconsejarle colaborar.

Trueba guardó silencio. «Salazar tres. Trueba dos».

Como ya suponía el inspector, la abogada de Celia Solís no tardó ni dos horas en conseguir su liberación, sin siquiera necesidad de fianza. A Salazar aquello no le preocupó. Todo apuntaba a que la secretaria no había participado activamente en la comisión de los delitos, y aunque estaba seguro que sabía más de lo que confesaba, no podía probarlo. Por otra parte, el asunto de la extorsión ya había sido transferido a la comisaría principal, donde se ocuparía el departamento de «Delitos económicos». Allí serían trasladados los detenidos, así como todas las pruebas reunidas por Néstor y Sofía. Ellos tenían suficiente trabajo concentrándose en los dos homicidios que debían resolver.

Cuando Salazar bajó de nuevo a la oficina, ya su compañera había realizado el informe acerca de Ricardo Luengo. Él le mostró la grabación de la entrevista mientras leía el *dossier*. La historia era bien conocida por Néstor. Luengo había nacido en una familia disfuncional, padre ausente, madre adicta, el joven fue rescatado por los servicios sociales y puesto bajo la custodia de una tía, que no vio con buenos ojos cargar con la responsabilidad de un sobrino que no conocía y por el que no sentía ningún cariño. Cuando la trabajadora social acudió a supervisar el bienestar del niño en casa de su tía, lo encontró sucio, mal vestido y claramente mal alimentado, por lo que le retiró también la custodia para enviarlo a una casa de acogida. El mal comportamiento del muchacho hizo que pasara de una familia a otra, hasta que finalmente, después de participar en un robo con asalto, el juez decidió recluirlo en un reformatorio. Al llegar a la edad adulta, ya el joven era un delincuente consumado, consumidor y camello. Su expediente era un registro constante de entradas y salidas de la cárcel por delitos menores, hasta que decidió subir en la escala atentando contra un policía.

A Néstor le sorprendió que un grupo delictivo como el de Belmonte, tan bien organizado, con recursos para manipular familias convirtiéndolas en okupas, tuviera que recurrir a un sujeto como Luengo. Estaba claro que había sido subestimado, o quizá solo querían darle un susto, pero no, el yonki intentó dispararle a la cabeza dos veces, y solo la suerte permitió que no tuviera éxito. Lo que avergonzaba a Néstor era que un pequeño

delincuente como ese estuviera a punto de acabar con su vida con sorprendente facilidad. La conclusión a la que llegó le hizo sentir un escalofrío. Necesitaba hablar con Sofía, compartir sus ideas y escuchar su opinión. Pero no allí.

—¿Te apetece un café? —le preguntó de repente.

—¿Cómo puedes llamar café al agua sucia que tenemos aquí?

—Estaba pensando en invitarte a «La Callecita».

Sofía lo miró extrañada. Néstor no era de los que solía abandonar la oficina con cualquier excusa, o al menos eso creía ella. Sin embargo, la expresión de la cara de su jefe le hizo comprender que lo que realmente le interesaba no era el café, ni el receso. Buscaba privacidad.

—Por supuesto —aceptó ella, poniéndose la chaqueta y cerrando la cremallera, mientras él cogía su eterno gabán.

Cuando salieron encontraron una niebla densa, que según le había comentado la patrona de la pensión a Sofía, era muy habitual en Haro. Hacía frío, y la subinspectora podía observar cómo la humedad se condensaba en algunas superficies. El café caliente ahora le parecía una muy buena idea. No tardaron en llegar al bar, donde el camarero los saludó con una sonrisa. Por lo visto, Gyula no se encontraba en ese momento. Se sentaron a la mesa favorita de Salazar y pidieron dos cafés.

—Supongo que no me has traído hasta aquí solo para que pruebe el café de Gyula.

—Eres muy perceptiva. No, quiero conocer tu opinión acerca de una idea que he tenido hoy.

—Y que no podías contarme en la oficina, supongo.

—Así es. Hay asuntos que no se pueden tratar en voz alta, según en qué lugares.

—Muy bien, soy toda oídos.

—De acuerdo. Después de leer los antecedentes de Luengo, he llegado a varias conclusiones. La primera es que el que ordenó mi muerte debe considerarme un absoluto inútil, pues envió a un chico inexperto y más bien torpe que ni siquiera sabía manejar bien un arma. La segunda, tengo que reconocer con vergüenza que su evaluación no fue errada, porque de no ser por un golpe de suerte y la intervención de Gyula, hubiera tenido éxito.

—No deberías ser tan duro contigo mismo, Néstor. Ninguno de nosotros podía imaginar un atentado.

—Yo debí hacerlo. Soy policía desde hace muchos años, así que por la importancia de la víctima, además de todo el entramado delictivo que lo rodeaba, tenía que haber comprendido que después de fracasar con las presiones políticas, actuarían de forma más expedita.

—Muy bien, cometiste un error. Por suerte no tuvieron éxito. Supongo que ahora tendrás más cuidado.

—No lo dudes, pero la tercera conclusión es la que más me preocupa. Luengo sabía dónde vivía, a qué hora llegaría. En otras palabras, tenía información completa de mis rutinas. Eso significa que me había vigilado, o que quien lo contrató le proporcionó toda esa información. Descarto la vigilancia. No tuvo tiempo. Así que...

—Alguien cercano, que te conoce bien tuvo que proporcionarle la información.

—Es lo que yo creo. El policía. Sabemos que en la trama de extorsión, necesariamente debe haber al menos un cómplice dentro de la policía. Podría ser cualquiera en nuestra comisaría, o en la principal, pero si me conoce lo suficiente para saber dónde vivo...

—Tiene que ser uno de nuestros compañeros.

—Exacto.

—¿Tienes idea de quién puede tratarse? ¿Los conoces bien?

—Mi relación con ellos se limita al ámbito laboral. Tal vez sea un defecto de carácter, pero no cuento con muchos amigos.

—Alguno de los que tienes parecen compensar con calidad la cantidad. Me refiero a Gyula, por supuesto.

—Más que amigo, Gyula es como un hermano para mí —aclaró Néstor—. Crecimos juntos una buena parte de la infancia y la adolescencia. Tal vez es la única persona en la cual realmente confío. Aunque debería incluirte en ese pequeño grupo.

—¿A mí? Si apenas nos conocemos.

—Y sin embargo sé que puedo confiar en ti —confesó Néstor, carraspeando para disimular su turbación.

—Gracias —respondió ella, sin saber qué decir—. Pero volviendo al policía corrupto. ¿De quién sospecharías? Tú los conoces mejor que yo.

—Bien. No estoy seguro, aunque no es un secreto que Pedrera y yo nos llevamos muy mal. Sin embargo, en este caso no se trata de animadversión, sino de intereses muy particulares. Tendríamos que preguntarnos cuál de ellos sería capaz de aceptar sobornos para infligir la ley.

—¿Quién entonces?

—No puedo acusar a nadie, pero te diré lo que sé de cada uno. Pedrera es soltero, vive solo, creo que tiene una novia. Se preocupa mucho de su físico, como habrás podido comprobar, pasa mucho tiempo en el gimnasio. Es un policía promedio, aunque ha tenido algunos problemas por acoso sexual. Es un capullo, pero eso no lo convierte en corrupto, creo. Rodríguez tiene muy poco tiempo en la comisaría, es respetuoso y trata de hacer bien su trabajo. Creo que también es soltero. Vive con sus padres. González lleva toda la vida en la comisaría. Está aquí antes que cualquiera de nosotros, incluyendo a Colmenares. Le toca la jubilación en un par de años. No creo que la arriesgara por algo así. Por último tenemos a Toro. Hace su trabajo, habla poco, no se relaciona mucho, pero supongo que eso también podría decirse de mí. Es casado con tres o cuatro hijos, no estoy seguro.

—¿Qué me dices de Colmenares?

—No creo que conozca mis rutinas.

—¿Los demás sí?

—Trabajamos codo con codo todos los días. Supongo que cualquiera de ellos sabe cuáles son mis costumbres.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos ahora?

—Es evidente que al yonki lo asesinaron para que no hablara. Probablemente la misma persona que lo contrató. Podemos buscar alguna relación entre Luengo y nuestros compañeros. Si alguno de ellos lo arrestó o lo interrogó en alguna ocasión. Si alguno de sus conocidos lo vio en compañía de un policía en los días previos al atentado. Esperemos también el informe de la autopsia, así como los resultados de la científica acerca de la escena del crimen. Con un poco de suerte, el asesino habrá dejado alguna pista. Por cierto. ¿Has obtenido algo del Malatión?

—Lo único que he sacado del Malatión son quebraderos de cabeza. Es de uso muy común. Se considera muy seguro y puede encontrarse en casi cualquier laboratorio de pesticidas, así como en la mayoría de las plantaciones, incluso está disponible para uso en jardines.

—Así que cualquiera podría conseguirlo.

—Sí y no. Todo esto se refiere al Malatión muy diluido, pero el usado en el concejal estaba en estado puro. Y ese ya no es tan fácil de encontrar.

—¿Hay alguna forma de obtenerlo?

—Supongo, puesto que el asesino de Belmonte tuvo acceso a él, pero hasta ahora no he tenido suerte al respecto.

—¿Y qué hay del producto ese del que me hablaste, la segunda piel?

—Sí, como recordaba, aún no ha sido comercializado, aunque esperan hacerlo en poco tiempo. Su nombre químico es polisiloxano. Escucha esto: se ajusta a la piel perfectamente, es elástico, y lo más importante, es impermeable.

—¿No se distingue a simple vista?

—En absoluto —negó la subinspectora—. Al aplicarlo, la piel se ve normal, aunque rejuvenecida porque le confiere elasticidad.

—¿Qué probabilidades hay de que el asesino de Belmonte tuviera acceso a la segunda piel?

—Por las vías comerciales, ninguna, aún no está disponible al público, pero si tenía algún conocido de los laboratorios que la crearon, o pudo hacerse con una muestra ofreciéndose como sujeto experimental...

—Sofía, eres genial. Lo restringido del acceso a ese producto podría ser la perdición del asesino. Vamos a hacer esto de la forma más ortodoxa posible. Hablaré con el juez Aristigueta para que redacte un documento solicitando al laboratorio información sobre su personal con acceso al polisiloxano, que además incluya la lista de voluntarios para la fase experimental. Tal vez haya algún español entre ellos, y si tenemos suerte, alguien cercano a Belmonte.

—De acuerdo. Con respecto al Malatión...

—Sigue intentándolo —le ordenó Néstor, confiaba en que Sofía no se rendiría. Como él, era una sabuesa, y no soltaría la presa.

## Capítulo trece

Cuando llegaron a la comisaría, Néstor encontró un correo electrónico de Molina en el que le daba a conocer los aspectos más generales de la autopsia, aunque por el informe tendrían que esperar al menos hasta el día siguiente. Como ya sabían, Ricardo Luengo había muerto por un disparo al corazón a corta distancia. El asesinato lo cometieron en otro lugar, y luego desplazaron el cuerpo hasta el descampado donde fue encontrado. Aunque no tenían la bala para determinar su calibre, según Molina se trataba de un arma pequeña, probablemente un revolver para defensa personal.

Después de discutir sus opciones decidieron investigar en el barrio donde Luengo vivía y trapicheaba. Recogieron las llaves del Corsa, que nuevamente Salazar cedió a su compañera. El inspector guio a Sofía a través de estrechas callejuelas hasta que llegaron a un cruce donde la vía se bifurcaba, del lado derecho subía una cuesta, mientras la calle del lado izquierdo se ensanchaba, dando espacio para aparcar unos pocos coches. Un muro de piedra servía de base a la pendiente que separaba ambas calles. Néstor le indicó a Sofía que aparcara en una de las plazas que se encontraba desocupada. Salieron del coche y comenzaron a recorrer la calle. Como en muchos barrios de Haro, eran casas viejas de tres pisos, alternando las que se encontraban remodeladas, pintadas y bien cuidadas, con aquellas que no ocultaban su abandono. Al final de la calle, una reja cerraba el camino. Del otro lado, Sofía pudo ver una escalera que descendía hacia una ancha avenida cruzando la cual había un campo de fútbol. Salazar le señaló el último edificio de la derecha, que parecía abandonado, al punto que la puerta que daba acceso al interior se encontraba bloqueada por un viejo listón de madera.

—Según la ficha de Luengo, es aquí —le informó el inspector.

—¿Aquí?! Pero si este edificio debe tener años de abandono.

—Que no te sorprenda. Es muy probable que nuestro amigo Ricardo no tuviera una dirección estable, así que cuando lo ficharon dio la de este edificio, como pudo dar la de cualquier otro lugar desocupado.

—Entonces podría vivir en cualquier barrio. Nada nos garantiza que lo hiciera en este.

—No lo creas. Si sabía de este lugar y pudo dar la dirección con tanta precisión, es porque conocía bien el barrio y sus alrededores. Es seguro que estos eran sus predios. Ahora tenemos que localizar a alguien que lo conociera, aunque fuera superficialmente.

Salazar usó las manos para apoyarse en la reja, se impulsó y saltó al otro lado, donde tuvo que hacer esfuerzos para conservar el equilibrio. Sofía lo siguió con más elegancia. La chica estaba en forma, o él había perdido facultades. Para no sentirse mal, culpó por su torpeza a los golpes que recibió al caer por la escalera, pero en el fondo sabía que había descuidado su entrenamiento. Las últimas horas se lo habían enrostrado de la peor forma posible. Bajaron las escaleras hasta la avenida. Frente al campo de fútbol había un edificio de dos pisos que ocupaba toda la extensión de la calle. En el interior las luces se encontraban encendidas. «Una escuela», pensó Sofía. Después de la escuela había un solar que era usado como aparcamiento, a la izquierda, una pendiente permitía regresar al barrio. Aquí la calle era mucho más amplia, asfaltada en lugar de empedrada, y las edificaciones tenían un aspecto más moderno. Al llegar a la esquina, la calle asfaltada dio paso de nuevo al empedrado cuando la encrucijada amplió el espacio permitiendo albergar un par de bares. Uno de ellos incluso disponía de mesas exteriores que en ese momento el tiempo mantenía inoperantes. Salazar entró en el más pequeño de los bares. Sofía lo siguió. Detrás de la barra, un hombre de mediana edad con el cabello ralo se dedicaba a secar los vasos. Los miró con desconfianza.

—¿Qué les sirvo?

—No venimos a consumir —anunció Salazar, mientras sacaba su identificación del bolsillo—. Inspector Salazar, subinspectora Garay. Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Usted dirá —respondió el cantinero sorprendido.

—¿Ha visto a este hombre? —le preguntó el inspector, mientras le mostraba la fotografía de la ficha de Luengo.

El tabernero lo miró con detenimiento.

—No lo he visto en mi vida —respondió finalmente.

—Era un camello.

—¿Era?

—Lo asesinaron.

—Entonces por eso no lo conozco. Aquí no viene ningún camello —afirmó el cantinero nervioso.

—Ya. Y supongo que están sindicalizados y traen una placa de identificación para que usted sepa quiénes son camellos y quiénes no —dijo Salazar con sarcasmo.

—Si alguno de esos malvivientes trata de vender su mierda en mi negocio los saco a patadas. ¿Lo entiende?

—Perfectamente, así que deduzco que este malviviente en particular nunca se asomó por aquí.

—No, este no.

—¿Hay alguno que sí?

—Oiga ¿qué quiere saber exactamente?

—Necesitamos encontrar a alguien que conociera a este tipo. Sabemos que trapicheaba por aquí. Y no me diga que en este barrio nadie consume, porque eso no se lo cree ni su confesor.

—De acuerdo —suspiró el cantinero. Si se corría la voz de que la policía había visitado su bar sería malo para el negocio, así que quería deshacerse de aquella pareja lo antes posible—. Uno de mis clientes ocasionales es un viejo indigente. Al menos un par de veces a la semana viene a comprar una botella del vino más barato. Sé de buena fuente que cuando consigue pasta la invierte en algo más fuerte. Si ese tipo trapicheaba en este barrio, seguro que él lo conocía.

—¿El nombre de su cliente?

—Lo llaman Facundo.

—¿Apellido?

—No tengo la menor idea, ni siquiera estoy seguro que ese sea su verdadero nombre.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Siguiendo recto por esta calle encontrarán un callejón con unas escaleras que suben hasta la avenida principal. A mitad del callejón hay unos viejos almacenes que llevan años abandonados. La madera de la puerta está medio podrida y tiene un agujero por el que puede pasar una persona adulta. Allí suelen refugiarse los indigentes de la zona.

—Muy bien, muchas gracias.

Salieron del bar para alivio del dueño. Después de seguir sus instrucciones encontraron el almacén y entraron. El galpón era enorme. El olor a humedad y desechos orgánicos los asaltó en cuanto cruzaron la puerta. Avanzaron despacio, con cuidado. Varias cortinas hechas con sábanas raídas dividían el local en habitaciones improvisadas. Detrás de cada cortina había uno o varios colchones viejos, algunos incluso contaban con una pequeña cocinilla. Néstor apartó una de las cortinas, donde una mujer de aspecto famélico que se encontraba sentada en un colchón sucio retrocedió asustada al verlo.

—Busco a Facundo —dijo el inspector con voz suave.

Ella levantó el brazo para señalarle una de las cortinas sin dejar de mirarlo fijamente, con ojos enormes en medio de un rostro que solo era huesos y piel. En el brazo extendido Néstor y Sofía pudieron ver claramente las marcas de aguja y los moretones recientes. Salazar calculó que la mujer no podía tener más de veintitrés años. Con tristeza se preguntó si llegaría a los veinticuatro. Se dirigieron al lugar donde les había señalado que estaba Facundo. El inspector retiró la cortina. Tendido en una colchoneta cubierta con una sábana vieja, llena de manchas y jirones, se encontraba un anciano canoso con el cabello apelmazado y la abundante barba descuidada. Sus ropas habían conocido mejores tiempos. Al escuchar los pasos de los policías se sentó de golpe.

—¿Facundo? —preguntó Néstor.

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis de mí?

—Necesitamos que nos ayudes, Facundo. Te recompensaremos.

—¿Sois policías? No ayudo a policías. No está bien visto.

—No somos de este barrio —argumentó Néstor—. Así que nadie por aquí sabe que somos policías.

—Os ayudaré por veinte euros.

—¿Qué tal una invitación a almorzar? —preguntó Salazar. Sabía que si le entregaba dinero, este serviría para alimentar su vicio. No era asunto suyo, pero su conciencia no se lo perdonaría.

—Eso le saldría más caro.

—Pero será una mejor inversión. ¿Qué dices?

—¿Podré pedir lo que quiera?

—Lo que quieras.

—Acepto.

Facundo se levantó siguiendo a los policías, que lo guiaron hasta el bar donde les habían proporcionado la información. El cantinero se sorprendió al verlos, y era obvio que no se había alegrado mucho. Los llevó hasta la mesa más apartada en un rincón oscuro. Facundo se sentó, y con aire de suficiencia pidió el menú completo del día. El cantinero regresó a la cocina para buscar las alubias que constituían el primer plato. Sofía y Néstor, por supuesto, no pidieron nada.

Salazar dejó que el viejo comiera sus alubias tranquilo. Pensó que con el estómago lleno, Facundo sería más comunicativo. No se equivocó. Mientras esperaban el segundo plato, chuletas de ternera con patatas, el inspector sacó la foto de Luengo.

—¿Conoce a este hombre?

—Ricardito. ¿En qué lío se ha metido ahora? —preguntó Facundo con una media sonrisa. Al parecer sentía simpatía por el camello.

—Facundo, —dijo Salazar con tacto— me temo que Ricardo Luengo está muerto. Lo asesinaron anoche.

—¡Vaya! —exclamó el viejo, apenado, pero no sorprendido—. No era un mal chico ¿sabe? Confundido, sí. La vida no lo había tratado bien, pero no tenía malos sentimientos. Para su desgracia era muy influenciable. Se dejaba convencer con mucha facilidad. Eso en estos ambientes no es nada bueno. Se aprovechan de uno, ¿sabe? Y Ricardo no sabía negarse, especialmente si sentía alguna simpatía por la persona que lo inducía.

—El tipo de persona que necesita aprobación —intervino Sofía.

—¡Chica lista! —reconoció Facundo mientras contemplaba el plato con la chuleta y las patatas que el cantinero le había puesto delante—. Ricardo

era el tipo de persona dispuesto a hacerte un favor si le caías bien.

—¿Cualquier tipo de favor? ¿Aunque fuera ilegal?

—Generalmente se trataba de ese tipo de favor. ¿Qué hizo para terminar así?

—¿Tiene idea de quién pudo influir sobre él en estos días? —cambió de tema Salazar, ignorando la pregunta de Facundo.

—Es curioso que lo pregunte, porque llevaba varios días sin verlo.

—¿Dónde vivía? ¿En el mismo galpón que usted?

—No, arriba, en la calle principal hay un edificio en obras, algunas veces el seguridad nocturno lo dejaba dormir allí.

—¿Por qué? Eso puede poner en peligro su trabajo.

—Consume. No mucho, pero sí de vez en cuando, usted sabe, para mantenerse despierto. Ricardo le daba un poco de mercancía a cambio de un techo. La única condición era que debía marcharse antes del amanecer, antes que llegaran los obreros.

—Entonces Luengo vivía en la calle.

—Exactamente.

—¿Dónde comía?

—Hay un comedor social en el barrio. Yo también voy a veces, allí fue donde lo conocí. Ricardo no solamente comía en ese lugar, sino que en ocasiones también ayudada sirviendo la comida. Como le dije, no era un mal chico.

—¿Sabe si Ricardo tenía contacto con algún policía?

—¿Me está preguntando si era un confidente? ¡Desde luego que no! Ricardo detestaba a los policías, los llamaba hipócritas y parásitos, con el perdón. A los únicos que odiaba más que a los maderos era a los soplones —respondió Facundo mientras atacaba el flan que le habían servido de postre.

## Capítulo catorce

Santiago aparcó en la calle Virgen de la Vega y se apeó del coche. Aquella era la investigación más difícil que había llevado a cabo a lo largo de su carrera, porque no estaba seguro de querer encontrar la verdad. La conversación con Pilar García no había rendido frutos. Aquella pobre mujer no pudo aportarle ningún dato que lo ayudara a encontrar a su hermano. Cuando le mencionó a Lucas sus ojos se iluminaron con una chispa de reconocimiento que hizo albergar esperanzas a Goliat.

—Lucas, un buen chico... Chico listo... Pobre chico —comentó con una sonrisa. Luego volvió a contemplar la ventana con la mirada perdida.

Era evidente que bien el caso, el muchacho, o ambos, habían dejado su impronta en la mujer, pero no lo suficiente para que pudiera recordar algo coherente. Aquel día Santiago regresó a su casa con el fracaso pintado en el rostro. Carmela lo comprendió inmediatamente.

—No encontraste nada ¿verdad?

—La trabajadora social sufre de demencia senil —le informó—. No hay forma de conseguir una información coherente.

—¿Vas a rendirte?

—No lo sé. No creo poder vivir en paz si no averiguo qué pasó con Lucas, si no compruebo que está bien, si no le pido perdón, pero no sé por dónde seguir.

—¿Qué hay del lugar donde trabajaba Pilar?

—¿Servicios sociales?

—Ellos tendrán archivos ¿no? Tal vez puedan proporcionarte alguna dirección de Lucas aunque no sea reciente, pero cualquier dato puede ser útil para que puedas encontrarlo.

—Carmela, eres genial —le dijo él besándola en la frente. ¿Por qué no se le había ocurrido a él algo tan básico? Estaba claro que aquella investigación le bloqueaba el entendimiento.

Miró en dirección a sus hijos, los gemelos, que sentados a la mesa del comedor estaban concentrados en sus deberes. La imagen de Lucas volvió a asaltarlo. Él era un adolescente engreído y rabioso. No había perdonado a su padre que se hubiera vuelto a casar después de la muerte de su madre. Menos aún le perdonaba haber tenido más hijos, en especial porque el mayor de ellos, Lucas, era inteligente y estudioso, dos virtudes que Sebastián valoraba mucho, por lo que Santiago se sentía incapaz de igualar a su hermanastro en el ánimo de su padre. Además el chiquillo idolatraba a su progenitor, lo que no contribuía mucho a serenar el ánimo del rebelde adolescente. Su madrastra, Magdalena, era una buena mujer, ahora lo comprendía. Tal vez no poseía un carácter fuerte, pero siempre lo había tratado bien, como a otro hijo. Sin embargo aquello no le bastaba a Santiago. Lo podían los celos. Eso lo comprendió con el paso de los años, pero en aquellos tiempos, la rabia y el resentimiento no le permitían ser objetivo.

El nacimiento de sus hijos lo había cambiado todo. Como si la vida hubiera querido castigar su egoísmo, los gemelos eran extremadamente parecidos a Lucas, por lo que cada vez que veía a sus hijos, la imagen de su hermano acudía a su mente, y la culpa por su abandono lo atormentaba.

Siguiendo el consejo de Carmela, acudió al edificio de Servicios Sociales de Haro, con la esperanza de encontrar respuestas. Entró al recinto sintiendo un nudo en el estómago. Allí había un funcionario sentado detrás de un escritorio. Se dirigió a él mostrándole su identificación.

—Buenas tardes, soy el comisario Santiago Ortiz. Necesito información acerca del caso de un niño huérfano que trajeron aquí hace veintiséis años. ¿Quién podría proporcionármela?

—¡Veintiséis años! —exclamó el portero—. Llega usted un poco tarde. Si se demora un poco más, el chaval podría ser abuelo.

Goliat frunció el ceño ante el comentario jocoso del funcionario, lo cual hizo que resultara especialmente atemorizante. La sonrisa quedó congelada

en el rostro del hombre, quien se apresuró a enviarlo al tercer piso, que era donde se encontraban los archivos.

Siguiendo las instrucciones del funcionario, Santiago llegó ante la puerta señalada, llamó y una voz femenina lo invitó a entrar. Del otro lado había una mujer en la treintena que lo miró con sorpresa.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Goliat volvió a explicar las razones por las que se encontraba allí.

—Déjeme comprenderlo. Usted quiere información acerca de un chico que entró al sistema en condición de orfandad hace veintiséis años, cuando tenía doce, con lo cual asumo que hoy debe tener treinta y ocho. ¿Podría decirme cuál es su interés en esta información?

—Es un asunto que concierne a la policía.

—Y supongo que dispone usted de la orden de un juez para tan extraña petición.

—Yo... Eh... —Santiago suspiró, sintiéndose descubierto—. No, en realidad no —le confesó.

—¿Y supongo que en realidad tampoco se trata de un asunto oficial?

Goliat se sentó frente a la mujer y le contó toda la historia. No tenía alternativa si quería tener una oportunidad de obtener su colaboración.

—Me temo que no puedo ayudarlo, señor Ortiz. La información que me pide es confidencial.

—Solo necesito una dirección, una referencia de la institución o la familia que lo acogió. Algo que me permita seguir investigando. Mi única intención es asegurarme que mi hermano está bien y pedirle perdón.

—Aguarde un momento —dijo la mujer, mientras consultaba el ordenador—. Por suerte, los archivos han sido digitalizados en su mayoría. —Al cabo de unos minutos pareció encontrar lo que buscaba, luego miró a Santiago con compasión—. Por supuesto que no puedo darle la información que me pide, pero sí puedo decirle que a su hermano le cambiaron el nombre para protegerlo después del trágico suceso, permaneció en una institución durante tres años, después de lo cual se le pudo incorporar a una familia de acogida, donde estuvo hasta la mayoría de edad.

—¿Tuvo problemas en ese tiempo? ¿Estudió? ¿Aprendió un oficio?

—¿Qué le preocupa, señor Ortiz?

—¿Quebrantó la ley?

—No hay constancia de eso en el expediente, pero recuerde que la información está limitada hasta su mayoría de edad. Quedan veinte años de los que no sabemos nada.

—¿El lugar donde estuvo, fue un buen lugar?

—La institución se considera bien administrada —respondió la mujer— los chicos reciben alimento, ropa, educación y atención médica.

Santiago no se refería a esos aspectos, lo cual estaba seguro que la mujer sabía, pero era la respuesta más apropiada, la que merecía. Su hermano había recibido lo básico para su supervivencia, porque lo más importante, el cariño de su familia, él se lo había negado.

—¿Cuáles son las referencias de la familia de acogida que lo recibió?

—En general tienen buenas referencias. No hay ninguna queja hasta ahora.

—¿Podría darme su dirección?

—Desde luego que no. Lo único que puedo decirle, señor Ortiz, es que su hermano podría estar más cerca de lo que usted supone.

***[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)***

## Capítulo quince

Néstor y Sofía dejaron a Facundo durmiendo la siesta con el estómago lleno en su improvisada habitación, para encaminarse al lugar donde Ricardo solía comer y trabajar como voluntario. Encontraron la dirección siguiendo las instrucciones del indigente. El local se hallaba en una de las muchas calles estrechas del viejo barrio. Se trataba de un galpón que había sido dividido en un comedor con capacidad para media docena de mesas. Por la hora estaba completamente lleno, en algunos casos con familias y en otros con personas solitarias. En la calle había una cola de gente esperando su turno. Cuatro voluntarios se movían del comedor a una puerta batiente ida y vuelta tratando de atender el mayor número de personas. Cuando los policías quisieron entrar se levantó una oleada de protestas.

—¡Respeten su vez! ¡Qué cara! ¡A la cola!

Salazar sacó su identificación y la levantó para dejarla a la vista de los que esperaban. Hubiera preferido que no supieran que era policía, pero no tenía intenciones de esperar un turno en la cola, ni estaba dispuesto a que los lincharan en la puerta.

—Calma señoras y señores —dijo con voz potente—. No venimos a comer, sino a hacer algunas preguntas.

Para sorpresa de Sofía, la mitad de los que se encontraban esperando, se marcharon. Néstor en cambio no pareció extrañarse. Eran los que seguramente tenían antecedentes policiales.

Entraron. Nadie pareció prestarles atención, cada uno ocupado en sus propios asuntos. Salazar detuvo a un chico delgado con el rostro cubierto de acné, que regresaba a la cocina con una bandeja repleta de platos sucios, mientras le mostraba la identificación que aún no había vuelto a guardar.

—¿Quién es la persona encargada de este comedor? —preguntó.

El muchacho abrió los ojos como platos cuando se dio cuenta que se trataba de la policía.

—Eh... En el turno de la tarde está la señora Luisa.

—Queremos hablar con ella.

—Sí, de acuerdo, por aquí —dijo guiándolos hacia la cocina.

Al cruzar la puerta batiente encontraron una cómoda cocina industrial donde se desarrollaba un frenesí de actividad. Los cocineros, ayudantes y camareros se concentraban en las ollas y sartenes donde cantidades ingentes de comida iban destinadas a platos sencillos pero bien elaborados, para alimentar a un grupo enorme de personas. Sofía se preguntó qué sería de toda aquella gente que en ese momento se encontraba en el comedor, o esperando en la cola, si no fuera por el esfuerzo de aquellos voluntarios. El chico dejó la bandeja con los platos sucios sobre una mesa para que otro grupo de voluntarios los recogieran y lavaran, dejándolos listos para la cena. Luego los invitó a seguirlo a la parte posterior de la cocina, a una oficina donde una mujer de mediana edad consultaba libros de contabilidad.

—Señora Luisa —le avisó el chico—. Estos policías desean hablar con usted.

—¿Policías? —preguntó sinceramente sorprendida—. ¿Qué desean?

—Soy el inspector Salazar y mi compañera la inspectora Garay. Si nos permite unos minutos de su tiempo nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Siéntense por favor, díganme en qué puedo ayudarlos.

Néstor sacó la foto de Luengo y se la mostró a la mujer.

—¿Conoce a este hombre?

Ella miró la foto por un par de minutos.

—No —les dijo—. Nunca lo había visto.

—Solía comer aquí —refutó Sofía.

—Como docenas de personas todos los días, señorita —respondió la encargada con el tono de una maestra que pone en su lugar a una alumna especialmente impertinente—. ¿Qué ha hecho?

—Morir. Lo asesinaron anoche —respondió Salazar con voz especialmente dura. Quería bajarle los humos a la mujer. No le gustó la forma en que trató a Sofía.

—Yo... no... —suspiró—. Yo soy la encargada de intendencia, casi nunca salgo de esta oficina, y cuando lo hago no suelo ir más allá de la cocina. Nunca veo a los beneficiados. Ese chico podría haber almorzado aquí cada día sin que yo lo viera.

—Tengo entendido que este joven, además de comer, algunas veces colaboraba como voluntario.

—No en mi turno. Sin embargo podría haber venido a las tres comidas que se sirven diariamente y ayudar en el turno del desayuno o de la cena.

—¿Nos permite mostrarle la foto a sus empleados?

—No son mis empleados. No reciben ningún tipo de remuneración, —corrigió Luisa— pero adelante, pregunten a quien quieran.

Néstor le dio las gracias y salió al comedor. Visualizó a una joven que servía una de las mesas. Se le acercó.

—Buenas tardes, señorita. Soy el inspector Salazar. La inspectora Garay.

—¿Sí? —preguntó la muchacha, más sorprendida que asustada.

—¿Puede decirme su nombre?

—Carolina Sanz.

—¿Conoce usted a este hombre? —le preguntó Salazar, mostrándole una foto.

—Sí, es Ricardo, —respondió la muchacha—, pero ustedes son policías. ¿Le ha pasado algo?

—Me temo que anoche fue asesinado.

La joven se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

—¿Cómo...?

—¿Lo conocía usted bien?

—Venía casi todos los días. Al menos durante el almuerzo, que es mi turno. Tengo entendido que también en la cena.

—¿Ayudaba?

—Durante el turno de la cena. Creo que se llevaba bien con la encargada de la noche. Le tenía aprecio.

—¿Sabe el nombre de la encargada?

—Lo siento. Suelo irme temprano, solo conozco a los que coinciden conmigo.

—No importa. Regresaremos esta noche. ¿Alguna vez vio a Ricardo en compañía de un policía, o le comentó que conociera alguno?

—No, al contrario. Ricardo detestaba a los policías, no sé por qué. Nunca hubiera entablado amistad con uno.

—Parece usted muy segura.

—Él me lo comentó en más de una oportunidad.

—Un tema extraño para dos jóvenes.

—Es porque hay ocasiones en que viene por aquí un policía. Cuando Ricardo lo veía se enojaba mucho. Decía que era un mal elemento. Un corrupto. Dijo algo así como que «lo tenía seco». Siempre lo evitaba.

—Vaya. ¿Alguna vez le comentó su nombre?

—No.

—¿Podría describírmelo?

—Sí. Era mayor, de mediana estatura, con una coronilla, barba en candado y algo de sobrepeso.

Néstor se quedó petrificado. Hubiera esperado cualquier descripción menos esa, aunque tal vez se tratara de otra persona. Recordó que llevaba una fotografía que tomaron en las navidades del año anterior de todo el grupo de la comisaría. La sacó de la billetera.

—El policía que suele venir por aquí. ¿Está en esta fotografía? —preguntó Néstor, deseando equivocarse.

La chica observó la foto grupal con detenimiento, no era de muy buena calidad, pero sí lo suficiente para reconocer bien los rasgos.

—Sí. Es este de aquí —respondió colocando su índice sobre la imagen de uno de los compañeros de Salazar.

—¿Está segura?

—Completamente.

La joven acababa de señalar a Domingo González.

Salazar y Garay decidieron almorzar con calma mientras esperaban la noche para poder hablar con el segurata y la encargada de la cena en el comedor. Después de comer, Sofía hizo algunas llamadas a laboratorios que elaboraban pesticidas, para averiguar si alguien había comprado Malatión en estado puro. Fue inútil. Al parecer, no era posible encontrarlo en esa

concentración. Por décima vez colgó el teléfono con un gesto de frustración.

—Míralo desde el lado bueno —le aconsejó Néstor.

—¿Tiene un lado bueno?

—Desde luego. Si es tan difícil de encontrar, cuando localices su origen tendremos al asesino del concejal.

—Me gustaría pensar que va a ser tan fácil.

—No desanimes.

Cuando cayó la noche regresaron a la avenida principal, donde se encontraba el edificio en obras en el que Luengo solía dormir. Los obreros comenzaban a marcharse. Un segurata, fácilmente identificable por su uniforme los despedía, chequeando en la puerta que todos salieran.

—Buenas noches —saludó Salazar.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el guardia con desconfianza.

—Necesitamos información acerca de Ricardo Luengo.

—¿Quién?

Por toda respuesta, Salazar le mostró la foto del camello muerto. El segurata palideció.

—No lo conozco. Nunca lo he visto.

—Escuche —le dijo Salazar—. Soy el inspector Salazar y mi compañera, la inspectora Garay. Esta mañana hemos encontrado el cadáver de Luengo con una bala en el corazón. Sabemos que usted lo dejaba dormir aquí algunas noches a cambio de droga, con la única condición de que se marchara antes de que llegaran los obreros. Tenemos testigos. Puede usted responder aquí, o en la comisaría, pero si nos obliga a llevarlo hasta allí, tendrá que explicar a sus jefes cuál es su relación con un camello del barrio.

—Oiga, no pueden hacerme eso. Tengo dos hijos, necesito el trabajo.

—No nos interesan sus trapicheos, señor...

—Rodríguez.

—Muy bien, señor Rodríguez. Nadie tiene por qué enterarse si responde algunas preguntas.

—Le diré lo que quiera.

—¿Para quién trabajaba Luengo?

—No lo sé. Creo que iba por libre.

—¿Espera que le crea eso?

—Usted dice que era un camello, pero eso es darle demasiada importancia. Ricardo era un chico descarriado y atrapado por la droga. Consumía más de lo que vendía. Siempre compraba un poco más para trapichear, pero lo que ganaba apenas le alcanzaba para seguir consumiendo. Era tan insignificante que los verdaderos camellos se conformaban con que les pagara la mercancía. A veces mangaba alguna cosa que su dueño descuidaba. Ya sabe, una cartera, un teléfono, pero nada más.

—Todo un santo —respondió Salazar sarcástico—. Dicen que odiaba a la policía.

—Es cierto.

—¿Sabe por qué?

—A lo largo de su vida tuvo muchos encontronazos con las autoridades por sus delitos, pero no era esa la verdadera razón. Por el barrio se asoma algunas veces un policía que no es de la zona, pero eso no le impide extorsionar a los pobres diablos del barrio.

—¿A quiénes extorsiona?

—Bueno, ya sabe, a los que no pueden defenderse. Los que viven en el viejo almacén, los que no tienen papeles que trabajan por aquí, los tipos como Ricardo, que sin llegar a formar parte de una red de distribución hacen pequeños trapicheos, o consumen abiertamente.

—Les pide dinero, supongo.

—Pequeñas cantidades a cada uno. Nada que no puedan pagar pese a su mala fortuna. Parece poco, pero cuando los suma a todos se convierte en una cantidad respetable. ¿Por qué les interesa? ¿Piensan sumarse al negocio?

—¡Desde luego que no! —saltó Sofía indignada.

—Pretendemos acabar con el negocio.

—¿Y por qué no me han preguntado cómo es el policía?

—Porque ya lo hemos identificado —respondió Néstor—, pero eso no es asunto suyo. ¿Luengo tenía enemigos?

—Rivales, tal vez, pero no era lo suficientemente importante para que alguien gastara una bala en él.

—¿Quiénes son esos rivales?

—Un par de chicos que viven de trapichear pequeñas cantidades de droga, igual que lo hacía Ricardo. Algunas veces los vi pelear, pero la sangre nunca llegó al río. Además, es imposible que fuera ninguno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque usted dijo que a Ricardo le dispararon, lo que significa que quien lo mató tenía un arma. Si cualquiera de estos chicos hubiera tenido un arma se la hubiera fumado, o esnifado.

—De cualquier manera nos dará los nombres de esos jóvenes, y nos dirá cómo encontrarlos.

Concluido el interrogatorio del guardia, ambos policías volvieron al comedor social. A diferencia de la hora del almuerzo, en la que había una actividad frenética pero ordenada, a esta hora reinaba el caos. Las mesas estaban dispuestas pero el salón se encontraba vacío de comensales. Afuera, la gente se aglomeraba y protestaba a punto de amotinarse, mientras uno de los cocineros hacía lo posible por calmarlos. Adentro, los voluntarios miraban de un lado a otro sin saber qué hacer.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Salazar al cocinero de la puerta, mientras se identificaba otra vez.

—Será mejor que se lo expliquen en la cocina —respondió el hombre mirando hacia la cola. Era obvio que no quería dar las malas noticias frente a aquel conglomerado enardecido.

Sofía y Néstor entraron en la cocina. Allí no había ni rastro de la actividad de unas horas antes. Al menos una docena de personas ataviadas para el trabajo se miraban unos a otros con cara de preocupación.

—¿Hay algún problema? —preguntó Néstor, identificación en mano.

—Hay un problema, —dijo el cocinero jefe— pero dudo que la policía pueda ayudarnos. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—¿Cuál es el problema?

—La encargada de la noche. Debió llegar hace una hora, pero se ha retrasado. Ella es quien tiene las llaves de la alacena, así que no hemos podido acceder a los alimentos que debemos cocinar esta noche. Y me temo que las personas de afuera no tienen mucha paciencia.

—¿Saben por qué se ha retrasado?

—No tenemos idea. Es una persona muy cumplida. Cuando no puede venir porque le surge algo en la comisaría nos envía a alguien con las llaves, o nos avisa para que uno de los voluntarios las recoja.

—¿La comisaría? ¿Es policía? —preguntó Salazar sorprendido. En aquel turbio caso estaban apareciendo demasiados de sus compañeros involucrados, para su gusto.

—No lo sé —respondió el hombre—. No lo parece, pero bueno, tampoco la señorita aquí presente parece policía, y usted me acaba de decir que es subinspectora.

—¿Cuál es el nombre de la encargada? —preguntó Sofía. Salazar parecía incapaz de pronunciar palabra.

—Matilde. Matilde Godoy.

—¡La madre que me parió! —exclamó el inspector, que no podía creerlo. Sacó la fotografía grupal de su bolsillo—. ¿La reconoce? —le preguntó al jefe de cocina.

—Sí, es esta de aquí.

¿Qué hacía Matilde enredada en todo aquel lío? Tal vez no tuviera nada que ver, y fuera solo una coincidencia que trabajara en ese comedor. Lo mejor sería preguntárselo, no tenía motivos para dudar de ella. El teléfono de Salazar sonó antes que pudiera terminar sus razonamientos. Palideció mientras escuchaba a su interlocutor. Cuando colgó se sentó en una banqueta que tenía a un lado, con la mirada perdida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sofía asustada. No lo conocía bien, pero era la primera vez que lo veía afectado por algo.

—Será mejor que busque un cerrajero —le dijo al jefe de cocina—. Matilde no vendrá esta noche, ni ninguna otra —miró en dirección a Sofía—. Una vecina acaba de encontrarla en su piso. Asesinada por un disparo.

## Capítulo dieciséis

De regreso al coche, el inspector iba sumido en sus pensamientos. Lo último que hubiera esperado era verse en la tesitura de investigar el homicidio de Matilde. Mucho menos tener que hacerlo después de saber que era la encargada del turno de la cena en el comedor donde Luengo era voluntario. Ambas noticias lo habían dejado emocionalmente aturdido. Recordó las palabras de la muchacha acerca de que el voluntariado del pequeño delincuente se debía a que sentía aprecio por la mujer a cuyo cadáver se dirigía a ver. Inmediatamente escuchó en su mente la voz de Facundo: «el chico era fácilmente influenciable». La conclusión era obvia. ¿Había sido Matilde la que ordenó su muerte? No quería creerlo. De todos sus compañeros, Matilde era la única a la que realmente consideraba su amiga. Néstor había sido trasladado desde la Jefatura Superior de Policía en Madrid, donde trabajaba codo con codo con algunos de los más prestigiosos detectives del país. Allí había aprendido los trucos que ahora empleaba casi sin pensar. Su mentor, un viejo comisario, astuto como un zorro, responsable del departamento de homicidios, valoró al instante su inteligencia y se propuso entrenarlo como su sucesor. Salazar llegó a ser el niño prodigio de la importante comisaría, pero un caso especialmente difícil lo situó en el punto de mira de un peligroso asesino que consiguió escapar. Para proteger a Néstor, su propio mentor recomendó trasladarlo a un lugar donde resultara más difícil encontrarlo. Fue así como llegó a aquella pequeña comisaría de Haro cuatro años atrás.

Al principio la idea no le gustó a Salazar, en especial porque eso implicaba regresar a sus orígenes y malos recuerdos, pero en cuanto pisó la ciudad le pareció que había vuelto a casa, adaptándose enseguida, a lo cual contribuyó el reencuentro con su amigo Gyula. No ocurrió lo mismo en su

lugar de trabajo, donde su aspecto desaliñado causó mala impresión. En todos, excepto en Matilde, que al poco tiempo comprendió que se trataba de una puesta en escena, una estrategia que daba muy buenos resultados en la resolución de los casos. La secretaria comenzó entonces a insinuarle que conocía su secreto, así como a tratarlo con una amabilidad que el inspector agradecía.

Ahora sin embargo no sabía qué pensar. ¿Tanto se había equivocado con Matilde? ¿En quién podía confiar entonces? Miró con disimulo a Sofía. Le alegraba que fuera su compañera, pero ¿podría confiar en ella? Debía hacerlo. No tenía alternativa.

Cuando pasaron frente al almacén que servía de refugio a los indigentes vieron entrar a una figura familiar. Sofía lo miró con una muda pregunta en sus ojos. Néstor asintió sin decir palabra. La subinspectora desenfundó sosteniendo su arma con ambas manos. Salazar sacó despacio la suya, pero la mantuvo apuntando al suelo esperando no verse en la necesidad de usarla. Entraron detrás del hombre sin hacer ruido. Sofía parecía dispuesta a saltar sobre su objetivo, pero Néstor se colocó un dedo en los labios aconsejándole que esperara. En efecto, González comenzó su ronda por la mujer famélica que más temprano les había señalado a Fabián. El policía no dijo una palabra, pero ella, con lágrimas en los ojos rebuscó debajo del colchón sacando un billete de diez euros, probablemente todo su capital. Se lo entregó al hombre, que se dispuso a continuar su infame ronda. Salazar hizo un gesto de asentimiento a su compañera, asqueado por lo que acababa de ver, pero incapaz de pronunciar palabra.

—¡Domingo González! ¡Estás detenido por extorsión! —le gritó Sofía, mientras le apuntaba con el arma.

El viejo policía volteó sorprendido, pero años de servicio no habían caído en el olvido.

—¡Mierda! —exclamó, al tiempo que cogía una vieja sartén de hierro y la lanzaba con todas sus fuerzas contra Salazar. El inspector soltó un grito y se encogió por el dolor cuando el objeto lo golpeó en el estómago. Sofía, confundida y preocupada se volteó hacia su compañero para auxiliarlo, mientras González aprovechaba para huir.

—¡Estoy bien! —le dijo Néstor aún encogido—. ¡Ve tras él! ¡Que no escape!

Sofía se repuso e inició la carrera, al llegar a la puerta miró en ambas direcciones, justo a tiempo para ver a Domingo doblar la esquina junto al bar en el que Fabián se había dado banquete esa tarde. Corrió detrás del policía, después de guardar el arma en la funda. No quería poner en riesgo a ningún viandante inocente llevándola en la mano. Confiaba en su entrenamiento. Dominar a un viejo policía con sobrepeso por años de sedentarismo, no debería ser un problema. González le llevaba una buena ventaja, pero la subcomisaria era joven, además de rápida. Las distancias se fueron acortando hasta que lo alcanzó al llegar al descampado que servía de aparcamiento a la escuela. El lugar estaba solitario y oscuro. Sofía hizo un placaje por la cintura derribando al fugitivo, y usando su orondo cuerpo para amortiguar su propia caída. Domingo sin embargo no se dio por vencido, y usando una piedra que encontró en el suelo se volteó con brusquedad, golpeando a la subinspectora en la cabeza. Sofía, aturdida por el golpe, rodó por el suelo, lo que el policía aprovechó para levantarse, sacar su pistola y apuntar a la joven. Ella se preguntó si todo terminaría allí. Si su carrera y su vida serían tan cortas.

—Lo lamento, subinspectora. Me gustaría que esto terminara de otra forma, pero comprenderé que no me puedo dejar atrapar.

—No empeore las cosas inspector González. Sabe que no podrá escapar. Dispararme solo complicará su situación.

—Pero tendré una oportunidad.

—¡Baja el arma, Domingo! —dijo una potente voz desde su espalda.

—¿Salazar? —preguntó González, sorprendido. Al girarse un poco pudo ver a su compañero apuntándole con decisión—. No serías capaz de dispararme.

—¡No me pongas a prueba! —respondió Néstor. La determinación en su mirada convenció a González de que sí lo sería.

El viejo policía, conocedor del procedimiento, levantó las manos, para colocar el arma en el suelo muy despacio y apartarla de su lado con un puntapié, luego se acostó en el suelo boca abajo. Sofía, ya casi

completamente recuperada, lo esposó y lo ayudó a levantarse. Miró a Salazar sorprendida.

—¿Cómo llegaste tan rápido?

—Facundo me mostró un atajo —explicó Néstor. Llama a una patrulla. No podemos distraernos con esta basura.

—Néstor, tienes que escucharme, —dijo Domingo— puedo explicarte todo.

—Ya hablaremos después. De momento tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

Después que los uniformados se llevaron a González, Sofía y Néstor continuaron su camino hacia el coche. Para no tener que saltar de nuevo la cerca usaron el atajo que Facundo le reveló al inspector.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Salazar preocupado—. El golpe fue muy fuerte, tal vez lo más prudente sería llevarte a urgencias. Es lamentable, pero Matilde ya no tiene prisa.

—Estoy bien, no te preocupes. Un dolor de cabeza que pasará pronto. ¿Y tú? También te golpeó con fuerza.

—Dolió, pero no creo que tenga mayores consecuencias. Parece que hacemos un buen equipo.

—Eso parece —reconoció ella con una sonrisa.

Al cabo de media hora habían llegado al piso de Matilde. Era una vivienda relativamente nueva. Salazar comprendió enseguida que aquel lugar no se lo habría podido pagar con el sueldo de una secretaria de la policía. La científica ya estaba allí. Entraron después de ponerse guantes de látex y cubrir sus zapatos con protectores. No había señales de lucha en el apartamento. Todo estaba en su sitio. Matilde yacía en el centro de la sala con una enorme herida que le había volado una parte de la cabeza. Había caído boca arriba, de frente a su asesino, pero sin ninguna señal de que se sintiera amenazada. De hecho, aún sostenía la base de una copa que se hizo añicos al chocar contra el suelo. Una botella de vino reposaba en la mesa del centro, donde estaba también la segunda copa que Matilde pensaba usar.

A unos pasos, el doctor Molina rendía su informe al juez Aristigueta, mientras el fotógrafo hacía su trabajo captando las imágenes que podía desde todos los ángulos. Néstor la miró con compasión sintiendo una

congoja en el pecho. Comprendió que había sentido afecto por esa mujer a la que sinceramente consideró su amiga hasta ese día.

—¡Hola! ¡Os tomasteis vuestro tiempo esta vez! —saludó Molina.

—Nos encontramos algunos inconvenientes en el camino —respondió Néstor sin dar muchas explicaciones. No tenía intenciones de airear la conducta de Domingo si no era necesario. ¿Qué tenemos?

—Creo que conoce usted a la occisa —intervino el juez antes que el forense tuviera oportunidad de hablar. Néstor asintió—. ¿Cree usted que sea prudente que se ocupe del caso? ¿Podrá ser objetivo?

—Señor juez, con todo respeto. Matilde trabajaba en la comisaria. Era uno de nosotros. Dudo que encuentre usted a ningún policía en Haro que pueda ser objetivo en este caso, salvo tal vez mi compañera, la subinspectora Garay, que acaba de ser transferida, por lo que apenas conocía a Matilde. Estoy seguro que si ella advierte que mi conducta deja el camino de la objetividad me lo hará saber.

—Muy bien, confío en usted inspector. Lo precede su reputación.

—Gracias. ¿Entonces que tenemos?

—Un solo disparo a la cabeza a corta distancia. El muy bestia usó un alto calibre. No hay heridas defensivas en el cuerpo. Buscaré evidencias de piel o sangre del asesino debajo de las uñas, pero dudo que encuentre algo. Ya ves la posición del cuerpo.

—Conocía al asesino —comentó Néstor—. No se sintió amenazada en ningún momento. Más bien se disponía a compartir una copa con él o ella. ¿A qué hora murió?

—Hace un par de horas. Podría decirse que el cuerpo aún está caliente.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Una vecina. Vino a devolverle algún artefacto de cocina que Matilde, quiero decir, la señora Godoy, le había prestado. La puerta estaba entreabierta, entró y se encontró este panorama. La mujer sufrió una crisis de nervios, gritó tanto que otros dos vecinos acudieron a ver qué pasaba. Uno de ellos fue quien llamó a la policía.

—¿Alguien escuchó el disparo?

—Ya los obreros se marcharon, pero están levantando la calzada. De día el ruido es infernal. Podría haber explotado una granada y tampoco la

hubieran escuchado.

—¿Han encontrado la bala?

—Aún no, pero los chicos de la científica están en eso —dijo el juez señalando un par de oficiales que revisaban cada palmo de las paredes circundantes. Salazar miró con desaliento una ventana abierta en línea recta con la posición del cuerpo. Si la bala había salido por allí sería mucho más difícil recuperarla.

—¡Señor juez encontramos algo! —exclamó uno de los hombres que hacía el registro de las habitaciones—. Estaba dentro del tanque del váter.

Los cuatro voltearon hacia la voz y vieron aparecer un joven que traía una bolsa de plástico goteando sobre una toalla. Dentro de la bolsa había un revolver. Salazar cogió el arma de manos del oficial y la observó con detenimiento.

—¿Qué piensas? —le preguntó a Molina.

—No puedo asegurártelo sin la bala, pero podría tratarse del arma con la que asesinaron a Luengo.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo diecisiete

Al llegar a su casa Néstor sintió todo el peso del cansancio. Aquel día había sido infernal. El registro del apartamento de Matilde no solo sacó a la luz el arma homicida, sino que detrás de un doble panel en el armario de la ropa, encontraron una caja con expedientes. Allí había docenas de documentos relacionados con la ocupación de inmuebles que el inspector estaba seguro que nunca habían visto la luz. Ahora sabían quién era el contacto de Belmonte en la policía. Tenía lógica. Sin importar quién fuera el policía de guardia o disponible, era la secretaria quien recibía todas las denuncias, y procesaba las órdenes de desalojo emitidas por los tribunales. Si los papeles se «perdían», el trámite se retrasaba o nunca se llevaba a cabo.

Esa noche Néstor no acudiría a «La Callecita», ni siquiera para cenar. Estaba tan cansado que solamente quería ducharse y acostarse a dormir, pero en cuanto entró lo recibió el maullido lastimero de Paco. Miró en dirección al comedero del gato. Por lo visto ese día Gyula no había tenido tiempo de ocuparse de su huésped. Tal vez su amigo también había tenido un mal día. Néstor revisó la alacena y encontró varias latas de comida para gatos que Gyula había comprado el día anterior, abrió una y se la sirvió a Paco, quien mucho mejor de sus heridas corrió a comer con buen ánimo. Al ver al felino tan bien dispuesto a alimentarse, Salazar sintió apetito. Buscó en la nevera pero no encontró nada. En la alacena sin embargo, había una lata de atún. Resignado se dispuso a comerla con un poco de pan que había sobrado del día anterior.

—Parece que hoy nuestro menú es igual, Paco.

El gato siguió comiendo sin hacer el menor intento de responder.

—No te gusta maullar con la boca llena, ¿no es así? Bien, eso es de un gato bien educado —afirmó gesticulando con el tenedor en dirección a Paco

- Es una suerte que tú estés aquí para escucharme, porque por lo visto eres el único en quien puedo confiar. ¿Qué te parece? Domingo resultó ser un vil extorsionador. Y Matilde, lo de Matilde me dejó con mal cuerpo ¿sabes? No solo era una compañera de trabajo, tal vez era la única que me trataba como una persona normal, que no le importaba que mi ropa estuviera arrugada, o mi cabello despeinado. Que comprendía que es parte del disfraz...

Comer y tragar.

—Ahora está muerta... Era ella quien estaba metida en el asunto de los okupas. ¡Mierda! Me pregunto por qué lo habrá hecho —se quedó un momento pensativo—. Parezco gilipollas. Por dinero, claro. Tendrías que haber visto su piso. Con el sueldo de secretaria nunca hubiera podido vivir allí. Lo que no termino de comprender es por qué guardó los expedientes que interceptó si eso la incriminaba, a no ser que no confiara del todo en sus cómplices. Sí, eso debió ser. Se trataba de un seguro de vida por si se veía en la necesidad de extorsionar a los extorsionadores. Lástima que no le sirvió de mucho. ¿Tú qué opinas?

Beber agua.

—Hoy no te sientes muy comunicativo ¿verdad? Supongo que estarás enfadado conmigo por haberte hecho pasar hambre todo el día, pero te aseguro que no tuve oportunidad de venir antes. Y Gyula. Bueno, Gyula que se disculpe él mismo. No tengo idea de qué le impidió venir.

Paco subió de un salto felino al sofá, donde se acurrucó al calor de los cojines en un extremo. Néstor, que también había terminado de comer y de lavar los platos se sentó al otro extremo. El gato lo miraba con enormes ojos amarillos.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? Todo indica que Matilde fue la que envió a Luengo a matarme —suspiró—. Era la última persona de la comisaría de la que sospechaba. Creo que Matilde conoció a Luengo en el comedor social, se ganó su amistad, tal vez sin ninguna segunda intención, o tal vez para poder usarlo cuando lo necesitara. Ya nunca lo sabremos. Cuando comenzaron a caer sus cómplices de la extorsión se asustó y pensó que debía quitarme del medio. No comprendo qué pretendía ganar con eso, pues de haber tenido éxito alguien más se hubiera hecho cargo del caso, a menos que creyera que a cualquier otro sí lo hubieran podido presionar para

que abandonara. La verdad es que por alguna razón asumió que debía eliminarme. Así que envió a Luengo, pero el chico era demasiado novato. Por eso falló.

—Maaaauuu.

—Sí, tienes razón, por eso y por Gyula. Lo cual no me hace quedar muy bien, pero gracias por recordármelo.

Paco apoyó la cabeza en el sofá y se acostó, como si se preparara para dormir. Su caja no era tan cómoda ni caliente como aquel mullido sillón.

—¿Te aburro? Ya que comes la sopa boba en mi casa, lo menos que puedes hacer es escucharme. Disertar en voz alta me ayuda a ordenar las ideas, porque reconocerás que todavía no has aportado nada útil.

El gato se revolcó sobre su lomo.

—Estoy seguro que el revolver que encontramos en casa de Matilde fue el arma que se usó contra Luengo. ¿Sabes que creo que ocurrió? Después que Ricardo falló en su misión, Matilde se asustó aún más. Sabría que no iba a ser difícil dar con el chico, pues ya tenía antecedentes. Temía que hablara, así que decidió eliminarlo. Aunque debo reconocerte que se me hace difícil imaginar a Matilde disparando a nadie con un revolver, pero tampoco la hubiera supuesto formando parte de una banda de extorsionadores. Me estoy volviendo demasiado confiado, Paco.

—Rrrrrr —ronroneó el gato medio dormido.

—Pensemos un poco. Luengo debió llamar a Matilde para avisarle que había fallado y ella lo citó. ¿Dónde crees que fue el encuentro? No creo que ella se arriesgara a que él la visitara en su casa. No, debió ser en el comedor, después que todos se hubieran marchado. Es el sitio más lógico. Creo que allí es donde debemos buscar la bala que mató a Ricardo, y si no me equivoco, pronto tendremos resuelto su asesinato. La otra pregunta importante es quién fue el asesino de Matilde.

Paco ya parecía dormido.

—Quien mató a Matilde lo hizo porque no quería que hablara. Debió suponer que era cuestión de tiempo que la descubriéramos y por eso la silenció antes que tuviéramos oportunidad de interrogarla, pero sabes qué significa eso ¿verdad? Que aún no tenemos a toda la banda. Alguien se nos ha escapado, y por la violencia con la que actuó, yo diría que es alguien

muy importante dentro del grupo, que además está dispuesto a cualquier cosa para no ser descubierto.

Paco ya no escuchaba. Dormía a pata suelta. Salazar suspiró, preguntándose si estaría loco por hablar con un gato, aunque antes de la llegada de Paco solía hacerlo consigo mismo, lo cual probablemente tampoco era un indicador positivo de su salud mental, pero era lo que tenía la soledad. Quiso pensar que estaba bien, siempre y cuando no esperara que el gato le respondiera. Se dio una ducha y se acostó en la cama, un estrecho catre que encontró de saldo en un mercadillo. No era gran cosa, pero tampoco él pasaba demasiadas horas ocupándolo.

Se quedó dormido casi antes de tocar la almohada. La habitación estaba completamente oscura. Nunca había sido capaz de dormir con luz. Cuando ya dormía profundamente sintió un peso en el pecho que le dificultaba un poco la respiración. En el duermevela le asaltó la imagen de Belmonte tendido en la tarima, envenenado. Ese caso no había avanzado mucho, bueno había que reconocer que en cuanto al homicidio estaban como al principio. La presión sobre el pecho se mantenía. ¿Qué le estaría ocurriendo? Abrió los ojos y lo único que pudo ver en la absoluta oscuridad de la habitación fueron dos ojos amarillos como focos que lo miraban fijamente. Se asustó, hizo el intento de levantarse bruscamente, entonces el peso del pecho lo abandonó, no sin antes propinarle un arañazo de despedida, un bufido de protesta y el movimiento brusco de una sombra que saltaba hacia el suelo. Aún medio dormido, en medio de su confusión, Néstor rodó hacia un lado, perdiendo el equilibrio y cayendo de la cama, mientras se golpeaba la cabeza con el borde de la mesilla.

Ya completamente despierto comprendió lo que había ocurrido. Encendió la luz, encontrando a Paco encogido en un rincón listo para abalanzarse sobre su presa. Se alegró que se tratara de un gato y no de una pantera. El corazón aún le latía fuerte en el pecho. Esperó a calmarse, luego cogió a su improvisado huésped con cuidado de no tocar sus heridas, lo sacó de la habitación y antes de cerrar la puerta le advirtió.

—Muy bien, Paco. Si vas a quedarte aquí debes respetar algunas reglas. Que esta sea la última vez que me usas de cama.

## Capítulo dieciocho

Al día siguiente, cuando Sofía llegó a la oficina, ya Néstor se encontraba allí trabajando. Después del susto que le dio el gato no había vuelto a pegar ojo, así que decidió salir temprano y adelantar el trabajo.

—¿Acaso dormiste aquí? —le preguntó su compañera—. Si no hace ni cuatro horas que salimos del piso de Matilde. ¿Eso que tienes en la frente es un chichón? ¿Qué te pasó?

—Mejor no preguntes. Acabo de hablar con el juez para que emita una orden de registro del comedor social.

—¿Dónde Matilde era voluntaria? —Salazar asintió—. ¿Qué esperas encontrar ahí?

—La bala con la que mataron a Luengo. Si lo piensas bien, es la escena del crimen más lógica.

—Sí, tienes razón, pero ¿cómo trasladó el cuerpo?

—De eso me estaba ocupando ahora. Tenía un Seat Panda. Si Matilde transportó el cadáver de Luengo debió ser en ese coche. Ahora le están haciendo el peritaje buscando restos de sangre.

—No sabemos si tuvo ayuda —discrepó Sofía—. Además, Matilde estaba informada de los procedimientos policiales. Si usó su propio coche para mover el cuerpo probablemente lo habrá limpiado bien.

—Te sorprendería lo puñetera que puede ser la sangre. Una sola gota que se haya colado por un intersticio y la tendremos.

—¿Por qué estás tan seguro que fue Matilde quien asesinó a Ricardo?

—Todos los indicios apuntan en esa dirección —respondió Salazar, comenzando a enumerar con los dedos—. Los documentos en su casa demuestran que estaba involucrada en la extorsión. Conocía a Luengo y tenía influencia sobre él. Sabía dónde vivo, además de mis rutinas. Tuvo la

oportunidad. El revolver que encontramos en su casa coincide con el tipo de arma que asesinó a Luengo.

—Muy bien, admito que tiene todas las papeletas, pero si Matilde contrató a Luengo y luego lo mató. ¿Quién la asesinó después a ella y por qué?

—¿Quieres escuchar mi teoría? —Sofía asintió—. De acuerdo, creo que aunque nuestra amiga formaba parte de la organización, actuó por su cuenta cuando vio que comenzaban a caer sus cómplices.

—Le pudo el pánico.

—Sí, eso pienso. Sin embargo su decisión de atentar contra un policía no fue muy inteligente, era cuestión de tiempo que la descubriéramos y la interrogáramos, lo cual sería peligroso para los miembros de la banda que aún se encuentran en libertad. Un riesgo que no estaban dispuestos a correr.

—¿Entonces crees que alguno se ha escapado?

—No lo creo, estoy seguro.

El móvil de Salazar comenzó a sonar. Cuando colgó miró a Sofía.

—Encontraron la bala en la oficina que era de Matilde. Ahora solo resta que la comparen en balística con el revolver que había en su piso. También había restos de sangre que fue limpiada, pero cuyos rastros se revelaron con la prueba de luminol.

El teléfono volvió a sonar, pero esta vez fue el del escritorio de Salazar. Cuando respondió, su expresión reflejó preocupación.

—Es Colmenares. Quiere vernos.

Sofía suspiró. Se preguntó cómo habría tomado el comisario que su secretaria, su persona de confianza en la comisaría resultara cómplice de extorsión, asesina y a su vez víctima de un asesinato. El pobre hombre debía estar flipando. Bajaron al primer piso. En esta ocasión no había nadie en la antesala del despacho del comisario. No tardarían en llegar los de la científica para registrar el escritorio de Matilde. Llamaron a la puerta de Colmenares, que los invitó a entrar.

—¡Vaya! ¡El dúo fantástico! —exclamó al verlos. No parecía muy contento—. Vamos a ver. ¿Os habéis propuesto acabar con esta comisaría? Ayer cuando salí de aquí a la hora del almuerzo todo era normal, acudí por la tarde a una reunión en el ayuntamiento y luego me fui a mi casa. No me

había acostado aún, cuando me avisan que uno de mis hombres está detenido por extorsión, que mi secretaria, la mujer que ha sido mi mano derecha durante más de diez años, no solo ha sido asesinada, sino que es la principal sospechosa de un homicidio. ¿Y quién está detrás de todo este maremágnum? El inspector Salazar, por supuesto, que por lo visto ahora cuenta con refuerzos que yo mismo le proporcioné. ¿Me queréis decir qué demonios estáis haciendo?

—Nuestro trabajo —respondió Salazar sin dejarse intimidar—. Lamento si no te gusta el resultado. Puedes estar seguro que a mí tampoco, pero en lugar de arremeter contra nosotros, deberías preguntarte cómo es posible que en esta comisaría coexistieran dos extorsionadores, uno que trabajaba por su cuenta y otro que era parte de una banda sin que tú, que eres el responsable, te dieras cuenta. Deberías estar agradecido que nosotros lo descubriéramos antes que Asuntos Internos, porque no te hubiera dejado muy bien parado que saliera a la luz en una investigación de su departamento.

—Esa investigación ya se abrió.

—Desde luego, pero somos nosotros quienes hacemos la denuncia, quienes hemos descubierto lo que ocurría. ¿Hubieras preferido que no se supiera?

—Desde luego que no. Lo que hubiera preferido es que no ocurriera.

—Eso tendrás que reclamárselo a González y a Matilde. Bueno, a ella ya nadie podrá reprocharle nada.

—De acuerdo —respondió Colmenares, ya más calmado—. Supongo que vosotros no tenéis la culpa.

—Supones bien.

El comisario miró a Salazar como si quisiera estrangularlo. Probablemente así era.

—Rendidme el informe.

Durante la siguiente hora ambos policías dieron cuenta de sus últimos descubrimientos. Cuando terminaron, Colmenares suspiró.

—Y yo que creí que mis últimos días activo serían tranquilos. Néstor ¿tienes idea de quién es el cómplice de Belmonte, de quién asesinó a Matilde?

—Lo lamento, aún no lo sabemos. Lo que sí puedo decirte es que ella confiaba en él. Lo esperó con una botella de vino y dos copas. Señal de que...

—De que posiblemente habría entre ellos más que una amistad —completó la frase el comisario. Quiero que habléis con los vecinos, con sus compañeros del comedor social, con los tenderos que frecuentaba. Quiero que encontréis al hijo de puta que la asesinó.

—Estamos en cuenta, comisario —respondió Néstor—. Nosotros somos los primeros interesados en resolver el caso.

—¿Cómo vais con la muerte del concejal? ¿Algún avance?

—Me temo que estamos en punto muerto —reconoció el inspector—. Dudo que el asesino se encuentre entre los extorsionadores.

—¿Por qué no? Asesinaron a Matilde aunque era uno de ellos, ¿no es así?

—Matilde se convirtió en un riesgo al actuar por su cuenta. Les comprometió poniéndolos en peligro.

—¿Cómo sabes que no ocurrió otro tanto con Belmonte? —insistió el comisario.

—Belmonte era el centro de la extorsión. Su presencia en el cargo que ocupaba era indispensable para llevar a cabo los delitos. Además, no era fácilmente sustituible. Conseguir otro candidato que alcanzara la simpatía del electorado no sería tarea sencilla. Arriesgaban mucho con su muerte, como en efecto ocurrió. La muerte de Belmonte representó la debacle para todo el grupo. Aún no ha surgido ninguna evidencia, ni testimonial, ni documental, de que el concejal fuera un problema para ninguno de ellos. Estoy seguro que algo se nos escapa, que a Belmonte lo mataron por alguna otra razón que no está directamente relacionada con las extorsiones.

—¿Y los extorsionados? ¿No pudo ser uno de ellos por venganza?

—No lo descarto por completo. Los investigaremos.

—¿Por qué no lo habéis hecho ya?

—Porque se nos han cruzado por el camino un entramado de extorsión y dos asesinatos en las últimas cuarenta y ocho horas. ¿Alguna otra sugerencia?

—De acuerdo, os dejo hacer vuestro trabajo.

Néstor y Sofía regresaron a su oficina. Ya sus compañeros habían llegado. Las expresiones de sus rostros no mostraban alegría por verlos.

—Llegaron los vendidos —dijo Miguel—. ¡Cuidado amigos! No os llevéis ni un lápiz por error. No os vayan a acusar de hurto.

—¡No seas gilipollas, Pedrera! —le espetó Salazar—. Descubrimos a González extorsionando a indigentes de un barrio cercano mientras hacíamos una investigación. ¿Qué esperabas? ¿Qué lo ayudáramos en la recolección del dinero?

—¿No podíais mirar a otro lado? —saltó Toro—. No, el gran inspector Néstor Salazar tenía que lucirse deteniendo a un compañero como si se tratara de un peligroso mafioso.

—¡Mirar a otro lado! ¿Es lo que tú hubieras hecho? Remigio, las personas a quienes González extorsionaba no tienen nada. ¿Lo entiendes? ¡Nada! ¡Ni siquiera un mendrugo de pan que llevarse a la boca!, pero él las presionaba para que le dieran el poco dinero que podían reunir.

—Sabes tan bien como yo, que esas buenas personas invierten cada centavo que encuentran en emborracharse o drogarse.

—¿Y eso justifica que las extorsionemos? ¿Acaso que el destino del dinero del que se apropiaba indebidamente González no fuera encomiable justifica que él se corrompiera como policía? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No, —reconoció Toro— pero no le diste oportunidad de explicarse.

—Tienes razón. No hablamos mucho. Lo descubrimos cuando nos dirigíamos a responder a la llamada del asesinato de Matilde. Al vernos, González corrió como alma que lleva el diablo. Sofía lo alcanzó, pero la golpeó, le apuntó a la cabeza, dispuesto a matarla. Fue cuando lo sorprendí y lo desarmé. Perdóname si no me sentía especialmente conversador en ese momento.

—Lo que quiere decir Remigio —intervino Manuel— es que no sabías nada de González. No te integras con nosotros, Néstor. Nunca nos acompañas cuando vamos a tomar una cerveza. Eres amable, cumples con tu trabajo, pero vas a tu aire. Si hubieras hablado con Domingo sabrías que estaba muy preocupado por su jubilación cercana. Tiene una hija en el paro

con una niña pequeña que depende de él. Apenas le alcanzaba el dinero para mantenerla. Después de la jubilación eso sería imposible.

—Lo lamento —respondió Néstor, sintiendo una punzada de culpa. Era cierto que no se relacionaba mucho con los demás miembros de la comisaría. Él había sido trasladado allí por fuerza mayor, y no se había sentido bien recibido. No podía considerar a ninguno de ellos como un amigo—. Sin embargo, la situación de González no justifica su conducta. Todos tenemos problemas para llegar a fin de mes, pero corromperse no puede ser la respuesta. Comienzas por quitarle unos pocos euros a unos yonkis. Nadie puede saber dónde terminas.

—Si declaras contra González lo despedirán, perderá su pensión e irá a la cárcel —le dijo Rodríguez—. ¿Qué harás?

—Escúchame Manuel. No quiero que nada de eso le pase a González, pero solo puedo decir la verdad. Si miento para protegerlo seré igual que él. Corrupto. No importa cómo trate de justificarlo. Y aclaremos algo. Fue él quien quebrantó la ley, quien arriesgó su trabajo, su pensión y su libertad cometiendo un delito. No tratéis de hacerme sentir culpable por algo que hizo vuestro amigo, porque no lo soy. Cada uno debe asumir su propia responsabilidad. Cuando González delinquiró se buscó la perdición. Cuando Matilde se involucró con la banda de extorsionadores se buscó la muerte.

—Eres muy duro, Néstor —le dijo Torres.

—Soy policía. No lo olvidéis.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo diecinueve

La discusión con sus compañeros le dejó mal sabor de boca a Néstor. Sabía que nunca se había integrado realmente en esa comisaría. Sabía que él era el principal responsable de su propio aislamiento, pero siempre había tenido dificultades para hacer nuevos amigos. Le costaba mucho trabajo confiar en los demás, tal vez porque tenía muy presente la traición que había sufrido. La presencia de Gyula tampoco ayudaba, porque más que un amigo era su hermano y Salazar sentía que no necesitaba a nadie más. Los últimos acontecimientos le habían dado la razón, pero también era consciente que no podía continuar siendo un extraño para sus compañeros. Sin embargo no estaba dispuesto a mentir para salvar a González. La conducta del otro inspector le asqueaba, no importando cómo lo trataran de justificar los demás. Suponía que ahora la situación para él sería mucho más difícil, por lo que le alegró contar con Sofía.

Por fortuna se habían quedado solos en la oficina. Sofía parecía apenada por la escena que acababa de presenciar.

—Bien, volvamos al trabajo. Aún tenemos mucho trabajo —la animó Salazar.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—El asesinato de Luengo está casi resuelto. Solo necesitamos la confirmación de balística.

—Pareces muy seguro del resultado.

—Lo estoy, pero con respecto a la muerte de la propia Matilde y la del concejal, estamos demasiado verdes.

—¿Por dónde tiramos?

—Evidencias —respondió Néstor—. En el caso de Belmonte. ¿Qué tenemos hasta ahora?

—Fue a plena luz del día, en medio de una multitud —razonó Sofía—. Lo envenenaron sin que nadie notara nada extraño.

—Eso significa que se trató de un homicidio premeditado. El asesino no dejó nada al azar. Y eso implica que debió tener una fuerte motivación.

—¿Por qué? —quiso saber la subinspectora.

—Se hizo con un veneno de muy difícil acceso por la concentración que utilizó. Ideó una forma de suministrárselo bastante rebuscada. Como bien señalaste, logró acabar con su vida mientras estaba rodeado de sus seguidores, y no solamente no hubo quien pudiera impedir la muerte del concejal, sino que no tenemos un mísero testigo, pese a que el lugar estaba repleto. Todo esto implica planificación, preparación y ejecución perfectas. El asesino debía estar muy comprometido con la idea de matarlo, conocer bien el ambiente en el que se desenvolvía y haber observado su comportamiento durante los mítines.

—La forma en que ocurrieron los hechos nos indica algo más —señaló Sofía.

—¿Qué?

—El aspecto del asesino debe ser muy corriente. Quiero decir, nadie parece poder recordarlo.

—Tienes razón. Fue capaz de pasar desapercibido. O era de aspecto muy común, o lo parecía.

—¿Lo parecía?

—Lo extraordinario nos llama la atención, —se explicó Salazar— pero lo que vemos todos los días, en realidad ni lo vemos —la expresión de Sofía fue de confusión—. Te lo explico: si en un mitin como el de Belmonte aparece una persona con traje caro y zapatos de piel, destaca sobre el resto, especialmente si no forma parte de la élite que rodea al concejal. Si apareciera un indigente como Facundo todos lo recordarían, la mayoría con disgusto, pero si el asesino vestía con vaqueros, jersey o sudadera y deportivas, lo más probable era que pasara desapercibido. Se diluiría entre la multitud como un camaleón.

—¿A dónde quieres llegar, Néstor?

—No podemos asumir que el aspecto habitual del asesino sea corriente. Es seguro que no tenía ningún rasgo distintivo a la vista el día del

homicidio, pero pudo ocultarlo. Camuflarse.

—Comprendo, pero si no podemos guiarnos por el aspecto que puede tener. ¿Cómo lo encontramos?

—Por su personalidad. Esa no la pudo ocultar. El asesino es inteligente, metódico, decidido y sentía un profundo odio por Belmonte.

—¿De qué nos puede servir todo eso?

—De mucho. Nos permite descartar a muchas personas. A los impulsivos, a los violentos y los irracionales. Además...

—¿Qué? —preguntó Sofía con curiosidad.

—Yo diría que tiene un nivel académico alto, o es autodidacta.

—¿Por qué lo piensas?

—Por el uso del Malatión.

—El Malatión es un pesticida bastante común —protestó Sofía.

—De acuerdo, es tóxico, cualquier horticultor o jardinero puede saber eso, pero usado en su presentación comercial, aunque cause efectos nocivos no llega ser capaz de acabar con la vida de un hombre adulto. Creo que pocos serían capaces de saber que a mayores concentraciones el Malatión puede convertirse en un potente veneno, efectivo al entrar en contacto con la piel.

—Muy bien. Comprendido. ¿Alguna idea de quién puede ser?

—Me temo que no tengo esa respuesta, pero me alegra que estés de acuerdo conmigo, porque serás tú quien se encargue de buscar a nuestro sujeto.

—¿Qué quieres decir?

—Colmenares tiene razón al enfadarse conmigo. No podemos seguir desatendiendo el caso del concejal porque tenemos mucho trabajo. Recuerda el principio de Locard: «Tiempo que pasa, verdad que huye». A partir de ahora nos dividiremos las tareas. Tú interrogarás a los posibles sospechosos de la muerte de Belmonte. De los documentos hallados en el piso de Matilde podemos obtener una lista.

—¿Confías en mí para llevar adelante los interrogatorios sola?

—Por supuesto, me has demostrado que eres lista y competente.

—¿Qué harás tú?

—Me concentraré en el asesinato de Matilde. Siento que se lo debo.

Sofía se bajó del taxi en la calle Virgen de la Vega. Aún no se sentía capaz de orientarse por sí sola en las calles de la ciudad. Le gustó el lugar. La avenida era amplia con casas antiguas pero muy bien conservadas. El hombre al que iba a ver vivía en el segundo piso de un edificio que se encontraba justo al inicio de la bifurcación de la calle. Su nombre era Carlos Ríos y era el segundo de la lista que Néstor le había entregado esa mañana.

De los documentos encontrados en el apartamento de Matilde habían obtenido una lista de quince nombres: se trataba de aquellos que perdieron sus pisos a manos de Belmonte y su grupo. Después de algunas indagaciones, entre los que ya habían fallecido, los que no vivían en Haro, o los que por alguna imposibilidad física no podían ser el asesino, los posibles sospechosos se habían reducido a seis. Sofía ya había visitado al primero, pero resultó que el hombre se encontraba de viaje cuando asesinaron al concejal.

Ahora se dirigía a interrogar al segundo. Salazar fue muy concreto con respecto a lo que debía evaluar: coartadas, actitud hacia la víctima, conducta del sujeto, si era violento o pacífico, debía observar el entorno, si era o no ordenado, si vivía solo o acompañado, profesión, nivel académico. Todas esas variables les permitirían reducir la larga lista.

Aprovechó la salida de un adolescente distraído para colarse por el portal, subió las escaleras y se dispuso a trabajar.

Néstor entró en el comedor social. Ya recogían los últimos platos del almuerzo y se preparaban para terminar su turno. Cruzó la cocina. La oficina desde donde colaboraba Matilde se encontraba precintada, así que habían improvisado una de las mesas en un rincón para que Luisa Vera, la encargada del almuerzo, pudiera desarrollar su labor. La expresión de la mujer era de desasosiego. No mejoró un ápice cuando lo vio.

—Buenas tardes, inspector. Me gustaría decirle que me alegra volver a verlo, pero le estaría mintiendo.

—Gracias por su honestidad —respondió él sonriendo—. Diría que el sentimiento es mutuo, pero la verdad es que sí me alegra encontrarla aquí porque tengo que hacerle algunas preguntas.

—¿No le basta con la que lio ayer?

—No recuerdo haber liado nada —se defendió Néstor—. Solo hice mi trabajo.

—¿Cómo explica entonces que mi oficina se encuentre clausurada, que haya policías pululando por aquí, que nos interroguen como si fuéramos sospechosos de algo?

—A ver —dijo el inspector, armándose de paciencia—. En primer lugar, su oficina no se encuentra clausurada, sino precintada. Eso se debe a que fue la escena de un crimen. —Luisa dio un respingo—. Sí señora, en su despacho se cometió un asesinato. En cuanto los oficiales de la científica terminen, usted podrá volver a utilizarla fingiendo que no ha ocurrido nada. En segundo lugar, los policías no están «pululando», están trabajando, y en tercer lugar, no la estoy tratando como sospechosa, sino como posible testigo.

—¿Testigo de qué? Si yo no sé nada.

—Pero sabe todo lo que hay que saber sobre este lugar. Así que le agradezco que cambie su actitud mostrándose más colaboradora, o tendré que pensar mal e incluirla en el grupo de los sospechosos.

—No me asusta, inspector, —dijo ella, con una actitud que le recordó a su maestra de quinto de E.G.B., lo que le erizó los vellos de la nuca— pero tiene razón, usted hace su trabajo. ¿Qué quiere saber?

—¿Quién maneja este comedor social?

—El ayuntamiento.

—¿Alguien en particular dentro del ayuntamiento?

—La oficina de Asuntos Sociales. Su director es don Francisco Duero.

—¿Francisco Duero? ¿No ocupaba un cargo en Madrid como consejero de la fracción política de su partido?

—Consejero y uno de los fundadores, pero se residenció en Haro hace algunos años. Desde entonces se ocupa de este comedor social, entre otros servicios de beneficencia dependientes del consistorio.

—De manera que él sería su jefe —quiso confirmar Salazar, mientras pensaba que también lo sería de Matilde.

—Don Francisco es consciente de que nuestro trabajo es voluntario, por lo que su trato hacia nosotros no es el de un jefe con sus empleados, sino el de un colaborador más.

—Pero es él quien toma las decisiones —insistió el inspector.

—Por supuesto. Alguien tiene que tomarlas.

—¿Suele venir por aquí?

—Debe hacerlo. Cada semana se acerca para asegurarse que todo está marchando correctamente, que no necesitamos ayudas adicionales, ese tipo de cosas.

—Claro. Dígame algo más. ¿Conocía el señor Duero al concejal Belmonte?

—Eso supongo. Ambos trabajaban en el ayuntamiento, además que pertenecían al mismo partido político, pero no tengo constancia de ello —se retractó la mujer, ante la chispa que apareció en la mirada del inspector—. Tendrá que preguntárselo a él.

—Lo haré, señora Vera. No tenga duda de ello.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo veinte

Sofía regresó directamente a su pensión. De los seis posibles sospechosos de la lista de Matilde había visitado a cuatro. Al único que no pudo descartar por completo fue a Carlos Ríos. Cuando llegó a la pensión lo único que la subinspectora tenía en mente era una ducha y una cama. Sin embargo, al cabo de un par de minutos de entrar en la habitación tocaron a la puerta. Se asomó y encontró a la patrona, doña Eduvigis, con una mirada pícara.

—La llaman por teléfono, señorita Garay. Un caballero.

—¿Un caballero? —preguntó ella sorprendida. ¿Habría hecho Néstor algún descubrimiento sobre el caso de Matilde? Tratando de ignorar la expresión de curiosidad de la patrona, Sofía bajó las escaleras hasta el primer piso donde se encontraba la recepción. Junto al cubículo ocupado habitualmente por el marido de Eduvigis, Venancio, había un añadido, claramente remodelado recientemente y de aspecto más moderno que el resto del edificio. Antes de llegar a la oficina había una mesita con un teléfono, que la subinspectora encontró descolgado. La patrona la acompañó solícita, con la esperanza de enterarse de algo de la intrigante llamada, pero Sofía la miró con severidad mientras se llevaba el auricular a la oreja.

—Gracias Eduvigis. Ya me ocupo yo.

La mujer salió al rellano sin disimular su decepción.

—¿Sí, dígame?

—¿Subinspectora? ¿Sofía? —preguntó una voz masculina que no era la de Salazar.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Soy Javier Molina. ¿Me recuerda? El forense.

—¡Ah sí, doctor Molina! ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó ella, sorprendida por la llamada.

—Por favor llámeme Javier. ¿Puedo llamarla Sofía?

—Por supuesto —respondió ella, comenzando a comprender que la llamada tenía un carácter personal.

—No sabe lo difícil que fue averiguar dónde se alojaba para poder llamarla. ¿Ha escuchado acerca de un invento llamado teléfono móvil?

—Desde luego. Tengo uno de última generación, solo que muy pocos saben su número.

—Sí, tiene razón. Fue un mal chiste. Espero que después de esta noche me incluya en la lista de los afortunados.

—¿Después de esta noche?

—Quería invitarla a cenar.

—Yo... eh... bueno. La verdad es que me siento muy cansada. Estaba a punto de acostarme.

—¿Ya ha cenado, entonces?

—No, pero yo...

—¡Vamos! Iremos donde usted quiera. Buscaremos un buen lugar en la misma calle donde se encuentra su pensión si lo desea.

—De acuerdo.

—¡Entonces no se mueva! Espéreme ahí que iré a buscarla ahora mismo.

Antes de veinte minutos Javier llegaba caminando mientras ella esperaba en el portal. Sofía trató de convencerlo de comer allí mismo, en el restaurante, pero Molina se negó en redondo. Si iba a invitarla a cenar sería en un lugar de mayor categoría. Ella se resignó pese al cansancio que sentía. Comenzaron a caminar. Entre la conversación relajada del forense, que se negó a hablar de trabajo y el aire fresco de la noche, la joven se sintió despejada y más dispuesta a disfrutar de la velada, en compañía de su nuevo amigo.

Sofía se sorprendió un poco al comprobar que seguían la misma ruta que ella hacía todas las mañanas para ir a la comisaría. Hacia la mitad del camino sin embargo, Javier se detuvo frente a un restaurante con nombre de

músico famoso, que se veía demasiado elegante para lo que ella tenía pensado.

—¿No es esto demasiado para una cena informal? —protestó ella.

—Aquí sirven la mejor comida riojana de Haro —ripostó Javier—. Ya hice una reserva.

Sofía comprendió que había caído en la trampa y se preparó para negarse. Aquello no era lo que acordaron por teléfono, pero al ver la expresión de felicidad de Javier se sintió desarmada.

—De acuerdo. Vamos.

El restaurante tenía dos comedores de enormes dimensiones, uno a la derecha y otro a la izquierda. El *maître* los condujo a una mesa en el de la derecha, luego les entregó la carta de vinos y los dejó solos. Javier, por supuesto, pidió un vino riojano para acompañar la cena. Ambos se decidieron por patatas a la riojana, que Sofía tuvo que reconocer que eran las mejores que había probado. Además las degustó con agrado después del frío que había pasado en el paseo desde la pensión. De postre comieron fardelejos, que la subinspectora probaba por primera vez. Durante la velada, Molina demostró ser un gran conversador.

—Fue una cena extraordinaria. Muchas gracias —le dijo Sofía cuando finalmente abandonaron el restaurante.

—No, las gracias te las debo yo a ti por esta velada. ¿Qué te parece si cerramos con broche de oro? ¿Una última copa y un poco de música?

—Gracias Javier pero estoy cansada y mañana debo levantarme temprano.

—¡Anímate, Sofía! Aún es temprano y conozco un pequeño bar detrás de la iglesia donde sirven un vino único. Además siempre disponen de buena música en vivo.

El buen ánimo de Javier, por lo visto era contagioso. Para su propia sorpresa, Sofía asintió sonriendo. Después de una buena caminata acompañada de bastante frío y niebla, al final cruzaron la plaza de la iglesia. Aquellas callejuelas no le eran desconocidas. Llegaron entonces frente a «La Callecita», el bar de Gyula.

—Nuestro amigo Néstor fue quien me mostró este lugar. Está un poco escondido pero es extraordinario —le explicó el forense.

La aglomeración de gente confirmó las palabras de Javier. El bar estaba hasta los topes y desde la puerta se escuchaba la música que motivaba tan numerosa clientela. Cuando entraron Gyula los reconoció, saludándolos con una sonrisa. Luego los llevó hasta la mesa habitual de Néstor, la única que en ese momento se encontraba desocupada. Sofía se preguntó si Gyula siempre la tendría reservada para su amigo. Mientras se sentaban, uno de los músicos arrancó un solo de guitarra ejecutado magistralmente. Ella dirigió su mirada al escenario y su sorpresa fue mayor cuando reconoció a Salazar en el solista. En ese momento él también levantó la mirada, abrió los ojos con estupefacción, para luego volver a concentrarse en el instrumento.

Lo último que esperaba Néstor aquella noche, o cualquier otra, era ver a Sofía en compañía de Molina entrando al bar de Gyula. Se dijo a sí mismo que lo tenía bien merecido. Su falta de decisión y cobardía a la hora de enfrentarse a sus sentimientos le había pasado factura. El forense se le había adelantado y no podía culparlo por ello. Con una chica como Sofía no se podía esperar mucho tiempo para aclarar sentimientos. Había que decidirse, arriesgarse, actuar. Ahora era tarde. Se concentró en su guitarra y tocó una canción tras otra hasta que su mesa volvió a estar vacía.

## Capítulo veintiuno

Néstor llegó temprano al ayuntamiento. Sabía que Sofía continuaría con el interrogatorio de los sospechosos de su lista, por lo que no acudiría a la comisaría hasta la tarde. Él también tenía trabajo pendiente en la calle. Había decidido interrogar a Duero antes que Colmenares se lo impidiera. Don Francisco Duero y Olvera era un aristócrata con vocación política y un gran poder. Había renunciado a su título nobiliario en cuanto lo recibió en herencia a la muerte de su padre. Antes de un año fundaba un partido político local con un profesor de sociología de una prestigiosa universidad de Logroño. Su filosofía era igualitaria, así que la renuncia al título había sido vista por el pueblo de La Rioja como una prueba de honestidad y desprendimiento. En realidad, la renuncia no representó ninguna pérdida para el astuto exmarqués, pues en pleno siglo XXI la condición nobiliaria ya no representaba ningún privilegio. En contraposición, el beneficio político había sido extraordinario. El partido de Duero, el mismo de Belmonte, logró hacerse con algún escaño en el Parlamento, así como en el ayuntamiento, aunque no llegaron a ganar la alcaldía. Esa meta estuvo al alcance de sus manos con Belmonte. Ahora Salazar dudaba que consiguieran remontar la debacle resultante de su muerte, especialmente por el descubrimiento del entramado de las extorsiones. Así que el inspector no esperaba mucho de la entrevista con respecto al asesinato de Belmonte. Sin embargo el caso de Matilde era diferente.

Las evidencias relacionaban a la secretaria con la red de extorsión. El entramado a su vez tenía conexiones con Belmonte. Y Belmonte había sido elegido como candidato estrella por Duero. Todo era circunstancial, pero a Néstor le costaba mucho creer en coincidencias. Salazar se sentía como una

mosca atrapada en el centro de una pegajosa telaraña cuyos extremos era incapaz de ver.

En la antesala de la oficina de Asuntos Sociales, el joven secretario lo miró con una indiferencia que se parecía mucho al desprecio.

—Las peticiones de ayuda social se hacen en el horario de la tarde. El señor Duero no recibe ahora, pero tendrá mucho gusto en escuchar su problema siempre que solicite una cita —le informó mientras abría un dietario—. Esta semana su agenda ya está llena, pero podría atenderlo durante quince minutos el próximo martes.

Salazar parpadeó un poco desconcertado por el recibimiento, luego comprendió que el secretario creía que era un peticionario por su aspecto. Tuvo que reprimir una sonrisa al recordar a su mentor cuando le decía: «La mayoría de las personas clasifican a los desconocidos en forma automática según tópicos. La calidad de su ropa, si visten a la moda, su elegancia, su apariencia física, todo se escanea sin siquiera ser consciente de ello. Si eres guapo y bien vestido serás listo, de lo contrario eres un perdedor. Perdóname que te lo diga, Néstor, pero tienes en tu contra tu apariencia física. Eres demasiado bien parecido para este oficio y tendremos que poner remedio a ese detalle, si queremos hacer de ti un investigador eficaz».

Al día siguiente se presentó con unos anteojos sin aumento, le arrugó la chaqueta, le despeinó el cabello y le entregó el gabán, también arrugado y una talla más grande que la suya. Luego lo observó con detenimiento. Entonces empujó sus hombros hacia abajo, obligándolo a encorvarse un poco. Después asintió. «Así está mejor. Te ayudará a pasar desapercibido, a que los sospechosos no te tomen en serio y bajen la guardia. Debes estar preparado sin embargo para lidiar con los necios que se creerán mejores que tú, basados únicamente en su uso del peine y la plancha».

Desde entonces Néstor había hecho de ese atuendo su marca personal. Su mentor tuvo razón, tanto en su efecto en los sospechosos, como en los necios. El inspector sacó su identificación para mostrársela al secretario.

—Me temo que el señor Duero tendrá que dedicarme unos minutos de su tiempo ahora. El asunto que me trae no puede esperar.

—¿La policía? ¿Qué puede querer la policía con don Francisco?

—Ese es un asunto que discutiré directamente con su jefe, si no le importa.

El joven cerró la boca y la agenda, se dirigió a la oficina de Duero para anunciar al inspector y después de una corta conversación con su jefe hizo pasar a Salazar. Néstor ya había visto al exmarqués en la televisión, pero tuvo que reconocer que se sintió un poco impresionado cuando lo tuvo al frente. Era un hombre maduro en muy buena forma que se veía muy seguro de sí mismo.

—Inspector, adelante. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, señor Duero. Agradezco que me haya recibido.

—Siéntese, por favor. ¿Desea un café, un vaso de agua? Le ofrecería una copa, pero supongo que es muy temprano. Además usted debe estar de servicio.

—No deseo nada, gracias —respondió él, sentándose.

—Muy bien. Respeto mucho el trabajo de la policía de Haro así que estaré contento de servirle. ¿Necesita algún tipo de colaboración de esta oficina para usted, un familiar o un compañero? Le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo. Siempre dentro de los marcos legales, por supuesto.

Néstor sintió que su desconfianza se incrementaba como una marea en luna llena. Él conocía bien y solía aplicar esa táctica de empatía para ganarse la confianza de los interrogados. Decidió seguirle la corriente al avezado político.

—Muchas gracias señor Duero, pero lo que me trae no tiene relación con ninguna solicitud de ayuda. He venido en busca de información sobre un caso.

—¿Un caso? No comprendo...

—¿Conocía usted a Matilde Godoy?

—Pues me perdonará usted pero no...

—Tal vez ayude a su memoria saber que era la secretaria del comisario Colmenares de la comisaría que está junto a la iglesia. También se ocupaba del turno de la cena en uno de sus comedores sociales.

—¡Ah! ¡Desde luego! Matilde es una gran persona y una excelente colaboradora —respondió el consejero sonriendo—. ¿Fue ella quién le

aconsejó hablar conmigo?

—No, me temo que Matilde ya no podrá darme ningún consejo. Ayer fue encontrada muerta en su apartamento.

—¡Por Dios, qué desgracia! ¿Qué le ocurrió? —preguntó don Francisco mientras jugueteaba con un pequeño pisapapeles que había sobre el escritorio.

—Le dispararon a la cabeza —respondió Néstor con crudeza, observando la reacción de su interlocutor. Tenía que reconocer que si era culpable se trataba de un excelente actor, pero claro, había que recordar que era político, parte de su éxito pasaba por proyectar la imagen que quisiera.

—¡Qué horror! ¿Y tienen idea de quién cometió tan espantoso crimen?

—Estamos investigando. Por eso necesito su ayuda.

—Por supuesto, cuente conmigo. ¿Qué desea saber?

—¿Dónde conoció usted a Matilde?

—En el comedor, por supuesto.

—¿Tenían ustedes algún tipo de relación además de la derivada de su condición de voluntaria?

La expresión de Duero se endureció por una fracción de segundo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Eran amigos?

—Nos llevábamos bien, —respondió el consejero relajándose— pero siempre nos mantuvimos en el plano profesional.

—Ya veo. ¿Alguna vez estuvo usted en su casa?

—No, nunca.

Llamaron a la puerta, el secretario entró y se acercó a su jefe, susurrándole algo al oído. Duero se levantó.

—Discúlpeme unos minutos, inspector. Debo atender un asunto urgente.

El consejero salió del despacho seguido del joven, que continuaba hablando en voz baja. Salazar miró en dirección a la puerta, sacó su pañuelo, cogió con mucho cuidado el pisapapeles con el que Duero había jugueteado y lo guardó rápidamente en el bolsillo. En cuanto su anfitrión regresó a la oficina se puso de pie.

—Muchas gracias por su colaboración, señor —le dijo estrechándole la mano—. No le quito más tiempo.

—¿Es todo, inspector? —preguntó sinceramente sorprendido.

—Sí. Ya que su relación con Matilde era solo de carácter profesional, creo que debo concentrar mis esfuerzos en otra dirección.

—Muy bien, inspector. No dude en contactarme si necesita alguna otra información.

Salazar salió del despacho dejando confundido a Duero. O el policía no era tan acucioso como le habían informado, o lo había intimidado su poder político. En cualquier caso, se sintió aliviado. Una vez en la calle, Néstor sonrió al sentir el peso del pisapapeles en el bolsillo. Les pediría a los muchachos de la científica que compararan sus huellas con las que encontraron en el apartamento de Matilde. Después de eso podría continuar con el interrogatorio del político, pero lo haría en otro tono.

Cuando Néstor regresó a la comisaría, después de dejar el pisapapeles en el laboratorio de dactiloscopia, encontró a sus compañeros ocupados en el papeleo de sus propios casos. Pedrera lo miró de reojo, ignorándolo. Manuel y Remigio, en cambio, se levantaron de su asiento. Salazar se preparó para lo peor, apretó los puños y esperó.

—Néstor, hola —saludó Toro en tono amable—. Manuel y yo queremos hablar contigo.

—¿Acerca de qué?

—De González. —Salazar endureció la expresión de su rostro—. Hemos estado hablando los tres. Manuel y yo llegamos a la conclusión de que hiciste lo correcto. De haber estado nosotros en tu situación, nos hubiéramos visto obligados a actuar de la misma forma. Es solo que nos tomó por sorpresa y no supimos reaccionar. Queremos pedirte disculpas.

—¿Los tres? —preguntó el inspector, un poco sorprendido.

—A mí no me incluyáis en eso. Son estos dos capullos los que se arrepintieron de ponerte en tu sitio. Yo sigo pensando igual. Que eres un cabrón —aclaró Miguel.

—No esperaba menos de ti, Pedrera, aunque si nos atenemos a la definición, en este caso el cabrón serías tú.

—¿¿Cómo te atreves?! —exclamó Pedrera poniéndose de pie con la mandíbula y los puños apretados.

—Haya paz, señores —intervino Remigio—. Miguel, te guste o no, Néstor hizo lo único que podía hacer dadas las circunstancias. Néstor, no entres al trapo con este capullo.

—Muy bien, —respondió Salazar—. Acepto vuestras disculpas. En cuanto a la opinión de Pedrera, no me interesa.

Miguel pareció pensárselo mejor. Hacía mucho tiempo tenía ganas de partirle la cara a Salazar. Hasta la llegada de ese imbécil con aspecto de paleta, él había sido el detective mejor valorado de la comisaría, así como el que más oportunidades tenía de ocupar el cargo de inspector jefe, vacante desde hacía ya demasiado tiempo. Con Salazar las tornas habían cambiado en su contra. El cretino resolvía un caso tras otro, pese a que parecía cualquier cosa menos un oficial de la ley. Pedrera sabía de buena fuente que el nuevo comisario que sustituiría a Colmenares era muy estricto con la norma, por lo que había exigido que se ocupara el cargo vacante. Miguel quería el ascenso, pero con Néstor allí, eso no sería posible. Esa era la verdadera razón por la que hubiera querido golpear a Salazar, quien se lo había servido en bandeja de plata el día anterior, cuando arrestó a González. Casi había conseguido convencer a los otros dos imbéciles de darle una lección, pero cuando estos se rajaron, todas sus expectativas se vinieron abajo. No quería exponerse a ser sancionado. Volvió a sentarse. Néstor respiró aliviado. La disculpa de Rodríguez y Toro distendía un poco el ambiente de trabajo. La actitud de Pedrera no le interesaba.

Al cabo de unos minutos llegó Sofía. Néstor hizo un esfuerzo por aparentar normalidad, pero la imagen de ella tomando una copa, conversando y riendo con Javier no se le quitaba de la cabeza.

—Hola Sofía —la saludó—. ¿Alguna novedad?

—Hola, más o menos —le dijo ella sonriendo—. Ayer te vi, o más bien te escuché en el bar de Gyula. No sabía que tocabas la guitarra. Lo haces muy bien.

—¡Ah, eso! Bueno, siempre me ha gustado la música. Es solo una forma de relajarme. ¿Qué has encontrado?

—He visitado a los seis sospechosos —le explicó ella, comprendiendo que por alguna razón Néstor no quería hablar de la noche anterior. Vio que

los otros policías estaban allí, concentrados en sus trabajos. Tal vez era solo timidez.

—¿Y bien? —insistió el inspector.

—Cuatro de los nombres pueden ser borrados de la lista. Tienen coartadas irrefutables, pero hay dos que no pudieron justificar dónde se encontraban aquel día.

—¿Quiénes son? —preguntó Salazar, interesado.

—Carlos Ríos y María Concepción Montes. El primero es contador. Se trata de un hombre aparentemente tranquilo. Afirma que llevó a cabo todos los trámites para recuperar su propiedad, pero que se encontró con todo tipo de trabas burocráticas. Entre otras, que la denuncia policial se extravió dos veces. El inmueble intervenido era un local muy bien ubicado en el que su abuelo regentó una librería. Se lo dejó en herencia cinco años atrás, pero en cuanto Ríos pagó el impuesto sucesorio y lo puso a su nombre, aparecieron dos familias que lo ocuparon. A partir de allí fueron dos años de pesadilla entre denuncias, retardos, diligencias judiciales y todo tipo de escollos. Finalmente apareció el representante de una inmobiliaria, nuestro amigo Ramírez, con una oferta por el local. En condiciones normales la hubiera considerado ridícula, pero estaba tan harto del asunto que decidió vender sin perder más tiempo. Afirma que no tenía conocimiento de la estafa de la que fue víctima, ni de la implicación del concejal Belmonte en ella. Cuando hablamos del tema se mostró tranquilo y centrado, como si lo ocurrido con su herencia no tuviera importancia. Fue lo que me pareció más sospechoso. Por otro lado vive solo, está divorciado y no tiene coartada para la hora del mitin. Dice que se tomó el día libre porque tenía diligencias pendientes, así que pasó la tarde de un sitio a otro del barrio.

—¿No guarda ninguna factura o comprobante de alguna de esas diligencias?

—Según él, debe tenerlas, pero no recuerda dónde las guardó. Me pidió un poco de tiempo para encontrarlas.

—Muy bien. Vamos a dárselo. ¿Qué hay de María Concepción?

—Cincuenta años. Enfermera. Perdió un viejo piso que heredó de su tía en un barrio obrero. También comenzó a tener problemas cuando pagó el impuesto.

—Por lo visto tenemos un patrón.

—Sí. Todas eran propiedades heredadas, que los okupas intervenían después que el propietario las liberaba de impuestos.

—Tiene lógica —argumentó Néstor—. Y significa que quién dirigía esta operación lo tenía todo muy bien pensado.

—¿A qué te refieres?

—Siempre es más fácil que una persona esté dispuesta a librarse de una propiedad heredada que le cause problemas, que de un inmueble que haya pagado con su propio esfuerzo. Por otro lado, esperaban a que pagaran los impuestos sucesorios para asegurarse que estaban dispuestos a vender para al menos recuperar su inversión. De haber llevado a cabo la ocupación antes de este paso se hubieran arriesgado a que el dueño simplemente dejara que se perdiera la propiedad.

—Entiendo, pero cómo sabían cuándo el inmueble quedaba liberado.

—Está claro que tenían alguien dentro de la oficina de impuestos.

—¿Dentro del ayuntamiento, tal vez?

—Eso seguro. Por favor continúa hablándome de la señora Montes.

—Doña Concepción no se tomó tan tranquilamente la pérdida de la propiedad. Era el único familiar con vida de su tía y por lo tanto la heredera natural. Al parecer, su intención era alquilar el piso para ganarse un sobresueldo. Se negó a vender, así que lo que quedó de la propiedad resulta irrecuperable.

—¿Qué hicieron? ¿Lo dinamitaron? —preguntó Salazar, incapaz de imaginar en qué condiciones un inmueble nuevo o viejo no tendría posibilidad de arreglo.

—Reparar las averías y restaurar el piso para hacerlo habitable requeriría una inversión mayor que el precio de la propiedad. Así que no lo puede alquilar, pero sabe que tampoco encontrará un comprador. Solo genera impuestos.

—Menuda faena.

—Por eso la señora Concepción no estaba muy contenta con el concejal Belmonte.

—¿Coartada?

—Esa tarde la atacó una migraña, por lo que pidió permiso en el hospital donde trabaja, regresó a su casa y se acostó a dormir.

—¿Vive sola?

—Eso me temo.

—Hay que interrogar a los vecinos por si alguien la vio entrar o salir.

—¿No crees que haya sido ella?

—No estoy seguro. Tuvo la motivación, siendo enfermera puede tener los conocimientos acerca del Malatión, y por lo visto también la oportunidad...

—¿Pero?

—El instinto me dice que la muerte del concejal es un asunto más personal.

—¿Te parece poco personal todo lo que te he contado?

—Personal o no, debemos investigarlo a fondo. Mis corazonadas no son evidencias, así que no pueden trazar el rumbo de la investigación. —Salazar miró su reloj.

—Debo irme. La mayoría ya debe estar regresando del trabajo. Es buena hora para interrogar a los vecinos de Matilde.

—¿Vas a preguntarles si vieron u oyeron algo el día del asesinato? ¿Creí que los uniformados ya habían hecho esa indagación?

—En realidad estoy más interesado en averiguar quiénes eran los visitantes más asiduos de Matilde.

—Voy contigo.

—No es necesario, ya has hecho un buen trabajo el día de hoy. Vete a casa, descansa, tal vez quieras salir a cenar... —se interrumpió a tiempo antes de mencionar a Molina—. Yo puedo hacerme cargo solo.

—Me gustaría acompañarte —insistió ella, él la miró esperanzado—. Aprendo mucho durante tus interrogatorios.

—Si es solo eso, puedes venir —respondió él, con decepción.

Sofía no comprendió a qué se refería con ese comentario.

## Capítulo veintidós

Al llegar al edificio donde vivió Matilde, se dirigieron a la puerta de la vecina que encontró el cuerpo. Según la información que recibió Néstor, ya la pobre mujer estaba bastante recuperada del impacto, aunque seguía medicada. En efecto, sin retirar la cadena de la puerta les abrió una dama cercana a los sesenta años, muy bien arreglada, que los miró con sorpresa y un poco de temor.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿La señora Clara de Cárdenas? —preguntó Néstor al mismo tiempo que le mostraba su identificación—. Soy el inspector Salazar y ella es mi compañera, la subinspectora Garay. Nos gustaría que nos concediera algunos minutos de su tiempo.

La mujer, desconfiada, le hizo señas al inspector para que le entregara el documento que le mostraba. Salazar se lo dio a través de la rendija de la puerta. Comprendía las reservas de la señora Cárdenas, después de todo el día anterior había encontrado a su vecina y amiga asesinada de un disparo. Clara cogió la identificación, para luego cerrar la puerta. Por lo visto lo había revisado con detenimiento, porque al cabo de un par de minutos volvió a abrir, esta vez sin la cadena, devolvió el carnet al inspector y los invitó a entrar.

—Por favor disculpen mis reservas, pero después de lo que le ocurrió a la pobre Matilde...

—Es comprensible —reconoció el inspector—. Hace usted lo correcto, cualquier precaución es poca.

—Tomen asiento. Supongo que están aquí por ese horrible homicidio.

—Sí, señora Cárdenas. La investigación de la muerte de Matilde está a nuestro cargo.

—¿La conocían? Quiero decir, ella trabajaba en la policía. Supongo...

—Era una buena amiga —le confirmó Salazar, sin añadir que estaba siendo investigada por formar parte de una red de extorsión, ni que hacía apenas un par de días había enviado un sicario a matarlo.

—Lo lamento mucho. ¿Desean tomar algo? ¿Un café, un refresco...?

—Un vaso de agua, por favor —pidió Sofía, pensando que la mujer se sentiría mucho más cómoda si aceptaban su ofrecimiento. Néstor la miró con aprobación.

—Vuelvo enseguida.

Mientras Clara se retiraba en busca del vaso de agua, Salazar observó su entorno. El piso era igual al de Matilde, amplio, luminoso y decorado con buen gusto. Todo estaba en orden. La mujer regresó con dos vasos de agua en una pequeña bandeja. Se los sirvió para luego sentarse frente a ellos.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿Cómo era su relación con Matilde? ¿Eran solo vecinas, buenas amigas, se hacían confidencias?

—Éramos amigas, pero no demasiado íntimas, Matilde era una persona reservada, poco dada a confidencias.

—¿Sabe si tenía problemas económicos? —intervino Sofía.

—No lo creo. Pagaba a tiempo los compromisos comunitarios. No tenía grandes deudas que yo supiera.

—¿Solía visitarla algún pariente o amigo? —preguntó Néstor.

—No recibía muchas visitas, salvo...

—¿Sí?

—Había un joven que venía de vez en cuando. Una vez le pregunté quién era y me respondió que su sobrino.

—¿Nadie más?

—No que yo viera, pero comprenderá que tampoco estaba pendiente de las visitas de mi vecina. Soy propietaria de una tienda de moda, que me mantiene bastante ocupada.

—Desde luego, lamento hacerle estas preguntas —se apresuró Salazar a excusarse— pero es necesario para poder encontrar al asesino de Matilde.

—¿Pero qué relación puede tener ese horrible asesinato con los visitantes de Matilde? ¿Acaso no se trató de un robo?

—Aún es pronto para determinar eso.

—¿Qué otra cosa pudo ser?

—¿Habló usted con Matilde los últimos días? —le preguntó Salazar, evitando responder.

—Eh... sí. Yo quería preparar un pavo al horno pero no tenía una bandeja lo suficientemente grande, así que se la pedí a Matilde. Ayer cuando fui a devolvérsela, encontré la puerta entreabierta. Al principio llamé, por supuesto. No acostumbro entrar en casas ajenas como si fuera la mía, pero nadie respondió y me preocupé. Así que volví a llamar a Matilde, esta vez por su nombre y entré, fue entonces cuando la vi tirada en el suelo y su cabeza...

Un sollozo interrumpió el relato de Clara. Sofía le colocó la mano en el antebrazo a modo de consuelo.

—Lamentamos hacerle revivir momentos tan desagradables —le dijo la subinspectora, pero es necesario.

—¿Podría describirnos al joven que solía visitar a Matilde? —le preguntó Salazar.

—Era... era alto, delgado, cabello castaño.

—¿Algún rasgo distintivo, bigote, barba? —Clara negó con la cabeza.

—Siempre iba afeitado.

—¿Qué tipo de ropa usaba?

—La que suelen usar los jóvenes: vaqueros, camisa, zapatillas de deporte. Lo normal. También...

—¿Qué? —preguntó Néstor, interesado.

—Bueno, casi siempre usaba su móvil, pero supongo que eso también es normal entre los jóvenes.

—¿Hay algo más que recuerde que quiera mencionarnos?

—No se me ocurre nada ahora.

—Bien, le agradecemos mucho su colaboración, señora Cárdenas —dijo Salazar levantándose del asiento y entregándole una tarjeta—. Si recuerda algo más, por favor llámenos, no importa la hora del día, o de la noche.

—De acuerdo, inspector. Yo también quiero que atrapen pronto a ese sujeto. Ya no me siento segura en mi propia casa.

Los policías salieron. Salazar iba pensativo.

—¿Qué opinas? —le preguntó Sofía.

—Debo corroborarlo, pero Matilde en una ocasión me comentó que no tenía familia. Era hija única y sus padres fallecieron hace muchos años.

—¿Entonces no había un sobrino?

—No.

—Tal vez se tratara del hijo de un primo —propuso Sofía. Alguien con parentesco más lejano a quien ella llamara sobrino.

—Es lo que debemos tratar de averiguar.

Siguieron caminando. Al cabo de un rato Sofía interrumpió los pensamientos de su jefe.

—¿Crees que podría tratarse de Luengo? Quiero decir, el sobrino.

—Estaba pensando en esa posibilidad. Quien fuera, creo que es fundamental para la resolución del caso identificar a ese visitante.

—Sí, tienes razón. Pareces decepcionado.

—La verdad, esperaba que la vecina hubiera visto a Duero visitando a Matilde.

—¿Duero? ¿En serio sospechas de él?

—¿Por qué no? ¿Tienes algún plan para cenar esta noche? Podría ponerte al día con respecto a mi entrevista con don Francisco.

—Lo siento. He quedado esta noche.

—Ya. Claro —respondió Salazar, pensando que Molina se le había vuelto a adelantar—. No te preocupes, podemos hablar de esto mañana.

—Me parece bien.

Sofía se preguntó por qué Néstor parecía tan triste ese día, y lamentó haber quedado con su vieja amiga de la escuela que se encontraba en Haro de vacaciones.

Salazar llegó a su casa con el ánimo por el suelo. Estaba frustrado por el poco avance de los casos que llevaba entre manos y porque sentía que había perdido cualquier oportunidad que hubiera podido tener con Sofía. Algunas veces lamentaba haber seguido los consejos de su mentor, pues desde que usaba ese disfraz, su trabajo le resultaba mucho más fácil, pero su vida social se había despenado. Ese inconveniente nunca le importó hasta que su compañera llegó a su vida. Cuando Colmenares se la presentó, ella no pudo disimular un gesto de desagrado que no escapó a la agudeza del inspector,

pero en los días siguientes le pareció que Sofía cambiaba de opinión, valorándolo por lo que era y no por lo que parecía. Debía reconocer que Sofía le mostraba respeto, e incluso afecto, pero como el que se le puede tener a un maestro, o a un mentor. Néstor sabía que no podía competir con Molina. La prestancia y la simpatía del médico forense lo convertían en un rival formidable.

El inspector abrió la puerta de su piso en la oscuridad perdido en sus pensamientos. Una sombra se le cruzó por delante entre los pies haciéndole tropezar. Por poco, consiguió recuperar el equilibrio para no dar de bruces en el suelo.

—¡Mierda! —protestó, mientras encendía la luz y se preparaba para enfrentarse a quién hubiera invadido su hogar.

—Miaaauuuu —respondió Paco desde el rincón donde se había refugiado, aún más asustado que su improvisado amo.

—¡Coño, Paco! ¡Menudo susto me has dado! —le reclamó Néstor—. ¿Es que te has propuesto matarme de un infarto? ¡Creí que había alguien esperándome en la oscuridad!

Paco lo miraba fijamente con sus ojos amarillos y todos los músculos tensos, listo para la huida, o el ataque. Salazar se relajó. Solo se trataba de un gato. Era él quien estaba de los nervios, a punto de saltar al menor toque. Respiró profundo para tranquilizarse, luego buscó con la mirada el comedero del gato. Por lo visto, esta vez Gyula sí había subido a alimentarlo. Néstor dejó las llaves en la mesa de centro y se dirigió a la cocina, cambió el agua de Paco para que estuviera fresca, luego se quitó el gabán y se tendió en el sillón a descansar. Paco, ya menos asustado, subió de un salto junto a su amo, acurrucándose a su lado en busca de calor. Néstor comenzó a acariciarle el lomo, sorprendido al comprobar que aquel gesto lo relajaba.

—Me temo que he perdido mi oportunidad con Sofía, Paco —murmuró—. Tal vez nunca la he tenido, tal vez sea mejor así. Después de lo que he tenido que pasar, no creo que fuera capaz de llevar una vida normal, formar una familia, ya sabes. Quizá me toca ser un policía solterón y amargado que trata de paliar su soledad hablando con un gato.

## Capítulo veintitrés

El día amaneció frío, gris y lluvioso. Sofía volvió a visitar a Ríos para recoger los comprobantes de pago de los lugares donde estuvo la tarde en que murió Belmonte. Incluía un par de facturas de compras en una tienda por departamentos y una de un bar donde según le refirió, se tomó una cerveza a media tarde. Las dos primeras señalaban con claridad la fecha y la hora. La del bar, solo la fecha. La subinspectora guardó los comprobantes en sobres rotulados, marchándose a su siguiente indagación para alivio del contador, que se sintió liberado de toda sospecha con las pruebas que había entregado. De haber sabido lo que pasaba por la cabeza de Sofía en ese momento no hubiera estado tan tranquilo. Garay había hecho algunos cálculos rápidos: las compras fueron realizadas dos horas antes de la muerte del concejal, por lo que Ríos hubiera tenido suficiente tiempo de hacerlas, para luego acudir al mitin, asesinar a Belmonte y regresar a su barrio para tomar una cerveza. De manera que esas pruebas en las que tanto confiaba el sospechoso, no demostraban nada. Aunque a Sofía le resultaba difícil imaginar una persona con semejante sangre fría, sabía que era posible. Era imperativo determinar la hora a la que estuvo en el bar, así que dirigió sus pasos a ese establecimiento, situado a apenas un par de calles de la casa del contador.

El lugar era pequeño y minimalista. Un hombre en la treintena atendía detrás de la barra, parecía más el entrenador de un gimnasio, que un cantinero. Enarcó las cejas cuando Sofía entró, preguntándose si estarían haciendo algún *casting* para modelos por los alrededores.

—Buenos días. ¿Qué le sirvo?

—Con este tiempo, un café me vendría de perlas.

—Enseguida. No es del barrio ¿verdad? Una vecina tan guapa no se me hubiera pasado por alto.

¿Estaba el cantinero coqueteando con ella? A Sofía algunas veces le aburría que cada hombre con el que se cruzaba, le tirara los tejos. Por eso se sentía tan a gusto con Salazar. Néstor la respetaba, la trataba como a una persona, no como un trofeo que ganar. Apenas un par de noches atrás había tenido que dejarle las cosas claras a Javier Molina, el forense, quien hacía avances a pasos agigantados para tratar de comprometerla en una relación. Le agradeció la cena y la velada, pero no estaba dispuesta a llegar mucho más lejos. Tenían una relación profesional y se sentiría muy bien si cultivaban una amistad, pero para aspirar a una relación más profunda tendrían que conocerse mejor. No era de las que creía en el amor a primera vista.

—¿Señorita? ¿Señorita? —preguntó el cantinero tratando de sacarla de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—¿Cómo quiere el café?

—Con leche y azúcar, por favor.

El hombre se dio media vuelta para manipular la cafetera. Luego le sirvió el café.

—Gracias. En realidad no he venido solo por el café.

—¿Ah, no?

—Soy policía —le informó ella sacando su identificación—. Subinspectora Garay.

—¿Es en serio, o me está jugando una broma? —preguntó él, mirando detenidamente la identificación que le había entregado Sofía, como si esperara descubrir que era falsa.

—Es en serio. Verá, el día veintitrés estuvo aquí un hombre, un vecino, consumiendo una cerveza. Tengo aquí el comprobante de pago y debo establecer su coartada —le dijo, mientras sacaba el *ticket* del sobre de pruebas.

—Si ya tiene el comprobante, sabe que estuvo aquí. ¿Qué más necesita?

—La hora. ¿Es posible?

—Sí, claro —respondió el cantinero—. Solo tendría que correlacionar el número del comprobante con nuestros registros, para saber a qué hora fue emitido este.

—¿Podría hacerlo por mí?

—Aguarde unos minutos —aceptó él, mientras anotaba los datos que necesitaba en un papel. Entró en las oficinas y al cabo de un rato volvió a salir con una hoja en la mano—. Aquí está. Ese consumo se pagó a las siete treinta de la tarde.

—¡Vaya! Muchas gracias.

—¿Le sirve?

—Desde luego —respondió Sofía con una sonrisa. A las siete treinta ya Belmonte llevaba casi dos horas muerto. Ríos había tenido tiempo de sobra para cometer el crimen.

Con uno de los principales sospechosos sin coartada, Sofía decidió precisar si Concepción también le había mentido. A esa hora, la enfermera estaría trabajando, pero ella tenía más interés en hablar con sus vecinos. Tuvo la suerte que cuando llegó, una mujer de avanzada edad entraba al portal con el carrito de la compra.

—Buenos días —la abordó—. Disculpe, soy policía. ¿Podría hacerle algunas preguntas?

La mujer se quedó boquiabierta. No sabía si asustarse, o emocionarse. Se preguntó qué podría querer la policía con ella, pero luego recordó la denuncia que había puesto junto con otros vecinos, por los chicos que se reunían a hacer botellón los fines de semana en la pequeña plaza de la esquina. De inmediato se sintió indignada.

—¡Ya era hora que respondieran! Hace más de tres meses que pusimos la denuncia. Y ya podían haber enviado a un par de patrulleros, no a una chica a la que esos gamberros se van a merendar en cinco minutos...

—Perdóneme señora, pero no sé de qué me está hablando.

—De la denuncia por los botellones, por supuesto. ¿No está usted aquí por eso?

—No, creo que hubo un malentendido, o no me supe explicar. Soy la subinspectora Garay, estoy investigando un caso y necesito comprobar una declaración. ¿Conoce usted a la señora María Concepción Montes?

—María Con... No, no me suena... ¡Ah claro! ¡Mariconchi! Desde luego, somos vecinas y amigas desde hace más de veinte años. ¿No estará en algún problema, verdad? Es una buena persona, correcta, trabajadora.

—No se preocupe, ningún problema. ¿Sufre de alguna enfermedad?

—¿Enfermedad? No, si esa chica está como una rosa. No como yo, que no puedo moverme por la artritis. Y los días como hoy. No sabes hija, lo malo que es envejecer...

—Supongo que es peor no hacerlo —respondió Sofía, incómoda por la forma en la que la vecina había desviado el interrogatorio—. ¿Entonces la señora Montes no sufre de migraña?

—¡Ah, eso sí! A la pobre le dan unos dolores de cabeza que para qué contarlos. Y mire que le he dicho que cómo es posible que ella, siendo enfermera, conociendo a tantos médicos no le haya puesto remedio a eso, pero que va. Sí, antes tenía esas crisis con más frecuencia, ahora pasa más tiempo entre una y otra, pero cuando le dan... Claro que no es como la artritis que es dolor día, tras día, sobre todo cuando el tiempo está como hoy...

—¿Sabe cuándo fue su última crisis de migraña?

—Pues sí, sí. Fue el día veintitrés. Lo recuerdo porque ese día la vi llegar a su casa y pensé: qué bien que la Mariconchi me va a poder acompañar a escuchar a ese chico tan majo, el concejal Belmonte, ese que mataron. Yo quería ir al mitin ese día para escucharlo, porque me encantaba cómo hablaba, qué bien hablaba, y pensé que la Mariconchi me podría acompañar, ya sabe, para ayudarme por lo de la artritis, pero entonces recordé que ella misma me había dicho que tenía guardia esa tarde. Siendo una chica tan cumplida y responsable, comprendí que debía tener una migraña, por lo que decidí no molestarla. Así que no fui, porque ir sola, con lo de la artritis... Y gracias a Dios que no fui, porque mire usted qué desgracia lo que le pasó al pobre concejal. Al otro día le pregunté a la Mariconchi cómo estaba y me confirmó que había pasado el día acostada con una migraña espantosa, entonces le conté lo que ocurrió en el mitin, y que yo casi estuve allí, pero no quise ir porque ella no pudo acompañarme, y por la artritis...

Un poco aturdida por la verborrea de la vecina, Sofía llegó a la conclusión de que la señora Montes no había mentido sobre la migraña. Y que la vecina tenía artritis.

—¿Entonces la señora María Concepción pasó toda la tarde en su casa?

—Toda la tarde, hija.

—¿Cómo puede estar segura?

—Porque yo me quedé tejiendo. Mi sillón favorito está frente a la ventana. Como puedo salir tan poco por la artritis, me gusta ver la calle cuando estoy en casa. No es que espíe a los vecinos, que no soy ninguna cotilla, pero estuve mirando toda la tarde y no vi a Mariconchi salir.

—¿No perdió de vista la calle en ningún momento?

—En ninguno hija, en ninguno.

—¿Ni siquiera para ir al servicio?

—No me levanté en toda la tarde, es que me cuesta mucho trabajo levantarme del asiento. No sabes hija, lo mala que es la artritis.

Salazar recibió la llamada de la científica apenas llegó a la comisaría. En el pisapapeles que «cogió prestado» de la oficina de Duero encontraron dos juegos de huellas. Dos personas lo habían llegado a tocar. Aquello no le sorprendió, después de todo, Duero no era el único que entraba en esa oficina. El segundo juego de huellas podía pertenecer a alguien del personal de limpieza, a su secretario, a otro empleado de la oficina de Asuntos Sociales que hubiera pasado por allí para dejarle un documento. A cualquiera. Lo primordial era que él estaba seguro que las huellas de don Francisco Duero estaban en el adorno. Lo que le informaban ahora era lo que no le había dejado dormir por la expectativa: uno de esos juegos de huellas correspondía con las encontradas en el apartamento de Matilde, lo cual lo acercaba a tener algo concreto contra el poderoso político.

Néstor comenzó a teclear con determinación el informe que le haría llegar al juez Aristigueta para solicitarle una citación a Duero para declarar en la comisaría. Aún no tenía suficientes evidencias para imputarlo, pero su intención era conseguir que le tomaran las huellas, allí mismo, proporcionándole al inspector una prueba irrefutable de la presencia de Duero en la casa de Matilde. Con ese as en la manga estaba seguro que

podría conseguir que le proporcionara información importante, o incluso una confesión.

***[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)***

## Capítulo veinticuatro

En cuanto Salazar terminó de redactar la solicitud para la citación de Duero, vio a Sofía entrar por la puerta de la oficina. Por su expresión, traía buenas noticias. Néstor esperaba que hubiera alguna novedad en el caso del concejal, pues de los que investigaban era el que más se resistía a avanzar.

—¿Tienes algo? —le preguntó.

—Tú primero. ¿Qué escribes?

Néstor le mostró el oficio dirigido a Aristigueta.

—¿Hay coincidencia? Entonces Duero mintió cuando dijo que nunca había estado en el apartamento de Matilde.

—Bien, aún no podemos hacer esa afirmación, porque el pisapapeles fue tocado por dos personas, pero al menos nos permite pedirle al juez que lo cite a comisaría. Aquí le tomaremos directamente las huellas y corroboraremos su versión, o la desmentiremos.

—¿Vas a imputarlo?

—Me gustaría, pero no tenemos pruebas suficientes. Sin embargo, si verificamos que si son sus huellas las del piso de Matilde...

—Lo habremos atrapado —concluyó Sofía.

—Exactamente. ¿Cuáles son tus noticias?

La subinspectora le contó acerca de las indagaciones que había realizado esa misma mañana, la corroboración de la coartada de la señora Montes por parte de la vecina, y cómo la versión de Ríos había caído como un castillo de naipes.

—¿Y ya lo has confrontado con su mentira? —preguntó Salazar.

—Aún no. Prefiero que nos lo explique aquí, en comisaría.

—Buena idea. Ese Carlos Ríos tenía el motivo, la oportunidad, lo único que no termina de encajar son los medios.

—¿Te refieres al uso del veneno?

—Sí, no comprendo por qué un contador utilizaría un procedimiento tan complicado para asesinar a Belmonte.

—Tiene el suficiente nivel académico para haber investigado acerca del Malatión. Tal vez lo encontró ideal para acabar con la vida del concejal frente a todos sus seguidores sin ser descubierto, como de hecho ocurrió.

—Tal vez.

—Pero no lo crees.

—No lo estoy descartando, pero creo que antes de citar a Ríos debemos hacer los deberes.

—¿A qué te refieres?

—Si realmente fue él quien usó el Malatión debe haber investigado su funcionamiento, posiblemente usando su ordenador, así que...

—Solicitaré también una orden para registrar sus archivos y su historial de navegación.

—Perfecto, pero creo que debemos seguir insistiendo en la procedencia del Malatión.

—Néstor, te juro que he llamado a cada laboratorio del país que suministra pesticidas, ninguno lo tiene en esa concentración.

—¿Y qué hay de otras instituciones?

—¿Qué clase de instituciones?

—Estaba pensando en universidades. Algún laboratorio universitario pudo haberlo necesitado en estado puro para experimentación, análisis, o cualquier proyecto similar que llevaran a cabo.

—¡Eso es genial! ¡No se me había ocurrido! —exclamó Sofía abriendo mucho los ojos.

—Solo es procedimiento —respondió él, sintiendo que se ruborizaba como si fuera un adolescente.

—Me pongo ahora mismo con ello. ¿Alguna sugerencia de por dónde empezar?

—Tal vez con las universidades de La Rioja que cuenten con carreras como Química, Toxicología, o cualquier otra relacionada.

—De acuerdo. ¿Alguna otra idea?

—Mientras tanto yo le llevaré este informe al juez. Prefiero entregárselo personalmente, pues imagino que no le gustará mucho la idea de enemistarse con un poderoso político como Duero.

—¿Crees que se negará?

—Creo que tendré que usar toda mi labia para ponerlo de nuestro lado.

—Entonces suerte.

Salazar tuvo que emplear mucho más que labia para convencer al juez. Necesitó hacer uso de todo su conocimiento sobre el código penal, así como su experiencia y aludir indirectamente a su reputación de investigador casi infalible. Al final logró la citación, no por la muerte de Matilde, sino por la trama de extorsión, debido a que siendo Duero quién había apoyado públicamente la candidatura de Belmonte, la relación de este con las estafas ya había sido probada sin lugar a dudas, y lo comprometía. Desde los mismos tribunales, Néstor llamó a los uniformados para ordenarles que llevaran a Duero a la comisaría en calidad de sospechoso, e insistió en que le tomaran las huellas y las entregaran en la científica, donde las esperaban para su comparación.

De vuelta en la oficina hizo señas a Sofía para que lo acompañara a la sala de interrogatorios, donde lo esperaba un Duero enfurecido. Antes de entrar, instruyó a su compañera acerca de la estrategia que utilizarían, la vieja táctica del policía bueno y el malo, que pese a que era muy conocida, sorprendentemente aún funcionaba.

—¿Sabe usted lo que está haciendo inspector? —le preguntó en cuanto lo vio asomarse por la puerta—. He sido colaborador con usted, pero esto es imperdonable. Cuando salga de aquí me encargaré de que termine dirigiendo el tráfico. Me aseguraré de que no vuelva a tener oportunidad de investigar ni la pérdida de un caramelo en una escuela. Acaba usted de arruinar su carrera...

—Menos amenazas, director general. ¿Es ese su cargo, no es así? Director de Asuntos Sociales. Un puesto muy modesto para quien hace gala de tanto poder. ¿Qué es lo que esconde, señor Duero?

—¿Qué quiere decir?

—Que ostenta usted demasiado, lo que me hace pensar que es quien realmente mueve los hilos por detrás de bambalinas.

—¿Qué hilos? ¿Se ha vuelto usted loco?

—Los hilos de la organización criminal precedida por Belmonte, que se dedicaba a extorsionar ciudadanos honrados que recibían propiedades en herencia, los obligaban a vender barato para no perderlo todo.

—Calma Salazar —intervino Sofía—. Tal vez el señor Duero no supiera realmente lo que Belmonte se traía entre manos.

—Claro que no. No sé de qué me hablan —se defendió, dirigiéndose a Sofía, a quien encontraba más razonable que al inspector—. Usted acudió a mi oficina preguntándome por Matilde, y ahora me salen con esto. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Ocurre que su protegido a través de un cómplice en el ayuntamiento recibía información de inmuebles que habían sido heredados, esperaba a que se pagaran los impuestos y luego enviaba familias de okupas a tomarlos. Las denuncias eran retrasadas por Matilde, por lo que no prosperaban. Cuando el dueño estaba lo suficientemente desesperado, le enviaban a un corredor inmobiliario que hacía una oferta ridícula por la propiedad. Si no vendía la destruían hasta dejarla irrecuperable. Si vendía, las ganancias se lavaban a través de una bodega improductiva. ¿Pretende decirme que usted no sabía nada de eso?

—Es una locura. No puede ser cierto.

—Tenemos las pruebas, señor Duero —le dijo Sofía con respeto—. Será mejor para usted si colabora con nosotros.

—¿Colaborar? ¡Estoy seguro que todo es una patraña!, pero de haber algo de verdad en toda esa historia no tiene nada que ver conmigo.

Sofía le mostró las pruebas que encontraron en el apartamento de Matilde. Duero palideció.

—Entonces niega ser la persona en el ayuntamiento que les informaba acerca de cuál era el inmueble cedido en herencia —atacó Salazar.

—Por supuesto que lo niego.

—Niega saber que Matilde formaba parte de la red de extorsión.

—A la señora Godoy la conocí en el comedor social y solo hablábamos de asuntos de intendencia.

—¡Entonces nunca estuvo en su apartamento!

—¡Claro que no!

—Tampoco sabía que Matilde convenció a un adicto voluntario en el comedor para que me asesinara.

—¡Por Dios, claro que no!

—¡Y niega haber sido usted quien le disparó para que no hablara!

—Se lo repito, inspector, no tengo nada que ver con todo esto —argumentó en tono suplicante, mucho menos seguro de sí mismo desde que vio las pruebas—. Sí, reconozco que soy un manipulador y que muchas veces utilizo mi posición política para salirme con la mía y obtener beneficios fácilmente, pero no soy un extorsionador, ni mucho menos un asesino.

—¿Cómo escogió a Belmonte? —preguntó Sofía—. ¿Por qué debemos creer que no sabía nada de los delitos que cometía?

—No escogí a Belmonte, fueron las circunstancias.

—¿Quiere explicarnos eso, señor Duero? —preguntó Sofía con voz amable. Ahora que el director había bajado la guardia, Salazar se replegó pasando a un segundo plano, para no exceder la presión sobre él. Duero respiró profundo para tratar de calmarse.

—El candidato para Haro por nuestro partido era mi buen amigo José Antonio Rivas.

—El esposo de Celia Solís —precisó la subinspectora.

—Sí. José Antonio contaba con todo mi apoyo, pero falleció durante la campaña.

—¿De dónde salió Belmonte?

—Era el ayudante de mi amigo, su hombre de confianza. Cuando Rivas murió nos quedamos «*in albis*», entonces surgió la idea de preparar a Belmonte para ocupar su puesto. Era carismático, ambicioso, y estaba preparado pues conocía todos los proyectos de su mentor.

—¿Quién hizo la propuesta?

—Celia, la esposa de José Antonio.

—Eran amantes ¿no es así? Belmonte y Solís —preguntó Salazar.

—Lo fueron, pero no en vida de Rivas. Supongo que el contacto diario durante el trabajo, una cosa llevó a otra. Eran dos adultos libres de compromiso, no vimos nada malo en eso.

—Por eso lo mantuvieron en secreto —apuntó Néstor con malicia.

—No todos lo hubieran comprendido.

—¿Cómo murió Rivas?

—Sufrió un infarto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En su casa. Después de la cena, siempre se tomaba una copa de licor. Aquel día no llegó a terminarla.

El móvil de Salazar sonó en ese momento. Él se lo llevó a la oreja escuchando con atención.

—¿Estás seguro? —preguntó con expresión seria—. De acuerdo, gracias.

Sofía lo miró con preocupación. El rostro de Néstor reflejaba claramente una mala noticia.

—De acuerdo, señor Duero. Es todo. Lamentamos haberle hecho venir hasta aquí, pero era necesario aclarar estos asuntos. Puede irse.

—¿Y esto no podía preguntármelo en mi oficina? ¿Tenía usted que traerme hasta aquí, acusarme y...?

—Como comprenderá, el primer interesado en que este asunto no se hable en su oficina es usted. Y las pruebas lo apuntaban directamente como sospechoso. Así que, antes de destruir mi carrera piense si le conviene arriesgarse a que todo esto se filtre a la prensa y acabe con la reputación de su partido.

Duero bufó como un toro ante la impotencia de vengarse del policía que le había hecho pasar tan mal rato. Cuando se marchó, Néstor le apoyó la mano en el hombro a Sofía, que no comprendía el cambio que había experimentado su jefe.

—La llamada era del laboratorio de criminalística de la científica —le informó—. Las huellas de Duero no coincidieron. El visitante de Matilde era el dueño del otro juego de huellas. Ahora debemos averiguar de quién se trata.

## Capítulo veinticinco

Los dos policías regresaron a la oficina con el ánimo por el suelo. Néstor estaba tan seguro que la coincidencia de las huellas resultaría positiva, que la llamada de la científica lo dejó descolocado. Recordó a su mentor, que le insistía en mantener la mente abierta para no dejarse arrastrar por una idea fija. Ahora comprendía que había fallado, y no encontraba una excusa para justificar su torpeza. Un policía experimentado como él había caído en un error de principiante. Tocaba volver a empezar.

—Estamos como al principio —se lamentó Sofía.

—Sí, pero no debemos permitir que eso nos desanime —le respondió él, reponiéndose—. Analicemos la situación. Tenemos aquí varios delitos que se conectan entre sí, pero que han sido cometidos por diferentes sujetos.

Sofía se levantó de su asiento, cogió un marcador y con su caligrafía redondeada, comenzó a escribir en la pizarra blanca, que colgaba de una de las paredes.

—Todo comenzó con el asesinato del concejal Belmonte —inició el análisis Garay.

—Envenenado con Malatión, inoculado a través de la piel en medio de una multitud. ¿Qué nos dice eso?

—Bueno, ya habíamos precisado que el asesino del concejal es alguien organizado, inteligente, con un nivel académico medio o alto —respondió la subinspectora, anotando lo que iba señalando debajo del nombre de Belmonte— probablemente con una motivación muy personal. Yo añadiría intrépido.

—¡Perfecto! Aún no sabemos cómo consiguieron el Malatión, o por qué asesinaron al concejal.

—Posibles motivos son venganza, rivalidad política...

—Anota también «otros».

—¿Otros? ¿Qué quieres decir con eso?

—No podemos estar seguros que la muerte de Belmonte esté relacionada con las extorsiones. Un hombre así pudo ganarse muchos enemigos a lo largo de su vida.

—De acuerdo: «Otros» —aceptó la subinspectora mientras anotaba la palabra.

—Así que Belmonte es el centro de una red de extorsión. ¿Era el jefe, o solo un elemento importante dentro del entramado?

—Todo giraba en torno a él.

—Por su posición política era la figura visible, pero eso no implica que fuera la cabeza.

—¿Por qué piensas eso?

—Antes de tomar el lugar de José Antonio Rivas, Belmonte era un don nadie, un chico del barrio con carisma, ambición y muy inteligente, pero no hubiera tenido el poder para armar semejante red.

—Tal vez la armó después de ser concejal.

—No, recuerda que la organización se constituyó antes de que resultara electo. De hecho, fueron las bodegas las que le proporcionaron el capital para la campaña que le permitió ganar la concejalía. Hasta entonces solo era un político prometedor. Estoy seguro que el que mueve los hilos ya ocupaba una posición de poder antes que Belmonte ganara la elección. Además, la situación del concejal era demasiado expuesta para que fuera jefe.

—¿Por eso estabas seguro de la culpabilidad de Duero?

—Era el sospechoso perfecto, pero debo reconocer que me equivoqué.

—Que sus huellas no estuvieran en el apartamento de Matilde no significa que sea inocente en la trama de extorsión.

—Matilde se convirtió en un riesgo porque actuó por su cuenta, quedando expuesta a ser detenida en poco tiempo. Al ser imputada sería interrogada, y temían que hablara, pero te has preguntado por qué.

—Está claro que no querían que informara a la policía de lo que sabía.

—¿Y qué sabía que no conociéramos ya? Los delitos de extorsión salieron a la luz, los culpables están detenidos, incluso tenemos pruebas que amablemente nos dejaron en el piso de Matilde.

—Porque estaban escondidas y no sabían que se encontraban allí.

—Eso es cierto, pero no era eso lo que querían impedir que Matilde nos contara.

—¿Entonces qué?

—La identidad del jefe.

—¿No teme que lo delate alguno de los que ya está detenido?

—Son peones. Si conocieran el nombre de quién los dirige, ya lo hubieran ofrecido a cambio de algún beneficio procesal. No. La identidad de este hombre, o mujer, solo la conocían Belmonte y Matilde, las dos piezas claves de la estafa. Y si Matilde sabía quién era, se trataba de alguien de su confianza, alguien con acceso a su apartamento.

—El dueño del segundo juego de huellas.

—Correcto.

—¿El supuesto sobrino del que nos habló la vecina?

—En él estaba pensando, sea quien sea.

—¿Crees que también mató a Belmonte?

—Es una posibilidad, pero el concejal tendría que haberse convertido en un verdadero problema. Su muerte representó la caída de todo el entramado. Sin embargo, eso explicaría el uso del Malatión. Recuerda que en un primer momento pensamos en causas naturales. Si la autopsia hubiera sido llevada a cabo por un forense menos acucioso que Molina, es seguro que el homicidio nunca hubiera sido investigado.

—Entonces la red de extorsión hubiera seguido funcionando.

—Temporalmente habrían tenido que suspender las operaciones, hasta volver a colocar uno de los suyos en el cargo de concejal.

—Así que aún no tenemos claro si el asesino de Belmonte y el de Matilde son la misma persona.

—Me temo que ese es uno de los detalles que todavía tenemos que aclarar. No sabemos si buscamos a un asesino o a dos. Con respecto a la extorsión, sin embargo, todo está más claro.

—¿Delitos económicos ha hecho algún avance?

—Con los documentos de Matilde en la mano, ya imputaron al corredor inmobiliario, al dueño de la bodega, a Luis Belmonte y al ayudante.

—¿Y Celia Solís?

—Nunca intervino, ni recibió beneficios, aunque se sospecha que sabía lo que ocurría.

—¿Qué hay de su hija? Trabajaba en las bodegas.

—Apariencia, para darle credibilidad a los viñedos y la bodega. Tampoco estaba implicada.

—Pues qué mala suerte la de la chica.

—¿Por qué lo dices?

—Si lo piensas bien. Su padre muere de un infarto y lo sustituyen por otro que resulta ser un estafador, del que su madre se hace amante. La contratan en una bodega, en la cual su jefe termina formando parte de la misma estafa.

—No es de extrañar, si quien la recomendó para el trabajo fue su madre, o el propio Belmonte.

—Sí, eso supongo, pero debe sentirse fatal.

—¿Por qué no se lo preguntamos?

—¿Qué quieres decir?

—Aún no hemos hablado con ella.

—Lo hicimos, cuando visitamos la bodega.

—No, le preguntamos acerca de la bodega, y dónde estaba Bermúdez. Tal vez tenga información interesante sobre Belmonte.

—Sí, no es mala idea. ¿Vamos ahora?

—Iré yo —anunció Salazar—. Estamos atrasados con todo esto. Creo que debes seguir con la investigación de Ríos. Ya Aristigueta aceptó enviar la orden, así que puedes hacer un registro de su casa y de su ordenador. Que te explique dónde estuvo la tarde que asesinaron a Belmonte y por qué te mintió.

Siguiendo las instrucciones de su jefe, Sofía se dirigió a la casa del contador. Ríos se sorprendió mucho cuando la vio, pues se había convencido a sí mismo que aquel asunto había quedado cerrado con la entrega de las facturas. Sin embargo allí estaba esa subinspectora, con su físico imponente y una expresión en su rostro que hizo que un estremecimiento recorriera la espalda del contador, mientras recordaba a Tisífone<sup>[1]</sup>. La acompañaban dos uniformados.

—Subinspectora. Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

—Traigo la orden de un juez para el registro de su casa y del ordenador. También deberá acompañarme a la comisaría para responder algunas preguntas.

—Pero ¿por qué? Creí que todo estaba claro. Pasé aquella tarde en este barrio. Nunca me acerqué al concejal.

—Eso estaría muy bien si fuera verdad —se volteó hacia los otros policías—. Oficial.

—¡Oiga! ¡Esto es una equivocación! ¡Está usted cometiendo un terrible error! —protestó el contador, mientras uno de los policías lo esposaba, empujándolo fuera del apartamento.

—El error lo cometió usted cuando me mintió, señor Ríos.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo veintiséis

El chico estaba sentado en la escalera, esperando a su padre como cada noche. Sebastián era policía y solía regresar a esa hora excepto cuando tenía guardia. Entonces patrullaba hasta el día siguiente, pero ese no era el caso de hoy, así que Lucas se dispuso a esperar. Quería mucho a su padre y lo admiraba. No como Santiago, su hermano mayor, que se la pasaba de mal humor, discutiendo amargamente con su progenitor. Lucas había escuchado a sus padres comentar que Santiago sentía celos, que nunca aceptó de buen grado que su padre volviera a casarse después de enviudar de su madre y que además tuviera más hijos.

Santi siempre era hosco y desagradable. Las cosas eran diferentes con Gabriel, un par de años más joven que Lucas. Sus hermanos no solo divergían en su personalidad, sino también en su aspecto físico. Santiago era muy alto y corpulento, como su padre. También huraño. Gabriel, en cambio, era menudo, delgado y enfermizo. Poca cosa, decía Santiago. Entonces su padre lo reñía por tratar de esa forma a su hermanito. Pero con quien realmente se ensañaba Santi, era con Lucas.

Lucas era alto, pero mucho más delgado que Santiago, como un felino junto a un oso. También era un chico al que le gustaba la escuela, al contrario de su hermano mayor, que detestaba estudiar. Como consecuencia, Sebastián solía alabar y felicitar a Lucas, lo que hacía que Santi resintiera del chiquillo.

Si bien Lucas sentía aprecio por su hermano mayor, por el simple hecho de que era su hermano, no le preocupaba mucho ganarse su simpatía. Para eso ya tenía a Gabriel, con quien se encontraba más a gusto.

Lucas comenzaba a preguntarse qué estaría retrasando a su padre. Tal vez estuviera rellenando un informe porque había hecho un arresto. Algunas

veces ocurría. Esperaba que se diera prisa, o no le daría tiempo de encontrar el estanco abierto. Era rutina que cuando Sebastián llegaba, Lucas lo esperaba en la escalera, él le daba unas cuantas pesetas con las que el chico corría al estanco para comprarle cigarrillos a su padre, y si se terciaba y quedaba alguna vuelta, en el camino adquiría un par de caramelos para él y para Gabriel. A su regreso, Sebastián lo esperaba en la mesa de la cocina con una taza de café, o una gaseosa, según fuera invierno, o verano, mientras su madre preparaba la cena. Entonces Sebastián le contaba al muchacho los casos que hubiera tenido durante el día. Los interesantes. Luego le preguntaba cómo le había ido en la escuela.

La noche ya venía avanzando pero su padre no llegaba. ¿Le habría cambiado la guardia a algún compañero? Mientras esperaba, su madre salió un par de veces al rellano para ver si Sebastián se había quedado hablando con su hijo en la escalera. La segunda vez parecía preocupada, miró a Lucas y le ordenó entrar a la casa. El chico ya se levantaba cuando escucharon los pasos subiendo. La cara del muchacho se iluminó.

—¡Padre ha llegado! ¡Padre ha llegado!

El saludo se le congeló en la garganta cuando el que apareció no fue su padre, sino Pablo, el mejor amigo de Sebastián, con una expresión de dolor que quedaría grabada para siempre en el recuerdo del chiquillo. Magdalena también comprendió inmediatamente.

—¡No! ¡No, no, no...! ¡NOOO! —gritó con impotencia, mientras se arrodillaba en el suelo explotando en sollozos.

—Lo lamento mucho Magdalena —le dijo el policía con la voz ahogada por la emoción—. Fue rápido. Murió como un héroe, protegiendo a una víctima.

El funeral fue celebrado con honores. A Sebastián lo ascendieron y le otorgaron una medalla. Lucas se sintió estafado. Le parecía que le habían cambiado a su padre por un trozo de metal.

Después de la muerte de Sebastián, Santiago se volvió aún más hosco, si eso era posible. El mismo día del entierro empacó sus cosas en un petate y se marchó de la casa. Lucas no volvió a verlo más.

## Capítulo veintisiete

Salazar entró en el portal donde vivía Carmen Rivas. Aunque era horario laboral, sabía que encontraría a la chica allí, pues la bodega había sido clausurada y en ese momento, todo un equipo de Delitos Económicos metía las narices en los documentos del negocio. Ningún agrónomo tendría nada que hacer en ese lugar. Carmen se vería obligada a buscar otro trabajo.

Al llegar al piso, Néstor llamó a la puerta. Le abrió Celia Solís, que no pudo disimular el desagrado que sentía al verlo en el umbral de su casa.

—¿Qué quiere inspector? Ya nuestro equipo ha sido disuelto y la mayoría de ellos presos. Gracias a usted cerraron la bodega donde trabajaba mi hija, que ahora está en el paro. ¿Es que no ha hecho ya suficiente daño?

—Mi intención no es perjudicar a nadie, señora Solís, sino hacer mi trabajo y detener al asesino del concejal Belmonte, porque supongo que usted también querrá que lo detenga. He venido a hablar con su hija.

—¿Con Carmen? ¡Ella no tiene nada que ver en todo esto! ¡Déjela en paz!

—Entiendo que quiera protegerla, pero no tiene nada que temer. La señorita Rivas no es sospechosa. Simplemente creo que puede ayudarme a aclarar algunos detalles.

—¿Qué clase de detalles?

—Señora Solís, quiero ser amable con usted, pero no necesito su permiso para hablar con su hija. Le recuerdo que ella es adulta. Su intervención en este caso excede sus atribuciones.

—¿Y si ella no quiere hablar con usted?

—Madre deje pasar al inspector. No complique más las cosas —dijo Carmen detrás de Celia—. Adelante, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Gracias, señorita Rivas —respondió Salazar mientras entraba, luego que Celia se hiciera a un lado con reticencia—. ¿Puede dedicarme unos minutos?

—Puedo. Madre, por favor déjenos solos.

—Pero...

—¡Madre!

La señora Solís se retiró en contra de su voluntad. Carmen Rivas parecía una mujer de carácter, lo cual en aquel momento resultó afortunado para el inspector. Hubiera sido muy difícil llevar adelante el interrogatorio en presencia de una Celia erizada como una gata.

—Usted dirá inspector.

—Verá, señora Rivas. En primer lugar quiero decirle que no tiene nada de qué preocuparse. Mi presencia aquí no tiene que ver directamente con su persona. Es simplemente que necesitamos que alguien nos dé una perspectiva más completa del concejal Belmonte.

—¿A qué se refiere?

—Todos los que lo conocieron se han esforzado en describirnos un hombre carismático, de origen humilde, preocupado por los más desfavorecidos y embarcado en un ascenso meteórico de su carrera política. Eso nos dejó una situación muy difícil, porque quién querría asesinar a un hombre así. Sin embargo, en la medida que investigamos hemos encontrado un entramado muy sucio de corrupción, extorsión y lavado de dinero, todo alrededor del mismo hombre impoluto. Estoy aquí para que usted me haga saber su percepción de Juan José Belmonte. Tengo entendido que lo conoció como ayudante de su padre cuando era muy joven, por lo que es una testigo estrella en este caso. Le agradezco que sea sincera conmigo. Olvide la convención social de hablar bien de los muertos. Necesito la verdad.

—¿Quiere la verdad? —Salazar asintió—. Pues allí va: Juan José Belmonte era un hombre muy ambicioso, menos desinteresado de lo que muchos creían, pero no más que la mayoría de la gente. Mi padre le tenía afecto. Cuando murió, Juanjo ocupó su lugar. Nuestra situación en esos días era difícil, pues era mi padre quién cubría todos los gastos. Belmonte tuvo

el detalle de contratar a mi madre como secretaria. Eso nos permitió salir adelante.

—Por lo visto, usted lo apreciaba. ¿No resentía que hubiera ocupado el lugar de su padre?

—Mi padre estaba muerto. Era obvio que alguien debía sustituirlo. ¿Por qué no Juanjo?

—¿Y no le importó que tuviera una relación con su madre? ¿Qué lo sustituyera también en eso?

—No sea tan obtuso, inspector. Mi madre tenía derecho a rehacer su vida.

—¿Cree usted que... bueno, que pudieron relacionarse con su padre en vida?

Carmen lo miró con rabia, como si hubiera blasfemado en su casa. En cierto modo, tal vez lo había hecho.

—¡Desde luego que no! ¿Por quién toma usted a mi madre?

—Él usó los contactos de su padre para conseguir apoyo. ¿Verdad?

—Mi madre se los facilitó, en beneficio del partido. Estoy segura que mi padre lo hubiera aprobado.

—¿Sabía usted acerca de las extorsiones?

—No tenía la menor idea.

—¿Sabe si tenía enemigos? ¿Si alguien se la tenía jurada?

—¿Existe algún político que no los tenga?

—Eso se lo reconozco. ¿Y su equipo?

—La vida profesional de todos giraba en torno a Juanjo. Cuando logró alcanzar la concejalía demostró que había sido una buena elección.

—¿Qué hay de usted? ¿Cómo se llevaba con él?

—Vivo muy alejada de la política, pese a mi familia. Por otro lado, hacía feliz a mi madre. Era lo único que me interesaba de él.

Néstor trató de hacerse una idea de lo que representaba esa situación para los actores de aquel drama. Belmonte enamorando a la viuda de su mentor, la mujer cayendo en sus brazos, la hija esforzándose por asumir el desplazamiento de su difunto padre en el afecto de su madre. ¿Sería cierto que Carmen Rivas era tan ecuánime y madura como quería hacerle pensar? ¿O sería todo una gran mentira? La extraña situación debió crear tensión en

algún momento, y eso podía haber causado un quebrantamiento en una o ambas mujeres.

—Ha sido usted muy amable, señorita Rivas. ¿Puedo abusar de su hospitalidad y usar el servicio?

—Sí, claro. Si sigue por ese pasillo, al final encontrará una puerta. Ese es el servicio.

—Muchas gracias.

Salazar entró en el baño, cerró la puerta, pero la entreabrió para mirar hacia la sala. Celia había vuelto junto a su hija y comenzaron una discusión en voz baja. La oportunidad la pintaban calva. Salió del cuarto de baño y rápidamente se dirigió a la puerta más cercana, que por suerte, resultó ser la habitación principal. Por la foto de Belmonte en un portarretratos, dedujo que se trataba del cuarto donde dormía Celia. Registró los cajones de las mesillas, pero no encontró nada interesante. Entró al baño principal, donde abrió el armario. Había un par de frascos con tabletas. Leyó las etiquetas tratando de aprendérselas. Por suerte, memorizar siempre se le había dado bien: fluvoxamina, clonazepan. Néstor no los conocía, pero sospechaba que se trataba de psicofármacos. Tendría que consultarlo con Molina.

Se escabulló de la habitación sin ser visto, volviendo a entrar en el baño del pasillo. Salió cerrando la puerta con un poco más de energía de la necesaria. Ambas mujeres voltearon en su dirección y callaron enseguida.

—Muchas gracias por su tiempo y su paciencia, señorita Rivas. Señora Solís —se despidió.

Carmen lo miró con indiferencia. Celia, sin disimular su enojo. Néstor trató de componer la expresión más lerda posible mientras abandonaba el apartamento.

## Capítulo veintiocho

El mensaje entró en el correo de Sofía cuando llegó a la comisaría. Una universidad situada en Logroño respondió afirmativamente con respecto al uso de pesticidas en sus laboratorios de investigación. Sin embargo, el reglamento de la institución no permitía proporcionar más información por correo, o vía telefónica, así que para cualquier otro detalle sería necesario que acudiera personalmente, con preferencia llevando la orden de un juez. ¡Pues sí que se cubrían las espaldas las autoridades universitarias! La subinspectora imaginó al rector encerrado en su despacho con su abogado, para asesorarse sobre cómo responder a la policía sobre tan incómodo asunto. La pregunta que se hacía Sofía era si valdría la pena recorrer los cuarenta y ocho kilómetros que separaban Haro de Logroño, sin saber si la información que proporcionaría el campus sería pertinente para el caso. No tenía idea si entre los pesticidas que investigaban se encontraba el Malatión, o si lo utilizaban en forma pura. En cualquier caso, aquella visita tendría que esperar. Ahora era más importante averiguar qué hizo Carlos Ríos la tarde en que murió Belmonte.

Sofía se preguntó si sería conveniente esperar a Salazar para interrogar al sospechoso, pero ya el inspector había dejado claro que confiaba en ella, además que estaban retrasados en la resolución de los casos, por lo que decidió afrontar el riesgo y ocuparse. Ordenó que llevaran al contador a la sala de interrogatorios. Según la costumbre de Salazar, pidió a los guardias que hicieran pasar también al abogado que Ríos llamó desde su casa. Les dio diez minutos. Cuando entró, ambos cuchicheaban. Claramente, el letrado daba las últimas instrucciones a su cliente.

—Señor Ríos. ¿Necesita algo? ¿Agua? ¿Café?

—Necesito aclarar este malentendido para salir de aquí.

—¿Malentendido? ¿Así es como se le llama a mentir a la policía?

—Escuche, le juro que no tuve nada que ver con la muerte del concejal. No salí de mi barrio aquella tarde.

—Según los comprobantes de pago que usted mismo me proporcionó, tuvo tiempo de comprar en los almacenes, acudir al mitin y regresar para tomar la cerveza.

—¡Pero no lo hice!

—¿Qué hizo entonces, señor Ríos? ¿Por qué me mintió?

—Mi cliente no le mintió, subcomisaria —intervino el abogado—. Le dijo la verdad, permaneció en su barrio toda la tarde en diferentes actividades. No tener comprobantes de pago que justifiquen cada hora no contradice su versión. Pudo pasar ese tiempo paseando por las calles sin comprar nada, o conversando con un amigo. Le demostró que estuvo allí a primera hora de la tarde cuando hizo las compras, y también al anochecer, cuando tomó la cerveza. No hay ninguna prueba de que durante las horas intermedias estuviera en otro lugar. De hecho, según la presunción de inocencia, a menos que demuestre que el señor Ríos estaba en el mitin del concejal, es improcedente su detención, así que exijo que lo liberen ahora mismo.

Sofía se quedó sin habla, porque el abogado tenía razón. ¿Se había precipitado al detener a Carlos Ríos? ¿Debió esperar a Salazar para interrogarlo? Trató de no perderlo todo.

—¿Dónde estuvo, señor Ríos?

—Paseando —respondió en un murmullo—. Viendo vidrieras. Quería comprarme unos zapatos.

—¿Los compró?

—No.

—¿Por qué no?

—No encontré lo que quería.

—Me está mintiendo.

—¡Ya es suficiente, subinspectora! ¿Tiene algo concreto contra mi cliente? —Sofía permaneció en silencio, tragándose el enfado que sentía consigo misma—. Lo suponía. Vámonos Carlos. Y no dude que haré llegar

una queja contra esta comisaría y contra usted en particular, por arresto indebido.

El abogado se levantó con expresión triunfal y Ríos lo siguió. La subinspectora sabía que no podía evitarlo. Lo que más le enfadaba era que sentía que le había fallado a Néstor. Él había confiado en ella para ese interrogatorio y ella no estuvo a la altura. Dejó escapar a su mejor sospechoso del asesinato del concejal.

Diez minutos después contemplaba la pizarra donde había anotado los aspectos más importantes del caso. Se sentía perdida. ¿Quién había matado a Belmonte? ¿Por qué? ¿Dónde obtuvo el Malatión en la concentración necesaria? Aquellas preguntas sin respuesta solo aumentaban la frustración que sentía por su fracaso al interrogar al contador.

—Parece que no has tenido un buen día —dijo a su espalda una voz profunda y ya familiar.

—¡Néstor! Lo lamento mucho.

—¿Lo lamentas? ¿Qué lamentas? ¿Más malas noticias?

—Las peores. Ríos se me escapó.

—¿Qué quieres decir con que se te escapó? ¿Se dio a la fuga?

—No. No me he explicado bien —respondió ella mientras hacía una respiración profunda para calmarse—. Fui a la casa de Carlos Ríos con la orden de allanamiento, como acordamos. Científica recogió su ordenador y lo traje a comisaría bajo arresto. Él llamó a su abogado antes de salir, y para cuando llegamos ya el tío estaba aquí.

—Muy previsible. ¿Te dio algún problema el abogado?

—¿Algún problema? No conseguí sacarle absolutamente ninguna respuesta. La entrevista fue un perfecto desastre. Ni una principiante lo hubiera hecho tan mal.

—No sería para tanto.

—Será mejor que lo veas —respondió Sofía, mientras preparaba la reproducción de la grabación para que su jefe pudiera verla. Néstor la miró con atención.

—No deberías fustigarte, Sofía —le dijo conservando la calma—. Es un buen abogado, y debemos reconocer que tiene razón. Está visto que nos precipitamos, pero no es tu culpa. Fui yo quien te envió a arrestarlo, aunque debí comprender que no teníamos suficientes elementos probatorios. No podías hacer nada. Y con respecto a la queja, no te preocupes, yo asumiré toda la responsabilidad.

—Eso puede ocasionarte una suspensión, Néstor.

—No lo creo. Después de todo, estamos fallos de personal, no creo que Colmenares quiera prescindir de mí.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguir investigando, claro.

Salazar le contó la entrevista con Carmen Rivas, así como su descubrimiento sobre la medicación que tomaba alguna de las dos mujeres.

—¿Y estás seguro que son psicofármacos?

—Completamente. De camino hacia aquí llamé a Molina. Uno de ellos es antidepresivo, el otro ansiolítico.

—¿Ansio... qué?

—Uno es para la depresión, y el otro para la ansiedad.

—¿Cómo averiguamos quién de las dos lo toma?

—No creo que hablar con sus respectivos terapeutas nos sirva de mucho. Ya sabes, por el secreto médico.

—¿Entonces qué hacemos?

—Bueno, nuestra ventaja es que partimos de la conclusión, así que será más fácil.

—No te entiendo.

—Generalmente tenemos un sospechoso que tiene un diagnóstico y un tratamiento que necesitamos identificar. En este caso ya tenemos esa información. Lo que necesitamos determinar es quién es el paciente. Quien sea la que tome las medicinas tendrá que acudir a un psiquiatra para que se las recete.

—Lo que estás sugiriendo es que...

—Dos agentes camuflados las sigan hasta que averigüemos lo que necesitamos saber.

El teléfono de Sofía emitió un mensaje. Ella lo leyó con sorpresa.

—Es del Departamento de Informática. Quieren vernos acerca del ordenador de Ríos.

—¡Vaya! Tal vez el contador sí tendrá que dar explicaciones después de todo.

Salazar dio instrucciones a dos agentes para que siguieran a las dos mujeres, vestidos de civil, por supuesto. Luego él y Garay se desplazaron hasta la Jefatura Superior de Policía, donde funcionaba el Departamento de Informática. Aquel edificio era muy diferente de su pequeña comisaría. Había muchas personas entrando y saliendo, y una multitud de agentes inmersos en sus respectivas tareas. Salazar guio a su compañera hasta el sótano, donde funcionaba Informática. Entraron en una sala sin ventanas, con un ambiente bastante frío. Sofía se estremeció y cruzó los brazos para conservar el calor. Aquel lugar parecía una morgue, pero tecnológica. Sobre tres mesas largas había media docena de ordenadores abiertos, mostrando cables y componentes electrónicos. Otra media docena esperaba su turno para ser diseccionados, revelando así los secretos más íntimos de sus dueños. Al frente de todo eso había un chico en la veintena con una camiseta negra en la que se leía en grandes letras blancas «Soy un friki. ¿Y qué?». Sofía creía que después de Néstor, no conocería ningún policía que la sorprendiera por su apariencia. Por lo visto se equivocó.

—Hola, Néstor. ¿Cómo estás colega? —Al saludo siguió un entrechocar de los puños.

—¿Qué tal, Toni? ¿Cómo va esa aplicación que revolucionará la telefonía móvil?

—Marchando, lento pero marchando.

—Te presento a la subinspectora Sofía Garay.

—Hola jefa. Me alegra conocerla. Ya había escuchado hablar de usted. Es más guapa de lo que me dijeron.

—¿Quién te habló de mí? —le preguntó la subinspectora.

—¿No lo sabía? No hay profesión más cotilla que la de los policías. Con eso de que nos gusta investigar...

—Por teléfono nos dijiste que tenías información interesante sobre Ríos —lo interrumpió Salazar.

—¡Ah, sí! Venid por aquí —los llevó hasta un ordenador portátil—. El tío hace limpieza diaria de su historial de navegación, pero eso no es suficiente para esconderlo a un genio como yo. ¡Mirad!

—¿Páginas de apuestas?

—Está muy pillado —confirmó Toni.

—Eso quiere decir... —comenzó a razonar Sofía.

—Que si queremos descartar como sospechoso a Carlos Ríos, tenemos que investigar en los garitos ilegales de la zona.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo veintinueve

De la Jefatura Superior de Policía Sofía y Néstor se dirigieron directamente al barrio de Ríos. Salazar decidió permitir que su compañera liderara las averiguaciones, pero no la dejaría sola. Él conocía bien el submundo de Haro, por lo tanto sabía que la ciudad que subyacía en las sombras era en extremo peligrosa. En especial para cualquier agente de la ley.

Como buen policía conocía todos los garitos, centros nocturnos, legales e ilegales, así que no necesitó preguntar dónde tenía que ir. A tres calles del piso de Ríos cruzaron hacia una estrecha vereda. La elegancia de la avenida principal se perdía en la oscura y húmeda callejuela, donde las casas de piedra no disimulaban su antigüedad. Después de unos cien metros, Sofía vio una pequeña puerta de madera, que ella no hubiera imaginado que pudiera dar paso a ningún lugar habitado. Sin embargo fue allí donde Néstor se detuvo y llamó a la puerta. Un hombre alto y corpulento, con muy malas pulgas abrió, pero en lugar de quedarse adentro para averiguar de quién se trataba, salió, cerrando la puerta tras de sí, lo que hizo comprender a la subinspectora Garay que se trataba de un portero.

—¡Salazar! ¿Qué haces aquí? ¿Y quién es esta gachí?

—Hola Pitbull, quiero hablar con tu jefe.

—Sabes que no eres bienvenido.

—No vengo a causar problemas, sino a hacer averiguaciones para un caso.

—¿Por qué queríamos ayudar a un policía?

—Porque algún día podría venirles bien tener algún amigo que lo fuera, o si no amigo, al menos un conocido con buena disposición.

Pitbull lo miró como si calibrara sus palabras.

—Esperad aquí un momento. Entraré a preguntar.

El portero desapareció por la puerta. Volvió al cabo de unos cinco minutos.

—El jefe dice que podéis entrar. No por ti, pedazo de cabrón, sino porque vienes bien acompañado.

—Comprendido —respondió Néstor con una sonrisa.

Cruzaron la puerta siguiendo a Pitbull, que los guio escaleras abajo hasta un local nocturno, el cual obviamente aún no había abierto. En el centro había un escenario redondo cuyo borde era una barra que los clientes alcanzaban sentados en altos taburetes. Repartidos por el escenario había varios tubos que llegaban hasta el techo. Sofía se sintió asqueada cuando comprendió el tipo de espectáculo que se representaba en aquel escenario, pero continuó adelante. Al fondo estaba el bar propiamente dicho, donde se sentarían aquellos que iban a beber y se conformaban con ver a las chicas de lejos.

Néstor ni siquiera miró a los lados, era obvio que no era la primera vez que pisaba ese lugar, y por lo visto, su presencia no era grata. Pitbull llamó a una puerta situada al final del pasillo y la voz de un hombre lo invitó a pasar.

—Jefe, aquí está el poli ese del gabán y su compañera.

—¡Déjalos pasar, Pitbull y vuelve a tu puesto!

El tipo asintió, se hizo a un lado para que los policías pudieran entrar y se marchó. En la oficina había un hombre atildado, con el cabello peinado con gomina, un bigotillo ridículo y aires de ser el dueño del mundo.

—Inspector. ¿Qué lo trae por aquí? Me gustaría decirle que me alegro de verlo, pero usted no me creería.

—Desde luego que no, Mandrake.

—¿Mandrake? —preguntó Sofía, extrañada.

—Es mi apodo —aclaró el individuo—. Mi nombre es Jacinto Pérez. ¿Y esta bella señorita? —preguntó mientras cogía la mano de Sofía para besarla.

—Las manos quietas, Mandrake —advirtió Salazar—. Es la subinspectora Garay y tiene algunas preguntas para ti.

—Mi local es legal, respetamos los decibeles para no tener problemas con los vecinos, proporcionamos diversión y un rato de esparcimiento a los

esforzados trabajadores de Haro.

—También les proporcionas la oportunidad de jugarse hasta su familia, sin cumplir con los requisitos, ni pagar los impuestos del juego legal.

—¿Me está acusando de algo, inspector? Porque para eso hacen falta pruebas.

—No, hoy no estamos aquí por ti, aunque sigues en mi lista de pendientes. Estamos más bien interesados en uno de tus clientes.

—Carlos Ríos —dijo Sofía.

—¿Ríos? Me suena, pero no soy bueno con los nombres.

La subinspectora sacó la foto que le habían tomado en la comisaría cuando lo ficharon.

—¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. Es... un cliente asiduo, por decirlo así.

—Nos interesa saber si estuvo aquí la tarde del jueves veintitrés.

—Sí, estuvo.

—¿Lo recuerda así como así? —preguntó Sofía con desconfianza—. ¿No necesita comprobar algún registro, hacer memoria, o algo así?

—¡Cálmese, subinspectora! Su compañero podrá decirle que nunca miento. Puedo negarme a colaborar, pero si acepto responder lo haré con la verdad. Y en este caso no tengo motivos para mentir. Casi no conozco a este sujeto.

—¿Y aun así está seguro que estuvo aquí esa tarde?

—Es que viene todas las tardes de martes y jueves a jugar al póker. Apuesta fuerte. Estoy seguro que no ha faltado a ninguna de las partidas, porque de haberlo hecho me hubiera visto obligado a buscar alguien para sustituirlo y no fue así.

—¿Cuánto ha perdido? —preguntó Salazar.

—Bastante. El año pasado faltó poco para que perdiera su piso después que se retrasó en un pago, pero tuvo un golpe de suerte. Parece que había heredado un local, o algo así, le apareció un comprador de la nada, así que pudo pagar su deuda y conseguir más crédito.

—Lo que quiere decir que pudiste seguir desplumándolo —le recriminó Néstor.

—No los obligo a nada. Son adultos, se les acaba el dinero, quieren seguir jugando, así que les proporcione crédito.

—De acuerdo. Lo dejaremos así de momento, pero ya volveremos para hablar de esto con más calma.

—Cuando quieras Salazar. Sabes que no eres bienvenido, pero tu compañera en cambio...

Néstor tuvo que apretar los dientes para poder contenerse ante la mirada descarada de Mandrake sobre Sofía. Salieron del local. La subinspectora no podía disimular su decepción.

—¿Cómo supiste que este es el garito donde acude Ríos?

—Es el más cercano a su casa, por eso era el lugar más lógico en el cual buscar. Además, él dijo que no había salido de su barrio.

—Y dijo la verdad. Lo que no aclaró fue que se encontraba metido en una actividad ilegal.

—Sí, pero no tiene relación con nuestro caso.

—Pareciera que el asesino de Belmonte es un fantasma.

—No, es de carne y hueso, pero se trata de alguien muy inteligente, que se preparó muy bien antes de actuar. Y nosotros no hemos mirado en la dirección correcta. Lo cual me hace pensar.

—¿Qué?

—En el caso de Matilde. Creo que esta noche le haré una visita a Duero en su casa.

—¿Duero? ¿No lo habías descartado como sospechoso?

—No quiero interrogarlo como sospechoso, sino como testigo. Podría ayudarnos a descubrir a quién pertenece el segundo juego de huellas que encontramos en el pisapapeles.

—¿El que coincide con las halladas en el piso de Matilde?

—Sí. Es obvio que sea quien sea, tiene acceso a la oficina de Duero, una lista que no puede ser muy larga.

—¿Puedo acompañarte?

—Contaba con ello.

Ya había anochecido cuando llegaron a la calle donde vivía don Francisco Duero y Olvera. La avenida era amplia, con edificios modernos de tres pisos. Era la primera vez que Sofía veía ese tipo de construcciones en Haro. El contraste le gustó. Llamaron desde el portal. Duero no pareció muy contento con su visita, pero les abrió con el portero electrónico.

Subieron en el ascensor hasta el ático. El político los esperaba en el rellano. No parecía dispuesto a dejarlos entrar.

—¿Qué quiere inspector? Esto ya está llegando a niveles de acoso. Ya he llamado a mi abogado y me confirmó que no tienen derecho...

—¡Frene, don Francisco! No estamos aquí para hacer ninguna acusación, sino algunas preguntas como testigo.

—Me ofrecí a colaborar con usted de buena fe, inspector. A cambio ordenó detenerme. ¿Por qué debería ayudarlo?

—Porque es un buen ciudadano que apoya las fuerzas del orden. No creo que le haría bien a su imagen que se supiera su negativa a colaborar con la policía en algo tan delicado como un homicidio. ¿O no era esa su intención cuando me ofreció su ayuda la primera vez? Dejar constancia de lo respetuoso que es usted de la ley.

—Va a acabar con mi paciencia, Salazar. ¿Qué quiere saber?

—¿Quiénes tienen acceso a su oficina?

—¿Cómo dice?

—Ya escuchó la pregunta.

—Pero no la comprendo.

—No es necesario que la comprenda, señor Duero. Es una pregunta muy sencilla. ¿Quiénes pueden entrar en su oficina?

—Bueno, está mi secretario, por supuesto, y la señora de la limpieza. Belmonte solía entrar. Hay otro concejal, también de mi partido, que a veces se reúne conmigo. En ocasiones lo hacemos en su oficina, en otras en la mía.

—¿Su nombre?

—Armando Brito.

—¿Su edad?

—Treinta y algo.

Néstor asintió mientras Sofía tomaba nota.

—¿Quién más?

—No sé... —respondió Duero pensativo—. ¡Ah sí! Algunas veces el portero entra para dejarme el correo. Nadie más.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Muchas gracias.

Duero regresó a su piso y los policías se marcharon.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sofía.

—Cualquiera de ellos puede ser el que dejó las huellas, pero en vista de la descripción de la vecina, me inclinaría por el secretario, o el otro concejal. El portero es muy viejo para encajar en la descripción, y no creo que sea la señora de la limpieza, aunque no debemos descartarlos completamente.

—¿Qué sugieres entonces? ¿Los citamos a comisaría como hicimos con Duero?

—No, no tenemos suficientes evidencias contra ninguno de ellos. Una vez puede pasar, tres nos acusarían de acoso policial.

—¿Entonces?

—Mañana temprano esperaremos frente a la alcaldía. Tú seguirás al concejal. No te conoce, así que no tendrás problemas. Cuando encuentres la oportunidad, trata de hacerte con algún objeto que haya tocado. Yo me haré cargo del secretario.

—Pero él ya te conoce. Sabrá que lo sigues.

—Te aseguro que mañana no me reconocerá.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo treinta

Siguiendo las instrucciones de Salazar, al día siguiente Sofía lo esperó en el Corsa blanco frente a la alcaldía. El inspector le había proporcionado una foto del concejal para que pudiera reconocerlo, y ella ya lo había visto entrar al recinto. Se sentía nerviosa, emocionada. Aquel sería su primer seguimiento, aunque su objetivo fuera un concejal y no un delincuente. También podía tratarse del asesino de Matilde. La puerta del pasajero se abrió. Junto a ella se sentó un hombre alto, con el cabello cortado a la moda, vestido con un elegante traje, usando unos lentes de sol Ray Ban. Sofía se giró enfadada, dispuesta a hacer valer su autoridad para echarlo del coche, cuando lo reconoció.

—¿Néstor?! ¿Eres tú?!

—Parece que el cambio de imagen funcionó —respondió él, sonriendo—. Si tú dudas, es seguro que el secretario de Duero no pueda reconocerme. Me vio solo por unos minutos.

—¿Pero eres realmente tú? Quiero decir, ¿este eres el verdadero tú?

—Tampoco es para tanto, solo me peiné, me puse un traje y dejé las gafas y el gabán en casa.

—Pues el cambio es impresionante —reconoció ella—. Ese gabán te queda espantoso, deberías deshacerte de él.

—¿Ni loco! El gabán me queda mal porque es una talla más grande que la mía.

—¿Por qué lo usas entonces? ¿Alguna razón sentimental?

—En cierto modo sí. Me lo regaló mi mentor, el comisario Padilla, de la Jefatura Superior de Madrid.

—¿El legendario comisario Padilla? —preguntó ella, impresionada—. ¿Ese comisario fue tu mentor?

—Sí, creo que hablamos del mismo famoso comisario Padilla. Un día me dijo que mi apariencia jugaba en mi contra, me entregó las gafas, el gabán, e hizo que me encorvara. Desde entonces, ese ha sido mi uniforme. Y te aseguro que ha resultado muy útil. De no ser por ese gabán que tanto desprecias, Felipe sería capaz de reconocerme.

—¿Por qué crees eso, y qué te hace pensar que no sabrá quién eres?

—Cuando vemos de paso a alguien, instintivamente buscamos algún rasgo definitorio de esa persona que nos permita recordarlo. Puede ser cualquier cosa: un lunar, el color del cabello, las gafas que usa, o en mi caso, un gabán que queda muy mal. Cuando quitas ese rasgo, la persona resulta irreconocible.

—Entonces es cierto que vistes mal a propósito.

—Desde luego, —confesó él— también me encorvo y me despeino deliberadamente.

—Entiendo la utilidad en este momento, que necesitas que el sospechoso no te reconozca. Pero también podrías haberlo hecho a la inversa. Quiero decir, tu apariencia podría ser normal a diario, pero para este seguimiento haber usado el gabán y las gafas. Seguramente tampoco te habría reconocido.

—Tienes razón, pero la finalidad del disfraz no es solamente despistar a los sospechosos en un seguimiento. En realidad, me visto así para que no me tomen en serio.

—No comprendo.

—Nos guste o no, las personas respondemos a los estereotipos. Un sujeto con buena apariencia, que además esté bien trajeado, debe ser inteligente, y por lo tanto peligroso como policía. Es lo que nos han enseñado el cine y la tele. Los testigos y sospechosos se ponen en guardia. En cambio si se trata de alguien a quien nadie voltearía a ver una segunda vez, y que parece que lo ha vestido su peor enemigo, tiene la apariencia de un imbécil. De ese no hay que cuidarse.

—¿Entonces crees que yo debería...?

—No, tú eres perfecta como eres.

—¿Tal vez mi apariencia no es lo suficientemente atractiva para que necesite cambiarla?

—¿Estás de broma? —dijo Néstor, soltando una carcajada—. ¡Eres preciosa!, pero en las mujeres el fenómeno funciona al contrario.

—No comprendo. ¿Qué quieres decir con eso?

—El estereotipo de una policía lista sería el de una mujer feúcha, amachada y mal vestida. Para el imaginario inconsciente, una chica bonita con apariencia de modelo de pasarela, así como tú, tiene que ser tonta.

—Pues muchas gracias —respondió Sofía, que no sabía si sentirse halagada u ofendida.

—Los estereotipos son patrañas, por eso resulta tan fácil engañar a las personas que asumen posturas *a priori*...

Salazar se quedó en silencio, como un sabueso que hubiera captado un olor interesante. Sofía miró en dirección al ayuntamiento, de donde salía un hombre cercano a los treinta años. Usaba un traje de buen corte e iba hablando por el móvil.

—¿Es ese?

—Felipe Cortés —confirmó el inspector—. Treinta y un años, administrativo, militante del partido de Belmonte desde hace diez años. Trabaja con Duero desde hace siete. Soltero, no se le conoce novia. Nos vemos luego —se despidió mientras salía del coche. Cortés ya se había perdido de vista.

Néstor dio una pequeña carrera hasta llegar a la esquina, donde volvió a verlo. Entonces aminoró el paso, manteniendo sus distancias. El secretario entró en un banco, posiblemente para cumplir alguna tarea encomendada por su jefe. Salazar entró en un bar situado frente a la agencia bancaria y pidió un café. Desde allí continuó vigilando la puerta. Veinte minutos después salió por fin.

El secretario recorrió el camino de regreso hasta la esquina, donde había una encrucijada de varias calles, lo que dificultaba seguirlo sin ser visto. Felipe, sin embargo, se lo facilitó. Entró en uno de los portales, lo que le dio tiempo al inspector de buscar una posición que le permitiera vigilar, sin ser visto. Cuidó en especial mantenerse fuera del ángulo de visión de las ventanas y balcones de aquel edificio. Allí Felipe se quedó varias horas. Néstor tomó debida nota de la dirección para investigar más adelante quién vivía allí, que pudiera conocer a Cortés.

Comenzó a caer una lluvia calabobos, acompañada de un frío tan intenso que Salazar lo sentía penetrar en sus huesos. ¡Cómo echaba de menos su gabán! Le alegró recordar que Sofía tenía el coche para protegerse un poco del frío. No había dónde cobijarse, así que decidió que le daría un par de horas al secretario, si no salía, continuaría el seguimiento al día siguiente. Por fortuna, el joven abandonó el edificio con una expresión de satisfacción en el rostro. Néstor se impacientaba por saber quién podría vivir allí. ¿Tal vez una amante? ¿Cómo justificaría ante Duero el tiempo que había perdido en aquel lugar?

Una vez en la calle, Felipe se encaminó de nuevo al ayuntamiento, pero antes de regresar entró en un bar. «El frío», pensó Salazar. La verdad, no le molestaba la idea de tomarse otro café. Tal vez esa fuera su oportunidad. Siguió al secretario al interior del bar, cruzando los dedos para no ser reconocido. Cortés paladeaba un vermut sentado a una de las mesas. Néstor se apoyó en la barra mientras pedía un café. Con disimulo mostró su identificación al cantinero, y en voz muy baja le pidió que hiciera acudir al dueño sin llamar la atención. El dependiente, nervioso, entró en la cocina, de donde salió un hombre entrado en años y en kilos, se acercó al inspector mientras simulaba limpiar la barra con un trapo. Salazar le solicitó su ayuda en un murmullo. Por toda respuesta, el hombre asintió.

Felipe terminó su vermut, pagó, dejó una buena propina, se limpió los dedos con su pañuelo y se marchó. El dueño del bar le hizo un gesto al cantinero para indicarle que él se ocuparía. Salió desde detrás de la barra y con el paño que había usado para limpiar, envolvió con mucho cuidado la copa de donde bebió su cliente, luego se la entregó a Salazar, como si se tratara de una de las joyas de la corona. El inspector le agradeció su ayuda. Ya tenía las huellas del secretario.

De regreso en comisaría encontró a Sofía, que antes de saludarlo le mostró con orgullo, una bolsa de pruebas con el papel de una chocolatina adentro.

—¿Es lo que encontraste?

—Lo saqué de la papelería donde lo tiró el concejal Brito. ¿Y tú?

Salazar sacó la copa, retirándole el envoltorio.

—¿Te reconoció?

—Por supuesto que no.

—Así que ya los tenemos.

—Enviaremos estas huellas al laboratorio de criminalística para que las comparen. Si encontramos coincidencia con alguno de ellos, tendrá mucho que explicar. Mientras tanto, quiero que averigües quiénes viven en esta dirección —le ordenó, mientras le entregaba un papel.

—¿De todos los inquilinos?

—Cortés permaneció en ese edificio durante tres horas a media mañana. Alguna de las personas que vive allí debe tener una relación muy estrecha con él, para que arriesgue así su trabajo. Me gustaría saber quién es.

—Me pondré con ello ahora mismo. ¿Qué harás tú?

—Lo primero será pasar por mi casa para recuperar mi gabán y mis gafas.

—¿Lo dices en serio?

—No pretenderás que permita que me vean con estas fachas. Arruinaría una imagen que me ha costado años conseguir.

—¿Sabes que eres muy raro?

—Después iré al laboratorio de la Jefatura. Recibí un mensaje de balística. Al parecer encontraron la bala que asesinó a Matilde. Salió por la ventana y fue a dar a la pared del edificio del frente. No sabes lo que les costó a los chicos recuperarla.

—Ya lo imagino, ya.

—Nos vemos luego.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo treinta y uno

Salazar entró en el laboratorio casi una hora después, gabán y gafas incluidos. Navas, el técnico de balística, se encontraba haciendo una prueba. Cuando lo vio se quitó las gafas y los audífonos protectores, luego lo saludó con la mano. Salió de la cabina insonorizada para encontrarse con Néstor.

—Hola Mauricio, ¿cómo estás?

—Hola. Me alegra que hayas podido pasarte por aquí tan pronto. ¿Cómo va el caso?

—¿Cuál de ellos?

—Me refiero a cualquiera de ellos.

—El de Luengo, el yonki, está resuelto. El de Matilde parece que avanza, pero el del concejal es una pesadilla. Ni siquiera sabemos de dónde salió el veneno.

—Ahí no puedo ayudarte. Lo mío son las armas de fuego y las balas.

—¿Qué puedes decirme de la que se usó para matar a Matilde?

—Un .45 Colt. Bonita arma. Muy eficiente.

—No creo que Matilde estuviera de acuerdo. Un revolver entonces.

—Es todo lo que puedo decir. Dar con él es cosa vuestra. Encontradlo y os diré si es el correcto.

—De acuerdo, ahora solo necesitamos tener una leve idea de dónde buscar.

A su vuelta en comisaría, Sofía estaba esperándolo. Ya tenía la lista de inquilinos que le había solicitado, y mostraba una sonrisa de satisfacción que mejoró el ánimo del inspector. Había encontrado algo.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Néstor le contó su entrevista con el perito de balística.

—Entonces fue un revolver —comentó, como si aquello la sorprendiera—. No será fácil dar con él.

—Creo que lo encontraremos si identificamos al que lo disparó.

—Pudo deshacerse del arma en cuanto cometió el crimen.

—Puede ser, pero... si no se trata de un asesino profesional, sino fue alguien que sintiéndose bajo presión, vio el asesinato como su única salida, es probable que haya usado su propia arma, y que por lo tanto no resulte tan inclinado a deshacerse de ella.

—¿Me estás diciendo que el asesino de Matilde puede haber conservado el revolver por razones sentimentales? —preguntó ella incrédula.

—Solo es una posibilidad. Si lo piensas bien, el asesino debió sentirse muy seguro de sí mismo para acudir a la casa de Matilde en pleno día, entrar por la puerta y descerrajarle un disparo en la cabeza, mientras ella le servía una copa de vino.

—Hace falta sangre fría —reconoció Sofía.

—O una personalidad megalómana. Y los megalómanos suelen cometer errores.

—¿A qué te refieres?

—Las huellas. ¿Por qué no molestarse en borrar sus huellas? Es algo básico.

—¿Y si las huellas que encontramos no son las del asesino? ¿Si las borró, o usó guantes? Podríamos estar buscando a un amante, un amigo, o un sobrino, como cree la vecina, sin ninguna relación con el crimen —sugirió la subinspectora.

—Eres muy buena razonando, —la elogió Salazar— pero si hubiera limpiado sus huellas no habiéramos encontrado ninguna. Ni las del asesino, ni las del amante, ni las de la propia Matilde.

—¿Y si usó guantes?

—En algunas superficies los guantes dejan marcas de dedos, aunque sin ningún rasgo identificable, por supuesto, pero no había nada de eso. No, creo que el criminal nos dejó deliberadamente sus huellas porque no tiene antecedentes, así que sabe que no nos resultará fácil identificarlo, a menos que lo detengamos. Semejante alarde significa que el sujeto se cree mucho más listo que la policía.

—De nuevo la descripción encaja con Duero.

—Y con casi todos los políticos.

—Sigues creyendo que el asesino de Matilde era su amante y que tiene relación con el ayuntamiento.

—Más que nunca. Háblame de los inquilinos del edificio. ¿Algo interesante? Me pareció verte de buen ánimo cuando llegué.

—El edificio cuenta con seis inquilinos —le dijo mostrándole una lista de nombres—. A ver si encuentras alguien que te llame la atención.

Salazar siguió la lista con el índice, tratando de reconocer alguno de los nombres. Al llegar al penúltimo se detuvo.

—Este me suena, —dijo— pero no puedo recordar por qué.

—Sí, es el mismo que yo reconocí. Por eso lo investigué.

—¿Quieres ilustrarme?

—¿Tú, el fabuloso inspector Salazar, no recuerdas quién es Carolina Sanz? —se burló la subinspectora.

—No soy un inspector fabuloso, pero sí seré uno muy cabreado si no me dices de una vez de quién se trata.

—Es la chica con la que hablamos en el comedor social. La que nos contó acerca de Luengo, e identificó a González.

—¡Sí, ya lo recuerdo! Parecía muy segura de sus respuestas. Si trabaja en el comedor, aunque no estuviera en el mismo turno conocía a Matilde, o al menos escuchó hablar de ella.

—Si además conoce a Cortés lo suficiente para recibirlo en su casa a media mañana durante el horario laboral...

—Puede ser el enlace entre Matilde y el ayuntamiento a través de Felipe —concluyó Néstor.

—¿No nos estamos precipitando? No tenemos la certeza de que Cortés la visitara a ella. Puede ser una coincidencia.

—Sofía, debes comprender algo importante. En el mundo criminal las coincidencias no existen. Hay una conexión, no se cual, pero la hay.

—¿Entonces la visitamos? —preguntó la subinspectora.

—Aún no.

—¿No?!

—Esperemos a tener algo más concreto. Felipe Cortés no sabe que lo investigamos. No quiero alertarlo.

Sofía lo miró como si se hubiera vuelto loco de repente.

—No temas, no la olvidaremos. ¿Has averiguado algo de ella?

—Es estudiante de trabajo social. La labor en el comedor es una pasantía.

—Así que no es simple altruismo. ¿Cuánto tiempo hace que está allí?

—Seis meses. Ha rotado por todos los turnos. Es obligatorio hacerlo de esa forma.

—Entonces no hay duda que conocía a Matilde. ¿Por qué nos mintió? En ese momento ni siquiera se había encontrado su cuerpo.

—¿Sabría lo que iba a ocurrir?

—¿Tiene antecedentes?

—¿Carolina? Alguna que otra multa. Nada más.

—Debemos encontrar una forma de presionarla. Dices que es estudiante. ¿No es así? —Sofía asintió—. El piso donde vive no debe ser barato. Ninguno en esa zona lo es. ¿Quién lo paga?

—No lo sé.

—Averigüémoslo. También conviene hacerle un seguimiento: saber con quién se encuentra, cuál es su nivel de vida. Busca también información de su familia.

—¿Qué buscamos?

—Cualquier incongruencia entre sus ingresos y su nivel de vida.

—¿Crees que ella es la amante de Cortés?

—Hay altas probabilidades de que lo sea.

Salazar recibió una llamada de su móvil que interrumpió sus pensamientos.

—Entonces coinciden. De acuerdo. Muchas gracias.

—¿Y bien? —preguntó Sofía, comprendiendo que uno de los juegos de huellas correspondía con los del piso de Matilde.

—Felipe Cortés. Sus huellas son las del lugar del crimen.

—¡Lo tenemos! ¡Haré que lo traigan para interrogarlo!

—¡Espera! —la detuvo el inspector—. No podemos imputarlo, no tenemos pruebas.

—¿Y las huellas no lo son?

—Las obtuvimos subrepticamente. Nos permiten identificarlo, pero para poder dar un paso adelante tendremos que encontrar alguna evidencia que lo comprometa. Obtenida de manera ortodoxa, por supuesto.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Sofía con decepción.

—Tú seguirás a Carolina. Yo a Felipe. Con un poco de suerte los pillaremos por alguna falta, aunque sea menor. Cualquier razón que nos permita ficharlos legalmente.

Cuando ya casi caía la noche, ambos policías se apostaron en lugares estratégicos para vigilar a sus respectivos sospechosos. Salazar había vuelto a dejar su gabán en casa, poniéndose un abrigo sobre el traje. No estaba dispuesto a volver a pasar frío como aquella tarde. Siguió a Felipe cuando salió del ayuntamiento, y como suponía, este se dirigió directamente al piso de Carolina. Allí esperaba Sofía dentro del coche, por lo que Néstor subió al vehículo. En esta oportunidad, la subinspectora no se sorprendió al verlo.

—Hola. Te queda bien ese abrigo.

—Pareces mi asesora de imagen, por lo atenta que estás a mi atuendo —se quejó él.

—Es que aún estoy impresionada por el cambio.

—Mejor presta atención al portal, no se nos vayan a escapar.

—¿Crees que saldrán a algún lugar? No quisiera tener que pasar la noche en este coche.

—Es viernes, no creo que se queden en casa. En cualquier caso, el secreto de un buen trabajo policial es la paciencia —argumentó el inspector—. Si es necesario que pasemos la noche aquí, dormiremos por turnos.

—No me estaba quejando. Solo hacía un comentario —protestó Sofía.

Los temores de la subinspectora resultaron infundados. Después de dos horas, la pareja salió del portal en dirección a un Audi color azul. Néstor esperaba que respetaran los límites de velocidad, porque si les daba por acelerar, jamás los alcanzarían en el Corsa. Los siguieron hasta un centro nocturno de moda. En la puerta había dos gorilas controlando la entrada de los clientes, que hacían una larga fila para poder acceder. Felipe y Carolina avanzaron directamente hacia la entrada, los porteros los saludaron como si los conocieran de toda la vida y los dejaron entrar. Nadie protestó. Néstor se

preguntó cómo harían para seguirlos, porque no quería identificarse como policía para que no llegara la noticia a oídos de Cortés. Miró a Sofía con un poco de ansiedad, pero entonces comprendió que ella podía salvar la noche. Por lo general el aspecto físico contaba mucho en aquella situación, así que su compañera no tendría ningún problema.

—Vamos —lo animó ella—. No podemos perderlos.

—No quiero que sepan que somos policías y no creo que a mí me dejen entrar con tanta facilidad.

—No digas tonterías. No traes el gabán, así que no habrá problema. Actúa con naturalidad.

El inspector iba a protestar cuando Sofía comenzó a avanzar sujetándolo por el brazo. Caminó hasta la puerta y sonrió a los dos gorilas. Ellos le devolvieron la sonrisa, miraron de arriba abajo a Salazar, asintieron y los dejaron pasar.

—¿Ves, como a veces tu gabán puede ser más un estorbo que una ayuda? Con tu aspecto habitual nunca te hubieran dejado entrar.

—Hubiera jurado que me dejarían afuera sin importar la ropa que usara. Si me permitieron pasar fue por ti.

—Eso nunca lo sabremos. Lo importante es que ya estamos dentro. ¿Los ves?

Salazar se esforzó en identificar a sus sospechosos en medio de la aglomeración de jóvenes que conversaban, bailaban y tomaban copas. Finalmente los vio.

—Allí —le señaló a su compañera con la cabeza—. No muy lejos de la barra. Vamos a acercarnos, pero no lo suficiente para que nos vean.

—De acuerdo.

Los policías se aproximaron a sus objetivos. Felipe y Carolina conversaban con copas en la mano. Un par de veces salieron a la pista de baile, para luego regresar a pedir otra copa. Cada vez que volvían al bar, Felipe sacaba su pañuelo para limpiar la superficie de la barra donde les servían las copas. Bebían como cosacos, y parecían estar pasándoselo muy bien. Néstor comenzaba a dudar de su plan. Si no hacían nada ilegal, aquel seguimiento sería una pérdida de tiempo. Entonces se acercó un sujeto con la cabeza rasurada excepto en la parte superior, donde se había dejado una

meseta de pelo en pincho. En una de las orejas llevaba una ristra de aros, mientras que la otra lucía vacía. Por el cuello de la camisa asomaba el tatuaje de una serpiente, un dragón, o algo así. La ropa que usaba también era estrafalaria, pero no fue nada de eso lo que atrajo la atención del inspector, sino que recordó su cara: seis meses antes el propio Salazar lo había detenido por tráfico de drogas. Era un camello.

Néstor susurró al oído de Sofía la identidad de aquel individuo, que en ese momento mantenía una conversación con la pareja. Algo cambió de manos. Salazar le hizo un gesto a su compañera. Era el momento. Se acercaron uno por cada lado, lo que les permitió cercar a los dos sospechosos. El vendedor logró evadirse, pero a ese ya le ajustarían cuentas después. Lo que más les interesaba era pillar a Felipe y Carolina in fraganti. Los jóvenes se disponían a salir del local, probablemente con la intención de regresar al piso para disponer de la droga que acababan de comprar, pero no tuvieron la oportunidad. Néstor se plantó delante de Cortés, mientras Sofía sujetaba con suavidad a Carolina.

—Señor Felipe Cortés, señorita Carolina Sanz, quedan ustedes bajo arresto por posesión de drogas.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó el secretario, que aún no lo había reconocido—. ¿De qué drogas habla?

Salazar lo sujetó por la muñeca y se la llevó hacia atrás, mientras Felipe protestaba. Antes que pudiera darse cuenta estaba esposado. Ya Sofía había hecho lo propio con Carolina, que lloraba con desconsuelo. La presencia de la policía y la detención de uno de los clientes hicieron que la música se detuviera, así como las conversaciones de los que los rodeaban. Todos prestaban atención al drama que se desarrollaba frente a sus ojos. Surgido de la nada como si fuera un champiñón, apareció un hombre vestido con traje elegante, que en aquel ambiente cerrado y oscuro, usaba lentes de sol.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz autoritaria.

—¿Quién es usted? —interrogó a su vez el inspector, mientras mostraba su identificación.

—Soy don Augusto Vera, el dueño del local.

—¿Sabía usted que en su local acaba de concretarse una venta de drogas?

—No, claro que no —dijo Vera, palideciendo—. ¿Por qué dice usted eso? ¿En qué se basa?

—En lo que vimos mi compañera y yo —reafirmó el inspector—. ¿Quiere usted, frente a todos estos testigos, sacar el contenido de los bolsillos de este caballero? —le ordenó Néstor.

—¿Pero eso no es ilegal? ¿No hace falta la orden de un juez, o algo así?

—No, si es in fraganti. La compra-venta de sustancias ilegales se llevó a cabo delante de la subinspectora y de mí. Si no colabora, señor Vera, supondré que es cómplice de lo que ha ocurrido aquí, que usted lo sabe y lo permite. O tal vez incluso lo promueve.

—Desde luego que no —protestó don Augusto—. Si algo así ha ocurrido, ha sido a mis espaldas.

La mirada del inspector bastó para que el empresario de la noche se dejara de remilgos y registrara los bolsillos de la chaqueta de su cliente. Sacó un par de bolsitas de plástico con pastillas de colores.

—¿Qué tenemos aquí?! —exclamó Néstor con satisfacción—. Pretendía acusarlo de posesión, Cortés, pero creo que a esto podemos llamarlo tráfico.

—Espere, eso es para consumo propio, inspector. Le juro que solo compro. Nunca he vendido. Es Carolina quien algunas veces hace pequeñas reventas en la universidad.

—¡Cállate, cabrón! ¡Vendido, cobarde! ¿Es que no puedes mantener la boca cerrada?

Salazar sonrió mientras los conducía a la puerta del local nocturno. Aquello pintaba mejor de lo que hubiera imaginado.

## Capítulo treinta y dos

Cuando Salazar llegó a su casa ya era más de medianoche. Una patrulla trasladó a los dos detenidos, mientras él y Sofía compartían una cena en un restaurante de la misma calle del centro nocturno. Luego Néstor dejó a su compañera en su pensión, devolvió el coche en la comisaría y anduvo hasta su piso. El bar de Gyula estaba hasta los topes como siempre, pero aquella noche no le apetecía tocar la guitarra. Además, debía levantarse temprano. Al día siguiente tendría que estar alerta cuando interrogara a Cortés y su novia. Si como sospechaba, el secretario era el jefe de la banda de extorsionadores, se trataba de un sujeto muy astuto, por lo que necesitaría de todas sus capacidades al máximo rendimiento.

Encendió la luz antes de entrar. Una costumbre que había adquirido desde que Paco casi le hizo caer de bruces al enredársele en las piernas, oculto por la oscuridad. Esa noche sin embargo, Paco no dio señales de vida. Sorprendido, Salazar lo llamó.

—¡Paco! ¿Dónde te has metido, amigo?

No estaba en el sofá, su lugar favorito para dormir, pero lo más extraño era que el cuenco de pienso en la cocina estaba lleno. Por lo visto se había marchado. Después de todo era un gato callejero, seguramente extrañaba su libertad. Aunque Néstor nunca lo había considerado como una mascota, por lo que siempre contempló la posibilidad de que regresara a la calle, llegado el momento se sintió abandonado. Él mismo se sorprendió al comprender que la ausencia de Paco lo había entristecido. Lo echó de menos. Hubiera querido disertar en voz alta mientras le acariciaba el lomo y escuchaba de vez en cuando el reconfortante maullido que hacía que se sintiera menos solo. Volvió a mirar en los rincones y debajo de los muebles. Como no lo encontró, se fue a dormir.

Al día siguiente, ya Sofía lo esperaba en la oficina con una taza de café en la mano. Parecía contenta.

—¿Y esa cara de satisfacción? —le preguntó Néstor—. ¿Ya confesaron?

—A Cortés lo ficharon anoche. Ya tenemos la comparativa de las huellas. Legalmente obtenidas y oficiales. Además renunció por escrito a su derecho de llamar a un abogado.

—¿Y eso te alegra? —preguntó el inspector, sin disimular su sorpresa.

—Por supuesto, hará todo más fácil.

—¿Te parece? ¿Alguna vez en la academia hiciste uno de aquellos exámenes con el libro abierto?

—Sí claro, no me lo recuerdes. Eran horribles. Los libros no servían de nada. Daba lo mismo si los dejabas en casa.

—Pues esto es igual.

—Tú sabrás manejarlo.

—Eso espero.

—¿A quién interrogamos primero?

—A Cortés. La verdad, no espero que nos revele mucho, pero si sabemos usar nuestras cartas, su interrogatorio previo servirá para poner nerviosa a su novia, que no debe estar muy contenta con él después de que tratara de incriminarla anoche.

—Sí. Menudo cabrón.

Antes de poder iniciar los interrogatorios, los agentes encargados del seguimiento de Celia y Carmen se presentaron para rendir el informe a su jefe.

—¿Hubo suerte? —preguntó Salazar.

—Pues no sabemos lo que quería encontrar con estas vigilancias, jefe —confesó uno de ellos— pero nunca había hecho ninguna tan aburrida. Ambas llevan una vida de lo más normal y rutinaria.

—Es cierto, —refrendó el otro— la joven salió temprano de su casa, desayunó en un bar, y luego se fue directamente a la oficina del INEM. Cuando salió de allí fue a almorzar, regresó a su casa y por la noche se fue a tomar unas copas. Nada sospechoso.

—¿Y la mujer mayor? —preguntó Néstor.

—Pues salió de su casa mucho más tarde, estuvo en el mercado, regresó, luego volvió a salir y se fue al hospital. La seguí, por supuesto. Visitó a un psiquiatra.

Salazar sonrió. Ahora sabían a quién pertenecían las medicinas encontradas en el piso de Celia, aunque él ya lo suponía.

—Muy bien, chicos. Muy buen trabajo.

—¿Es todo?

—Es todo. Ya nos habéis respondido lo que queríamos averiguar. Habéis cumplido. Se lo haré saber a Colmenares.

—Gracias, jefe —respondieron ambos, sin haber comprendido muy bien qué era lo que habían logrado. Salieron a cumplir sus rondas. Sofía y Néstor se miraron.

—Así que ha sido Celia quien ha cedido a la presión —señaló Néstor.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Tal vez ninguna, pero sospecho que la muerte del concejal ocasionó algo más que tristeza en esa casa. Hay una evidente tensión entre ambas mujeres.

Salazar y Sofía encaminaron sus pasos hacia el tercer piso. El guardia había trasladado al secretario a la sala de interrogatorios, cuidando que Carolina los viera pasar. La chica se levantó del catre, acercándose a la puerta. Parecía nerviosa. Una vez en la sala, Cortés respiró profundo. Aquello había sido simple mala suerte. Compró algo de éxtasis, ¿y qué? Tampoco era que hubiera matado a nadie ¿verdad? Sonrió, aquellos capullos no tenían ni idea del asunto de Matilde. Entraron los dos policías que lo habían detenido. Se aseguraría de que Duero se ocupara de ellos. La chica se veía como una modelo, pero el hombre no parecía el mismo del centro nocturno. Era... un sudor frío le recorrió la espalda. ¡Era el policía del gabán! La noche anterior su aspecto lo había confundido. Ese era el capullo que investigaba la muerte de Matilde, el que estuvo en el ayuntamiento hablando con Francisco, el que lo detuvo. Cortés palideció, Néstor lo notó, comprendiendo que había sido reconocido. Aquello jugaría en su favor porque el sospechoso ya estaba nervioso cuando él ni siquiera había abierto la boca.

—Hola Felipe. ¿Cómo pasaste la noche? —preguntó el inspector—. ¿Te trataron bien? ¿Necesitas algo?

—Yo no debería estar aquí.

—¿Ah no? Te vimos comprar la droga en el centro nocturno. Suficiente para un pequeño trapicheo.

—Está bien, reconozco que estoy enganchado, pero yo no vendo. Eso es cosa de Carolina.

—Ya... —Salazar sacó un pañuelo y estornudó con un estruendo, luego se limpió la nariz. Cortés lo miró con asco—. Lo siento. Un resfriado. Nada serio.

—¿Y a mí que me importa si es serio o no? —le espetó Cortés.

—De acuerdo. El caso es que sin importar quién las vende, fuiste tú el que compró. Quién me dice... —otro estornudo. El secretario se echó atrás en la silla instintivamente. Salazar sonrió para sus adentros. Como había sospechado por la conducta que observó en Cortés, era un tiquismiquis—. Te decía, cómo puedo saber que no eres socio de tu novia en el trapicheo, que no comparten ganancias.

Néstor volvió a limpiarse la nariz ostentosamente. Cortés lo miraba como si fuera portador de la peste.

—Oiga ¿no puede interrogarme otro policía? Es usted un propagador de microbios. ¿Tengo que soportar esto?

—¿Qué te puedo decir, Felipe? —argumentó Salazar comprensivo—. Lo mismo le dije yo al comisario esta mañana, pero estamos escasos de personal, así que tendrás que conformarte conmigo.

El inspector acompañó sus palabras con un par de palmaditas en el antebrazo del secretario, que retiró su extremidad y la frotó contra su propia ropa.

—Entonces, ¿cómo puedes convencerme que es tu novia la que vende? —Néstor estornudó otra vez, salpicando a Cortés, que se retrepó en la silla con expresión de desespero—. Por cierto, ¿sabes que grabamos todos los interrogatorios, verdad?

—Sí, sí, eso no importa. No tengo nada que ocultar. Puedo explicarles lo que hace Carolina... la señorita Sanz. Tiene gustos caros, así que los satisface revendiendo droga. Compra al camello que vio, los viernes cuando

salimos de marcha, tiene una lista de clientes fijos en la universidad, a quienes abastece los lunes. No tiene relación conmigo.

—Pero eres tú quien le compra la droga, ¿no es así? —puntualizó Néstor, mientras comenzaba un estornudo que perdió a la mitad. Felipe, horrorizado se echó hacia atrás.

—Yo compro para el consumo de ella y el mío. Lo demás lo adquiere con las ganancias de la venta anterior.

—Comprendo, entonces no tienes nada que ver con la droga.

—¡Tiene que creermelo! No es mi negocio. ¿Ya puedo salir de aquí?

—Aguarda solo un momento más —lo tranquilizó Néstor mientras volvía a estornudar y limpiarse la nariz. Felipe casi lloraba de impotencia —. Aún tenemos que aclarar el asunto de las huellas.

—¿Huellas? ¿Qué huellas?

—Cuando te ficharon anoche tomaron tus huellas. Coinciden con las que encontramos en el apartamento de Matilde.

—¿Matilde?

—Sabes perfectamente quién es. Ah... Ah... Achú. —El estornudo retumbó en la sala cerrada, asustando hasta a Sofía.

—Sí, sí. La recuerdo, la secretaria de la policía.

—¿Cómo llegaron tus huellas a su piso, Felipe? —le preguntó la subinspectora, mientras Salazar se limpiaba la nariz con el pañuelo.

—Alguna vez le llevé unos documentos por encargo del concejal Belmonte. Eso fue todo.

—¿Solo estuviste una vez? —precisó el inspector.

—Una sola.

—Lo que quiere decir que si se lo preguntamos a la vecina de Matilde no te reconocerá como su sobrino, el que la visitaba asiduamente —amenazó Néstor con voz fañosa.

—Está bien —se rindió el secretario—. ¿Si les cuento todo me sacarán de esta habitación llena de gérmenes y se alejará de mí. Inspector?

—Tienes mi palabra, Felipe —aceptó Salazar.

—Yo le llevé los documentos, como me ordenó Juanjo, pero Matilde era una persona muy especial y bueno... me enamoré de ella.

—Podía ser tu madre.

—Eso no tenía importancia, yo la quería.

—¿Y Carolina? —preguntó Sofía, indignada.

—Carolina solo era para pasar un rato, ya saben, ir de marcha, bailar, colocarnos un poco, pero a quien realmente quería era a Matilde.

—¿Tenías conocimiento de las extorsiones?

—Desde luego que no. Solo me enamoré.

Salazar decidió no presionar más por el momento. Dio por terminado el interrogatorio y ordenó al guardia que regresara a Cortés a su celda. Ya tenía lo que quería. Sabía que si no encontraba evidencias pronto, tendría que soltarlo, pero estaba seguro que el secretario caería con todo el equipo.

Cuando regresaron a la oficina para elaborar el informe, Sofía miró con extrañeza a su jefe.

—No me habías dicho que estabas resfriado, ¿te encuentras bien?

—Estoy perfectamente. No te preocupes, no estoy resfriado.

—¿Y los estornudos?

Salazar abrió el puño mostrando un polvillo negro.

—Pimienta —le dijo sonriendo—. Nunca falla.

Sofía soltó una carcajada. Néstor no dejaba de sorprenderla con sus trucos.

Después de un café decidieron interrogar a Carolina, que los esperaba en la sala que ocuparon una hora antes, acompañada de su abogado. El letrado le daba las últimas instrucciones en voz baja. Acordaron que Sofía llevara la voz cantante en el interrogatorio. Después del cabreo que debía tener con su novio, era más probable que se mostrara comunicativa con otra mujer.

—Hola Carolina, ¿todo bien? —saludó la subinspectora.

—Está detenida, ¿cómo espera que todo esté bien? —intervino el abogado.

—Era una pregunta retórica. Vamos al grano. Anoche compraste una buena cantidad de éxtasis, ¿qué pensabas hacer con eso?

—No lo compré yo, fue Felipe.

—Él afirma que su mercancía era solo para su consumo y el tuyo, que el resto lo venderías tú en la universidad.

—Está mintiendo —respondió la chica, mientras jugueteaba con las mangas de su jersey—. Mira que acusarme. Es un cabrón.

—Puede ser, pero ser un cabrón no es un delito. Traficar sí.

—¡No trafico! Yo solo... yo solo...

—¿Qué?

—Le hago un favor a unos amigos —murmuró en voz baja.

—Señorita Sanz —intervino el abogado—. Le aconsejo que guarde silencio.

—No diré nada más —obedeció Carolina, y acto seguido apretó los labios.

—Es comprensible. Nadie quiere incriminarse a sí mismo —reconoció Salazar, desde el fondo de la sala—. Después de todo, qué de malo puede haber en hacerles un favor a los amigos. Si no se las hubieras comprado tú, otro lo hubiera hecho.

Carolina levantó la mirada hacia el inspector. Se sintió comprendida. Tal vez este policía no fuera tan malo después de todo. Parecía entender.

—¿Quiere decir que puedo irme?

—Me temo que no es tan sencillo, Carolina. Verás, yo puedo entender que no había ninguna malicia en tu conducta, pero sigue estando tipificada como delito. Además te vimos comprando. Eso no lo podemos ignorar, a menos que... —argumentó el inspector.

—¿A menos que qué?

—Bueno, en realidad al que vimos comprar la droga fue a tu novio, y solo tenemos su palabra de que tú la vendes en la universidad. Por otro lado, si se demostrara que no es una persona confiable, tal vez deberíamos desestimar su testimonio.

El abogado susurró algo al oído de su clienta. Por lo visto le parecía un buen acuerdo. Ella negó con la cabeza.

—Felipe es un cabrón y estoy furiosa con él, pero no voy a traicionarlo.

—Es loable tu lealtad —apuntó Salazar—. En especial porque no es correspondida.

La chica lo miró con miedo. Tal vez intuía lo que iba a decirle.

—Como sabes, interrogamos al señor Cortés antes que a ti, y te echó todas las culpas.

—Es secretario en el ayuntamiento, tiene que cuidar su imagen —lo justificó ella.

—Parece que estás enamorada de él —sugirió Sofía—. Dime, ¿antes de conocerlo habías tenido contacto con las drogas?

—Si lo que quiere decir es que él me obligó a usarlas, se equivoca. Las probé con él, pero lo hice porque quise.

—Tal vez deberías ver tú misma el interrogatorio de tu novio.

Carolina miró alternativamente a los dos policías, como si tuviera miedo de enfrentar la realidad. Salazar abrió el portátil y comenzó a correr la grabación de la entrevista con Cortés. La expresión de Carolina fue de estupor cuando escuchó a Felipe acusarla por la venta de la droga, pero el enojo fue patente cuando él afirmó que mantenía una relación con Matilde y que ella era solo un pasatiempo.

—¡Ese hijo de puta! —exclamó con rabia—. La idea de vender la droga en la universidad fue suya. Comprábamos para nosotros y para otra pareja que no se atreve a hacerlo en lugares públicos. Luego se las revendíamos con un sobreprecio del cincuenta por ciento. La mitad de la ganancia era para Felipe. Además...

—¿Además?

—Nada.

—Carolina, aunque Cortés fuera el inductor del delito, tú acabas de confesar que te beneficiabas —le explicó Sofía—. Si no colaboras con nosotros no podremos interceder ante el juez para que sea benévolo contigo. ¿Es tu primera falta? —la chica asintió—. En ese caso será mejor que termines lo que ibas a decir.

—El día que asesinaron a la secretaria de la policía, Felipe vino a casa.

—¿Estaba nervioso, intranquilo?

—No, estaba como siempre. Lo único extraño fue que trajo un bolso, de esos que se usan para ir al gimnasio, solo que él nunca va a esos lugares. Los odia.

—¿Qué contenía el bolso? —preguntó Salazar interesado.

—Me dijo que era ropa y zapatos deportivos. También me advirtió que no debía abrirlo, que lo guardara donde nadie lo encontrara y que no mencionara su existencia.

—¿No te sorprendieron esas instrucciones? ¿Qué crees que sea?

—Tal vez mercancía. Tal vez quería ampliar el negocio.

—¿Dónde está ese bolso?

—En mi casa, bien oculto.

—¿Quieres nuestra ayuda con el juez? —preguntó el inspector. Carolina, por supuesto, asintió.

—En ese caso escribirás de tu puño y letra una declaración con todo lo que nos has contado, y luego nos acompañarás a tu casa para entregarnos ese misterioso bolso.

Aquella misma tarde llevaron a la chica a su piso en compañía de su abogado y del juez. Ella entró en su habitación, abrió un armario y debajo de una pila de abrigos viejos sacó un bolso negro de tela. Se lo entregó a Salazar, quien ya se había colocado un par de guantes. Al inspector el bolso le pareció demasiado pesado para tratarse solo de ropa deportiva. Lo depositó sobre la cama y lo abrió. Fue sacando su contenido, mientras Aristigueta tomaba nota.

—Un par de zapatillas de *footing*, dos pares de medias —enumeró Salazar— tres camisetas del club Haro Deportivo, un chándal. Un momento, esto pesa demasiado —comentó Néstor mientras dejaba la prenda sobre la cama.

Procurando que el juez fuera el principal testigo, el inspector desdobló con cuidado el chándal. A la vista de todos apareció un revolver. Salazar hubiera apostado su gabán que balística confirmaría que era el arma con la que asesinaron a Matilde.

## Capítulo treinta y tres

El inspector llevó personalmente el bolso encontrado en el piso de Carolina, con todo su contenido, al laboratorio de la científica. Les pidió a los técnicos que buscaran huellas en toda superficie posible. Después de concluir ese peritaje, el arma debía ser enviada a balística, para que Navas pudiera establecer si la bala recuperada en la escena del crimen de Matilde había sido disparada por ese revolver.

De momento, la pareja permanecería detenida acusada de tráfico de drogas, lo que les daría tiempo de completar las averiguaciones acerca de lo que realmente les interesaba: los homicidios de Matilde y de Belmonte.

Con respecto al concejal, Sofía regresó a comisaría para ponerse en contacto con la universidad de Logroño que les había dado una respuesta positiva con respecto al Malatión. Haría lo posible por acordar una cita para el día siguiente con el rector. El juez Aristigueta ya había redactado la orden para que les proporcionaran toda la información que precisaran. Saldrían a primera hora de la mañana. Por primera vez en mucho tiempo, sentían que avanzaban. Optimista por el desarrollo del caso, Néstor invitó a Sofía a cenar con él en «La Callecita», pero su compañera se excusó argumentando que debía hacer unas compras, para luego retirarse temprano a descansar. Salazar se preguntó si tendría una cita con Molina, así que no insistió. Saliendo del piso de Carolina, los agentes se la llevaron de vuelta a la comisaría, mientras los policías y el juez se despedían en el portal.

Sofía, como le había dicho a Salazar, se fue de compras. Quería regresar temprano a la pensión para llamar a su madre. Podía hacerlo desde el móvil, pero sabía que la conversación se prolongaría por largo rato. Néstor, por su parte, regresó andando hasta el bar de Gyula. Como era temprano para

cenar, o tocar la guitarra, decidió subir a su buhardilla, tal vez leer un poco, o ponerse al día con la actualidad. Un poco más tarde bajaría al bar.

Eran casi las siete de la tarde cuando cruzó la puerta, quitándose el gabán, para dejarlo sobre el sofá. Un sofá vacío. Era extraño lo mucho que echaba de menos a Paco. Su presencia lo hacía sentirse un poco menos solo. Después de quitarse la chaqueta, aflojar la corbata y dejar su arma reglamentaria con todo y funda junto al gabán, entró en la cocina para prepararse un café. Acto de suma valentía, tomando en cuenta lo mal que se le daba. Mientras trasteaba en la cocina escuchó un ruido proveniente del cuarto. Alertado, corrió a coger su pistola reglamentaria. Esta vez no lo tomarían por sorpresa. Con sigilo se acercó a la habitación, mientras sostenía el arma en previsión de un intruso. El ruido, un pequeño golpe, no se repitió, pero comenzó a escuchar débiles gemidos. ¿Ratones? Por si acaso, no bajó el arma. Con mucho cuidado siguió el sonido, que cada vez resultaba más evidente. Sí, definitivamente parecían ratones. Ahora que Paco lo había abandonado, tal vez los roedores aprovecharon para invadir su casa, pero eso era extraño, pese a su apariencia, él en realidad era muy ordenado. Nunca había tenido ratones. Por si acaso, se mantuvo en guardia, no fuera a resultar una trampa. Tal vez querían hacerle creer que eran ratones cuando en realidad... El sonido provenía de un armario que tenía la puerta entreabierta. Era donde guardaba las mantas de invierno. Retiró la lencería de cama sin dejar de apuntar la posible amenaza. Cuando finalmente puro ver cuál era el origen de los extraños sonidos, no supo si soltar una carcajada, respirar aliviado, o llorar de emoción.

—¡La madre que te parió, Paco! ¡Estas cosas se avisan!

Bajo el calor de las mantas se encontraba el gato, rodeado de una camada de gatitos que succionaban su abdomen con fruición. Así que por lo visto, Paco no era Paco, sino Paca, y no lo había abandonado, simplemente se retiró a un rincón a parir su camada.

—¡Joder! ¿Y ahora qué se supone que debo hacer? —se preguntó un poco ansioso. Sabía cómo comportarse frente a un asesino, o sacarle información a un proxeneta, pero no tenía la menor idea de cómo actuar frente a una camada de gatos recién nacidos.

—¡Maaaauuu! —respondió Paca lastimera.

—¡No, tú no ayudas mucho, no! —respiró profundo para ordenar sus ideas—. ¡Gyula! Seguro que él sabe qué hacer.

Néstor cogió el móvil para llamar a su amigo, y en pocas palabras le explicó lo que sucedía. Cuando Gyula pudo dejar de reírse de él, lo tranquilizó diciéndole que subiría enseguida. El inspector se puso unos guantes para limpiar el armario, retirando las placentas y los restos del parto. Aunque no lo hubiera reconocido nunca, se sintió aliviado cuando vio a su gata negra mirándolo con aquellos ojos amarillos llenos de confianza. Curioso, era la primera vez que pensaba en Paco... Paca, como «su» gata. Por lo visto, había llegado para quedarse. Ya había terminado de limpiar el lugar, cuando llamaron a la puerta.

—¡Felicidades! —le dijo Gyula en cuanto abrió—. ¡Ya sois familia numerosa! ¿Quién lo diría? ¿Cuántos son?

—Menos cachondeo —respondió Salazar, un poco malhumorado por haberle dado oportunidad a su amigo de reírse de él—. ¿Cómo iba a saber que era una gata y que estaba preñada?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabías?

—Desde luego que no. ¿Tú sí?

—¿No te diste cuenta que tenía el vientre hinchado?

—Creí que era un gato gordo. Yo qué sé, no tengo idea de gatos.

—Eso es evidente.

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—No mucho, —respondió Gyula riendo— ya Paca se ha hecho cargo de lo más importante, pero creo que lo recomendable será preparar una caja con mantas, meter en ella a la madre y las crías para llevarlos al veterinario. Dada nuestra experiencia en mascotas, creo que será lo apropiado.

—De acuerdo —aceptó el inspector, aliviado por tener una vía de acción clara.

Una hora después, ambos amigos regresaban con la gata, las crías, un papel escrito con instrucciones acerca de los cuidados que debían tener y una caja de pienso especial para gatas en período de amamantamiento. También traían la promesa de que el veterinario se haría cargo de encontrarles hogar a los gatitos en cuanto fueran destetados. Ante la pregunta de si quería conservarlos, Néstor había soltado un rotundo no.

¡Estaba él como para tener media docena de gatos! Ya solo con Paca, sin la ayuda de Gyula estaría perdido. Casi cae redondo cuando el veterinario le anunció que no se podría separar a las crías de su madre al menos por tres meses. Ante la palidez de Salazar, su amigo le aseguró que él se haría cargo.

Acomodaron a Paca con la caja en la cocina, le dieron agua y pienso, que comió casi con el mismo desespero que el día de su llegada. Parir debía dar hambre.

—¿Más tranquilo? —preguntó Gyula.

—Pues no sé qué decirte. Mañana debo salir para Logroño muy temprano con Sofía.

—¡Vaya! ¿Con Sofía? ¡Menuda compañera te has conseguido, colega!

—No empieces Gyula, es solo trabajo.

—Sí, eso no lo dudo, pero no me negarás que el trabajo es más agradable con una compañera así.

—Gyula... —dijo Néstor en tono de advertencia.

—Te gusta ¿verdad? A mí no me puedes engañar, amigo. He visto cómo la miras.

—Olvídalo, colega. ¿La has visto? Ella nunca me tomará en serio, no en ese sentido.

—Tío, lo estás volviendo a hacer.

—No comprendo, ¿qué estoy volviendo a hacer?

—Llevas más de diez días conviviendo con una gata preñada, creyendo que era un gato gordo. Has pasado el mismo tiempo con Sofía, pero no te has dado cuenta de cómo te mira. Néstor, no tienes remedio.

Al día siguiente, muy temprano, Sofía lo esperaba junto al Corsa. Después de recoger las llaves del coche emprendieron el camino. La mañana era fría, pero el cielo estaba despejado. Eso, además de las expectativas de la entrevista con el rector, contribuyó a mantener el ánimo optimista del día anterior.

—¿Qué tal tu tarde de ayer? —tanteó Néstor en tono desinteresado—. ¿Pudiste hacer las compras que querías?

—Sí, tuve tiempo suficiente —respondió la subinspectora un poco extrañada. Era la primera vez que Salazar tocaba un tema personal desde

que lo conocía—. Estuve en el centro. Luego regresé a la pensión y llamé a mi madre por teléfono.

—¿Tu madre vive cerca? —preguntó él, aliviado porque Molina no apareció en el itinerario. De haber cenado con el forense, se lo habría mencionado. ¿O no?

—No, en realidad está bastante lejos, en Peñalba de Santiago. Mi pueblo.

—No lo había escuchado mencionar. ¿Dónde está?

—En León.

—¿Y cómo es? —preguntó él, interesado por conocer más acerca de su compañera.

—Es frío. Bonito, eso sí, pero frío.

—Bueno, si está en León es lógico que en estas fechas...

—No me refiero solo a eso —le cortó ella—. Cuando digo que es frío me refiero a que es todo de piedra: las casas, las calles, todo.

—Bueno, la piedra es sólida —respondió Néstor sin saber qué decir.

—Y fría.

—Sí, eso supongo. ¿Hay algo atractivo en tu pueblo? Quiero decir, ¿por qué se le conoce?

—Por su iglesia. Es muy antigua, mozárabe. Preciosa. El pueblo también, no me entiendas mal. Es digno de ser visitado, pero cuando creces allí, no lo sé... Supongo que quienes provenimos de pueblos apartados sentimos la necesidad de conocer otros lugares más amplios.

—No creas que ese sentimiento es exclusivo de los pueblos. Creo que nos pasa a todos, sin importar el origen. ¿Y cómo encontraste a tu madre?

—Bien. Se alegró mucho de hablar conmigo, aunque no acepta con agrado que viva tan lejos. He tratado de hacerle comprender que mi estancia en Haro es temporal...

—¿Temporal?! —preguntó Néstor, sintiendo el comienzo de un ataque de pánico.

—¿No te lo comunicó Colmenares? —él negó con la cabeza—. Yo solicité plaza en el Grupo Especial de Operaciones, pero me rechazaron.

—¿Por qué?

—Fallé durante una de las pruebas. Natación —dijo sin extenderse en más explicaciones.

—Son pruebas muy duras. Pocos las superan todas.

—Sí, supongo que si no fuera así, no estaríamos hablando de un grupo élite —admitió Sofía, sin poder disimular la decepción en su voz—. ¿Y tú? ¿Alguna vez pensaste formar parte del GEO?

—No, la verdad nunca me resultó atractivo. Además, soy muy mal tirador. No podría acertarle al «Monumento al músico», aunque la estatua se mostrara colaboradora. Mis habilidades siguen otros derroteros. Pero ¿qué relación tiene que no hayas podido entrar en el GEO con la temporalidad de tu permanencia en Haro?

—Ya que no podía formar parte del grupo de élite, solicité plaza en la Jefatura Superior de Madrid, pero también me la negaron. No necesitaban más personal, así que me asignaron a Haro. Dijeron que mi presencia era más necesaria aquí.

—¡Y tenían razón! —soltó Néstor—. No me malinterpretes, es solo que me alegra que te hayan destinado a Haro, y que seas mi compañera... Quiero decir, lamento por ti que no hayas podido cumplir con tus sueños pero... ¡Creo que me he liado!, lo siento —reconoció, y se calló antes de seguir metiendo la pata.

—Está bien, —aceptó ella sus disculpas— comprendo lo que quieres decir. A mí también me alegra haberte conocido... y tenerte como jefe —se apresuró a explicar—. He aprendido mucho contigo.

—¿Has solicitado un traslado a Madrid? —preguntó Salazar descorazonado.

—No hará falta. Me prometieron que en cuanto se desocupara una plaza en la Jefatura Superior me lo harían saber.

—Me alegraré por ti —dijo Néstor con expresión de no alegrarse en absoluto—. Ya llegamos.

La conversación había distraído tanto a Sofía que ni siquiera se percató de los cambios del paisaje. Logroño era una ciudad de avenidas más amplias y edificios más modernos que Haro. O al menos lo era el barrio donde se encontraba la universidad. Después de aparcar, se encaminaron a un edificio rectangular de obra vista, donde debían reunirse con el rector. Al

cabo de unos minutos, se encontraban en la antesala de una oficina situada en el tercer piso. Néstor se sentía igual a cuando era niño y lo enviaban al despacho del director, después de haber cometido alguna gamberrada junto con Gyula. Debía reconocer que habían sido un par de trastos.

Después de una corta espera, la secretaria les anunció que podían entrar. Los esperaba un hombre de unos cincuenta años largos, con el cabello ralo, anteojos redondos y pajarita. ¿Todavía existía alguien que usara pajarita? Al parecer aún quedaba al menos un espécimen. Los recibió con una sonrisa poco convincente, después de estrecharles las manos mientras cumplimentaban las presentaciones y los saludos de rigor, los invitó a sentarse.

—¿Ustedes dirán en que puedo ayudarles?

—En su comunicación por correo electrónico me confirmó que la universidad utilizaba Malatión en estado puro en sus laboratorios —puntualizó la subinspectora.

—No exactamente. El Malatión sin diluir es una sustancia muy peligrosa, cuyo uso no está permitido, y la universidad es muy respetuosa de la legalidad. Creo que malinterpretó mi correo.

—El correo está muy claro —intervino Salazar—. Reconoció que había hecho un pedido especial de Malatión para sus laboratorios. Olvide las estupideces que le haya aconsejado su abogado. No nos interesan los trámites burocráticos que se haya podido saltar la universidad, pero investigamos un homicidio con esa sustancia, y si usted no colabora plenamente, podemos acusarlo de obstrucción.

—De acuerdo, de acuerdo, no se altere, inspector. Sí, es cierto, pero eso fue hace mucho tiempo, así que no debe tener ninguna relación con el caso que ustedes investigan.

—¡Suéltelo de una vez! —le espetó el inspector, que no estaba de muy buen humor después de la conversación que mantuvo en el coche con Sofía.

—Hace cinco años se hizo un pedido de Malatión concentrado a un laboratorio en Estados Unidos. Uno de nuestros investigadores de la Facultad de Química llevaba adelante un estudio acerca de la mejor combinación y concentración de pesticidas y herbicidas para la variedad de vid que se cultiva en La Rioja. La idea era elaborar una fórmula específica.

Para ello necesitaba diferentes compuestos químicos concentrados, entre ellos, el Malatión.

—¿Lograron desarrollar la fórmula? —preguntó Sofía.

—No. Al parecer no dio los resultados esperados.

—¿Quiénes formaron parte de ese proyecto?

—Era un equipo.

—Necesitamos los nombres.

—Se los proporcionaré.

—El jefe de ese equipo. ¿Cómo se llama?

—Licenciado Antonio Zúñiga. Es el jefe del laboratorio de Química.

—Queremos hablar con él.

—Debe estar en su despacho, los acompañaré.

Ambos policías siguieron al rector en dirección a la Facultad de Química, con la esperanza de encontrar respuestas que los acercaran a resolver la muerte del concejal.

Bajaron al segundo piso. El rector los llevó hasta un pequeño despacho incrustado entre dos laboratorios. Después de llamar a la puerta, entró sin esperar respuesta. El licenciado Zúñiga era un hombre joven para el cargo de responsabilidad que ocupaba. Pese al sobrepeso era atractivo, y parecía bastante jovial. Levantó la vista, sorprendido ante la intrusión.

—Antonio, ¡qué bien que te encuentro!

—Armando, ¿tú por aquí a esta hora? ¿Qué ocurre?

—Estos policías desean hablar contigo. Por favor, atiéndelos —respondió el rector con la mayor naturalidad posible, como si recibir a la policía en su universidad fuera rutinario.

—¿Policías? —preguntó el interpelado, sin poder disimular su asombro —. Sí, desde luego. ¿En qué puedo servirles? ¿Desean alguna asesoría?

—No nos vendría mal, —reconoció Néstor— pero en realidad venimos por otras razones.

—Ustedes dirán.

—Malatión. Tenemos entendido que hace algunos años lo importaron en estado puro, con la finalidad de usarlo en un experimento.

—Sí, algo así. Buscábamos formular un pesticida que pudiera ser usado específicamente para las vides de cepa riojana, pero no tuvimos mucho

éxito.

—¿Por qué?

—¿Sabe cuántas variedades de vid se cultivan en La Rioja? Tenemos por un lado, las de toda la vida: Tempranillo, Graciano, Garnacha blanca y tinta, Viura, Maturana tinta y blanca, Malvasía. Y esas son solo las que recuerdo en este momento. Luego tenemos las nuevas variedades, las que se introdujeron hace unos pocos años: Turrantes de Rioja, Sauvignon Blanc, Verdejo, etc. Algunas son sensibles y otras resistentes a las plagas. Dar con una fórmula que funcionara igual en todos los casos era una tarea hercúlea.

—¿Por qué lo intentó entonces?

—Porque era más joven, inexperto, y arrogante. Me creí capaz de afrontar el reto, y estuve cerca de lograrlo con las vides habituales, pero cuando llegó el aluvión de nuevas variedades me di por vencido.

—¿Cómo se lo tomó la universidad?

—Me hubiera costado el empleo de no ser porque, pese a que no logramos nuestros objetivos, sí encontramos una fórmula más económica y eficiente para el Tempranillo, que representa el 75 % de la producción de La Rioja. Económicamente resultó una ventaja para los cultivadores, además de que mejoró el prestigio de la universidad.

—¿Usaron Malatión en la fórmula?

—Malatión y otros cinco componentes.

—En estado puro.

—¡Por supuesto que no! Con una alta dilución.

—¿Entonces hubo un excedente de Malatión?

—Sí, desde luego.

—¿Dónde lo guardan?

—Con otras sustancias peligrosas. Bajo llave, por supuesto.

—¿Podría mostrármelo?

—Sí, claro. Sígueme por aquí, por favor.

Zúñiga los condujo hasta un armario empotrado en uno de los laboratorios que colindaba con su despacho, sacó un llavero que no tenía nada que envidiar al de San Pedro y escogió una pequeña llave. Abrió la puerta. En el interior había decenas de frascos perfectamente cerrados y etiquetados. El químico retiró los de la primera fila en una de las

estanterías. Con cara de sorpresa hizo lo mismo en otra balda. Cuando intentó en la tercera, estaba pálido y sudaba.

—¿Qué ocurre, licenciado? —preguntó Salazar.

—¡No está! ¡No comprendo, el frasco estaba aquí, podría jurarlo!

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace seis meses. Hacemos inventario en abril y noviembre.

—Entonces fue en Abril —precisó Sofía.

—¡Sí! ¡Les juro que estaba aquí! —casi les gritó Zúñiga, visiblemente alterado—. ¿Por qué quieren saber acerca del Malatión? ¿Qué buscan?

—Fue usado en un homicidio.

El químico palideció hasta el punto que Néstor temió que se desmayara.

—¿Quién más tiene llave de este armario, señor Zúñiga?

—Yo... yo soy el único, pero les juro...

—¿Conocía usted al concejal Belmonte?

—¿A quién? No, no me suena. La política no me interesa mucho.

—¿Ha heredado alguna propiedad en los últimos años?

—¿Qué? No, claro que no. Mis padres están vivos y dependen de mí.

—¿Algún tío?

—No tengo tíos, los dos son hijos únicos. Oiga, no sé qué relación puede tener con el Malatión, pero nunca he recibido una herencia, y es seguro que nunca la recibiré.

—¿Alguien que usted conozca se interesó por el Malatión?

—En el Malatión específicamente no, pero la fórmula despertó el interés del equipo, de toda la Facultad de Agronomía, de los viticultores de la zona, y por supuesto, de las autoridades de la universidad.

—¿Incluyendo al rector?

—Sí, por supuesto.

—¿Alguna vez se le quedaron las llaves, o las dejó en algún lugar extraño? ¿En el coche, en un restaurante?

—No soy un irresponsable, inspector —respondió el científico ofendido—. En este laboratorio se guardan sustancias incluso más peligrosas que el Malatión. Siempre llevo las llaves conmigo.

—¿Cuáles son esas sustancias? —preguntó Salazar interesado.

—Bueno, hay cianuro, por ejemplo, también arsénico. Los usamos en la preparación de algunas fórmulas para el control de plagas.

—Muy bien, señor Zúñiga, una última pregunta. ¿Tiene alguna idea de quién puede haberse llevado el frasco de Malatión concentrado? Piénselo bien antes de responder, por favor.

El químico meditó por un momento. Tenía la frente perlada de sudor. La idea de que el veneno que guardaba en el armario de su laboratorio hubiera sido usado en un homicidio, lo horrorizaba.

—No se me ocurre nadie, inspector. Todas las personas que conozco son científicos, estudiosos, ninguno con tendencias criminales.

—Sin embargo, uno de ellos cometió un homicidio. Manténgase localizable, y si decide salir de la ciudad, avise a las autoridades locales.

—¿Soy sospechoso? —preguntó el catedrático con un hilo de voz.

—Eso me temo, —confirmó Salazar— pero no se preocupe, hay otros sospechosos más creíbles que usted. ¡Ah! Y una cosa más, deposite las llaves en esta bolsa de pruebas —le ordenó, sacándola del bolsillo interno de su gabán—. Este laboratorio quedará clausurado hasta nueva orden. Vendrá un equipo de la científica para tomar huellas y buscar evidencias. Colabore con ellos por favor.

En el camino de vuelta a Haro, Sofía no pudo evitar preguntarle a Néstor qué quiso decir con que había otros sospechosos más creíbles que Zúñiga.

—Es un pringado, pero no es el asesino —respondió el inspector.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El asesino tuvo que acercarse a Belmonte, ¿verdad?

—Sí, desde luego, el envenenamiento se produjo por contacto.

—Así que tiene que ser una de las personas que aparecen en las fotos rodeando al concejal.

—Sí, y estoy de acuerdo que la mayoría eran vecinos de Haro, lo cual descalificaría a Zúñiga, que vive en Logroño, pero te recuerdo que hay una persona que no hemos podido identificar. El tío de la capucha.

—Delgado y menudo. No tiene nada que ver con el aspecto del químico. Y te aseguro que esas características no se pueden cambiar.

—Habló el rey del disfraz —se burló Sofía—. ¿Entonces hemos perdido el tiempo?

—Al contrario, creo que hemos avanzado bastante. El hecho de que no fuera Zúñiga quien le suministrara el veneno a Belmonte, no significa que sea del todo inocente. Podría haber actuado con algún cómplice, o haber permitido que el asesino se hiciera con el Malatión, tal vez sin su conocimiento. En cualquier caso, creo que hemos dado con el origen del veneno, y eso es importante.

—Pero si el asesino consiguió el Malatión en el laboratorio de Zúñiga, y este no se separa nunca de las llaves...

—Debemos investigar el entorno del catedrático. Tal vez allí encontremos alguna respuesta.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, ambos estaban de vuelta en Haro, luego de haberse detenido en un caserío del camino, y haber comido las mejores «pochas con codornices» que habían degustado en su vida. Aunque en realidad, Sofía las probaba por primera vez. A su llegada los esperaba un mensaje de Navas, de balística, pidiéndoles que se pasaran por el laboratorio. Salazar hubiera preferido una buena siesta después de semejante almuerzo, pero el deber llamaba. Una vez en los predios de la científica se dirigieron a dactiloscopia, donde los esperaba un entusiasta técnico con unos resultados que no sorprendieron a nadie. Después fueron al despacho de Navas, que les entregó un informe, en el cual se confirmaba que la bala que mató a Matilde fue disparada por el arma que encontraron en el piso de Carolina. El círculo se cerraba. Ahora solo restaba confrontar a la pareja con aquellos resultados.

Llegados a la comisaría, Salazar ordenó que llevaran a Cortés a la sala de interrogatorios, pero que antes avisaran a su abogado. Una hora después les notificaron que todo estaba listo. Subieron al tercer piso. Allí encontraron a un Felipe Cortés que lucía cansado y desarrapado, más que el propio Salazar. La corbata estaba ausente, la chaqueta manchada y arrugada, y la camisa por fuera de los pantalones. Una imagen muy diferente del atildado funcionario seguro de sí mismo del día anterior. Por lo visto, los esfuerzos de su abogado por liberarlo habían sido infructuosos, y eso lo mantenía bajo presión. Justo lo que el inspector necesitaba.

—Perdone que no hayamos venido a verle antes, señor Cortés, pero estuvimos ocupados en algunas indagaciones. ¿Cómo ha pasado la noche?

—¡Pagará usted caro por esto, inspector! Me aseguraré que lo envíen a vigilar el tráfico en el pueblo más recóndito del país. No volverá a levantar cabeza después de la humillación a la que me ha sometido.

—¡Le conviene calmarse, señor!

—Mi cliente ha sido retenido sin evidencia —intervino el abogado—. Ya reconoció que compró la droga para uso propio y de su novia, que no tenía intenciones de venderla. Ustedes no han podido demostrar que se dedique al tráfico, y no podrán hacerlo porque nunca ha tenido que ver con ese delito. Su retención aquí es ilegal.

—No tan deprisa, señor abogado. Tenemos las declaraciones de la señorita Carolina Sanz, quien afirma que ella vendía el éxtasis en la universidad a otra pareja, y compartía las ganancias con su cliente. Pero tiene usted razón en algo, no teniendo antecedentes como traficante y con las evidencias que contamos, el juez debería haberle concedido una fianza.

—Me alegra que nos entendamos, señor inspector —dijo el letrado satisfecho, mientras se levantaba de la silla con la intención de marcharse. Su cliente lo imitó con una sonrisa de superioridad.

—No tan deprisa, licenciado —lo interpeló el inspector, haciéndole un gesto al guardia de la puerta para que impidiera a cualquiera salir—. Si el juez lo ha retenido no ha sido por el trapicheo de la droga.

—¿Ah, no? No tengo conocimiento de otros cargos que se le imputen a mi cliente.

—Es porque han surgido nuevas evidencias.

—¿Qué clase de evidencias? —preguntó Cortés, sin poder disimular su ansiedad.

—Durante el registro del piso de la señorita Sanz, se encontró un bolso con ropa deportiva que ella nos informó que le pertenecía a usted. Al examinar su contenido, envuelto en un chándal se halló un revolver. Las pruebas de balística demostraron que se trata del arma que se usó en el asesinato de Matilde Godoy.

—¡Por Dios! ¡Ella lo hizo! ¡Ella mató a Matilde! —gritó Cortés, al borde de la desesperación. Salazar tuvo que reconocer, con cierta envidia,

que era un actor fabuloso—. Ahora lo comprendo todo... Sus escenas de celos... Debió enterarse de lo mío con Matilde, me siguió y la asesinó.

Sofía miró con sorpresa al detenido. No esperaba ese argumento. El abogado parecía más confundido que ella. Había acudido a defender un trapicheo y se encontró con un homicidio. Salazar permaneció un momento en silencio, luego comenzó a aplaudir, al principio con movimientos lentos y espaciados, luego con mayor ímpetu.

—¡Bravo! ¡Grandiosa actuación, señor Cortés! —expresó con entusiasmo, mientras se ponía de pie y seguía aplaudiendo. Luego se sentó de nuevo, volvió a contemplar al sospechoso y comenzó a hablar con lentitud—. Le he hablado de las pruebas de balística, pero aún no le he contado lo que encontré dactiloscopia.

—No pudo encontrar nada —respondió Felipe, muy seguro de sí mismo—. Mis huellas no estaban en esa arma.

—Tiene razón —reconoció el inspector—. Usted siempre usó guantes para manipular el arma, e incluso tuvo esa precaución con el bolso, pero ¿qué me dice del resto del contenido?

—¿La ropa? La ropa no...

—¿La tela no conserva las huellas? Bien, eso es discutible. Hay nuevos procedimientos... —Cortés palideció— pero tiene razón, no contamos con esos recursos. Sin embargo... En el bolso se encontraron impresiones dactiloscópicas de la señorita Sanz, el arma estaba limpia, por supuesto, y la ropa no nos resulta útil pero... hay un par de zapatillas. Cuero y material sintético. Allí encontramos la huella parcial de un índice y parte de la palma. Por otro lado, el chándal tiene un logotipo de marca. ¿Es usted seguidor de las marcas, señor Cortés? Porque en el logo sintético dejó la bonita huella del pulgar.

Felipe se cubrió la cabeza con las manos al comprenderse descubierto. El abogado suspiró.

—En vista de los acontecimientos, me gustaría hablar a solas con mi cliente —solicitó el licenciado, comprendiendo que la balanza se inclinaba esta vez a favor de la policía.

## Capítulo treinta y cuatro

Quince minutos después, el guardia dio aviso a los policías que el detenido estaba listo para continuar el interrogatorio. Salazar y su compañera regresaron a la sala. Felipe Cortés había perdido todos sus aires de superioridad. Parecía un globo que ha sufrido un pinchazo.

—Mi abogado me aconseja que colabore con ustedes para que hablen con el juez.

—Buen consejo, señor Cortés. Dadas las evidencias, no tendría caso negar lo que ya sabemos. Usted mató a Matilde Godoy —el reo asintió.

—¿Qué más quieren saber?

—¿La señorita Sanz es su cómplice?

—No, ella no sabía nada de Matilde.

—Muy bien, entonces permítanos escuchar su versión de la historia —lo invitó Néstor, mientras operaba el portátil para grabar la entrevista.

Cortés suspiró, haciendo acopio de valor, luego comenzó a hablar.

—Éramos tres chicos, con más hambre que vergüenza y dispuestos a comernos el mundo.

—¿A quiénes se refiere concretamente?

—Luis y Juanjo Belmonte, además de mí. Los tres nacimos y crecimos en el mismo barrio donde Juanjo murió, en medio de la más abyecta pobreza. En la calle veíamos a otros chicos viajando en autos lujosos, vistiendo buena ropa, con juguetes en las manos que nosotros nunca podríamos tener. Hicimos un juramento, que saldríamos de aquel maldito agujero a cualquier precio. Nos unimos al partido porque consideramos que la política podía proporcionarnos la oportunidad de medrar. Nos complementábamos bien como equipo. Juanjo era el carismático, caía bien, la gente confiaba en él, aunque era un cabrón. Luis tenía contactos en los

bajos fondos. Sabía moverse entre los sujetos más peligrosos. Y yo, yo siempre tuve el cerebro. Era capaz de planificar las estrategias más astutas para lograr nuestro objetivo. Todo comenzó cuando José Antonio Rivas, el candidato más prometedor para la concejalía, escogió a Juanjo como su secretario y protegido. Las cosas iban bien para Juanjo, y eso significaba que irían bien para nosotros. Entonces Rivas murió repentinamente poco antes de la elección, y perdimos.

—Debió resultar un duro golpe —intervino Sofía.

—Al principio pensamos eso, pero no nos íbamos a resignar. Lo más importante ya lo teníamos, la confianza de Duero en Juanjo para que este sustituyera a Rivas en su carrera política. Por su lado, Belmonte convenció a don Francisco para que me contratara como secretario. Solo nos hacía falta elaborar un plan que nos permitiera recabar fondos suficientes para la campaña. Fue cuando se nos ocurrió que podíamos sacar provecho de los bienes heredados. Sus nuevos dueños no los habían trabajado, algunos ni siquiera los esperaban, así que se deshacían de ellos con cierta facilidad si les creaban muchos problemas, y yo tenía acceso a esa información por el pago de derechos sucesorios.

—Fue cuando elaboraron la red de extorsión —concluyó Salazar. Cortés asintió.

—Pero Belmonte aún no era concejal —intervino Sofía—. ¿No necesitaban esa condición para poder hacer funcionar la red?

—Una vez pasado el tiempo sí. La función de Juanjo era utilizar su poder político para retrasar el proceso de desalojo todo lo posible, pero esa necesidad sabíamos que surgiría más tarde, en un principio solo requeríamos la información de una o dos propiedades, la inmobiliaria para que llevara a cabo las compras, y un negocio para lavar el dinero.

—Las bodegas San Cirilo.

—Sí, es correcto. Recuerde, subinspectora, que en condiciones normales, un propietario puede tener que esperar hasta dos años para desalojar a los okupas. Fue un éxito. Compramos dos pisos casi regalados, les pagamos a los okupas lo previamente acordado para que se fueran, y los vendimos a su verdadero valor. La ganancia fue fabulosa.

—¿De dónde salió el dinero? —preguntó el inspector.

—¿A qué se refiere?

—Acaba de confesar que usted y sus amigos Belmonte no tenían dónde caerse muertos, pero compraron dos pisos, que debían representar una buena cantidad, por baratos que los obtuvieran. ¿De dónde salió el dinero?

—¿Acaso importa?

—Mucho —insistió Salazar—. ¿De dónde?

—Duero.

—¿Es parte de todo esto?

—¿Don Francisco Duero y Olvera? —Felipe soltó una risa sarcástica—. El buen director de Asuntos Sociales cree que haber renunciado a su título aristocrático lo convierte en un hombre del pueblo, mientras disfruta de rentas que desearía para sí el rey de España. Ese tío no ha tenido un trabajo de verdad en su vida. Es cómodo, así que cuando Juanjo le aseguró que yo era de completa confianza, dejó todos sus asuntos en mis manos. Los de la dirección y los personales.

—Eso significa que le robaste el dinero para la compra de los pisos —sentenció Néstor, comprendiendo.

—Yo no le robé nada —protestó Cortés—. Lo tomé prestado. Un poco de aquí, otro de allá. Al cabo de un par de semanas lo repuse. En cuanto se vendieron los pisos. El tipo nunca se dio cuenta. Con la ganancia invertimos en la campaña de Juanjo y ganamos.

—A partir de allí consolidaron la estafa —concretó Salazar.

—Con la concejalía en nuestro poder todo fue más fácil —respondió Cortés, que parecía orgulloso de sus hazañas—. Claro, que necesitábamos gente en la policía y los juzgados que retrasara los trámites de los dueños de los inmuebles.

—Y es ahí donde entra Matilde —apuntó Salazar.

—Sí, ella era muy importante para nosotros, así como un secretario en los juzgados. Ambos traspapelaban las denuncias para que no prosperaran.

—Nos dará el nombre de ese secretario —le ordenó Néstor. Cortés miró a su abogado, que asintió. No tenía alternativa—. ¿Cómo entró Matilde en este asunto?

—Luis se encargó de reclutar al secretario de los juzgados. Tenía deudas de juego y no fue difícil convencerlo, pero en el caso de la policía no fue

tan fácil encontrar un candidato. Ustedes cuidan más las apariencias. Saben cómo protegerse. Una noche acudí al comedor social para recoger un libro contable para Duero. Fue cuando conocí a Matilde. Al principio no se me pasó por la cabeza que podría servir a nuestros planes, pero hablando con ella me di cuenta de dos cosas: se encontraba en un cargo privilegiado para llevar a cabo la tarea que requeríamos, y era una solterona que lamentaba su condición. Después de acordarlo con mis socios, la enamoré. Una vez estuve seguro que haría cualquier cosa para no perderme, la convencí de participar en el negocio. Al principio se resistió un poco, le remordía la conciencia, pero después que comenzó a entrar el dinero y cambió su estilo de vida, fue encontrando razonamientos que le permitían justificarse a sí misma. Al cabo de un tiempo, ya no le importó. Era una más de nosotros.

—Continúe.

—Todo fue de perlas. El dinero entraba a espuestas. Algunos se quejaban, los propietarios, pero cuando alguien metía las narices, lo espantábamos desprestigiándolo. Lo llamábamos enemigo del pueblo, un calificativo que nadie quiere recibir. Era lo más astuto del plan, aquellos a quienes explotábamos eran nuestro mejor escudo.

—Parece orgulloso de lo que hizo —apuntó Salazar, con un gesto de repulsión.

—Salimos de la pobreza ¿no? Era nuestro objetivo.

—¿Qué pasó con el concejal? ¿Por qué lo eliminaron? ¿Se salió del redil?

—¿Juanjo? ¡Claro que no! ¿Qué le hace pensar que fuimos nosotros los que lo asesinamos? Juanjo era nuestra mejor baza, el que movía los hilos dentro del ayuntamiento. Su asesinato ha ocasionado nuestra caída. ¿Cree que usted hubiera descubierto el entramado de extorsión a su muerte, si hubiera sido algo planificado?

—¿Tiene idea de quién lo mató?

—Ninguna. Me lo he preguntado desde aquel fatídico día del mitin.

—¿Qué pasó con Matilde?

—Después de la muerte de Belmonte, y de que usted descubriera lo de las extorsiones, le volvieron a entrar los temores. En concreto, le tenía miedo a usted. Lo consideraba una especie de brujo que adivinaría que ella

formaba parte de la banda, y que iría a por ella, por eso decidió matarlo, pero no se lo consultó a nadie.

—¿Hubiera supuesto alguna diferencia de haberlo consultado? —preguntó Salazar.

—Por supuesto. No se mata a un policía sin consecuencias, y menos usando para ello a un yonki inútil. Fue una torpeza. Cuando su sicario de medio pelo fracasó, cuando después ella lo mató, supe que era cuestión de tiempo que la detuvieran, y que confesara todo. ¿Sabe que me pidió ayuda para deshacerse del cuerpo del yonki?

—¿Y usted se la proporcionó?

—¡Desde luego que no! Con los errores que Matilde había cometido era suficiente. Le pedí que me esperara en su piso, que tomaríamos una copa y haríamos planes para que la investigación no diera con ella. Como si eso hubiera sido posible.

—¿Cómo la convenció?

—Le prometí que me haría cargo de usted.

Un frío le recorrió la espalda a Salazar. Su vieja amiga Matilde estaba decidida a matarlo. De no haber sido ella misma víctima de asesinato, quien sabe si al final lo hubiera logrado.

—De acuerdo, ¿qué más ocurrió?

—Fui a su casa. Ella me esperaba con una botella de vino abierta. En cuanto se volteó a mirarme le disparé. Créame, fue un alivio. Ya no soportaba fingir que la amaba.

Salazar parpadeó. Había leído mucha información acerca de los psicópatas, y por su trabajo le había tocado interrogar a más de uno, pero este se llevaba la palma.

—Haré llegar al juez sus declaraciones —dijo finalmente el inspector—. Él determinará la fecha del juicio. Mientras tanto, pasará a prisión preventiva, y estará disponible para ser interrogado cuando la policía considere necesario. Suerte, señor Cortés —concluyó cogiendo los informes, el ordenador y levantándose, mientras pensaba que no le había aclarado al reo si la suerte que le deseaba era buena, o mala.

## Capítulo treinta y cinco

Lucas lloraba sobre el cuerpo inerte de su hermano. Su padrastro huyó en cuanto él entró en la cocina, después de escuchar cómo la botella de vino se estrellaba contra el suelo. Él le había gritado algo, «asesino», creía, ya no lo recordaba, todo transcurría como en un sueño. Irreal. Escuchó ruidos en las escaleras. Vecinos gritando, su padrastro gritando. Lucas no les prestó atención, solo tenía ojos para su hermano, tendido en el suelo sin moverse, sin respirar. Su madre también estaba allí. Llegó después que todo había pasado, gritaba y lloraba, presa de un ataque de nervios. El chico tampoco le prestó atención. En cierto modo la consideraba responsable, porque pese a sufrir una y otra vez el maltrato de su nuevo marido, pese a que algunas veces también se ensañaba con Lucas, ella siempre lo justificaba y lo perdonaba. Y él volvía a beber, y volvía a golpearlos.

Siempre había temido que algo así ocurriera, pero nunca llegó a imaginar que la víctima fuera su hermano Gabriel. Su padrastro solía ensañarse con su madre, y cuando Lucas trataba de evitarlo, interponiéndose, también lo maltrataba a él, pero Gabriel era un chiquillo dulce e ingenuo, que se acurrucaba en un rincón de su habitación, cubriéndose la cabeza y llorando mientras se desarrollaban las trifulcas. Nunca se enfrentó a su padrastro, que se contentaba con ignorarlo. Todos querían a Gabriel. Y al final un estúpido error, la caída de una maldita botella de vino, fue la causa de su muerte. Lucas odiaba a su padrastro, odiaba el vino y estaba muy enfadado con su madre. Sentía que todos le habían fallado, incluyendo a su padre, por morir y dejarlos solos.

El muchacho no fue consciente de cuánto tiempo pasó hasta que llegó la policía. Reconoció entre los agentes a Pablo, el que fue el mejor amigo de su padre. Cuando volvió a la realidad, comprendió que su casa se había

llenado de agentes. Su madre ya no estaba allí. Preguntó por ella, y una joven le informó que se la había llevado una ambulancia porque sufrió una crisis de nervios. También le dijo que ya no tendría nada que temer. Los vecinos impidieron que su padrastro huyera, por lo que ahora estaba detenido. Era poco probable que volviera para lastimarlos.

Pablo se le acercó. Con suavidad lo convenció de que se apartara de su hermano, pues debían llevárselo también. No le hablaron de la morgue, ni de la necesidad de practicarle una autopsia de cara a la investigación. Aquello lo sabría después. Lucas obedeció, demasiado impactado para rebelarse. Al cabo de unos minutos llegó una mujer con actitud muy seria, pero su expresión se dulcificó en cuanto escuchó el relato de lo ocurrido y vio a Lucas. Se llamaba Pilar García, y se anunció como la trabajadora social.

—No te preocupes, todo saldrá bien —le prometió, luego miró a Pablo—. ¿Hay algún familiar que pueda ocuparse de él?

—Tiene un hermanastro mayor. Hijo de su padre. Se marchó de casa hace algunos años, pero creo que tengo su teléfono en alguna parte. Lo buscaré y se lo daré.

—¿Su hermanastro vive en Haro? ¿Cree que podría recoger hoy mismo a Lucas?

—No, me temo que Santiago vive en Tenerife. Además, creo que tendrá que hablar con él primero. Es muy suyo, ¿sabe?

Pilar lo miró sin comprender del todo a qué se refería, pero si el hermano vivía en otra provincia, el chico tendría que pasar uno o dos días en un centro de acogida, idea que no le gustaba en absoluto. Era partidaria de que todos los niños permanecieran en el seno de una familia, pero en este caso no había alternativa. Con la madre hospitalizada por una crisis nerviosa, que según los médicos tenía mal pronóstico dado su historial de depresión, el padrastro detenido y en vías de juicio, nada menos que por el asesinato de su propio hijastro, el hermano mayor en paradero desconocido por el momento, la única opción que quedaba para Lucas era ser llevado a un centro de menores. Pilar esperaba que por poco tiempo, si lograba dar con el hermano y convencerlo de hacerse cargo del chaval.

La trabajadora social ayudó a Lucas a empacar en una pequeña maleta lo más necesario, mientras hacía lo posible por minimizar las preocupaciones del muchacho acerca de su destino. Lucas no pensaba en eso, sino en su hermano, al que ya no volvería a ver. Siguió a Pilar hasta su coche y al cabo de unos minutos llegaron a una amplia calle de edificios con fachada de piedra. A Lucas aquel lugar le pareció muy lujoso, por lo que le sorprendió la reticencia de la trabajadora social. A él le daba lo mismo. Era consciente que su vida nunca volvería a ser igual.

Cuando entraron le pareció hacerlo en una escuela, de no ser por las rejas que se cerraron a sus espaldas. Entonces se sintió en una prisión. Pilar lo condujo hasta el despacho del director, pero lo dejó esperando en la antesala, mientras una simpática secretaria le ofrecía un caramelo, que él rechazó. Al cabo de unos minutos, la trabajadora social apareció y se lo encomendó a la joven, quien lo condujo con todo y maleta hasta una habitación con media docena de literas. Le asignó una cama, así como un baúl donde podría guardar sus pertenencias. Le instruyó acerca de los horarios de las comidas, las clases, y los reglamentos fundamentales del centro.

Aquella noche, apenas Lucas se acostó a dormir, comenzó a llorar en silencio. Le habían asignado la parte de arriba de la litera. Al cabo de unos minutos, el chico de abajo, que tenía más o menos su edad, golpeó con el pie la base del colchón.

—¡Oye tú! ¡Nuevo!

Lucas se enfadó ante los modales poco ortodoxos de su compañero.

—¿Qué quieres?

—¿Estás llorando?

—¡No!

—Pues serás el único, colega. Todos lloramos la primera noche que pasamos aquí. Hasta «El Buey», que es el más duro de nosotros. ¿Por qué te trajeron?

—¿A ti que te importa?

—Te crees muy duro ¿eh? Ya veremos si te sigues comportando así después de unas semanas en este lugar.

—No me quedaré tanto tiempo. La trabajadora social dijo que serían solo un par de días. Luego me iré a vivir con mi hermano.

—¿Eso te dijo? No te hagas ilusiones, tronco, es lo que nos han dicho a todos. Siempre hay un tío, un abuelo, un hermano, o un primo, que seguro nos llevará a su casa y nos recibirá como uno más de su familia, pero todavía no he visto que pase desde que ocupo esta cama.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Lucas, sintiéndose menos seguro de sí mismo.

—Pues tengo doce años y estoy aquí desde los cuatro, así que más respeto a la antigüedad.

—¡Déjame en paz! ¡Eso no me va a pasar a mí! ¡Mi hermano vendrá por mí en cuanto sepa lo que ocurrió!

—Sí, claro —respondió el chico, incrédulo—. ¿Y qué ocurrió?

—Ya te dije que no es asunto tuyo.

—Tranquilo colega. Esto tampoco es tan malo. Podemos comer tres veces al día, nos dan ropa y zapatos de nuestra talla, aunque sea un uniforme. Además, hay calefacción en invierno, y nos dan una manta extra. Es mejor que la calle, eso seguro, según lo que cuentan los que vienen de allí.

—¿Tú vienes de la calle?

—¿Yo? No, tronco, a mí me trajo una tía que según no se podía hacer cargo de mí, pero eso fue hace muchos años. Ya ni me acuerdo de ella.

—Eso no me va a pasar a mí —volvió a decir Lucas, como si repetirlo como un mantra pudiera convertirlo en realidad.

—Lo que tú digas —cedió el otro chico.

Al día siguiente, el director lo hizo llamar en medio de una clase. Lucas comprendió que el asunto debía ser serio. Tal vez Santiago ya había llegado para sacarlo de ese lugar. Aunque no era lúgubre, ni se parecía a los orfanatos de las historias que él había leído, tampoco era un hogar. Se parecía más a una escuela. Una de la que nunca salías para ver a tus padres.

Cuando entró en el despacho del director, encontró a Pilar que lo esperaba allí. La expresión de la trabajadora social hizo comprender al chico que las noticias que lo esperaban no eran buenas.

—Hola Lucas, pasa. ¿Has dormido bien? —preguntó la mujer con demasiada amabilidad.

—Sí.

—Siéntate Lucas, tenemos que hablar.

—No va a venir, ¿verdad? —concluyó el muchacho, sin siquiera acercarse a una silla.

—Lucas...

—¡Santiago no va a venir a por mí! —gritó, poniendo en palabras el temor que sentía desde que entró al centro de menores—. ¡No quiere saber nada de mí!

—Escucha Lucas, no es que tu hermano no te quiera, es que algunas veces los adultos...

—¡No me mienta! —explotó el muchacho—. ¡Mi hermano siempre me ha odiado, aunque nunca he comprendido por qué!

—Lucas, no te lo tomes así —trató de tranquilizarlo la buena mujer.

—¡No! ¡Ya basta! —le dijo con los ojos bañados en lágrimas—. Desde que mi padre murió todo ha ido de mal en peor. Mi madre no nos quiso lo suficiente para protegernos de mi padrastro, Santiago se fue de la casa en cuanto le fue posible. No le importamos. Ahora Gabriel está muerto y yo recluido en este lugar quien sabe hasta cuándo, como si cumpliera una condena.

—No hables así jovencito, esto no es una cárcel —intervino el director.

—Tampoco es un hogar. No es mi hogar —refutó el muchacho, mientras salía corriendo del despacho.

Tanto la trabajadora social como el director fueron tras él, pero Lucas era mucho más rápido y cuando alcanzó un recodo del pasillo vio a su compañero de litera haciéndole señas desde el hueco de la escalera. Lucas se sorprendió mucho, pero en ese momento, en los que menos confiaba era en los adultos, así que corrió en dirección al otro chico. El muchacho le hizo señas de que guardara silencio, rodó una alfombra que casi no se distinguía en la oscuridad del hueco, y levantó una trampilla. Unas escaleras metálicas descendían hacia un sótano. El otro muchacho cerró la trampilla a sus espaldas y bajó con él. Lucas comprendió que aquel lugar era una antigua bodega. Incluso quedaban algunos barriles dispersos. Supuso que

estaban vacíos. Cuando llegaron al último peldaño, el muchacho volvió a hablar.

—No te preocupes —le dijo— el primer chico que pase por allí volverá a poner la alfombra en su sitio. Es el acuerdo. Este es nuestro lugar secreto. Aquí nos reunimos a hablar, a fumar, o cuando queremos estar solos, venimos aquí a llorar. Ningún adulto pisa este sótano. —Lucas se secó las lágrimas sin decir nada—. Tu hermano no viene ¿verdad?

Lucas negó con la cabeza y volvió a romper en llanto.

—Todo saldrá bien, colega. Ahora eres uno de nosotros, y si tu hermano de sangre no te quiere, aquí tienes uno nuevo, aunque solo sea de penurias.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo treinta y seis

—Y bien. ¿Qué opinas? —preguntó Sofía, cuando ya estaban en la oficina, después del interrogatorio de Cortés—. ¿Dice la verdad?

—¿Acerca de la muerte de Matilde? Seguro. No hubiera confesado de haber tenido alguna alternativa.

—No, me refiero a la muerte del concejal. ¿Crees que en realidad no tuvo nada que ver?

Néstor se quedó un momento en silencio, pensando antes de comenzar a responder.

—Estoy seguro que nuestro amigo, el señor Cortés, hubiera sido capaz de eliminar a sangre fría a Belmonte sin sentir ningún remordimiento, pero no creo que fuera él.

—¿Por qué?

—En primer lugar, por lo que él mismo argumentó. La muerte del concejal no le reportaba ningún beneficio, sino al contrario, perjudicó a todos los que estaban metidos en la estafa.

—¿Y si hay algo más que no sabemos? ¿Un motivo más personal? —insistió Sofía.

—Eso también te lo respondió el mismo Cortés. De haber sido un crimen planificado y ejecutado por cualquiera de ellos, hubieran ocultado las pruebas de la extorsión antes de que la policía metiera las narices en sus asuntos, pero en cambio todo esto los tomó por sorpresa.

—¿Cuál es la segunda razón?

—El *modus operandi* no encaja con Cortés. Quiero decir, nuestro amigo es meticuloso como el asesino, pero no tiene los conocimientos suficientes. El que mató a Belmonte sabe manejar este tipo de venenos. De no ser así, hubiera corrido un riesgo enorme cuando llevo a cabo el homicidio. Cortés

tal vez sea maquiavélico, inteligente y peligroso, pero no creo que se haya acercado a un pesticida, sino cuando se ocupa de las plantas en su casa, si es que las tiene.

—¿Entonces a quién buscamos?

—Creo que tenemos la respuesta frente a nuestras narices, solo que no somos capaces de verla.

Sofía se encogió de hombros, demasiado cansada para discutir. Ya comenzaba a oscurecer, cada día más temprano conforme se acercaba el invierno. Salazar terminó de redactar el informe sobre la muerte de Matilde, incluyendo la confesión de Felipe Cortés. El caso estaba cerrado. Las repercusiones serían al día siguiente, cuando se supiera en el ayuntamiento que uno de sus funcionarios de confianza era el asesino a sangre fría de la secretaria de la policía. Aquello levantaría ronchas, eso seguro.

Después de terminar de escribir, Néstor invitó a Sofía a cenar en «La Callecita». Ella aceptó, con la condición de que él tocara la guitarra. Se conformaba con una canción. Salazar protestó en un primer momento, quizá por timidez, aunque en el fondo se sentía encantado de que a ella le hubiera gustado su música, que quisiera volver a escucharla. Finalmente aceptó.

Cuando llegaron al bar, Gyula sonrió al verlos juntos, los condujo a su mesa habitual y les prometió la mejor cena que pudieran imaginar. Cumplió. La sopa de ajos a la riojana fue lo mejor que Sofía había probado hasta ese momento. Fiel a su palabra, Néstor tocó la guitarra para alegría de Gyula, pero no pudo limitarse a una canción. Al cabo de un par de horas, cuando concluyó el concierto porque ya le dolían los dedos, salieron del bar, cada uno en dirección a su casa.

Salazar subió las escaleras, entró en su piso y encendió la luz. Desde que tenía la familia felina como huésped no se atrevía a caminar en la oscuridad, no fuera a pisar algún gatito por error. Como siempre, lo recibió un coro de maullidos, que más bien parecían chillidos de ratón. Los gatitos crecían sanos y fuertes, gracias a Gyula que cuidaba mucho la alimentación de la madre.

Néstor se quitó el gabán, la chaqueta y la corbata como siempre hacía. Luego se tendió en el sofá, y como ya se había vuelto costumbre, Paca saltó

sobre él para acurrucarse en el hueco que quedaba entre su cuerpo y el respaldo. Allí dormitaba mientras él le acariciaba el lomo.

—¿Qué tal tu día, Paca? Supongo que estos diablillos te han mantenido ocupada.

—Maaaauuuu.

—Cerramos el caso de Matilde ¿sabes? Sin embargo, la muerte de Belmonte se nos resiste.

Paca no respondió, pero Néstor había retirado la mano de su lomo para gesticular, y ella protestó tocando un par de veces el antebrazo del inspector con su pata. Como en un acto reflejo, él volvió a acariciarle.

—Hay algo que se nos ha escapado, estoy seguro. ¿Volvemos al principio?

—Maaaauuuu.

—Belmonte acude al mitin con la intención de anunciar su candidatura a la alcaldía. Su equipo está presente, pero ninguno de ellos es el asesino, porque la muerte del concejal ocasionó su caída. Tampoco fue ningún propietario estafado, ya los investigamos y todos tienen coartada, así como los políticos de los partidos contrarios que podrían beneficiarse de la salida del juego de Belmonte —el inspector hizo una pausa—. ¡Espera! ¡Hemos sido unos torpes! En realidad no hemos investigado el entorno personal del concejal. Nos limitamos a su equipo, pero debe haber otras personas. Un sujeto narcisista como Belmonte necesita aduladores.

—Maaaauuuu.

—Tienes razón. Allí está Cortés, cortado por la misma tijera que Belmonte. Tenía a su novia y al mismo tiempo mantenía amores con Matilde. ¿Y si el concejal tenía una amante además de Celia? ¿Cómo se lo hubiera tomado la señora Solís? ¿O la amante? ¡No sabes de lo que es capaz un amor despechado!

—Maaaauuuu.

—Lo siento supongo que entre los gatos las cosas son diferentes ¿no?

—Maaaauuuu.

—Pero volviendo a nuestro asunto, creo que debemos concentrarnos en el entorno más íntimo de Belmonte y considerar un motivo personal, también averiguar quién sustrajo el Malatión del laboratorio de la

universidad. Mañana Sofía se pondrá con la lista que nos dio el rector. También espero que llegue pronto la respuesta del laboratorio estadounidense, con la lista de los que tienen acceso a la segunda piel. Allí podría estar el nombre del asesino en blanco y negro.

—Fzzzzz —protestó la gata, cuando Néstor cambió de posición y dejó de acariciarla.

—Creo que llegó la hora de dormir, Paca. Mañana será un día muy ocupado. Para ti también —añadió mirando en dirección a los gatitos.

Paca se limitó a saltar del sofá para refugiarse en el rincón donde la aguardaban sus hambrientos cachorros, acurrucados en una cesta por la que Gyula había sustituido la improvisada caja.

Al día siguiente Sofía ya lo esperaba en la comisaría. Néstor notó que estaba agitada, por lo que comprendió que había novedades.

—Buenos días. Dispara.

—Buenos días, jefe. Tenemos respuesta del laboratorio americano.

—¿Y bien? ¿Algún conocido se relaciona con esa novedosa segunda piel?

—Sí. Hay un nombre relevante en la lista de voluntarios para las pruebas experimentales.

—¡Genial! ¿Quién es?

—No te alegres todavía. Se trata de Belmonte.

—¿Del hermano? ¿De Luis?

—No. Del concejal.

Salazar no pudo evitar un gesto de sorpresa. Eso no se lo esperaba.

—¿Juan José Belmonte participó en el estudio de un producto para las arrugas? ¿Por qué? Quiero decir, comprendo que siendo una figura pública quisiera lucir bien, pero ni siquiera tenía edad para preocuparse todavía por eso.

—Tal vez sufría de algún problema dermatológico. Al parecer la segunda piel no solamente tiene funciones cosméticas, sino para el tratamiento de ciertos problemas de la piel. Al menos, eso es lo que dice el informe del laboratorio.

—¡Averigüémoslo! Podemos interrogar a su hermano al respecto. Si Juan José sufría de algún problema de salud, él debe saberlo.

—De cualquier forma, esto ha resultado un callejón sin salida.

—No del todo —refutó el inspector—. Si bien no nos proporciona una respuesta rápida, nos da un hilo del cual tirar.

—¿A qué te refieres? Si el propio Belmonte obtuvo la segunda piel, eso nos ciega el camino para llegar hasta el asesino a través de ella.

—Nos señala algo importante. Quien haya asesinado al concejal era lo suficientemente cercano a él para saber que disponía de ese producto, y para sustraérselo sin que se enterara.

—Sí, tienes razón —admitió Sofía, recuperando un poco de confianza—. Es un dato que debe restringir bastante el número de sospechosos.

El timbre del teléfono de Salazar los interrumpió. Él respondió, tensando los músculos en la medida que escuchaba, luego dio las gracias a su interlocutor y colgó. Sofía lo miraba expectante.

—Era del laboratorio, con los resultados del análisis de las llaves de Zúñiga.

—¿Encontraron alguna huella?

—Solo las del químico —la subinspectora se dejó caer en la silla, decepcionada— pero... al técnico le llamó la atención la presencia de ciertos residuos en una de las llaves, específicamente la del armario que guardaba el Malatión.

—¿Una sustancia? ¿Qué sustancia?

—Jabón.

—¡¿Jabón?! —preguntó su compañera, sorprendida—. ¿Cómo llegó el jabón a la llave, y qué importancia puede tener eso para nosotros?

—¿No lo comprendes? —ella negó con la cabeza—. Si presionas una llave contra una pastilla de jabón dejas un molde, con el que un buen cerrajero puede copiar la llave.

—¿Quieres decir que el asesino copió la llave de Zúñiga? —Salazar asintió—. Pero entonces...

—Si como el químico afirmó, nunca dejó las llaves fuera de su alcance, quien las robó debe ser de su entorno cercano, alguien que aprovechando un descuido las cogió para hacer un molde. Así que, o mucho me equivoco, o el licenciado Zúñiga debe ser capaz de proporcionarnos su nombre.

El teléfono del inspector volvió a interrumpirlos. Respondió, siendo él quien esta vez se dejó caer en la silla. Cuando colgó, su expresión de desconcierto inquietó a Sofía.

—Néstor ¿qué ocurre?

—Era la policía de Logroño. Anoche encontraron al licenciado Zúñiga muerto en su habitación. Aún esperan los resultados de la autopsia, pero por señales de irritación en su cara, sospechan que fue rociado con alguna sustancia tóxica.

La subinspectora miró a los ojos a su jefe, mientras ambos pensaban en lo mismo: Malatión.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo treinta y siete

Pasado el primer momento de desconcierto, Salazar sintió que la ira lo invadía. Aquel asesino ya los había burlado por demasiado tiempo. Después de meditar un momento miró con determinación a su compañera.

—Estamos en una encrucijada. Nos acercamos al asesino y él lo sabe. Si queremos atraparlo antes de que vuelva a matar, debemos ser más listos que él.

—¿Por qué crees que mató a Zúñiga? Quiero decir, ¿por qué ahora?

—Porque lo interrogamos, y como bien hemos deducido, él debía ser capaz de identificarlo.

—Pero ¿cómo lo supo? ¿Cómo se enteró de que nos acercamos al químico?

—Él le avisó, por supuesto.

—¿Él? ¿Me estás diciendo que el propio Zúñiga avisó a su asesino que la policía lo había contactado?

—Es obvio que el químico no estaba involucrado en el asesinato de Belmonte, así que hasta que estuvimos en Logroño no estableció relación entre la noticia de su muerte y la persona que lo asesinó. Recuerda que incluso ignoraba que el Malatión había desaparecido.

—Pero después de nuestra visita debió establecer la relación. ¿Por qué avisarle?

—Porque no pudo creerlo, y probablemente buscaba una explicación sobre los hechos que no implicara que esa persona era un asesino.

—Lo que significa que era alguien de su confianza —concluyó Sofía, comprendiendo lo que su compañero trataba de decirle.

—De su entera confianza —confirmó Salazar—. Imagina este escenario. El químico tiene un amigo o amiga, lo suficientemente cercano

para sustraerle las llaves y sacar un molde en una pastilla de jabón sin que se enterara. La única forma de que esto fuera posible es que compartieran habitación.

—¡Claro! ¡Eran amantes!

—Él o ella espera que Zúñiga se duerma o se encuentre en la ducha para hacer el molde. Luego continúa con su cita como si nada.

—El químico no se hubiera dado cuenta —corroboró Sofía.

—Al cabo de unas semanas el concejal es asesinado, pero Zúñiga no lo relaciona con su amante porque no se ha hecho pública la causa de la muerte. Solo que murió por efecto de una sustancia tóxica. Además, ni siquiera había notado la desaparición del Malatión puro...

—Hasta que llegamos nosotros y lo sacamos de su burbuja.

—¿Recuerdas lo nervioso que estaba? —Sofía asintió—. Es probable que estableciera las conexiones durante nuestra visita, pero aún no era capaz de aceptarlo, así que no nos contó todo, sino que esperó que nos marcháramos y luego llamó a esa persona.

—Ese hombre o mujer comprende que Zúñiga puede identificarlo... —continúa el razonamiento Sofía.

—Así es. Le dice cualquier cosa para tranquilizarlo, negando por supuesto su participación en el asesinato, y acuerda un encuentro. Zúñiga lo espera en su casa, llegan al momento de dormir juntos. Ya en la habitación, el asesino rocía la cara del químico con el Malatión. Su muerte debió ser muy parecida a la del concejal.

—¡Qué horror! ¿A qué clase de persona buscamos? —se escandalizó Sofía.

—A un asesino, desde luego.

—¿Qué podemos hacer ahora?

Salazar cogió un marcador para hacer un esquema en la pizarra de la oficina.

—Tenemos dos líneas de investigación en este momento: el químico. Hay que averiguar quiénes eran cercanos a él. Sus preferencias sexuales para saber si nos enfrentamos a un hombre o a una mujer, si alguno de sus compañeros le conocían pareja. También revisar sus llamadas telefónicas después de nuestra visita.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó Sofía anotando en una libreta los puntos principales señalados por su jefe.

—Por el lado de Zúñiga creo que es todo lo que podemos obtener. Yo me haré cargo de este hilo de la investigación. Tengo buenos amigos en la policía de Logroño.

—¿Cuál es la otra vía de investigación? ¿Qué debo hacer yo?

—El concejal. Ayer me di cuenta que hemos asumido que su entorno se limita a su equipo, pero debemos averiguar si había alguien más. ¿Otra amiga o amante?

—¿Qué te hace pensar eso? Nadie ha mencionado a otra mujer.

—Cortés. Por lo que sabemos eran cortados por la misma tijera. Belmonte también era un narcisista. Y los narcisistas no suelen ser monógamos. Necesitan sentirse queridos y admirados. Cuanto mayor sea el número de personas, mejor.

—¿No le bastaría con sus seguidores políticos?

—Esos ocupaban otro nivel. No. Hay muchas probabilidades de que en la vida de Belmonte hubiera alguien más. Especialmente porque la señora Solís le llevaba al menos una década. Era una relación conveniente, pero que no satisfaría su ego.

—¿Cómo en el caso de Cortés y Matilde?

—¡Exacto!

—De acuerdo. Averiguaré si existía una amante. ¿Algo más?

—La piel. Necesitamos saber si se inscribió en el experimento de la segunda piel por alguna causa médica. Hay que contemplar la posibilidad de que no fuera para él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Supón que alguien cercano al concejal le pidiera el favor de conseguirle ese producto, que aún no ha salido al mercado.

—¿Por qué alguien haría eso? Belmonte no tenía relación con el mundo de la química.

—Pero tenía contactos y era una figura pública. Su nombre podría ser mejor considerado como participante que el de cualquier persona normal, porque de tener éxito eso representaría un empujón en el márketing del producto.

—No lo había pensado así. ¿A quién crees que debo interrogar primero?

—Al hermano. Él debería estar al tanto de la salud del concejal y de sus relaciones personales más cercanas.

—De acuerdo, nos vemos luego. Por cierto, me encantó el concierto que diste ayer en el bar de Gyula.

—¿Concierto? —preguntó Néstor, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos—. Solo toqué un pequeño repertorio con la guitarra.

—Fue todo un concierto, y no hubiera creído posible hacerte sonrojar —replicó la subcomisaria con una sonrisa triunfal.

Cuando Salazar se disponía a marcharse, uno de los oficiales de guardia lo interceptó.

—Inspector, el comisario Colmenares quiere verlo.

—Enseguida voy —respondió Néstor, regresando para recoger su ordenador portátil. Ya sospechaba las razones de esa llamada. Duero debía estar moviendo sus hilos para pedir responsabilidades por la detención de su secretario. En efecto, cuando llegó al despacho del comisario encontró a otro agente en el escritorio que había sido de Matilde. Por lo visto, aún no le habían encontrado sustituto.

—Pase, inspector. Lo están esperando.

El uso del plural permitió que Néstor estuviera preparado para lo que encontró. Detrás del escritorio había un Colmenares pálido y sudoroso, mientras don Francisco se paseaba por la oficina, cual león enjaulado.

—¡Ah, Salazar! Me alegra que haya acudido tan rápido. Temía que no estuviera usted en la comisaría. Tenemos un asunto muy grave que tratar.

—Déjeme adivinar, comisario. La detención de Felipe Cortés.

—Lo de usted raya con el acoso, inspector —rugió Duero—. Primero me detiene a mí, y ahora a mi secretario. Nos ha difamado con una supuesta red de extorsión que tiene al departamento de Delitos Financieros revisando cada memorando del ayuntamiento emitido en los últimos diez años. No nos permiten trabajar con normalidad. Ha convertido usted nuestro día a día en un caos. Además, ahora se le ocurre acusar a mi secretario, mi hombre de confianza, nada menos que de asesinato. Le juro que cuando todo esto termine me aseguraré que lo degraden a guardia vial y que lo envíen al pueblo más recóndito de España, donde el único tránsito que pueda guiar

sea el de los carros de burros y bueyes. ¡No volverá a levantar cabeza después de esto! ¡Se lo juro!

—¿Ya terminó, señor? —preguntó Salazar con toda calma. Duero respondió con su silencio. Al parecer, ya no tenía nada más que decir—. ¿Está usted seguro que Felipe Cortés es de confianza?

—¡Completamente! ¡Lleva años conmigo!

—Bien, en ese caso, creo que le conviene escuchar la grabación del interrogatorio que le realizamos ayer mismo, en presencia de su abogado.

—¡Un interrogatorio que seguramente fue llevado a cabo bajo coacción!

—Usted mismo lo podrá juzgar, señor —argumentó el inspector sin inmutarse por la acusación—. Su abogado estuvo presente en todo momento, así que si tiene alguna duda, también puede consultarle a él si hubo algún elemento irregular durante la entrevista.

Duero no respondió. La tranquilidad y seguridad en sí mismo del inspector lo habían desconcertado. Salazar manipuló el ordenador hasta que comenzó a rodar el video de la entrevista del secretario a pantalla completa y a todo volumen. En primer plano aparecía Felipe Cortés junto al letrado.

—«Mi abogado me aconseja que colabore con ustedes para que hablen con el juez...».

Cuando terminó la grabación, la expresión de don Francisco había cambiado por completo. Miró al inspector con una mezcla de ira y temor. Sabía que si el policía se lo proponía podía hacerle la vida difícil con aquella grabación. No había cometido delito, pero su carrera política quedaría en el foso, si se filtraba a la prensa.

—Ha vuelto a ganar, inspector. Por lo visto, es usted mal enemigo. ¿Podría hacerme un favor?

—¡¿Un favor?! —preguntó Néstor, sorprendido por el descaro del hombre que apenas unos minutos atrás lo había amenazado con destruir su carrera—. ¿Qué clase de favor?

—¡Hunda a este hijo de puta en el fango de por vida!

## Capítulo treinta y ocho

Mientras Salazar se ocupaba de atender la llamada del comisario, Sofía salió en dirección al Centro Penitenciario de Logroño, donde se encontraba el equipo de Belmonte en detención preventiva. Comprendiendo que su jefe necesitaría el Corsa para desplazarse hasta la universidad, ella optó por solicitarle a un par de patrulleros que la llevaran. Cuando salían de la comisaría encontraron al subinspector Toro, que regresaba de la calle. Al verla se ofreció acompañarla.

—¿No tiene alguna investigación pendiente? —le preguntó Sofía, sorprendida y desconfiada—. No quisiera hacerle perder el tiempo.

—Aún no sustituyen a Domingo, así que no tengo asignado ningún caso importante —confesó Toro—. Además, creo que les debo una disculpa a ti y a Salazar por mi comportamiento.

—De acuerdo, en ese caso acepto su ayuda.

—Somos compañeros. A estas alturas ya deberías tutearme.

—Como quieras, Remigio —aceptó ella tendiéndole la mano—. Si vamos a trabajar juntos, será mejor que enterremos el hacha de guerra.

—¿A quién verás en el Centro Penitenciario?

—Al hermano del concejal, tenemos un par de preguntas que hacerle.

Al llegar al Centro Penitenciario cruzaron los controles de seguridad y fueron llevados a una habitación con una mesa y tres sillas. Tomaron asiento y al cabo de unos minutos apareció el guardia con Luis Belmonte. El hermano del concejal se veía más delgado y mucho menos seguro de sí mismo. Al parecer, la noticia de la detención de Cortés ya había llegado a la prisión, así que el último de sus compinches había caído, y con él, toda la red.

—Señor Belmonte, buenas tardes —saludó Sofía.

—Subinspectora. ¿Dónde dejó a su amigo, el zarrapastroso? ¿O es que decidió cambiar de compañero por otro, un poco más presentable?

—El inspector Salazar se ocupa de otras líneas de la investigación. Usted, por su lado, debería alegrarse de que la muerte de su hermano está siendo investigada por uno de los mejores detectives de La Rioja, en lugar de fijarse en las apariencias —ripostó Sofía.

—¡Vaya! Ahora resulta que el poli tiene una defensora de su imagen.

—No hemos venido a hablar del inspector, señor Belmonte.

—¿Y a qué han venido? Ya nos habéis detenido a todos. Tenéis todas las pruebas, ¿qué más queréis?

—El delito de extorsión se descubrió durante las investigaciones, pero el caso del que nos ocupamos en primer lugar es la muerte de su hermano. ¿No le interesa?

—Juanjo está muerto. Si detienen a su asesino o no, a él ya le da igual, y si le digo la verdad, a mí también. Mi hermano ha sido egoísta hasta para morir. El muy cabrón no pudo mantener a buen recaudo los documentos que nos comprometían, para que no fueran descubiertos si algo le pasaba. No. Si él caía, los demás lo haríamos con él. Ese siempre fue su lema.

—¿Quiere decir que no le importa que atrapemos o no, al asesino de su hermano?

—Me importa, claro, en la medida que ese malnacido es el culpable de que hoy estemos en esta prisión. Espero que lo encuentren y lo envíen aquí. Lo esperamos con impaciencia.

—Aunque solo fuera por eso. ¿Respondería algunas preguntas acerca de su hermano?

—Pregunte.

—¿Sufría de alguna enfermedad que le afectara la piel?

—¿Qué clase de pregunta es esa? No. Juanjo era sano y fuerte como un roble.

—¿Alguna vez le comentó que formara parte de un grupo de experimentación para un producto cosmético?

—¿Juanjo? Oiga, ¿está segura que ustedes están investigando a la víctima correcta? Juanjo nunca se hubiera acercado a nada que se le

pareciera a un cosmético. Consideraba ese tipo de intereses propios de maricas.

—Así que era homófobo.

—Homófobo y misógino como usted no puede imaginarse. Claro que lo disimulaba de cara a la galería. Su postura personal hubiera sido considerada políticamente poco correcta, por lo que le hubiera representado la pérdida de muchos votos. Mi hermano sabía ser hipócrita cuando le convenía. Podía acusar a sus adversarios de discriminar a las mujeres y los homosexuales sin pestañear, aunque él en el fondo compartiera esos puntos de vista.

—¿Alguien además de usted conocía sus verdaderos sentimientos? —preguntó Sofía, pensando que cualquiera podía haberse sentido ofendido por semejante postura hipócrita.

—Muy pocos. Incluso dentro de su círculo íntimo cuidaba no expresar su forma de pensar. Solo Felipe y yo conocíamos al verdadero Juan José Belmonte.

—¿Se lo comentaron a alguien más?

—A nadie. No nos convenía que algo así se supiera.

—Desde luego. Le agradezco que esté siendo tan sincero conmigo señor Belmonte.

—Pues dígaselo al juez.

—Se lo diré si me dice la verdad acerca de la siguiente pregunta.

—Adelante.

—¿Tenía el concejal alguna novia, amiga, o amante, además de la señora Solís?

Por toda respuesta, Luis Belmonte soltó una carcajada mientras se echaba atrás en la silla.

—Ahí, ahí le dio usted en el blanco. ¿Cómo se le ocurrió esa posibilidad?

—Fue mi jefe quien pensó en ella.

—Pues voy a tener que reconsiderar mi opinión acerca del «Inspector Galopín». Después de la muerte de José Antonio Rivas, Juanjo supo ganarse la buena voluntad de su viuda.

—¿Esa relación comenzó después de la muerte de Rivas, o antes? —lo interrumpió Sofía.

—Vaya, usted también es muy lista. Ambos juran que fue después, pero conociendo como conocía a mi hermano, yo no estaría tan seguro. El caso es que la conquista de Celia fue una táctica estratégica.

—¿No estaba enamorado de ella?

—Ni siquiera le gustaba, pero ella en cambio estaba hasta las trancas. Juanjo consideraba su relación con la viuda como una de las exigencias de su carrera política, pero para la diversión tenía otras alternativas.

—¿Cuáles?

—No podría decirle los nombres de todas. Mi hermano era muy astuto. Evitaba las mujeres que tuvieran visibilidad pública como actrices o modelos, así como las prostitutas, porque no las consideraba de fiar.

—¿A quiénes buscaba?

—Mujeres preferiblemente casadas, que quisieran pasar un buen rato sin compromiso, generalmente esposas de los mismos compañeros de partido que lo apoyaban.

—¿No era eso muy arriesgado si el marido se enteraba?

—Unos no lo creían posible, mientras que otros...

—¿Qué?

—... hacían la vista gorda.

—¿Habla en serio?

—Mi querida subinspectora, es usted muy joven, ha transitado poco por esta vida. En el mundo hay toda clase de especímenes. No en todos los casos, por supuesto, pero muchos de esos sujetos con los que nos codeábamos preferían un casco vikingo, que perder las prebendas de su posición.

—¿Puede darme una lista de esas amantes?

—No busque por ahí. Sería una pérdida de tiempo. Desde hace aproximadamente tres años, Juanjo dejó esas prácticas. Una chica se le atravesó en el camino y lo convirtió en un pelele. Tanto así, que estaba dispuesto a dejar a Celia para casarse con esta joven y convertirla en alcaldesa.

—¿Por qué no me lo contó desde el principio? ¿Por qué dar tantas vueltas acerca de mujeres que dejaron de tener importancia en su vida hace tres años?

—Porque me divierte su expresión de sorpresa ante los hechos de la vida —respondió Luis, risueño—. Cuesta creer que una policía como usted todavía crea en cuentos rosa.

—¿Quiere decir que se ha estado burlando de mí? Yo no creo en ningún cuento rosa, y le exijo que me diga inmediatamente quién es esa mujer.

—Calma. ¡Cómo está el patio, joder! Si no le hubiera contado acerca de los deslices de mi hermano, me acusaría de ocultarle información. Esta joven es una buena chica. Demasiado para lo que era mi hermano. No conocía su lado oscuro.

—¿Cómo lo conoció?

—Juanjo era asmático, ella enfermera. En una ocasión lo atendió en el hospital durante una crisis.

—¿Cómo se llama la joven? —insistió la subinspectora.

—Karina Núñez.

—¿Por qué nadie la ha mencionado hasta ahora?

—Porque yo era el único que conocía su existencia. Como le dije, es una buena chica, ajena a todo el fango que nos rodeaba. Juanjo quiso protegerla de los maleantes que teníamos a nuestro lado.

—¿Incluyendo a Felipe Cortés?

—Especialmente a Felipe.

—¿Ella aceptó esa relación secreta?

—Sí, él era una figura pública, pero a ella la asustaba la notoriedad, así que a mi hermano no le resultó difícil convencerla de que fuera discreta con respecto a la relación.

—¿Y qué opinaba ella de Celia?

—No sabía nada. Es decir, creía que solamente era su secretaria. Juanjo y Celia siempre llevaron su relación con mucha discreción por el qué dirán. Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sofía, levantando la vista de su libreta y prestando más atención.

—Pocos días antes de su muerte, Juanjo cortó su relación con Celia. Él ya era una figura política por sí mismo y había establecido su propia red de contactos. Ya no la necesitaba. El siguiente paso después de anunciar su candidatura sería presentar a Karina como su prometida. Estaba planeando algo espectacular, tipo juramentación y boda simultáneos, o algo así.

—¿Cómo se lo tomó Celia?

—Con más serenidad de la que yo esperaba. A decir verdad, creo que ella sospechó siempre acerca de la fidelidad de su amante. Después de todo, lo conocía muy bien.

—¿Y se resignó sin más?

—Así parece... —Belmonte se calló un momento, comprendiendo la línea de pensamientos de la subinspectora—. No creerá que Celia...

—Los celos suelen ser un buen motivo para el homicidio.

—No en el caso de Celia. Ella quería a mi hermano de una forma inaudita. No, subinspectora. Sospecharía de cualquiera antes que de ella.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo treinta y nueve

Salazar llegó a la Jefatura Superior de Policía en Logroño, donde tenía buenos amigos. La arquitectura del enorme edificio rectangular nunca le había gustado, pero el lugar donde se encontraba le parecía ideal, con sus amplias avenidas que le recordaban sus años en Madrid, antes de la amenaza que lo había devuelto a Haro. Entró al edificio, y buscó el despacho del inspector Martínez, con quien se había comunicado por teléfono esa misma mañana. Llamó a la puerta del despacho y recibió permiso para entrar. A diferencia de la sala compartida que servía de oficina a los inspectores en su pequeña comisaría, aquí cada uno tenía su propio espacio, muy pequeño, pero privado. Detrás del escritorio encontró a su viejo amigo de la academia, que lo recibió terminando de rellenar un informe.

—¡Néstor! Dame un minuto —le pidió, mientras firmaba el papel que tenía delante. Luego levantó la vista, se puso de pie, caminó hasta él y le dio un abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo te va en Haro? ¿Te tratan bien?

—No puedo quejarme —admitió Salazar—. ¿Y a ti?

—Bueno, ya sabes que lo mío siempre fue regresar a casa, pero creí que tú planeabas hacer carrera en Madrid. ¿Por qué cambiaste de opinión?

—Las circunstancias me obligaron, pero es una historia muy larga. Otro día te la cuento.

—De acuerdo. Vienes por lo de la muerte del profesor de química, ¿no?

—Sí. Creemos que tiene relación con uno de nuestros casos.

En pocas palabras, Salazar lo puso al día de lo que tenían hasta el momento sobre el homicidio del concejal, así como de sus sospechas.

—Siendo así, creo que lo mejor será que colaboremos. Déjame acompañarte a ver al detective que lleva el caso. Su nombre es Pablo Soria.

El inspector siguió a su amigo hasta un despacho un par de puertas más adelante. El hombre que consultaba el ordenador detrás del escritorio los miró con cierta confusión. No esperaba la visita.

—Soria, te presento al inspector Néstor Salazar, de la comisaría de San Miguel en Haro. Tiene algo que decirte acerca del químico que encontraron muerto esta mañana.

—Bienvenido inspector —saludó Soria mientras se ponía de pie. Frente a Néstor se alzaron dos metros de humanidad—. Si tiene algo que pueda ayudarnos, se lo agradezco, porque andamos escasos de indicios.

Salazar repitió lo que ya le había contado a Martínez. Soria lo escuchaba con atención sin interrumpirlo. Al final asintió con la cabeza.

—Tienen sentido sus sospechas. Concuerdan con nuestros hallazgos. Zúñiga fue encontrado muerto esta mañana en su habitación por su asistente. En la escena del crimen no había indicios de lucha, y nadie forzó la cerradura de la casa para entrar. El asesino tenía llave, o el propio químico le abrió la puerta.

—¿Qué les hizo pensar en homicidio?

—En realidad, aún no recibimos los resultados de la autopsia, pero al forense lo alertaron unas marcas en la cara del occiso. Tenía pequeños puntos de irritación de la piel, dispersos, como si le hubieran rociado un agente irritante.

—Lo mismo que en el dorso de la mano de Belmonte.

—La autopsia nos sacará de dudas. Hasta donde sé, el señor Zúñiga era un hombre sano, que no sufría ninguna condición. Claro que esto no es una garantía, pero no es común que alguien de su edad aparezca muerto por causas naturales.

—¿Por qué decidió avisarnos, inspector Soria?

—Pablo. Si vamos a colaborar, será mejor que me llame Pablo. —Néstor asintió para señalar su conformidad—. Cuando hablamos con el rector de la universidad esta mañana, nos contó que la policía de Haro se entrevistó ayer con Zúñiga.

—¿Has tenido oportunidad de comprobar las relaciones personales de la víctima?

—Aún no, pero si quieres puedes acompañarme ahora mismo para que conversemos con el rector al respecto.

—Me parece estupendo.

Ambos salieron de la caja gris que era el edificio de la Jefatura y se dirigieron hacia la parte posterior donde había un amplio estacionamiento. Néstor se sintió como un pueblerino que visita por primera vez la capital. Subieron a un Volkswagen Golf gris perla del año anterior. Aunque a Néstor le pareció mucho más grande que el Corsa que él conducía, Pablo tuvo que contorsionarse para poder entrar. A los pocos minutos se encontraban en la universidad, donde el rector, al borde de una crisis nerviosa, los esperaba. Cuando vio a Salazar su angustia empeoró. Probablemente lo relacionaba con la muerte de su profesor y consideraba peligroso mantener una conversación con él. El inspector no lo culpaba. Tenía razón.

—Inspector Soria —saludó a Pablo, ignorando olímpicamente a Néstor—. Ya le conté esta mañana todo lo que sabía. No comprendo la necesidad de sostener de nuevo esta conversación.

—Señor Valdés, le pedimos disculpas por abusar de su tiempo, pero se trata de la muerte de uno de sus colegas, por lo que estoy seguro que estará dispuesto a colaborar con nosotros —intervino Salazar.

—Sí, claro, desde luego. Es solo que ya les he dicho todo lo que sé.

—¿Cómo eran las relaciones personales del licenciado Zúñiga?

—¿A qué se refiere?

—¿Era tímido, festivo, extrovertido? ¿Cómo se llevaba con sus compañeros?

—Bien... él... yo no lo conocía bien, pero como buen científico era un hombre tímido, que se sentía más cómodo con sus probetas que con las personas.

—¿Cómo buen científico? —preguntó Néstor—. Se sorprendería cuántos científicos conozco que son extrovertidos, divertidos y hasta mujeriegos —apuntó, mientras pensaba en Molina.

—Sí claro, supongo que mi descripción parece un tópico, pero es que él era así.

—¿Conoce sus tendencias sexuales?

—Perdón, ¿cómo dijo?

—Que si sabe si era gay.

—No, no lo creo, al menos.

—Entonces le conoció alguna novia.

—No exactamente. Quiero decir, en los últimos dos años comenzó a hablar de una «amiga especial», por eso deduzco que era heterosexual.

—¿Mencionó su nombre?

—Me temo que no.

—¿En qué trabajaba el señor Zúñiga últimamente?

—Hacía un estudio sobre fertilizantes.

—Fertilizantes, pesticidas. Parecen ustedes muy centrados en los químicos usados en las plantas.

—Más específicamente en las vides, señor inspector —apuntó el rector—. No olvide dónde estamos. Esta universidad no solamente es un centro educativo, sino un lugar de investigación en beneficio de los intereses de la comunidad.

A Néstor aquellas palabras le sonaron a *slogan* publicitario barato, pero comprendió que el rector tenía razón.

—¿Tenía amigos el licenciado Zúñiga entre sus compañeros?

—Como le expliqué antes, era un solitario.

—¿Quién más podría tener noticias de su relación?

—No creo que lo haya comentado con nadie. Antonio era muy reservado acerca de su vida personal.

—Necesito pedirle algo.

—Si está en mi mano...

—Deseo que me proporcione una lista con los nombres de todo el personal docente, empleados y estudiantes de la universidad en todas las carreras, de los últimos cinco años.

—¿Se ha vuelto loco?! ¿Tiene idea del número de personas que representaría esa lista?

—Muchos menos de las que cualquier ordenador de escritorio puede manejar —replicó el inspector.

—Pero...

—Muchas gracias, señor Valdés. Tendremos en cuenta su buena disposición a colaborar.

Salazar dio por concluido el interrogatorio del rector. No creía que sacaran nada más en claro pues el catedrático no sabía mucho más. Pablo lo invitó a un café para combatir el frío, lo que el inspector agradeció.

—No nos dijo mucho —reconoció Soria.

—Un par de cosas interesantes.

—¿Cuáles?

—Las relaciones personales del químico eran limitadas. No tenía amigos, ni parejas eventuales conocidas. Eso lo convertía en un blanco fácil para cualquiera que quisiera sacar provecho de su soledad.

—Es un punto, sí, pero cómo nos ayuda.

—Es probable que la persona que lo sedujo para convertirse en su amante y tener acceso al Malatión puro, casi con seguridad una mujer, sea de su entorno laboral.

—Alguien de la universidad. —Salazar asintió—. Por eso le pidió la lista. Muy bien, Néstor, ya Martínez me había hablado de ti, pero creí que eran exageraciones. Ahora dime, señalaste un par de cosas, ¿cuál sería la segunda?

—Que tenemos una alta probabilidad de que el asesino de Belmonte y Zúñiga sea una mujer.

En el camino de vuelta a Haro, el inspector dejó que su mente divagara acerca de los indicios que tenían sobre el caso. Algo de lo que se había dicho le rebotaba en la cabeza como si fuera una bola de *ping-pong* que no lograba atrapar. ¿Qué era? De repente, allí estaba, ¡lo tenía! ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Se detuvo a un lado de la vía, aunque por ello tuvo que soportar un par de cornetazos y el mismo número de insultos acerca de su madre, además de arriesgarse a recibir una multa. Sacó el móvil e hizo una llamada. Treinta minutos después esperaba en la antesala de don Francisco Duero. El director lo recibió con cara de pocos amigos.

—¿Qué quiere, Salazar? —le espetó en cuanto lo vio entrar por la puerta.

—Hacerle un par de preguntas, por supuesto.

—Ya le dije que no sé nada más acerca de la muerte de Belmonte, y que no tenía idea de la red de extorsión que dirigía mi propio secretario.

—No quiero preguntarle acerca de esos temas.

—¿Entonces sobre qué? ¿Ha encontrado algún otro delito que haya ocurrido bajo mis narices sin que yo lo supiera?

—Me temo que es posible que sí. Quería preguntarle acerca de José Antonio Rivas.

—¿José Antonio? Eso fue hace mucho tiempo.

—Tengo entendido que el señor Rivas murió de un ataque cardíaco. —  
Duero asintió—. ¿Estaba enfermo? ¿Sufría del corazón?

—No, fue una sorpresa para todos.

—¿Se llevó a cabo una autopsia?

—No.

—¿Por qué?

—Decidimos no hacerla.

—¿Decidieron? ¿Quiénes decidieron? ¿Un juez?

—No... Eh... No fue necesaria la presencia de un juez.

—¿Y quién tomó esa decisión? ¿Usted? ¿O fue usted quien usó sus influencias para que no se llevaran a cabo las investigaciones pertinentes?

—Tiene que entender —dijo Duero, palideciendo—. Queríamos proteger a su viuda y a su hija.

—Una viuda que antes que se enfriara el cuerpo ya tenía de amante al secretario del difunto, lo cual resulta cuando menos, sospechoso.

—Usted no entiende... José Antonio comía, bebía y fumaba sin control. Tenía cuarenta años, sufrió un ataque al corazón. De haberse abierto una investigación... —el director dejó de hablar repentinamente.

—De haberse abierto una investigación por homicidio todos ustedes hubieran estado en el ojo del huracán. Algo muy perjudicial de cara a las cercanas elecciones ¿no es así?

—¿Adónde quiere llegar, Salazar?

—Esta mañana encontraron a un hombre muerto en Logroño. Era químico. Lo asesinaron rociándole la cara con Malatión. Tengo dos casos de

homicidio por envenenamiento, y la duda sobre una muerte por infarto, de un hombre que nunca sufrió del corazón, pero al que no se le hizo una autopsia. La coincidencia lleva días dándome vueltas en la cabeza, pero no fue hasta hoy, cuando murió un hombre inocente, que me di cuenta de que podría haber una conexión entre la muerte de Belmonte y la de su mentor, Rivas. Y eso me molesta, señor Duero. Estoy enfadado conmigo mismo por no verlo a tiempo, pero también con todos ustedes por usar sus influencias y jugar con la legalidad, en función de sus propios intereses.

—Me tiene en sus manos, inspector, y usted lo sabe —admitió don Francisco, dejándose caer en la silla con expresión de derrota—. ¿Qué es lo que quiere?

—Que use esas mismas influencias para obtener una orden de exhumación del cuerpo de José Antonio Rivas. Y que se lleve a cabo la autopsia.

## Capítulo cuarenta

De vuelta en la comisaría, Néstor encontró a Sofía redactando el informe de su entrevista con Luis Belmonte. Ella apartó los ojos del ordenador en cuanto lo vio cruzar la puerta.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Alguna información nueva sobre la muerte del químico?

—Tú primero, ¿qué lograste averiguar por parte del hermano?

La siguiente media hora transcurrió poniéndose al día uno al otro. Salazar se sintió complacido por el trabajo de su subalterna. Había sido muy competente a la hora de completar la tarea. Al final de la discusión, el inspector se dispuso a escribir en la pizarra los aspectos más importantes del avance en la investigación:

—Resumiendo, sabemos que Zúñiga tenía una «amiga especial», que pudo tener acceso a las llaves del armario que guardaba el Malatión, alguien que con mucha probabilidad conoció en la misma universidad. Por otro lado, Belmonte cortó su relación con Celia días antes del mitin para comprometerse oficialmente con una chica más joven, por la simple razón de que ya no la necesitaba. También ha surgido la duda de que la muerte del difunto Rivas fuera por causas naturales.

—No olvides la segunda piel —apuntó Sofía.

—¿Qué hay con ella?

—Quien la obtuvo fue Belmonte, pero quien la usó fue el asesino, o más bien, la asesina. ¿Y qué mujer cercana al concejal podría estar interesada en ocultar sus arrugas?

—Blanco y en botella... Celia.

—Tuvo el motivo: pasional, los medios: el acceso a la segunda piel, y la oportunidad: estuvo presente durante el mitin.

—¡No tan deprisa! De acuerdo con el motivo. En cuanto a los medios, es probable que tengas razón, lo podemos comprobar con un registro de su casa, pero aún no hemos establecido una relación entre ella y Zúñiga. Ni siquiera sabemos si se conocían. Pero lo más importante es la oportunidad: si bien es cierto que estuvo presente durante el mitin, ella era parte del comité. En ningún momento le estrechó la mano, al menos según los testigos y las fotos que tenemos del acto.

—De acuerdo, lo siento, me emocioné.

—Es comprensible, este caso es para poner de los nervios a cualquiera, pero debemos ser muy cuidadosos para que las conclusiones sean resultado de la evidencia, y no forzar la evidencia para que se ajuste a nuestras conclusiones.

—Entonces ¿qué? ¿Descartamos a Celia?

—No he dicho eso —aclaró Salazar—. Si bien no tenemos evidencia de que fuera la amante de Zúñiga, aún no tenemos indicios tampoco de lo contrario. Y con respecto al mitin, podría contar con un cómplice. Creo que debemos mantenernos abiertos a otras posibilidades, sin perder de vista a Celia.

—¿En qué otras posibilidades estás pensando? —preguntó Sofía.

—Aún no hemos hablado con la enfermera, pero Belmonte podría haber conseguido la segunda piel para ella. Hay personas más o menos jóvenes que sienten pánico por las arrugas. Siendo enfermera debe saber acerca del efecto tóxico de los pesticidas y cómo usarlos para que sean peligrosos. Pudo haberse enterado de la existencia de Celia y no haberle gustado que su amante la engañara con una mujer veinte años mayor que ella. Por último, podría tratarse de la misteriosa persona que cubre su cabeza con una capucha en las fotos.

—Ya veo, mismo móvil, otro enfoque, diferente sospechoso.

—De momento, mientras esperamos la orden de registro para el piso de Celia Solís, que pienso solicitar ahora mismo, y el rector me envía las listas de los posibles relacionados con Zúñiga, podemos entrevistarnos con la enfermera para ver qué sacamos en claro.

Un agente los interrumpió. Traía una pequeña caja en la mano.

—Un paquete para usted, inspector. Acaban de dejarlo en la recepción.

—¡Ah! ¡Llegó bastante rápido! Gracias.

Salazar cogió el paquete, una pequeña caja de embalaje rectangular de aproximadamente 20 × 10 centímetros, la abrió, revisó su contenido, sonrió complacido, sacó algo pequeño de su interior y se lo guardó en el bolsillo del gabán, sin que Sofía pudiera alcanzar a ver de qué se trataba. Ella lo miró intrigada, pero no se atrevió a hacerle ninguna pregunta.

—¿Vamos? —le preguntó él. Ella asintió—. Después de ti.

El inspector le pidió a su compañera que condujera. Durante el trayecto llamó por el móvil a Molina, para preguntarle si conocía a la enfermera Núñez y cuál era su opinión acerca de ella.

—Sí, claro que la conozco. Está asignada al piso de neumología. Es una chica muy competente, responsable. ¿Por qué preguntas?

—Puede ser testigo en un caso.

—¿Testigo?

—Después te explico. Si puedo. —Néstor colgó el teléfono.

Llegaron al hospital y preguntaron por neumología. Segundo piso, les dijeron. Allí la jefe de enfermeras les señaló a Karina Núñez. Era una chica de unos veintiséis años, con un rostro precioso y un físico espectacular. Salazar se sintió un poco inseguro al verse entre la joven y Sofía. Imaginó que debía parecer un gallo medio desplumado, de pie junto a dos cisnes. Se sacudió esos pensamientos en cuanto aparecieron, pues debía mantener el tipo de cara a la investigación.

—¿Karina Núñez? —le preguntó, mientras le mostraba la identificación.

—¿Policías? ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

—En la sala de descanso, acompáñenme, por favor.

Los guio hasta una pequeña salita donde había un par de mesas de fórmica, con sus sillas de plástico, una cafetera, un dispensador de agua y un microondas. Se sentaron a una de las mesas.

—Háblenos del concejal Belmonte —le ordenó Salazar.

—Yo... Eh... Fue mi paciente en una ocasión, en la que acudió con una crisis asmática.

—Sin mentirnos, señorita Núñez —intervino Sofía—. Sabemos de su relación con Juan José Belmonte.

La chica palideció.

—De acuerdo. Hace un par de años o tres, él se presentó con una crisis, el doctor Mendoza lo atendió y yo le suministré el tratamiento. Hablamos, una cosa trajo la otra y una semana después estábamos cenando juntos. Nos llevábamos bien, así que, en fin, terminamos en la cama.

—¿Sabía usted que mantenía una relación con su secretaria, la señora Solís? —preguntó de nuevo Sofía. Salazar estaba extrañamente callado.

—¡¿Con la cacatúa?! —La subinspectora enarcó las cejas ante la irrespetuosa expresión—. Lo siento, era así como él la llamaba. Es una broma, ¿no?

—No. De hecho, de no ser por la señora Solís él nunca hubiera podido conseguir el apoyo político que necesitaba para postularse a concejal.

—Eso no puede ser verdad. Él me dijo que su mentor dejó claro que si algo le ocurría, Juanjo debía ser su sustituto.

—El señor Rivas era un hombre saludable —intervino Néstor por fin—. ¿Por qué se hubiera planteado algo así?

—No lo sé. ¿Una premonición, tal vez?

—¿Entonces usted no tenía idea de que su novio la engañaba?

—Usted debe estar en un error. Juanjo me amaba.

—Si tanto se querían ¿por qué desapareció a su muerte?

—No he desaparecido, estoy aquí.

—Sabe a lo que me refiero —reafirmó Salazar, que comenzaba a perder la paciencia por las evasivas de la enfermera—. Nadie del entorno de Belmonte sabía de su existencia con excepción de su hermano, no se presentó a declarar después de su muerte. No acudió a su funeral siquiera.

—Juanjo me hizo prometer que guardaría el secreto de nuestra relación a toda costa, hasta que él consiguiera la alcaldía. Dijo que después podríamos hacerlo público, pero hasta entonces, podía perturbar su carrera política.

—Los muertos no tienen carrera política, señorita Núñez. ¿Por qué no se presentó después que se dio a conocer el homicidio en los medios de comunicación?

—Tenía miedo —confesó la joven—. Cuando dijeron que alguien había asesinado a Juanjo, pero que no se sabía aún por qué, me pregunté si me pondría en peligro si me relacionaban con él.

—¿Por qué llegó a pensar eso?

—Era muy cauteloso cuando estábamos juntos, casi paranoico. Cuando le preguntaba por qué, me decía que se codeaba con personas muy peligrosas, aunque no sé exactamente a qué se refería.

—¿No consideró importante acudir a declarar a la comisaría? Contarnos acerca de su secreta relación. Podríamos acusarla de obstrucción.

—¿Por qué? ¡Yo no sé nada! ¡Absolutamente nada! Amé a Juanjo, cuando lo mataron lo lloré, pero no estoy dispuesta a irme a la tumba con él. Solo quiero concluir mi duelo, olvidarlo y continuar mi vida. ¿Es eso reprochable? ¿No pueden dejarme en paz?

Salazar se preguntó qué clase de amor sería ese. Luego miró fijamente a la joven, que se enjugaba las lágrimas de los ojos.

—¿Qué sabe usted sobre el Malatión?

Cuando salieron del hospital eran casi las seis de la tarde. El otoño se acercaba a su fin, así que la luz se retiraba temprano. Hacía mucho frío y una lluvia calabobos los empapó en el corto trayecto hasta el coche.

—¿Qué opinión te mereció la enfermera? —preguntó Sofía.

—Me pareció un tanto superficial. No la imagino ejecutando un plan tan elaborado como el que acabó con la vida del concejal.

—Ya. Y supongo que tu percepción no tiene relación con la apariencia de la chica.

—¿A qué te refieres?

—¡Por favor, Néstor! ¡Si la mirabas embobado, parecías un conejo encandilado por un par de faros!

—¡Oye, eso no es cierto! ¡Estás poniendo en duda mi profesionalidad!

—¿Vas a decirme que no te impresionó?

—Bueno, sería de madera si no me hubiera sentido un poco impresionado al principio, pero solo los primeros minutos, por la sorpresa.

—¡Hay que ver cómo sois los hombres!

—¿Y cómo somos?

—Pues... —Sofía se quedó callada al no encontrar las palabras para expresar sus pensamientos.

—¿No estarás celosa? —preguntó Néstor en tono jocoso.

—¿Celosa, yo? ¿De esa enfermera? ¿Por ti? ¡No seas ridículo!

Salazar acusó el comentario como un desprecio por parte de su compañera. Su expresión se tornó seria repentinamente. Sofía se arrepintió de sus palabras en cuanto vio el efecto que habían causado.

—Lo siento, Néstor, no quise decir...

—Concentrémonos en el caso —la cortó él—. La enfermera sabe lo que es el Malatión desde el punto de vista de sus efectos. No es difícil que haya conocido a Zúñiga pues según ella misma admitió, cursó enfermería en la misma universidad. No parece necesitar polisiloxano para disimular las arrugas, pero podría haber convencido a Belmonte de que lo consiguiera. Así que desde el punto de vista de los medios, hasta ahora parece sospechosa.

—También tiene motivos —apuntó la subinspectora, mirando de reojo la expresión dolida de su jefe.

—Eso en el caso de que nos haya mentado con respecto a su conocimiento sobre la infidelidad del concejal.

—Y oportunidad —completó Sofía.

—De acuerdo, no tiene coartada, y su constitución podría encajar con la del sujeto de la capucha en la foto.

—Yo creo que no deberíamos descartarla como sospechosa —insistió la subinspectora—. En especial por su esfuerzo para no ser relacionada con Belmonte después de su muerte.

—Sí, eso es lo que la hace más interesante para ser investigada. ¿Puedes encargarte?

—Desde luego —aceptó Sofía encantada—. ¿Entonces crees que podría haber sido ella?

—Creo que es muy probable.

—¿Qué tal un café? —preguntó la subinspectora, deseosa de que Néstor olvidara su comentario ofensivo.

—No, gracias —respondió él, muy digno—. Debo entrevistarme con el juez Aristigueta para que me entregue la orden de registro del piso de Celia

Solís. Si me dejas cerca de los juzgados, te lo agradeceré. Luego puedes regresar el coche a comisaría y marcharte a casa. Es poco lo que podemos hacer antes de recibir nueva información.

—Claro.

Salazar la fue guiando hacia la plaza Castañares de Rioja. Durante el trayecto se mantuvo silencioso y pensativo. Sofía se sintió culpable. Sabía que había herido sus sentimientos al considerar ridícula la posibilidad de que ella lo hubiera celado. La verdad era que reaccionó así porque se sintió descubierta. La enfermera le cayó mal desde el principio, pues notó que su físico impresionó a Salazar. Sofía nunca debió mencionarlo. Sabía muy bien que su compañero no se dejaría influir por algo así. Ya le había demostrado su profesionalismo y honestidad. Era ella quien se había comportado como una niña. Por lo general, la presencia de mujeres físicamente imponentes no le importaba, sino que esa «competencia» más bien le reportaba un alivio. Pero no con Néstor. Con Néstor era diferente, y eso la asustaba.

Llegaron finalmente a un par de calles de los juzgados y Salazar le pidió que lo dejara por allí, después de darle instrucciones precisas sobre cómo regresar a la comisaría. Ella quería dejarlo más cerca, pues el frío y la lluvia no eran propicios para dar un paseo. Él insistió en que quería caminar. Se despidió con un frío «Hasta mañana» y salió del coche, abrió un paraguas negro, tan destartado como el gabán y se alejó cabizbajo. Sofía dio la vuelta y retornó para devolver el coche, sin haber podido librarse del peso de la culpa.

## Capítulo cuarenta y uno

Aquella noche, recostado en el sofá mientras acariciaba el lomo de Paca, Néstor meditó acerca de lo ocurrido con Sofía esa misma tarde. Ahora, desde la distancia le pareció una tontería haberse sentido humillado. Después de todo, su compañera tenía razón. Era ridículo pensar que ella pudiera albergar cualquier sentimiento de celos con respecto a él. Solo le había dicho la verdad. Sin embargo se alegraba que aquello hubiera ocurrido. Salazar sabía que la investigación se acercaba a un punto peligroso, en el cual deberían enfrentar a una asesina de inteligencia excepcional, que no escatimaría recursos para no ser atrapada. Si él permitía que Sofía se sintiera con la suficiente confianza para tomar decisiones por sí misma en el momento de la detención, el resultado podría ser fatal para la subinspectora. Y eso era algo que no podía permitir. Debía asegurarse que Garay obedeciera cualquier orden sin rechistar, para que él pudiera protegerla. Ya tenía una idea muy clara de quién había matado a Belmonte, y si estaba en lo cierto, el riesgo era mayor de lo que parecía.

Pese a que no albergaba ningún resentimiento por la «ofensa», decidió simular que seguía enfadado. Mantener la distancia le permitiría conservar el control de la situación. No se sentía con ánimos de disertar acerca del caso con Paca, de manera que la dejó en el sillón y se fue a acostar. Si no se equivocaba, el día siguiente sería muy activo.

No se equivocó. En cuanto llegó a comisaría encontró a Celia Solís y su hija sentadas a su escritorio esperándolo. Ambas se veían muy enojadas, y a Néstor no le resultó difícil adivinar la razón. Ya se habrían enterado de la orden de exhumación, que debía estar realizándose en aquel mismo momento. Néstor hubiera querido estar en cualquier otro lugar. Miró a su alrededor, no se veía a Sofía por ningún lado. Chica lista.

—Inspector Salazar. ¿Quiere explicarnos qué significa esto? —preguntó Celia, mientras sacudía un papel que puso frente a su nariz.

—Es una orden de exhumación —respondió él, haciéndose el tonto.

—¡Eso ya lo sé! ¿Quiere decirme por qué? ¿Es que acaso este acoso nunca se va a terminar? ¡Arruina mi carrera! ¡Hace que mi hija pierda el trabajo! ¡Y ahora esto! ¡Ni siquiera permite que mi difunto esposo pueda descansar en paz! ¿Cuál es la causa de su persecución hacia nosotras? ¿Qué le hemos hecho?

—No me han hecho nada. No es nada personal contra ustedes. Son pasos necesarios en la investigación. Lamento las molestias que puedan causar, pero no puedo hacer nada más al respecto —se justificó el inspector.

—¿Molestias? ¿Llama molestias a arruinarnos la vida?

—Yo no les he arruinado la vida, señora. Simplemente hago mi trabajo. Si alguien es responsable de todas las penurias que están pasando, es el asesino.

Sofía llegó en aquel momento.

—Buenos días.

—No sé qué tienen de buenos —respondió Celia con resentimiento.

—Buenos días, subinspectora —saludó Néstor con frialdad.

—¡Le exijo que detenga esta locura de la exhumación, inspector! —gritó la secretaria de Belmonte—. Ni mi hija, ni yo, damos autorización.

—Su autorización no es necesaria, señora Solís, pues existe la orden de un juez.

—¡Una orden que usted ha solicitado!

—Y que ha sido emitida porque es pertinente a la investigación.

—Lo demandaré, inspector.

—Adelante, es su derecho —respondió Salazar sin inmutarse.

—¡Tendrá noticias de nosotras! —le espetó Solís, poniéndose de pie para marcharse. Su hija la imitó.

—No tengo ninguna duda de eso, señora, pero por favor no se vaya tan deprisa. Si nos espera un momento las llevaremos hasta su casa.

—¡Que nos llevarán! ¿Cree usted que esta ha sido una visita social para tomar café y comer pastas? No tenemos ninguna intención de permitir que nos acompañen a nuestra casa.

—Creo que no tendrán alternativa, señora —respondió él muy formal, sacando la orden de registro del bolsillo del gabán, para entregársela a la secretaria—. Subinspectora, por favor, avise a dos agentes que nos acompañen. Usted irá en la patrulla con un agente y la señora Solís. Yo iré en el Corsa con el otro agente y la señorita Rivas. Y que uno de los agentes sea Rivera.

Sofía se entristeció al comprender que no quería que lo acompañara en el mismo coche, pero en conformidad con el ánimo severo de su jefe, le respondió en los mismos términos.

—Sí, señor. Enseguida.

—¿Ahora quiere registrar también nuestra casa? —preguntó Celia indignada—. Ni siquiera nos permite marcharnos por nuestra cuenta, sino que pretende llevarnos en coches policiales como dos delincuentes.

—Está usted notificada del registro, señora. Comprenderá que sería una tontería de mi parte permitir que se fueran por su cuenta y llevaran a cabo una limpieza del lugar antes de nuestra llegada.

—Es usted... Es usted... insufrible, inspector.

—Lo que usted diga, señora.

Sofía regresó para avisar que ya los coches estaban preparados. Se distribuyeron según las órdenes de Néstor. Al llegar al edificio de las dos mujeres, el inspector le ordenó a Sofía que esperara en el portal. Ella lo miró dolida. No creía que lo ocurrido el día anterior fuera para tanto. Salazar subió con las dos mujeres y Rivera, que lo ayudaría en el registro. Antes de entrar al piso, le dio instrucciones precisas en voz baja. No quería que uno de sus hombres corriera riesgos innecesarios. Una vez adentro, le pidió a las dos mujeres que se quedaran en el salón y que no tocaran nada. Mientras el agente las vigilaba a una prudente distancia, Néstor se dispuso a buscar en las habitaciones, comenzando por la de Celia. Al cabo de diez minutos salió con un par de frascos en la mano que parecían ser dos cremas cosméticas. El agente se sorprendió, pero no dijo nada.

—¿Puede usted explicar el origen de esto, señora Solís?

—¡Por Dios, inspector, qué retorcido es usted! Son cremas para las arrugas. Nada más inocente.

—Una es polisiloxano y el otro platino catalizador, ¿no es cierto?

—Sí, eso creo, no me fijo mucho en los nombres cuando las uso.

—¿Dónde las consiguió?

—¿Por qué? ¿Ha decidido usar crema para las arrugas? Debería usted preocuparse más bien de las de la ropa, pero para eso basta una plancha.

—¿Quiere responder a mi pregunta, o tendré que llevarla de vuelta a la comisaría para que lo haga?

Rivera estaba cada vez más sorprendido. ¿Para qué quería el inspector saber dónde consiguió la señora unas cremas para las arrugas?

—Me las dio Juanjo —respondió por fin Celia—. ¿Contento?

—Mucho. ¿Vio cómo no era tan difícil? Agente, nos llevaremos estas cremas como evidencia.

El móvil lo interrumpió. La confirmación que esperaba no pudo llegar en mejor momento. Escuchó, esforzándose por no cambiar la expresión de su rostro, luego dio las gracias a su interlocutor y colgó.

—Señorita Carmen Rivas, queda usted arrestada por el asesinato de Juan José Belmonte.

Antes que nadie pudiera reaccionar, Carmen cogió un rociador que había junto a una planta del salón y con un movimiento giratorio roció el rostro de Salazar, que cerró los ojos y la boca instintivamente, pero no pudo evitar que el líquido, con seguridad Malatión, le empapara la cara. El agente, siguiendo las instrucciones que el inspector le había dado al entrar no intentó detenerla, pero sí le arrojó un cenicero hacia la mano que sostenía el frasco. Carmen sintió el fuerte golpe y no tuvo más remedio que soltar el rociador, luego corrió hasta la puerta, bajando las escaleras a toda velocidad. Rivera la siguió. En el portal, donde se encontraba Sofía con el otro agente la interceptaron y pudieron detenerla. Cuando Rivera le contó a la subinspectora lo que había ocurrido esta subió por las escaleras a toda prisa, después de ordenarles a los agentes que pidieran una ambulancia. Si lo que le había rociado Rivas a Néstor era Malatión puro, no tendrían mucho tiempo para salvarlo. Cuando llegó al piso de Solís, ya sin aliento, encontró a Celia con el rostro entre las manos llorando desconsoladamente, mientras Salazar, sentado frente a ella, se secaba cuidadosamente la cara con una toalla.

—¡Néstor! ¿Cómo...? —preguntó Sofía—. Rivera me contó que te roció con el Malatión. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, no te preocupes, todo salió como había planeado.

—¡Como habías planeado, pero... no comprendo!

—Como le explicaba a la señora Solís, su hija es muy inteligente. Tal vez demasiado para su propio bien. ¿Puede repetir a la subinspectora lo que me acaba de confesar?

—Mmmrremmm —murmuró en voz baja la mujer.

—Perdón ¿cómo dijo? No la escuché.

—Yo maté a mi marido —dijo en voz alta y perfectamente audible.

—Acaban de completar la autopsia del señor José Antonio Rivas —le comunicó Salazar—. Molina me informó, que aunque aún no tienen los resultados de las pruebas toxicológicas, hay indicios claros de envenenamiento.

—¿Usted envenenó a su marido? —Celia asintió.

—Con la ayuda de Juan José Belmonte, supongo —sugirió el inspector.

—Nuestro matrimonio era solo apariencia para su carrera política, pero había terminado hacía mucho tiempo. Entonces apareció Juanjo, con su labia y su ambición. Me enamoré perdidamente. No sé cómo consiguió convencerme, pero lo hizo. Me dio un pequeño frasco con veneno.

—¿Qué tipo de veneno?

—Cianuro. Se lo suministré en la copa que tomaba después de cenar. De amaretto. Al parecer el olor y sabor del licor disimulaba el del veneno, o eso me dijo Juanjo. Resultó. Después que lo hice estaba horrorizada, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Su hija lo supo?

—Creo que siempre lo sospechó. Después de todo, por su profesión sabe bastante acerca de química.

—Es correcto, la señorita Rivas siendo agrónoma está bastante versada en química. Estudió en la universidad de Logroño, por supuesto.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Celia sorprendida.

—Simple deducción. Así que su deseo de vengar la muerte de su padre estuvo latente todos estos años, pero la frenaba el hecho de que también su propia madre era culpable, de manera que probablemente solo lo rumió

tratando de convencerse a sí misma que todo eran imaginaciones suyas, que la relación de Belmonte y su madre había comenzado después de la muerte de su padre, y que él quería a su madre. Hasta que llegó el punto de quiebre.

—¿El punto de quiebre? —preguntó Sofía. Escuchó la sirena de una ambulancia que se acercaba.

—Belmonte rompió la relación con su madre después de todo lo que ella había sacrificado por él, incluyendo a su padre. Y lo había hecho por otra mujer. Esa fue la gota que colmó el vaso y sentenció a muerte al concejal. Es probable que el plan lo hubiera fraguado en su mente una y otra vez a lo largo de los años. Simplemente lo puso en marcha. Sedujo a Zúñiga para hacerse con el Malatión, cogió la segunda piel del armario de su madre. Solo necesitaría una pequeña cantidad. Nadie se daría cuenta. Cubrió sus manos con polisiloxano. Una vez protegida de esta forma se vistió como un chico, se cubrió la cabeza y la cara con una capucha y embadurnó sus manos con el Malatión sin diluir. Lo demás, ya lo sabemos. Asesinó al concejal frente a docenas de testigos, sin que nadie pudiera identificarla. Muy inteligente.

Dos paramédicos irrumpieron en la sala con una camilla.

—¿Dónde está la emergencia? —preguntaron con el semblante serio.

—¿Emergencia? Creo que debe haber un error. No hay ninguna emergencia.

—Fui yo —confesó Sofía—. Lo siento, cuando Rivera me dijo que Carmen te había rociado la cara, yo creí...

—Soy yo quien lo siente. Debí avisarte, pero la presencia de las sospechosas en la comisaría no me lo permitió —explicó Néstor, mientras separaba una fina película de la piel de su cara con dos dedos—. Cuando vi que Belmonte estaba en la lista de los sujetos experimentales le pedí una muestra al laboratorio, porque supuse que nos haría falta.

—¡Fue el paquete que llegó ayer!

—Esta mañana, antes de salir de casa, me coloqué la segunda piel en la cara. Cuando Carmen me roció ya lo esperaba, así que cerré fuertemente los ojos y la boca para evitar que el veneno hiciera contacto con alguna zona no protegida. Luego me lavé la cara con agua y jabón. Escogí a Rivera como agente para que me acompañara, porque es el que tiene mejor puntería.

Antes de llegar lo instruí para que hiciera que Rivas soltara lo que llevara en la mano, que sospechaba sería un rociador. Todo había sido planificado. Lamento haberte asustado.

—¿Entonces no hay una emergencia? —volvieron a preguntar los paramédicos, casi decepcionados—. ¡Joder, estos no son juegos, que ya no sois críos! Nos quejaremos a vuestros superiores.

Los dos hombres se dieron media vuelta y regresaron por donde habían venido.

—Parece que se enfadaron —opinó Sofía.

—Después lo aclararemos. Seguramente lo entenderán.

—Bien señora Solís, creo que es hora de que nos marchemos.

La mujer se levantó mientras se enjugaba las lágrimas. Su altanería se había evaporado. Sumisa, dejó que Salazar la condujera fuera del piso. En el portal se la entregó a los agentes para que la llevaran a comisaría.

—Bien, caso cerrado —declaró con satisfacción el inspector.

—Hay algo que no comprendo, Néstor. Si ya sabías que la asesina era Carmen Rivas ¿por qué permitiste que te atacara? ¿Por qué no la detuviste antes que tuviera oportunidad de hacerlo?

—Porque como te comenté antes, es muy inteligente. No es coincidencia que todas las pruebas apuntaran a su madre. Este registro estaba en sus planes. No solo debíamos encontrar el polisiloxano, sino también el Malatión en el rociador de la sala, como si fuera parte de los pesticidas que Celia usaba en sus plantas. Su plan de venganza no se limitaba a asesinar a Belmonte, también quería que su madre cumpliera condena por homicidio. Aunque no fuera el muerto correcto. Necesitaba empujarla a defenderse para que se delatara. Por eso la detuve cuando ella esperaba que lo hiciera con su madre. La tomó por sorpresa y reaccionó sin pensar lo que hacía, pero en realidad no teníamos suficientes pruebas contra ella.

—¿Cómo sospechaste de ella? Yo había caído en su trampa. Estaba segura que la asesina era Celia.

—Tú me diste la clave.

—¡¿Yo?!

—Ayer dijiste una frase «¡Cómo sois los hombres!». Eso me hizo pensar en Zúñiga. Era poco probable que un hombre como él sucumbiera a los encantos de Celia, a quien su propio amante llamaba la cacatúa. Cuando conversamos acerca de la probabilidad de que la enfermera fuera la persona que buscábamos se me ocurrió que no era la única que tenía atributos suficientes para hacer sucumbir a Zúñiga. Una vez que consideré a Carmen como posible autora del crimen todo encajó.

—Así que nuestra conversación de ayer te ayudó.

—Sí, debo reconocerlo.

—¿Entonces no estás enfadado conmigo?

—Claro que no.

—¿Y por qué fuiste tan seco y frío esta mañana cuando me saludaste?  
¿Y cuándo me ordenaste quedarme en el portal?

—Porque de otra manera hubieras querido acompañarme, con lo que nos exponíamos a que Carmen te atacara a ti en lugar de a mí. Y no quería correr ese riesgo.

—Pudiste darme el polisiloxano para que me protegiera.

—Aún quedaba la posibilidad de que algunas gotas tocaran los ojos o la boca. No quise ponerte en peligro.

—O sea que lo hiciste para protegerme.

—Sí.

—¡Que sea la última vez!

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Epílogo

En los siguientes días, Salazar y Garay pudieron concluir la investigación agregando las pruebas necesarias para que ambas mujeres pagaran por sus crímenes. Los resultados toxicológicos de la autopsia de José Antonio Rivas, concluían que había sido envenenado con cianuro. Esta evidencia sumada a la confesión de Celia no dejaba lugar a dudas en cuanto a la autoría del crimen. Don Francisco Duero debió dar muchas explicaciones sobre las razones que tuvo para impedir la autopsia en su momento. Fue llevado a juicio, recibiendo una condena de varios meses por obstrucción a la justicia, después de lo cual se vio obligado a renunciar a su activismo político. Su credibilidad había quedado demasiado comprometida.

Con respecto al homicidio de Zúñiga y Belmonte, en las listas proporcionadas por el rector se encontraba el nombre de Carmen Rivas. Cuando se vio acorralada confesó.

—¿Por qué lo hizo? —le preguntó Salazar.

—Juan José Belmonte, el defensor de los desposeídos, era un hombre ambicioso, egoísta, megalómano, sin escrúpulos. Lo único que le importaba era ascender en la escala social, obtener poder político y económico. No se detenía ante nada para alcanzar sus objetivos. Era un psicópata. Deberían agradecerme por haber librado a la sociedad de semejante monstruo, en lugar de castigarme por ello.

—¿Y su madre?

—Mi madre lo apoyó. Lo ayudó a asesinar a mi padre y debía pagar por eso.

—¿Y qué me dice de Zúñiga? Él no era un monstruo, sino un buen hombre, un científico que usted utilizó como si fuera un instrumento para sus planes, para después librarse de él, como quién se deshace de un

muñeco que ya no quiere. Dígame ¿no la convierte eso en alguien igual a Belmonte?

—¡No me compare con ese, inspector! Lamenté mucho tener que matar a Antonio. Como usted dice, era un buen hombre, pero era él o yo. Me conocía. Después que ustedes lo visitaron comprendió lo que había ocurrido y que fui yo quien robó el Malatión. Me llamó muy asustado. No había revelado mi nombre a la policía porque quería darme la oportunidad de que me defendiera. Lo cité para esa misma noche en su casa. Le dije que había una buena explicación para todo. Aceptó. Lo demás, ya ustedes lo saben.

—Lo engañó y lo asesinó a sangre fría en su propio hogar. No es usted mejor que Belmonte.

Colmenares quedó muy complacido con la resolución del caso. Era una buena despedida antes de su jubilación. Felicitó a Néstor y a Sofía, y les anunció que habría algunos cambios en la comisaría.

—¿Qué clase de cambios? —preguntó Salazar con desconfianza.

—Bueno, el primero que ya ustedes conocen de sobra es mi salida por jubilación. Ya ha sido asignado un nuevo comisario. Se los presentaré en los próximos días.

—¿Puede adelantarnos de quién se trata?

—En su momento lo sabrán. Lo que sí puedo decirles es que se trata de un oficial con una trayectoria impecable, tan exigente consigo mismo como con sus subalternos. Así que será mejor que te prepares, Salazar. No creo que sea tan complaciente contigo como yo.

—¿Complaciente, usted? ¡Ja! Es tan complaciente como un dolor de muelas.

—Cuidadito, Néstor, que todavía me faltan algunos días para dejar el cargo, y aún puedo hacerte pasar un mal rato.

—Dijo que habría varios cambios, ¿qué más podemos esperar?

—Debemos cubrir la plaza de Domingo González. Remigio Toro ocupará ese cargo.

—Un buen cambio, Remigio es un buen policía. Merece el ascenso.

—Me alegra que lo apruebes —afirmó Colmenares con sorna—, pero hay más. Nos enviarán otro subinspector para cubrir la plaza que dejará vacante Remigio. Y por último...

—¿Sabemos su nombre? —lo interrumpió Néstor.

—Aún no, y no me interrumpas. Y por último. Acabas de ser ascendido a inspector jefe.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué? —preguntó el inspector sorprendido.

—Porque has resuelto el caso de Belmonte, el de Zúñiga, el de Luengo y el de Matilde, además de descubrir una trama de extorsión que tenía años funcionando bajo nuestras narices. Los jefes superiores están muy satisfechos contigo, tal vez porque no te conocen.

—Así que usted no tiene nada que ver con ese ascenso.

—Bueno, tal vez algo. Un poco. Solo lo sugerí.

—Descuide. Le guardaré el secreto —le prometió Salazar con una sonrisa de complicidad.

En cuanto se supo la noticia del ascenso, a Néstor le llovieron las felicitaciones. Todos se alegraron, excepto Pedrera, por supuesto, que no pudo disimular su disgusto.

Aquella noche de viernes, Néstor celebró el cierre del caso y el ascenso brindando en compañía de Gyula. Con sidra, por supuesto. Luego pasó un par de horas tocando la guitarra y subió a su piso. Paca lo recibió como siempre, exigiendo su ración de caricias en el lomo. Los gatitos crecían muy rápido, y aunque aún faltaban un par de meses para que pudieran ser llevados a sus nuevos hogares, el veterinario había cumplido: casi todos ya habían sido escogidos y eran esperados con ansia. El propio Gyula se quedaría con dos, un macho y una hembra, para el bar. Solo quedaba uno disponible. El más pequeño. Néstor no tenía idea si era macho o hembra, pero era a dos colores, con grandes manchas negras y blancas. Gyula le había comentado que siempre quedaba de último a la hora de alimentarse de su madre, y que se había visto obligado a prepararle él un tetero, según las instrucciones del veterinario, para que no muriera. Néstor no pudo evitar la tentación de burlarse del instinto maternal de su amigo, aunque en el fondo lo admiraba. De no ser por Gyula, él habría sucumbido a la desesperación muchos años atrás, cuando comprendió su realidad.

Al día siguiente se despertó tarde. Preparó un desayuno que por supuesto resultó un desastre. El café hirvió, las tostadas se quemaron y los huevos se pegaron a la sartén. Se sintió agradecido de ser policía y no cocinero. Mal que bien, algo logró comer. Se disponía a poner un poco de orden en la pequeña buhardilla que le servía de alojamiento, cuando llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien, Paca? —preguntó a la gata, que dormía en su cesta junto con sus crías, y que por supuesto lo ignoró por completo.

Abrió la puerta. Quedó tan sorprendido como su visitante.

—¡¿Néstor?! —exclamó Sofía—. ¿Tú vives aquí?

—Desde hace unos cinco años —admitió él—. Pero pasa. ¿Viniste sin saber a quién visitabas?

Sofía entró, él la invitó a sentarse. Le ofreció un café, pero gracias a Dios ella declinó la oferta. Tal vez ya había escuchado rumores acerca de lo mal cocinero que era.

—Vine recomendada por el veterinario del barrio.

—¿Por el veterinario? —preguntó él sin comprender.

—Verás, después de pensarlo bien, de todo lo que he aprendido contigo, quiero decir, en la comisaría, decidí que puede ser una buena idea quedarme un poco más. Así que alquilé un piso en la misma calle de la pensión.

—¡Espera! ¿Alquilaste un piso? ¿Te vas a quedar en Haro? —la interrumpió Néstor al borde de la euforia. Ella asintió—. Pero ¿qué tiene que ver un veterinario con todo esto?

—Es que siempre me ha hecho ilusión tener una mascota para no sentirme tan sola. Y mi madre me recomendó que fuera un gato. Dijo que necesitan mucho menos cuidados que los perros. Ya sabes, por nuestra profesión. Indagué un poco, pregunté al veterinario y él me dijo que tenía un cliente cuya gata había parido recientemente. Que estaba buscando hogar para los gatitos. Entonces me dio esta dirección. No tenía idea que fuera la tuya. Nunca te hubiera imaginado adoptando una mascota, menos de una gata recién parida.

—Yo diría que fue Paca la que me adoptó a mí, y no al revés —respondió Néstor.

—¿Paca?

—Bueno, antes era Paco.

—¿Tu gata cambió de sexo?

—Es una larga historia, algún día te la contaré. ¿Quieres ver las crías? Por aquí.

Salazar llevó a su compañera hasta la cesta. Paca la miró con desconfianza.

—Casi todos están comprometidos, excepto el de las manchas blancas y negras. Estos dos atigrados los quiere Gyula, pero si te gusta uno de ellos lo hablaré con él. Seguro que no tiene problemas por cambiarlo.

—El de las manchas está bien. Me encanta. ¿Cuándo me lo puedo llevar?

—En un par de meses. Es lo que recomienda el veterinario.

—Lo llamaré Flecken.

—¿Flecken? Es un nombre original para un gato. ¿Significa algo?

—«Manchas», en alemán. Mi abuela era alemana, ¿sabes? Y el nombre es muy importante.

—¿Por qué es importante? Solo es una forma de ser identificado.

—¿Y eso no te parece importante?

—Cumple la misma función uno que otro.

—¡No lo dirás en serio! ¿Me estás diciendo que te daría lo mismo llamarte Néstor, que José, por ejemplo?

—De hecho, Néstor no es mi verdadero nombre —confesó el inspector.

—¿Ah, no? —preguntó Sofía, a quien se le había despertado la curiosidad.

—Cuando era niño hubo una tragedia en mi familia que tuvo mucho impacto en los periódicos locales, así que un juez decidió cambiar mi nombre para protegerme.

—¿Y cuál era tu nombre?

—Me llamaba Lucas. Lucas Ortiz.

El lunes siguiente, Salazar se sentía optimista. Sofía se quedaba en Haro. Lo habían ascendido a inspector jefe. Su compañera había visitado su casa, aunque solo fuera para escoger una mascota, pero eso no cambiaba el hecho de que había traspasado el umbral de su puerta. Él se ofreció para ayudarla a instalarse cuando le entregaran el piso. La vida era hermosa,

nada podía salir mal. Mientras se ocupaba del papeleo de los últimos casos, en un momento en el que todos los detectives estaban presentes, llegó Colmenares a la oficina común. Lo acompañaba un hombre alto y corpulento, con el cabello cortado a cepillo y expresión muy severa. Néstor recordó que aquel sería el último día de trabajo del comisario.

—Buenos días. Como vosotros sabéis, hoy es el día que comienza mi jubilación. Quiero agradeceros vuestros esfuerzos por realizar el mejor trabajo posible. Estoy seguro que mantendréis la misma mística y dedicación con vuestro nuevo jefe. Quiero presentaros a mi sustituto, el comisario Santiago Ortiz.

Néstor dejó caer la hoja que sostenía en la mano. Se había equivocado. Sí había algo que podía echarle a perder el día.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*



M. J. FERNÁNDEZ es el seudónimo de Mercedes Julieta Fernández Hurtado, quien ejerció la Medicina por más de treinta años. Un problema de salud le dejó como secuela una sordera parcial, que la forzó a retirarse de su profesión. Ávida lectora desde la infancia convirtió la escritura en una terapia y descubrió una segunda vocación. Después de guardar sus escritos para sí misma por varios años, decidió publicar «Los hijos del tiempo», la primera de una larga lista de novelas policiales. Hasta hoy, lleva publicados diecisiete libros, incluyendo la serie del inspector Salazar, la favorita de la mayoría de sus lectores.

***OceanofPDF.com***

## Notas

[1] *Tisífone*: en mitología griega, una de las Erinias o Furias. Tisífone castiga los delitos de sangre. <<

[\*\*\*OceanofPDF.com\*\*\*](http://OceanofPDF.com)